

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

JULIO-AGOSTO DE 1913.—NÚM. 21.

EL DON DE PROFECÍA

Hemos visto en el artículo anterior las leyes generales por las cuales se regía la Providencia divina en la comunicación de su gracia y cómo se acomodaba á la humildad de nuestra condición para mejor apoderarse de nuestras almas y elevarlas hasta sí. Estas leyes las hemos deducido de dos órdenes de hechos: las manifestaciones de la fe y de la santidad en las almas y la historia de la divina revelación, tal como nos aparece en la Escritura. Descendiendo un poco de estas consideraciones generales á otras más concretas estudiaremos ahora cómo el Señor se comunica á sus profetas, por qué vías éstos vienen á ser instrumentos de la acción divina, órganos de sus enseñanzas á todas las generaciones. Teniendo en cuenta la unidad que reina en las obras de Dios y la proporción que en un plan tan sabiamente ordenado debe existir entre los fines y los medios por donde aquellos fines se alcanzan, las consideraciones que en el artículo anterior dejamos apuntadas no pueden menos de derramar viva luz sobre la cuestión que ahora nos proponemos estudiar, llevando por guías los mismos maestros que hasta aquí, la Escritura y la fe interpretadas por Santo Tomás.

I

La profecía es una participación de la ciencia divina. Santo Tomás la define: "*quædam cognitio intellectui prophetæ impressa ex revelatione divina per modum cujusdam doctrinæ*" (1). Por la profecía Dios comunica á sus ministros una chispa de su ciencia soberana, ya sea elevándolos á la visión de su esencia, ya sea, y esto es lo ordinario, infundiendo en la mente de los profetas una lumbre que, por medio de algunos efectos sobrenaturales, les haga ver algo de la verdad divina.

Como preparación previa á tales comunicaciones, Dios excita la voluntad, señora de las otras potencias humanas, para que ella á su vez las

(1) II, II, q. 171, a. 6, c.

mueva y haga que presten atención á la voz de Dios que secretamente habla. Esto es lo que se llama en el lenguaje del Angélico *inspiración*, algo distinta de la que por este nombre comúnmente se entiende, y que muestra la suavidad con que Dios, autor de la naturaleza, conduce todas las cosas á sus altos fines, y cómo para elevarlas á la participación de su ciencia no turba en nada el natural modo de ser y obrar que á cada cosa concedió en su primer origen (1).

El objeto del conocimiento profético se extiende tanto como el de la ciencia de Dios: los misterios de la naturaleza divina, de su providencia y, en especial, de su obra redentora, las leyes de las buenas costumbres por donde los hombres se encaminan á Dios, los sucesos futuros, que Dios ó los hombres, instrumentos de Dios, han de ejecutar y, en fin, todos los objetos que caben en la humana inteligencia, materia de la profecía, á lo menos formalmente en cuanto el hombre, iluminado por Dios, puede conocer y juzgar de su valor, significación y verdad con una certidumbre y un criterio más altos, que vienen á ser una semejanza de la certeza y verdad con que Dios juzga todas las cosas (2). Tomado en su acepción propia el conocimiento, así como el de la fe sólo incluye una perfección relativa (3). Profecía es el conocimiento de algo que se halla alejado del profeta, y así con más propiedad lleva el nombre de profecía aquel conocimiento que por su objeto ó por el medio con que le alcanzamos deja el alma del profeta más lejos de la clara visión de la verdad divina. Por este motivo particularmente se llaman profetas los que anuncian los sucesos futuros contingentes, que no tienen verdad determinada en sí mismos y los que conocen las demás cosas envueltas en el velo de las imágenes corporales, ya sean símbolos, visiones, etc. (4). En cambio aquella profecía que más desligada se halla de las cosas sensibles y que por el objeto y el medio de conocer más se aproxima á la visión de la esencia divina, esa es más alta y más noble (5).

(1) "Sic igitur ad prophetiam requiritur inspiratio quantum ad mentis elevationem..., revelatio autem quantum ad ipsam perceptionem divinorum in quo perficitur prophetia." II, II, q. 171, a. 1 ad 4.ºum "Habes autem ex prima conditione prophetiae, quod Deus, disponens omnia suaviter, movet hominem rationali motu; ita quod prius movet ipsum ut attendat, ac deinde revelat. Quod est contra illos qui putant prophetiam haberi quasi per influxum in intellectu sine nobis. Oportet prius intentionem moveri, ut in littera dicitur." Cayetano, in h. l.

(2) "Prophetia se extendit ad omnia quae supernaturaliter cognosci possunt." II, II, q. 178, a. 1 ad 1.ºum Q. 171, a. 3; 173, a. 1 c.; q. 174, a. 6, c.; 176, a. 6 ad 3.ºum

(3) Prophetia importat cognitionem divinam ut procul existentem... Unde manifestum est quod cognitio prophetica alia est à cognitione perfecta quae est in patria. Unde et distinguitur ab ea sicut imperfectum à perfecto, et ea adveniente evacuat, ut patet per Apost. I ad Cor. XIII, 8." II, II, q. 173, a. 1, c.

(4) Q. 174, a. 2, ad 3.ºum, a. 5, c.

(5) "Manifestum est autem quod manifestatio veritatis divinae, quae fit secundum nudam contemplationem ipsius veritatis, potior est quam illa quae fit sub similitudine corporalium rerum; magis enim appropinquat ad visionem patriae, secundum quam in essentia Dei veritas conspicitur." Q. 174, a. 2, c., a. 4, c.

En el conocimiento profético, como en todo conocimiento, hay que distinguir dos cosas: los objetos percibidos y el juicio acerca de su valor y de su verdad, que es lo que propiamente constituye el conocimiento intelectual. Todos perciben el movimiento del sol, las mutaciones de la luna, la caída de los cuerpos, las revoluciones de la atmósfera, los cambios de la opinión y de la sociedad humana; pero muy pocos penetran la significación de esos fenómenos y pueden juzgar de su valor hasta elevarlos á la categoría de conocimiento científico. Igual que en el conocimiento humano pueden hallarse en el profético infundido por Dios, juntas ó separadas estas dos cosas. Los ejemplos son clásicos: Nabucodonosor no recibió luces para penetrar el significado de su visión, la que Daniel declaró luego que la hubo oído (*Dan.*, IV). José en cambio expuso á Faraón las visiones que en sueños había tenido y de las cuales ya no se acordaba, y le explicó además el significado de las sobredichas visiones (*Gen.*, XLI). No cabe duda que este conocimiento es el que merece propiamente el nombre de profético y no el primero de las visiones solas.

Tanto en la percepción de los objetos como en el juicio de los mismos hay muchos grados, que brevemente conviene enumerar.

Puede verificarse la percepción mediante los sentidos externos impresionados por los objetos, que Dios presenta al profeta, que obran luego en las facultades de éste según el modo ordinario con que se engendra nuestra ciencia experimental. Más frecuentemente se verifica por imágenes que Dios introduce en la fantasía del profeta ó formadas con los elementos de que la misma fantasía dispone para representar aquellos que Dios intenta. Por encima de tales representaciones, ya externas, ya internas, están las palabras que impresionan el oído, exterior á la fantasía. Las palabras son los signos más concretos y adecuados para expresar nuestros conceptos, y así ocupan un lugar superior al de las otras representaciones, cuyo valor significativo es por su naturaleza más vago é indeterminado (1). En ambos casos la acción divina recae sobre las potencias sensitivas del hombre, quedando luego la inteligencia en su estado ordinario para abstraer de aquellas imágenes la idea correspondiente y más aún para juzgar de su valor y significado, en lo cual puede errar apreciando las cosas de diverso modo del que Dios intenta (2).

En el último y más perfecto modo de la percepción profética, que consiste en la infusión de ideas ó imágenes espirituales, éstas se imprimen

(1) Q. 174, a. 3. "Et quia signa maxime expressa intelligibilis veritatis sunt verba, ideo altior gradus prophetiae videtur quando propheta audit verba exprimentia intelligibilem veritatem, sive in vigilando sive in dormiendo, quam cum videt aliquas res significativas veritatis... In quibus etiam signis tanto videtur prophetia esse altior, quanto signa sunt magis expressa." *Ib.*, c.

(2) Copiosamente declara este punto y lo confirma con numerosos ejemplos tomados de la Escritura San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*, l. II, c. XVIII-XX.

en la mente del profeta y le ofrecen la verdad desnuda y clara, no dejando ya lugar á error en la percepción de lo que Dios intenta comunicar á su profeta, aunque bien la puede haber en el juicio ó valor de las cosas recibidas (1). Pero tal modo de comunicación divina, aunque espiritual, no excluye totalmente las imágenes de la fantasía; esto equivaldría á perturbar el modo natural de nuestro conocimiento. A diferencia de las anteriores en que las imágenes son extraordinarias, quedando por lo mismo oculto el significado del profeta, aquí las ideas van envueltas en las imágenes ordinarias, siendo fácil ver en ellas la realidad que contiene, y que es la especie ó idea espiritual (2).

Para conocer los diversos modos de recibir las cosas sobrenaturales nos ayuda el estudio mismo de nuestras facultades cognoscitivas; penetrar más adentro en estos misterios del alma humana es difícil cuando se trata de los fenómenos ordinarios; pero lo es mucho más en los de la vida sobrenatural, en la cual Dios tiene tan variados y tan misteriosos medios para mover nuestras facultades é introducirse en nuestra alma. La vida de los santos contemplativos, á quienes en esto podemos muy bien asemejar á los profetas y apóstoles, nos ilustra sobre estos misterios de la revelación y nos hace barruntar siquiera algo de cuanto encierran las fórmulas de Santo Tomás que dejamos indicadas. La suavidad con que gobierna todas las cosas la divina Providencia y la lectura de los profetas y de todos los otros escritores que han gozado del don de profecía nos conduce á una conclusión de gran importancia para el estudio de la Escritura. La verdad profética, como espiritual y superior por su naturaleza á las formas sensibles, no está ligada á ninguna representación, antes se acomoda á todas. Por esta razón el Espíritu Santo no cambia la condición de los profetas al comunicarles el don de profecía y en cada uno de ellos se representa la verdad de diverso modo. Lo cual se extiende, no sólo á las imágenes sensibles extraordinarias, sino también á aquellas imágenes comunes que dijimos ser necesarias en la infusión de las ideas espirituales. De aquí nacen, no sólo la diversidad de estilos, tomada esta palabra en su más amplio sentido, sino la manera más ó menos sabia de presentar la verdad, el modo de amplificarla con mayor copia de doctrina ó de dejarla reducida á su sencillez original (3).

Pero la percepción de las cosas no es lo único que existe en el conocimiento profético, ni siquiera lo más principal; esto corresponde á la luz intelectual en virtud de la cual juzgamos y adquirimos la verdad de las

(1) II, II, q. 173, a. 2.

(2) "Quandoque tamen sufficiunt phantasmata, quae communi modo à sensibus abstrahuntur, nec exigitur aliqua visio imaginaria divinitus procurata. Et sic dicitur revelatio prophetica fieri sine imaginaria visione." Q. 174, a. 2 ad 4.ºm Cf. ib., ad. 2.ºm y q. 173, a. 2, ad 2.ºm y 3.ºm

(3) "Horum autem duorum primum principalius est in prophetia, quia iudicium est completivum cognitionis..." Q. 173, a. 2, c.

cosas, que sólo en el juicio se obtiene (1). Qué cosa sea en sí esta lumbré divina, destello imperceptible de la eterna luz con que Dios se ve y comprende á sí mismo, no es posible declararlo. Ni es de maravillar, ya que ignoramos en qué consiste la luz natural, con que vemos las verdades humanas. Con propiedad llamamos luz cuanto nos hace ver las cosas, ya sea en el orden sensible, ya en el orden espiritual, como llamamos visión la percepción de los sentidos y la del entendimiento. Pero esto no es más que una metáfora, que designa bien la realidad, sin declararnos su naturaleza, tanto más misteriosa en sí misma, cuanto más nos manifiesta las otras cosas. Para medir esta luz sobrenatural que derrama Dios en la mente de los profetas no disponemos de fotómetro alguno; únicamente los ministros de Dios que sentían sus efectos podrían tal vez apreciar su mayor ó menor intensidad, como nosotros apreciamos la intensidad de la luz racional. La única clasificación posible tiene que hacerse por los objetos sobre que recae esa luz y por el juicio que mediante ella se forma. Según el objeto sea más alto y se presente más desnudo de las imágenes sensibles, tanto será más alta y más espiritual la verdad que mediante la luz profética se conoce (2).

Ocupa el primer lugar aquella luz en virtud de la cual juzga y conoce el profeta las verdades sobrenaturales, los misterios de Dios que se le ofrecen en forma clara y sin el ropaje de las imágenes corporales. A causa de la misma claridad con que la mente del profeta conoce la verdad divina viene á perder el concepto propio de profecía, que incluye cierta imperfección y más propiamente conviene al conocimiento, que va acompañado de las imágenes de la fantasía (3). Viene, en segundo lugar, este en que las cosas divinas se presentan envueltas en formas sensibles, lo cual puede acontecer de varios modos, según antes indicamos. En fin: el tercero y último grado del conocimiento profético (4) se realiza cuando el profeta juzga y conoce las cosas naturales que por los medios humanos se adquieren, pero las juzga y conoce con una certeza y una verdad que exceden las fuerzas del conocimiento natural. Por razón de los objetos este conocimiento no merece el nombre de profecía (5); pero si atendemos á la luz divina en virtud de la cual se juzgan las cosas, lo es y este es precisamente el don de que gozaron los autores sagrados que tratan de cosas asequibles á la razón humana ó que ellos podían muy bien conocer por la enseñanza de otros profetas. Este don profético, propio de los hagiógrafos, se puede extender á los que, sin el don de profecía, aprenden por la vía ordinaria las verdades sobrenatura-

(1) Q. 172, a. 3, c. y ad 1.º um

(2) Q. 174, a. 3 ad 1.º um

(3) Q. 174, a. 2 ad 3.º um

(4) Santo Tomás menciona otro grado inferior, pero no es conocimiento, sino impulso á la acción. Ib., a. 3, c.

(5) Ibid., ib.

les que los verdaderos profetas predicán y aun á los mismos profetas cuando, pasado ya el momento de la revelación, que es transeúnte (1), y convertidas las verdades que en ella recibieron en objeto de fe y de un conocimiento habitual, hablan ó escriben de aquellas cosas como ministros de Dios (2).

Este punto merece que nos detengamos un momento y le estudiemos con más atención. "Secundus gradus prophetiæ—dice Santo Tomás—est cum aliquis ex interiori lumine illustratur ad cognoscendum aliqua, quæ tamen non excedunt limites naturalis cognitionis, sicut dicitur de Salomone, III Reg., IV, 32, 33... Et hoc totum fuit ex divina inspiratione, nam præmittitur: *Dedit Deus* (3)." En otro lugar: "Si verò lumen intellectuale alicui divinitus infundatur, non ad cognoscendum aliqua supernaturalia, sed *ad iudicandum secundum certitudinem veritatis divinæ* ea quæ humana ratione cognosci possunt; sic talis prophetia intellectualis est infra illam, quæ est cum imaginaria visione, ducente in supernaturalem veritatem (4)." ¿Qué significa ese conocimiento profético de las cosas humanas? ¿Qué valor tiene esa certeza divina, esos juicios formados con el auxilio de la iluminación sobrenatural? ¿En qué se diferencian, para concretar más las cosas, el autor de los libros de los Reyes, de los Paralipómenos, etc., y el de los documentos que utiliza ó que literalmente copia? ¿En qué superan los autores inspirados de los proverbios á los sabios que los inventaban ó al pueblo que con inteligencia los repetía? (Prov., XXV, 1. Eccl. prol.) Y ya que dejamos indicada la semejanza entre los profetas y los hagiógrafos, en cuanto al modo habitual de conocer y utilizar sus conocimientos (5), ¿qué añade esa luz intelectual recibida de Dios á la que habitualmente tienen de las cosas divinas? Porque una luz, y luz profética, que no aumente el conocimiento en algo, que no aclare las cosas entendidas, no es fácil de concebir.

Ante todo esa luz sobrenatural produce en el alma mayor certeza de

(1) Q. 171, a. 2. "Formale in cognitione prophetica est lumen divinum, a cuius unitate prophetia habet unitatem speciei, licet sint diversa quæ per lumen divinum prophetice manifestantur." Ib., a. 3 ad. 3.º

(2) "Paulus, postquam cessavit videre Deum per essentiam, memor fuit illorum quæ in illa visione cognoverat, per aliquas species intellegibiles habitualiter ex hoc in ejus intellectu relictas, sicut etiam, abeunte sensibili, remanent aliquæ impressiones in anima: quas postea convertens ad phantasmata memorabatur." Q. 175, a. 4, ad 3.º

(3) Q. 174, a. 3, c. Santo Tomás sigue en la enumeración orden inverso al que nosotros hemos adoptado en esta segunda parte.

(4) Ib., a. 2, ad 3.º Véase también q. 173, a. 2, c., donde habla de igual modo.

(5) Los profetas, que por vía extraordinaria reciben el conocimiento, de las cosas divinas, se pueden comparar, primero, á los hagiógrafos, que con la lumbre profética conocen también las cosas naturales, y segundo, á los que, conociendo por el magisterio ordinario de los profetas las cosas divinas, las juzgan, hablan y discurren sobre ellas con esa luz interior que á los hagiógrafos se concede para las cosas comunes, como haría un teólogo si le suponemos dotado del don profético para apreciar sus conocimientos teológicos.

las cosas, la cual viene á ser semejanza de la certeza divina. Pero esta certidumbre, que no es en suma otra cosa que una adhesión intelectual más firme á la verdad conocida, no puede ser causada sino por una evidencia, una claridad más viva en la percepción de los objetos. Un ejemplo tal vez iluminará un poco estas obscuridades. Y porque tratamos de luz sobrenatural lo tomaremos de la luz física. Con ayuda de una lámpara eléctrica podemos muy bien ver un cuadro, distinguir las personas, percibir los colores y las sombras, apreciar sus tonos y matices y, en fin, conocerle lo bastante para que de él formemos un juicio exacto. Pero si á la luz débil de la lámpara sustituímos la luz solar que entra á torrentes por una ventana convenientemente situada, nuestra percepción anterior será más clara, porque á los detalles, matices y finuras que antes veíamos se han añadido otros nuevos que no corrigen nuestro juicio de antes, pero que lo confirman, lo intensifican y formalmente lo extienden. La aplicación se hace por sí misma. En qué consistan ahora ese aumento de claridad, esa multiplicación de detalles, esa intensificación, ya que no digamos extensión para evitar equivocaciones, que la lumbre profética añade al conocimiento ordinario, creo que lo explica Santo Tomás al decir que mediante el auxilio de esa lumbre sobrenatural el profeta juzga las cosas *secundum veritatem divinam, secundum certitudinem veritatis divinæ*, esto es, las juzga con criterio divino y desde un punto de vista sobrenatural las mira, como las mira Dios, por lo que valen y significan en la economía de la revelación y del gobierno divino, cuya regla suprema es la salud de los elegidos. Este modo de ver las cosas ya es sobrenatural y cae dentro del objeto de la profecía. Por esto el Angélico, aunque dice que por razón de su objeto material la lumbre de los hagiógrafos no merece el nombre de profecía, la denomina no obstante así por razón de su objeto formal, de la verdad y certeza con que juzgan las cosas del orden inferior. Por este lado y no por el objeto material de su predicación ó enseñanza asimilamos antes los hagiógrafos á los profetas que hablan ó escriben de cosas sobrenaturales.

Y á la verdad los historiadores sagrados, sin recibir de Dios mayor conocimiento de las cosas narradas que el que por los documentos, testigos ó propia experiencia podían adquirir, juzgan estos hechos, según las verdades más altas, cuyo conocimiento tal vez ellos no recibieran de Dios, pero que aprendieron de los labios de otros profetas. Tienen su filosofía ó, mejor, su teología de la historia basada, no en los principios de la experiencia y de la psicología natural, sino en la divina revelación, en el conocimiento de los atributos divinos, de la justicia, de la bondad, de la providencia de Dios, que todas las cosas ordena á la manifestación de su Cristo y á la salvación de los predestinados. Esta filosofía es, sin duda, una parte de la que Jesucristo explicaba á los discípulos en el camino de Emaús, de la que expuso San Esteban ante el Sanedrín y San

Pablo en sus epístolas cuando habla de las relaciones entre el Viejo y el Nuevo Testamento, y esta es también la que con más aparato de erudición histórica y filosófica diseñó San Agustín en su *Ciudad de Dios* (1). Los santos, que todas las cosas ven y juzgan con este criterio divino, en cuanto contribuyen á la gloria del Señor y á la salud de las almas, son los imitadores de los autores inspirados en este punto. Sirva de ejemplo Santa Catalina de Sena en su tratado de la Providencia. Los principios de la Santa acaso no los entiende un filósofo incrédulo y sean aún oscuros y vagos para muchos creyentes; mas para las almas que vivan del espíritu de Dios, son la más alta expresión de la sabiduría divina (2). En las páginas siguientes quedará más declarada la razón de este punto.

II

Y ¿qué certeza tienen los profetas de la verdad de las revelaciones divinas? Porque es indudable que, así como hay revelaciones verdaderas, también las hay falsas, y la mentira imita tan bien las cualidades de la verdad que no resulta fácil distinguir una de otra. Los santos experimentados en estas vías secretas de la vida espiritual nos dicen claramente la certidumbre, la claridad y firmeza de las verdaderas revelaciones, especialmente de las intelectuales (3). Hablando Santo Tomás de los profetas, órganos de la Revelación divina, dice: "De his ergo quæ expresse per spiritum prophetiæ propheta cognoscit, maximam certitudinem habet. Unde dicitur Jerem. XXVI, 15: *In veritate missit me Dominus ad vos ut loquerer in aures vestras omnia verba hæc*. Alioquin, si de hoc ipse certitudinem non haberet, fides, quæ dictis prophetarum innititur, certa non esset. Et signum propheticiæ certitudinis accipere possumus ex hoc quod Abraham admonitus in prophetica visione se præparavit ad filium unigenitum immolandum, quod nullatenus fecisset nisi de divina revelatione fuisset certissimus (4)."

Aun sin comunicar á los profetas evidencia de las cosas que se le re-

(1) Véase *De Genesi ad litteram*, lib. XI, n. 20, donde indica su idea de la "Ciudad de Dios" y la promete, y el lib. XIV, c. 28 de esta obra, donde traza su plan y comienza á desarrollarlo.

(2) "Parmi ch'io possa dire la parola di Pavolo, quando disse: "Nè lingua può parlare, nè urecchia udire, nè occhio vedere, nè cuore pensare quello che io viddi." Che vedesti? Vidde "arcana verba". E io che dico? Non ci aggiungo con questi sentimenti grossi; ma tanto ti dico che hai gustato e veduto, anima mia, l'abisso della somma, eterna provvidenzia." *Libro della divina dottrina*, c. CLIII, ed. Bari, 1912. En los capítulos precedentes, desde el CXXXV, expone la doctrina que aquí pondera tan divinamente.

(3) San Juan de la Cruz, *Subida al M. C.*, lib. II, c. XXVI. Véase también el P. Arintero, *Evolución mística*, págs. 536 y 542.

(4) Q. 171, a. 5, c. Y el comentario de Cayetano sobre este artículo.

velan (1). Dios tiene medios suficientes para hacer sentir á sus ministros la verdad de su ilustración. La vida de los profetas y de los apóstoles, trocados de repente de guardianes de ovejas, de pescadores ó enemigos encarnizados de la fe en apóstoles de la verdadera religión, es una prueba irrefragable de que no son ilusiones de su fantasía, sino realidades divinas las que ellos ven y sienten (2). "El león ruge, ¿quién no temerá? El Señor Dios ha hablado, ¿quién no profetizará?" A este lenguaje de convicción tan firme nosotros podemos añadir el testimonio de sus obras extraordinarias, con que Dios acreditó la misión de sus enviados (3).

Demostrada por estos hechos la verdad de la revelación divina se deduce fácilmente la verdad de las cosas reveladas. La ciencia, que el profeta recibe de Dios, no es más que una partecita de la ciencia divina, comunicada, no en su principio formal, que es la esencia misma de Dios, sino en algunos efectos sensibles ó espirituales que Dios causa en el alma del profeta y por los cuales viene éste en conocimiento de la verdad (4). Mas para determinar mejor la verdad ó el sentido de estas divinas revelaciones, que á los profetas y á nosotros se presentan ordinariamente envueltas en un conjunto de imágenes sensibles ó de cosas contingentes muy alejadas de la alteza divina, será preciso que estudiemos más detenidamente el objeto substancial de esas revelaciones.

Hemos dicho antes que la profecía era una participación de la ciencia divina y que su objeto se extendía cuanto se extiende el de aquélla. Pero en la ciencia de Dios distinguen los teólogos el objeto primero propio y adecuado de la ciencia divina, que es la misma soberana esencia y las demás cosas creadas ó creables que son el objeto secundario, y que Dios conoce en sí mismo como participaciones reales ó posibles de su ser, de su bondad y de su sabiduría (5). Tal es también el objeto de la ciencia beatifica en los santos que gozan de Dios. En la divina esencia y como participaciones de ella conocen cuanto á ellos es dado conocer (6). Tal tiene que ser también el objeto de nuestra fe, ya que San Pablo la

(1) "Unde Trinitas et Incarnatio et similia non sunt revelata prophetis, quantum ad quaestionem *quid est*, sed quantum ad quaestionem *an est*, seu *quia est*. Et quantum ad hoc visa sunt à prophetis sub lumine infuso eisdem... Sicut etiam naturali lumine nos videmus Deum, esse et quia est aeternus et immutabilis etc. Et tamen non videmus ipsum Deum, nec ejus aeternitatem." Cayetano in q. 171, a. 5, n. II.

(2) Amos, III, 8.

(3) Q. 178. Los autores místicos nos dan diversas reglas para conocer el origen y naturaleza de las revelaciones, tomadas todas de su relación con la verdad de la fe y de los efectos que en el alma obran. Es la simple aplicación de la máxima del Salvador *à fructibus eorum cognoscetis eos*. Es también la que se daba en el Antiguo Testamento. Cf. Deuteronomio, XIII.

(4) Q. 171, a. 4. "Veritas supernaturalis non cognoscitur in se ipsa sed in aliquibus suis effectibus..." Q. 174, a. 5, c.

(5) I, q. 14, a. 2, 6.

(6) I, q. 12, 8, 9.

define *substantia sperandarum rerum* indicando que la fe nos muestra aquí, tras el velo del misterio, lo que en la patria nos hará bienaventurados con su visión (1). El objeto de la fe, que al Señor plugo darnos á conocer por medio de los profetas, es Dios únicamente, y las demás cosas en cuanto tienen relación con Dios y nos declaran algo del misterio divino. No sólo Dios se dice objeto de la fe, en cuanto nos revela y testifica por medio de sus ministros las verdades divinas, sino porque El mismo es el término primario de nuestra fe y para cuyo conocimiento más explícito son medios las otras cosas que la fe nos testifica y que constituyen el objeto secundario de la misma. Por donde éstas tanto más entrarán en el dominio de la fe cuanto más participen de la divinidad y más nos declaren el misterio de Esta (2).

Dos cosas abarca la fe principalmente: el conocimiento de Dios, en cuya posesión consiste la dicha que esperamos, y el conocimiento de la Encarnación (3). Pero las cosas que pertenecen á la Humanidad del Salvador y á los Sacramentos de su Iglesia, como á cualesquiera otras criaturas, sólo caen dentro del objeto de la fe, *in quantum per hæc ordinamur ad Deum*. Estos misterios de la Redención, como efectos más altos de Providencia amorosa de Dios, nos declaran mejor el objeto primario de nuestras creencias porque le tocan inmediatamente. Otros hay que más de lejos entran también en el dominio de la fe, y estas son las cosas todas que se contienen en la Escritura. "*Quædam vero proponuntur in sacra Scriptura, non quasi principaliter intenta, sed ad prædictorum manifestationem; sicut quod Abraham habuit duos filios, quod ad tactum ossium Elisei suscitatus est mortuus, et alia hujusmodi, quæ narrantur in sacra Scriptura in ordine ad manifestationem divinæ majestatis vel incarnationis Christi* (4)." Todas esas cosas secundarias pertenecen á la fe por la conexión que con el objeto primario de ésta tienen, por la partecita de verdad divina que encierran, y tanto más pertenecen á la fe cuanto mayor sea este elemento sobrenatural.

Es cierto que aun el objeto primero lo descomponemos y dividimos en varios conceptos y lo formulamos en diversos artículos, dogmas y proposiciones teológicas; pero esto viene de nuestra condición en la vida presente, en la cual no podemos abarcar en su totalidad los objetos de nuestro conocimiento y tenemos que partirlos en porciones para que de algún modo los podamos entender. Lo mismo hacemos en las ciencias humanas cuando mentalmente dividimos los objetos que por su naturaleza

(1) "In hoc enim speramus beatificari, quod videbimus aperta visione veritatem cui per fidem adhaeremus ut patet per ea quæ dicta sunt, I, II, q. III, a. 8 et q. IV, a. 3." II, II, q. 4, a. 1, c.

(2) II, II, q. 1, a. 1, c.

(3) II, II, q. 174, a. 6, c. "Illa per se pertinent ad fidem quorum visione in vita æterna perfruemur et per quæ ducemur ad vitam æternam." II, II, q. 1, a. 8, c.

(4) II, II, q. 1 á 6, ad 1.º um

carecen de composición. Pero el acto de nuestra fe no se termina en esos artículos ó proposiciones, sino en el objeto divino y simplicísimo que por medio de ellos significamos (1). Aun para las cosas más espirituales necesitamos de las imágenes de la fantasía, en la cual podamos ver el objeto de nuestro conocimiento; pero este no consiste en ver las imágenes sensibles, sino la verdad espiritual que en ellas va envuelta (2).

Una aplicación de esta doctrina tan alta de Santo Tomás nos la dará á conocer con más claridad. La verdad revelada fructifica en nosotros por medio de la fe, que nos da á conocer los misterios de Dios; de la esperanza, que nos hace desear su posesión, y de la caridad, que íntimamente nos une con Dios. En los santos, especialmente en los contemplativos, es en quienes se desarrolla toda la virtualidad de la fe; en ellos se reproducen la vida mística, que en los órganos de la divina revelación causaba Dios mediante la luz profética y los demás carismas que la acompañaban, á fin de hacerlos ministros aptos de su palabra. Veamos cómo se realiza esa vida de los santos, la cual, si bien tan misteriosa en sí como la de los profetas, la podemos mejor conocer por la mayor abundancia de documentos.

Siendo la vida contemplativa la vida de la fe en su perfección, su objeto no puede ser otro que el de ésta. "Principaliter quidem ad vitam contemplativam pertinet contemplatio divinæ veritatis: quia hujusmodi contemplatio est finis totius humanæ vitæ. Unde Aug. dicit in I. c. VIII de Trinit. quod "contemplatio Dei promittitur nobis actionum omnium" finis, atque æterna perfectio gaudiorum". Quæ quidem in futura vita erit perfecta... Nunc autem contemplatio divinæ veritatis competit nobis imperfecta, videlicet *per speculum et in ænigmate*... Sed quia per divinos effectus in Dei contemplationem manuducimur secundum illud Rom. I, 20 *Invisibilia Dei*... inde est quod etiam contemplatio divinorum effectuum *secundario* ad vitam contemplativam pertinent, prout scilicet ex hoc manuducitur homo ad Dei cognitionem (3)."

San Juan de la Cruz nos expone admirablemente esta doctrina del Doctor Angélico y saca de ella prudentísimas reglas de dirección práctica. Siendo Dios mismo el objeto de la contemplación y el término de la unión divina y estando Dios á tan grande distancia del hombre en razón de su espiritualidad, la Providencia, que se amolda aquí como en todas

(1) "Actus autem credentis non terminatur ad enuntiabile, sed ad rem. Non enim formamus enuntiabilia, nisi ut per ea de rebus cognitionem habeamus, sicut in scientia. ita et in fide." II, II, q. 1, a. 2, ad 2.º La razón corre igualmente para los artículos compendiosos del símbolo que para las demás proposiciones definidas por la Iglesia ó contenidas, en cualesquiera forma literaria en la Escritura divina.

(2) "Sed tamen intellectualis cognitio non sistit in ipsis phantasmatibus, sed in eis contemplatur puritatem intelligibilis veritatis. Et hoc non solum in cognitione naturali, sed etiam in his quæ per revelationem cognoscimus." II, II, q. 180, a. 5. ad. 2.º

(3) II, II, q. 180, a. 4.

las cosas á nuestra condición, va elevando poco á poco las almas por los grados de las cosas inferiores á la contemplación de la pura verdad. Pero estas cosas, ya sean del orden natural, ya del sobrenatural, ya imágenes sensibles, ya conceptos intelectuales, ya visiones ó revelaciones de cualquier especie, etc., no son otra cosa que medios por los cuales se nos comunica la gracia divina, que nos dispone cada vez más á la unión íntima con Dios, y como medios tanto valen cuanta es la abundancia de la gracia que en nosotros son capaces de causar y no más. Según la medida de esta gracia los estima el Señor y según esta misma los hemos nosotros de estimar. Por esto el Santo, como todos los doctores místicos, considera de importancia suma el desprenderse de ellos no estimándolos sino en cuanto medios, es decir, por la gracia de fe, de amor y de unión divina que contienen, y mirándolos como verdaderos obstáculos de la perfección, si á ellos dejamos pegarse el ánimo y tomamos como término de nuestra ascensión lo que no es sino una grada para elevarnos á la cumbre de la unión divina. “Resta, pues, ahora—dice San Juan de la Cruz—saber que el alma no ha de poner los ojos en aquella corteza de figura y objeto que se le pone delante sobrenaturalmente, ahora sea acerca del sentido exterior, como son locuciones y palabras al oído... Ni tampoco los ha de poner en cualquier visión, del sentido interior, cuales son las imaginarias interiores; antes, renunciándolo todo, sólo ha de poner los ojos en aquel espíritu bueno que causan, procurando conservarle en obrar y poner por ejercicio lo que es del servicio de Dios desnudamente, sin advertencia de aquellas representaciones ni de querer algún gusto sensible. Y así se toma de estas cosas sólo lo que Dios pretende y quiere, que es el espíritu de devoción, pues que no las da para otro fin principal; y se deja lo que él dejaría de dar, si se pudiese recibir en espíritu sin ello (como hemos dicho) que es el ejercicio y aprensión del sentido (1).”

Esta misma doctrina aplica el Santo “á las visiones y locuciones de Dios, las cuales, aunque son verdaderas y ciertas siempre en sí, no lo son siempre á nuestro entender. La primera causa es por nuestra defectuosa manera de entenderlas... La causa de esto es porque, como Dios es inmenso y profundo, suele llevar en sus profecías, locuciones y revelaciones otros conceptos é inteligencias muy diferentes de aquel propósito en que comúnmente se pueden entender de nosotros, siendo ellas en sí tanto más *verdaderas y ciertas*, cuanto á nosotros nos parecerá que no. Lo cual á cada paso vemos en la divina Escritura, donde á muchos de los antiguos no les salían muchas de las profecías y locuciones de Dios como ellos esperaban por entenderlas á su modo, de otra manera muy á la letra. Lo cual se verá claro por estas autoridades” (2). En todas las

(1) *Subida al M. C.*, lib. II, c. XVII.

(2) *Ib.*, c. XIX.

sobredichas manifestaciones sensibles de la vida espiritual las almas que gozan de la unión divina atienden sólo á la parte espiritual, y así para ellas las cosas tienen una verdad más alta, como que es una participación más grande de la verdad divina. Al contrario, los principiantes en la virtud, demasiado apegados á las cosas sensibles, ponen en éstas la mayor parte de su atención y no alcanzan sino de un modo superficial la verdad divina que encierran (1).

III

Esto que acerca del objeto de la fe y de la divina contemplación dejamos declarado nos ayudará á comprender mejor el objeto de la Escritura, ya que una misma es la fe que Dios comunica á sus profetas y apóstoles, enseña por su Iglesia y da á sentir y gustar en su plenitud á las almas santas.

El objeto de la profecía es la verdad divina, como medio de conocimiento y como término del mismo (2). Pero ya dijimos atrás que el conocimiento profético se extiende tanto como el objeto de la ciencia divina, de la cual es una participación, y como el de la ciencia beatífica, en la cual la profecía, la fe y la vida contemplativa alcanzan su perfección consumada. Las otras cosas por debajo de la esencia divina son ordenadas á hacernos conocer ésta y tanto contienen de verdad cuanto más de cerca tocan la verdad divina y cuanto más nos la declaran. Pero habiendo en la Escritura tan variados modos de expresión y habiendo sido escritos sus libros para un pueblo tan diversamente preparado, necesario es que haya también muy varios modos de declarar la verdad profética. La razón formal de proféticas, de verdaderas é intentadas por Dios no están en su certeza exterior é histórica, sino en el contenido divino, en el grado mayor ó menor que participan de esa verdad sobrenatural y son por tanto medios de hacérmola conocer. Si queremos hacer de ellas una clasificación, ésta coincidirá con las que ya indicamos. "*Prophetia ordinatur ad cognitionem divinæ veritatis, per cujus contemplationem non solum in fide instruimur, sed etiam in bonis operibus gubernamur... Fides autem nostra in duabus principaliter consistit: primo in vera Dei cognitione...*

(1) *Subida al M. C.*, lib. II, c. XXXII. Puede servir de profunda aclaración de esta doctrina la de Santo Tomás acerca de los dones del Espíritu Santo. I, II, q. 68. a. 8, c.; a. 4 ad 3.º; a. 6 ad 2.º y 3.º; a. 11 ad 2.º

(2) "*Principium eorum, quæ ad supernaturalem cognitionem pertinent, quæ per prophetiam manifestantur, est ipse Deus, qui per essentiam à prophetis non videtur.*" II, II, q. 171, a. 2, c. Dios se da á conocer por algunos efectos é impresiones causadas en el alma del profeta, como ya dejamos explicado.

Secundo in mysterio Incarnationis Christi..." (1). Pero este misterio de la Encarnación no es, según dejamos atrás declarado, más que el primero y el más alto efecto de la Providencia que la bondad, misericordia y justicia de Dios (2) nos declara más grandemente, porque en Cristo *corporaliter habitat omnis plenitudo divinitatis*. Las demás cosas que en la Escritura se contienen vienen á ser declaración de estas, aunque no todas en igual grado.

Hay unas que son símbolos de las cosas divinas, y cuyo ser está en la representación de éstas. Tales símbolos son tanto más proféticos, tanto más verdaderos, cuanto más espirituales y más desligados de la materia, porque así son más aptos para contener y representar las cosas y los misterios de Dios. "Dignitas eorum quæ sunt ad finem—dice Santo Tomás—præcipue consideratur ex fine. Finis prophetiæ est manifestatio alicujus veritatis super hominem existentis. Unde quanto hujusmodi manifestatio est potior tanto prophetia est dignior. Manifestum est autem quod manifestatio veritatis divinæ quæ fit secundum nudam contemplationem ipsius veritatis potior est quam illa quæ est sub similitudine corporalium rerum; magis enim appropinquat ad visionem patriæ, secundum quam in essentia Dei veritas conspicitur. Et inde est quod prophetia per quam aliqua supernaturalis veritas conspicitur secundum intellectualem veritatem est dignior quam illa in qua veritas supernaturalis manifestatur per similitudinem corporalium rerum secundum imaginariam visionem" (3). Y de las visiones imaginarias dice el Santo Doctor que "diversificantur primo secundum differentiam somnii, quod fit in dormiendo, et visionis quæ fit in vigilando. Quæ pertinet ad altiore gradum prophetiæ, quia major vis prophetici luminis esse videtur quæ animam occupatam circa sensibilia in vigilando abstrahit ad supernaturalia, quam illa quæ animam hominis abstractam á sensibilibus invenit in dormiendo. Secundo diversificantur gradus prophetiæ quantum ad expressionem signorum imaginabilium quibus veritas intelligibilis exprimitur" (4). Otras cosas se contienen en la Escritura que tienen ser

(1) Ib., q. 174, a. 6, c. "Aliud est judicium de his quæ propter se quaeruntur, et de his quæ quaeruntur propter aliud... Visio autem imaginaria in cognitione prophetica non requiritur propter se, sed propter manifestationem intelligibilis veritatis. Et ideo tanto potior est prophetia, quanto minus ea indiget." Ib., q. 174, a. 2, ad. 2.º

(2) II, II, q. 1, a. 1, ad. 1.º

(3) II, II, q. 174, a. 2, c.

(4) II, II, q. 174, a. 3, c. A esto puede referirse, y no estará de más anotar, lo que dice Santo Tomás acerca de las apariciones de Jesucristo en la Eucaristía. En ellas, según el Santo, no se ve, *ni se puede ver*, al mismo Jesucristo, oculto bajo las especies sacramentales. La visión resulta, ya de cierta inmutación en la vista del sujeto, *nulla tamen immutatione facta ex parte sacramenti*, ya en los otros accidentes distintos de la cantidad, *circa alia accidentia, puta figuram et colorem et alia hujusmodi; ut videatur caro vel sanguis aut puer*. Y esto no se ha de tomar como engaño; en uno y otro caso *fit in figuram cujusdam veritatis, scilicet, ad ostendendum per hanc miraculosam apparitionem, quod in sacramento est vere corpus et sanguis Christi*, III, q. 76, a. 8, c.

propio, y, por decirlo así substancial, ya sea religioso, moral, ya simplemente material, aunque ordenado por Dios á fines espirituales y que por tanto participan en algo de la condición de proféticos. En la interpretación de éstos es donde hay mayor peligro de errar, ya sea negándoles un valor profético más alto, ya sea otorgándoselo, no según el juicio é intención de Dios, sino en más insignificante grado en conformidad con nuestra pequeñez, ya creyéndolos ligados al plan divino por lo que alcanza nuestro superficial entender cuando la verdadera conexión hay que buscarla en lo más profundo de las cosas (1). "De donde se ve que, aunque los dichos y revelaciones sean de Dios, no nos podemos asegurar en ellos, porque nos podemos muy fácilmente engañar en nuestra manera de entenderlos, porque ellos son abismo y profundidad de espíritu y quererlos limitar á lo que de ellos entendemos y puede apreciar el sentido nuestro, no es más que querer palpar el aire y alguna mota que encuentra la mano en él, y el aire se va y no queda nada (2)." Y porque esta materia es de gran interés, así para estimar la verdad de la Escritura como para el estudio que luego haremos de los sentidos de ésta, pongamos algunos ejempllos.

La primera página del Génesis nos relata la formación de todas las cosas por Dios en seis días, para que el hombre aprendiese el poder soberano de Dios y cómo debía trabajar seis días y descansar el séptimo en honor del Señor. ¡Pero cuántas discusiones, cuántas energías gastadas en explicar este capítulo como una historia exacta del mundo, como el compendio inspirado de todas las ciencias cosmogónicas, cuando manifiestamente el objeto del autor sagrado no es otro sino mostrarnos á Dios autor y ordenador de todas las cosas y dar al hombre en el mismo Dios el modelo que ha de imitar en el gobierno de su vida! Estas doctrinas son de más valor para nuestra salud que cuanto nos pueden enseñar las ciencias humanas acerca de la formación del mundo y de sus revoluciones (3). Y si de la primera página de la Escritura pasamos á

(1) *Dupliciter contingit aliquod praeceptum esse figurale: uno modo primo et per se, quia scilicet principaliter est institutum ad aliquid figurandum, et hoc modo praecepta caeremonialia sunt figuralia; ad hoc enim sunt instituta ut aliquid figurent pertinens ad cultum Dei et ad mysterium Christi.* (Cf. I, II, q. 101, a. 1, 2.) "*Quaedam vero praecepta sunt figuralia non primo et per se, sed ex consequenti et hoc modo praecepta judicialia Veteris Legis sunt figuralia; non enim sunt instituta ad aliquid figurandum; sed ad ordinandum statum illius populi secundum justitiam et aequitatem: sed ex consequenti aliquid praefigurabant in quantum scilicet totus status illius populi, qui per hujusmodi praecepta disponebatur, figuralis erat, secundum illud I Cor. X, 11 "Omnia in figura contigebant illis, I, II, q. 104, a. 2, c.*

(2) San Juan de la Cruz, lib. II, c. XIX. San Agustín nos describe admirablemente en sus confesiones esa providencia sabia y bondadosa de Dios que todas las cosas del orden humano, sin excluir los mismos errores y pecados propios ó ajenos, ordena á la santificación de sus elegidos. Lib. IX, c. VIII.

(3) Exod., XX, 11; XXXI, 17; Deut., V, 14. Encíclica *Providentissimus*, n. 28. Comis. bíblica, 30 Jun. 1909, Dub., III, VII.

las últimas, ¡cuántos vanos esfuerzos, cuánto derroche de ingenio por recorrer el velo con que Dios ha querido encubrir siempre la hora y el modo que tiene fijados para poner fin á este mundo é inaugurar el reino de su justicia, el triunfo definitivo de la verdad! Y mientras los expositores se fatigan por encontrar en el Apocalipsis lo que sin duda Dios no había querido enseñarnos (Supl. q. 88, a. 3) y por satisfacer su curiosidad tal vez se olvidan de buscar en el libro inspirado una enseñanza más alta y más digna del último profeta de la nueva Ley y la aplicación auténtica de aquella sentencia del divino Maestro: *In mundo præsuram habebitis, sed confidite, Ego vici mundum*. Esta doctrina era más útil á los primitivos cristianos, que se veían perseguidos como fieras salvajes por las potestades mundanas, para darles alientos en la lucha y confirmar sus esperanzas en el triunfo definitivo de su fe, y es útil en todos los tiempos porque en todos luchan contra el Señor y contra sus santos. los poderes del mundo, y siempre, en medio de las persecuciones de que la causa de Dios y de la Iglesia es objeto, necesitamos tener presentes las palabras del Señor: *confidite, Ego vici mundum*.

Una buena parte de la Ley mosaica se ocupa en disponer y ordenar las ceremonias del culto y en exhortar á los fieles á su cumplimiento. Dos errores nos muestra la historia en la inteligencia de estos preceptos divinos. El primero y más grosero era el de aquellos que se imaginaban agradar á Dios con las externas observancias, sin pensar nada en los sentimientos del corazón. El segundo es el querer conservar aprisionado el espíritu religioso que en los antiguos preceptos ceremoniales se encerraba, aun en la edad mesiánica, en que Dios derrama con infinita generosidad la gracia de su espíritu, no sobre un pueblo pequeño, sino sobre el orbe entero. Estos, que la historia llama cristianos judaizantes, semejantes á las aves nocturnas, quedaban ofuscados ante el resplandor de la verdad con que Jesucristo esclarecía é interpretaba los antiguos preceptos de la Ley. Otro ejemplo no menos claro y de mayor transcendencia. La Ley promete repetidas veces los bienes de la tierra á los que observan los mandamientos divinos, y los otros libros de la antigua Alianza, en que se inculca la guarda de la Ley, suelen seguir el mismo proceder. Los profetas, anunciando las bendiciones de la edad mesiánica, se inspiran también en el Pentateuco y la paz, la justicia, la obediencia á la voluntad divina, todo el infinito cúmulo de bienes espirituales, que el Enviado del Señor traerá á la tierra, parecen tener por complemento la abundancia de los bienes terrenos y la ausencia de los males que suelen afligir la humanidad. Pero en la intención del Espíritu Santo, que hablaba por boca de los Profetas, el objeto principal de la profecía era la gracia divina; todo el resto era sólo una vestidura en que la promesa de aquella gracia iba envuelta para hacerla entrar en el ánimo aún imperfecto y terreno de los hebreos. En la interpretación de

las profecías podemos notar los mismos errores que en la de los preceptos legales. Los unos reducen la felicidad mesiánica al disfrute de los bienes de este mundo, y si añaden la observancia de la Ley, es como medio subordinado para la consecución plena de aquellos bienes, no como el fin de éstos. Los otros, que no alcanzaban á estimar bastante las inestimables riquezas de la gracia divina y la suma dicha que es capaz de producir en el alma aun en medio de las aflicciones externas, consideraron los bienes terrenales como una parte complementaria del reino de Cristo, no entendiendo aquellas palabras del Apóstol: *Non est regnum Dei esca et potus; sed justitia et pax et gaudium in Spiritu Sancto.*

Vengamos á la tercera especie de cosas, que son substancialmente terrenas, pero ordenadas por Dios á la manifestación de su Cristo y á la salud de los elegidos. Su carácter sobrenatural está sólo en esa ordenación, y al conocimiento de ella se limita su cualidad de objeto de la profecía. Una ojeada sobre esta parte de la Escritura nos sorprendería si no estuviéramos tan habituados á mirarla desde un punto de vista más alto.

¿Qué significa la historia de los patriarcas y del pueblo elegido, sus guerras, sus victorias y derrotas, sus artes, su cultura científica en la historia del mundo? Jamás en el infinito cúmulo de elementos históricos que poseemos para conocer la historia del género humano se menciona á los patriarcas, á los jueces y á los profetas de Israel. La primera vez que el pueblo hebreo se ofrece en la escena de la historia es presentado con estas tan poco halagüeñas palabras: "Israel fué arrancado de raíz, ya no tiene pan" (1), sus reyes más ilustres son desconocidos y los primeros de entre ellos que aparecen es sólo como vencidos y tributarios del gran rey de Asiria. Es el misterio mismo, que San Pablo reconocía en la predicación apostólica: "*Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*"

Pero aun por la Escritura no conocemos bien la historia de estos sucesos, de suyo pequeños, quedando con esto más reducidos para nosotros. Ni la historia de los patriarcas ni la de los jueces ó los reyes se halla narrada en la Escritura de una manera metódica, clara y completa. Carecemos de cronología bíblica, aun aproximada hasta los comienzos de la monarquía y exacta desde la inauguración de ésta (2). La serie de las genealogías con ayuda de las cuales se forma la cronología bíblica hasta la edad de David y Salomón es sumamente deficiente. Para llenar los

(1) Estela de Menefta, dicha *de Israel*. "Populus Judaeorum ad hoc erat electus a Deo quod ex eo Christus nasceretur; et ideo oportuit totum illius populi statum esse propheticum et figuralem ut Aug. dicit... sicut etiam bella et gesta illius populi exponuntur mystice non autem bella vel gesta Assyriorum vel Romanorum, quamvis longe clariora secundum homines fuerint." I, II, q. 104, a. 2 ad 2.º

(2) *Vet. Test. Chronologia monumentis babilonico-assyriis illustrata*, ab Antonio Déimel, S. J., Roma, 1912.

once siglos que median entre Abraham y David no contamos más que con catorce generaciones (Mat., I, 17; Luc., III, 32-34); para los cuatrocientos ochenta años que la Escritura asigna entre el Exodo y la dedicación del Templo por Salomón (I Reg., VI, 1) sólo tenemos cinco generaciones (Mat., I, 4-6; Rut., IV, 18-22) y para el inmenso vacío que existe entre el primer hombre y Abraham la Escritura nos ofrece el número insignificante de veinte generaciones (Luc., III, 35-38), cerrándonos la puerta, que en otros casos nos deja abierta, de suponer muchas omitidas, con la indicación precisa de los años que entre una generación (Gen., V, XI, 10-28) y otra pasaron. Y no sólo la historia antigua, pero la nueva, la vida de nuestro Salvador, que tanto deseáramos conocer, narrada por cuatro evangelistas, nos deja en la incertidumbre de la cronología de su vida, del orden en que se sucedieron los primeros misterios de ella, de su existencia oculta durante treinta años y, en fin, del curso preciso de su vida pública, de las palabras que salían de sus labios, de sus milagros y de sus apariciones luego de resucitado para confirmar en la fe á los discípulos. Y más ignorada nos queda todavía la historia de los Apóstoles, sobre los cuales la fe de la Iglesia se halla fundada (1).

Dada la naturaleza de estas cosas, los juicios inexactos y las opiniones diversas acerca de ellas no tienen la transcendencia que en las precedentes advertimos. Todavía son, sin embargo, bastante importantes para que las notemos de pasada. No es tan raro ver aparentemente confundido en esta parte de la Escritura lo humano con lo divino, y atribuir á las cosas una grandeza que por humana pudiera tomarse cuando tan sólo es divina, como si no fuera ordinario en Dios esconder sus maravillas bajo apariencias muy humildes (2). Sólo quien olvide el misterio de la Cruz y la grandeza que en él se encierra puede incurrir en confusión semejante. Más peligroso es el opuesto error en que suelen incurrir las almas sin fe y sin altos ideales, juzgando la historia sagrada sólo por su corteza exterior, como si bajo ella no se ocultase algo que vale más

(1) Unimos la historia del Salvador y de los Apóstoles con la antigua, como argumento *à fortiori*, pues si acerca de las cosas que ocurrieron en nuestros días, como quien dice, y tan de cerca tocan al objeto de nuestra fe, nos hallamos en tales obscuridades, no es de maravillar que la divina Providencia nos haya dejado en mayores tinieblas tocante á los sucesos antiguos y que más remotamente se ordenaban á nuestra salud.

(2) Me parece oportuno recordar aquí las palabras de San Agustín acerca de la composición de los Evangelios: "Quis ergo et in hoc re cognoscit intellectum Domini, aut quis consiliarius illi fuit, qui sic gubernavit corda reminiscientium Evangelistarum et in Ecclesia fastigio tantae auctoritatis culmine sublimavit, ut per haec ipsa quae in eis contrarie videri possunt, multi excaecarentur, digne traditi in concupiscentias cordis sui, et in reprobum sensum; et multi exercerentur ad eliminandum pium intellectum secundum occultam Omnipotentis, justitiam? Dicit enim propheta Domini: *Nimis profundae factae sunt cogitationes tuae, vir insipiens non cognoscet, et stultus non intelliget haec*. Peto autem et admono eos, qui haec legunt per nos, adjuvante Domino, elaborata, ut hujus sermonis quem hoc loco interponendum arbitratus sum, in omni simili quaestionum difficultate meminerint, ne saepius eadem repetenda sint." *De cons. Evangelistarum*, lib. III, n. 48, 49.

que la civilización de Babilonia, de Egipto, de Grecia y de Roma, una verdad más firme y más vivificante que toda la ciencia y literatura antigua, una religión más pura que la practicada en los suntuosos templos, maravillas del genio humano. A los que tal estiman la historia santa les ocurre lo que á los judíos y griegos, para quienes la Cruz de Cristo era escándalo y necedad.

Entre estos dos extremos de elevar lo humano al nivel de lo divino ó rebajar lo divino hasta el nivel de lo humano está el justo medio de estimar cada cosa en su orden y juzgar ambas según su propio valor. Pero no es siempre fácil á la flaqueza humana acertar con la disposición de la sabiduría divina. Uno de los desaciertos consiste en exigir en el conocimiento de los sucesos que constituyen la historia sagrada y en el orden de los mismos una exactitud, claridad y certeza que necesitamos en las cosas substanciales de la fe, olvidando lo que estas cosas significan en el plan divino de la revelación. A la manera que los obstáculos de un camino desaparecen de la vista cuando se lo mira desde una gran altura y las sinuosidades de la costa se convierten en líneas regulares para quien la contempla desde alta mar, del mismo modo las contingencias de los hechos experimentales pierden su valor individual y se hacen, desde el punto de vista del detalle, casi indiferentes á la vista de quien los considera con los ojos de la inteligencia y á la luz de primeros principios. ¿Cuánto más sucederá esto en la profecía, en la cual el profeta, iluminado por Dios, contempla las cosas, no en sus causas segundas, sino en la primera, que todas las otras mueve y dirige y ante la cual todas las otras son iguales? Las obscuridades de la historia santa, de cualquier fuente que provengan, no nos impiden ver en su curso general la providencia paternal de Dios que vela sobre su pueblo, que ordena todas las cosas á la aparición de su Verbo y á la salud de los elegidos (1). Y esta vista basta para fundamentar nuestra fe en el Enviado del Señor. Un conocimiento más detallado de la economía divina acaso contribuyese á ilus-

(1) Un interesante ejemplo de este modo de proceder en la misma historia evangélica nos lo ofrece San Agustín en la citada obra *De consensu Evangelistarum*. Léase la manera cómo el Santo Doctor resuelve la conocida dificultad que en San Mateo, XXVII, 9, se encuentra cuando cita á Jeremías por Zacarías. El Santo rechaza la solución de corregir el texto, y añade: "Cur autem ita constituerit Dominus, prima illa causa utilissima debet facillime cogitari, etiam sic est insinuatum, ita omnes sanctos prophetas uno spiritu locutos mirabili inter se consensione constare, ut hoc multo amplius sit, quam si omnium omnia Prophetarum uno unius hominis ore dicerentur: et ideo indubitanter accipi debere quaecumque per eos Spiritus Sanctus dixit et singula esse omnium, et omnia singulorum... hoc potius debent assumere fideles et docti ad ostendendam unitatem sanctorum etiam Prophetarum." Lib. III, n. 30. Igual alteza de principios muestra el Santo en la armonía de la Ley con el Evangelio. Ejemplo: si alguno demostrase no existir parentesco entre la Virgen y San José, y que la Madre del Salvador no era, por tanto, de la estirpe de David, el matrimonio de San José con la Virgen María bastarian para conferir á Jesús el nombre y derecho de hijo de David y para dar cumplimiento á la profecía, que dice: *De frutu ventris tui ponam super sedem tuam*. *De cons. Evang.*, lib. II, n. 4 y 7.

trarnos sobre los atributos de Dios; pero sería esta luz como la de una pequeña estrella ante el sol de mediodía comparada con la luz que despide la Cruz de Cristo, el misterio de la Encarnación, en la cual se manifiesta el poder, la justicia y el amor de Dios. El Señor que tales cosas nos tenía dispuestas para el Nuevo Testamento no quiso en el Antiguo fatigarnos con otras insignificantes.

V

Declarado brevemente el contenido profético que encierra cada una de las partes en que la profecía se nos manifiesta no puede haber duda acerca de su verdad, como quiera que es una participación de la misma ciencia divina (1). Pero otra cosa es si tratamos de inquirir el grado de conocimiento que los profetas tenían de aquellas cosas que Dios por su mano quería comunicar, primero á sus contemporáneos y luego á los que después viniesen. El alcance de la luz profética en cada uno de ellos y en cada revelación hecha á uno mismo, ya que no siempre eran de igual modo iluminados, sólo por otra revelación de Dios lo podríamos conocer. Las mismas palabras de los profetas, supuesto que nos hablan en términos llanos y no en símbolos y figuras, nos bastan para revelarnos todo su sentir y su pensamiento. Quién podrá precisar hasta dónde alcanzaban aquellas palabras de Moisés (2): *Dominator Domine Deus, misericors et clemens, patiens et multæ miserationis et verax, qui custodis misericordiam in millia, qui aufers iniquitatem et scelera atque peccata, nullusque apud te innocens est*; y aun aquellas de apariencia más sencilla con que San Juan comienza su Evangelio: *In principio erat Verbum...* Lo que San Pablo dice de sí mismo, que había visto cosas y arcanos, que no es dada el hombre expresar, otros muchos antes y después que él lo han sentido (3).

Pero aunque no podamos determinar el alcance de todas las palabras proféticas, todavía por el conjunto de su exposición se puede conocer algo de lo que entendían; inútil hubiera sido de otro modo el don de profecía, si no pudieran comunicar sus enseñanzas á los hombres. Varias cosas resultan claras y ya las dejamos indicadas. En primer lugar hay en la revelación profética un progreso constante; como la luz del sol, va creciendo hasta alcanzar en Jesucristo su perfecto desarrollo. En segundo término

(1) II, II, g. 171, a. 6, c.

(2) Exodo, XXXIV, 6, 7.

(3) Los Santos, después de sus más íntimas comunicaciones con Dios, hablaban como San Pablo, sintiéndose incapaces de expresar con los términos é imágenes del lenguaje común, lo que Dios les había dado á conocer sin esas imágenes y por una vía superior á ellas. P. Arintero, *Evolución mística*, p. I, c. VIII, § II.

ninguno de los profetas conocía toda la plenitud de verdad que en sus hechos y palabras se contenía. El Espíritu Santo, que era su maestro, sólo comunicaba á cada uno aquella parte en que convenía instruir al pueblo; los profetas la entendían más perfectamente y se aprovechaban de ella los primeros y mejor que los demás; pero las verdades particulares no eran otras que las que el Señor le comunicaba á él y las que él debía comunicar al pueblo (1).

De esta suerte se forma Dios sus ministros, maestros de la verdad divina, la cual en diversas formas procuran comunicar al pueblo escogido. Unos lo harán como Moisés, legislando y organizando en nación á su pueblo; otros, juzgándole á la manera de Samuel; otros, combatiendo sus prácticas idolátricas y su política mundana como Elías, Isaías y Jeremías; otros, fundando dinastías ó influyendo en su creación como David y Eliseo; otros, consolando á los cautivos, como Ezequiel, ó levantando su espíritu abatido como Ageo y Malaquías: unos escribiendo historias ó proverbios ó himnos ó disputas religiosas; otros, señalando con el dedo al Mesías y exhortando al bautismo de penitencia, y otros, en fin, predicando á todas las naciones el nombre de Jesucristo, en quien sólo se halla la salud y la remisión de los pecados. Esto es ya lo que Santo Tomás llama *denunciatio prophetiæ*, que sigue á la infusión de la luz profética y que puede realizarse de muy varios modos, según las disposiciones y necesidades de aquellos á quienes se hace. Esas verdades comunicadas á los profetas y al pueblo se ordenan á modelar su alma, su vida, sus costumbres, conforme á la verdad divina, á santificarlos y espiritualizarlos, lo cual lograrán más eficazmente cuanto las verdades sean de suyo más altas, se comuniquen y sean recibidas en forma más desligada de las cosas corporales.

Supuesta esta divina formación del ánimo del profeta y la diversa elevación de su doctrina y de la manera de asimilársela, el Espíritu Santo mueve á todos de igual modo á comunicarla de palabra ó por escrito. Esta moción es un nuevo carisma del Espíritu Santo cuyo resultado son las divinas Escrituras.

FR. A. COLUNGA, O. P.

(1) II, II, q. 172, a. 4, q. 1, a. 7, ad 3.^{um}

CARRANZA Y EL DOCTOR NAVARRO

(Conclusión.)

El disgusto que la *Consulta* le produjo no fué el primero para el Doctor Navarro. Pocos días antes, en Enero de 1562, había tenido otro, y no pequeño, por razones análogas. Tratábase por el Arzobispo de Santiago, juez delegado de la causa de Carranza, de nombrar los calificadores de los escritos de éste, y Azpilcueta no descansaba. Si será éste, si será aquél, si aceptamos al uno, si recusamos al otro; tales eran los pensamientos del gran canonista. Y no descansaba, no descansaba ante la idea de que los calificadores pudiesen ser adversos á su cliente. Lo ocurrido entonces y después y siempre demuestra claramente la disposición de ánimo del celoso defensor de Carranza, dignísima de todo respeto y consideración. Pero Azpilcueta se exteriorizaba demasiado, y los jueces creyeron deber llamarle al orden, y le llamaron, con las circunstancias reveladas en los documentos siguientes:

Examen con el P. Fr. Jorge Manrique de Lara, General de la Orden de San Benito (1).

En la villa de Valladolid a catorze dias de el mes de Enero de mill e quinientos e sesenta y dos años ante los Señores obispo de Palencia e doctor Simancas, jueces de la cabsa de el Rmo. arzobispo de Toledo, paresció siendo llamado e juró de dezir verdad

El Padre fray Jorge de Lara, General de la orden de San Benito.

Preguntado si sabe e presume la cabsa para que ha sido llamado, dixo que no.

Preguntado si ha entendido que alguna persona de los letrados de el dicho Arzopo. de Toledo o otros amigos o serbidores suyos se ayan desmandado a hablar alguna cosa en fauor de este negocio, dixo que los dias pasados, que podra aver dos o tres meses poco mas o menos, le vino a hablar a este declarante el doctor Navarro e dixo que era muy amigo de Don Juan, hermano de este declarante. E que le paresce que le dixo muchas palabras de

(1) *Proceso de Carranza*, t. IX, fol. 487.

buenos cumplimientos. E ovo mucha platica en negocios de el Arçobpo. E que le paresce que le dixo que su venida era (no por palabras formales sinc por su equivalentes) que sabía o se dezia que dos monjes de la orden de San Benito estaban señalados para calificar e tratar los negocios de el Rmo. Arçobispo de Toledo. E rogó a este declarante que no haziendo en conciencia o en lo justo, que en lo pudiese seer este declarante diese orden a los dichos monges que estubiesen propicios o se hubiesen piadosamente en los negocios de el dicho Señor Arçobpo., o cosas semejantes de estas dos razones. E que este declarante preguntó al dicho Doctor Nauarro quiénes eran los Monges, por que él se lo preguntaba como cosa que ya este declarante sabía E que le respondió que creya que era vno el Abbad de Yrache, y de el otro este declarante no se acuerda. E que tambien dixo el dicho Doctor que estaban nonbrados a lo que le paresce otros dos frailes dominicos, que el vno dellos le paresce que le dixo vn tal Chabes que reside en Toledo. E tambien le dixo que estaba nonbrado vn fraile de Sant Francisco de esta villa que fue provincial, llamado Ibarra. E que no se acuerda si entre los de su orden le nonbró a frai R.º de Badillo. E que este declarante no se determina si tambien le nonbró a fray Juan de Robles, pero que le paresce que lo nonbró, por rrazon que este declarante le rrespondió que el dicho frai Juan de Robles e Abbad de Yrache eran amigos de el Señor Arçobispo de Santiago. E que con curiosidad e muy de proposito procuró este declarante de saber de el dicho Doctor Nabarro en que terminos estaban los negocios de el Arçobpo. Y que el dicho Doctor Nabarro respondió que estaban muy buenos, y entendió este declarante de el dicho Doctor Nabarro que era la razon no seer los testigos contestes, o cosa semejante, y que algunos que podian hazer daño, que eran muertos sin ratificarse, o colegió de él cosas semejantes a esta. E que lo que le podia hazer daño era la qualificacion de las proposiciones no mirando con ojos piadosos lo que estaba en sus obras. E que él tenia por cierto que saldria libre, y que aquellos Señores no abrian errado, deziendolo por los Señores que avian botado en su prision. E que este declarante quedó muy escandalizado de tratarse negocio semejante como era prebenir a los que avian de qualificar las proposiciones. E que pasaron otras muchas cosas de que este declarante no se acuerda. E que a esto estubieron a solas. E que agora le paresce que nonbrando a fray R.º de Badillo, que le paresce que se le echó el dicho Doctor afuera e que nonbró a frai Juan de Robles. E que si este declarante ha dicho que el dicho Doctor se le nonbró, que sería así. E que esto es la verdad, e no lo dize por odio. E leyda esta declaracion lo firmó de su nonbre aviendo prometido el secreto. *Frai Jorge Manrique = General de Sant Benito.*

Examen con el Dr. Navarro (1).

En Valladolid a veynte e seis dias de el mes de Enero de mill e quinientos e sesenta y dos años ante los Señores Obispo de Palencia e doctor Simancas, juezes de la cabsa tocante al Rmo. Arçobispo de Toledo, paresció siendo

(1) *Proceso de Carranza*, t. IX, fol. 489.

llamado e juró de dezir verdad el Doctor Nauarro, letrado que es de el dicho Señor arçobpo. de Toledo en la defensa de su cabsa.

Preguntado si sabe o sospecha la cabsa por que ha sido llamado,

Dixo que no por cierto, sino que será de alguna cosa de lo de el proceso de el Señor Arçobispo de Toledo.

Fué preguntado si sabe que alguna persona aya tratado en hablar quién son los theologos que estan nonbrados para veer e qualificar las obras y escriptos de el Rmo. Arçopo. de Toledo. Dixo que entre este declarante e los demas letrados de el dicho Señor Arçobispo se a hablado muchas vezes de quiénes podrian seer los dichos qualificantes. Preguntado si ha tratado dello este declarante proprio con alguna otra persona, dixo que estando este declarante en Nabarra antes que veniese a tratar de este negocio, oyó dezir al Doctor Falzes, canonigo de aquella Iglesia, e a otras personas que estaban en las Cortes de aquel reyno, que el Abbad de el Monesterio de Yrache de la Orden de Sant Benito, que es cerca de Estella, avia sido llamado por el Illmo. Señor Arçobispo de Santiago, e que pensaban que venia sobre este negocio de el Señor Arçobispo de Toledo. E porque vn hermano de el Abbad de Sant Benito de esta villa, ques general de aquella Orden, que se llama Manrique y es Comendador de Santiago, por seer muy grande amigo del Marqués de Cortes le vino a veer a este testigo en esta villa. E que asy parte por besarle las manos, e parte por saber si era verdad lo que le avian dicho de el dicho Abbad, este declarante fué al Monesterio de Sant Benito de esta villa. E su paternidad le recogió muy bien con otros que algund dia fueron en Salamanca oyentes de este declarante, e le preguntó si era verdad lo que le avian dicho de el Abbad de Yrache. E que el le respondió que no sabia nada, antes pensaba que no seria llamado para esto, pero que él procuraria de saberlo. E que despues boluió allá este declarante, e no le halló en el monesterio, e nunca mas le ha visto sino vna vez que le topó en la calle, ni nunca le a escripto ni embiado mensajerias, sino vna cedula con vn fraile suyo para que le quitase de ciertos escrúpulos de conciencia que quedó avn con ellos, E que no se acuerda que pasase otra cosa. Preguntado si sabe este declarante o ha platicado con el dicho General o con otra persona en otra parte de quién son los Theologos nonbrados para este negocio, e si avia mas personas nonbradas de la orden de Sant Benito, dixo que entre los letrados de el dicho Rmo. Arçobpo. se habló de vn Badillo, que este declarante no conoce, e de vn fray Juan de Alçolaras a quien este declarante conosce, que es de la orden de Sant Geronimo, por dezir que son buenos letrados de los mejores de su orden. E que con el dicho General no se acuerda este testigo si habló de el dicho Badillo, o si el dicho General le dixo á este declarante. Fue preguntado si sabe que alguna persona aya encargado á otra que procure que los theologos que fueren nonbrados para la qualificacion de las obras de el Arçobpo. de Toledo, se ayan bien o piadosamente, vna cosa a este modo. Dixo que al dicho General le dixo este declarante que le pesaría que el dicho Abbad de Yrache por seer Abbad de Monesterio de Nabarra qualificase por pasion como no debía los dichos libros, avnque por su qualificacion ni la de otros, si no fuesen quales debian seer, no dexarian los letrados de el Arçobispo de defender la verdad e justicia dellos. E que tambien han hablado

entre los letrados de quiénes podrian seer qualificantes de los frailes de Sant Francisco, e nonbraban a vn Ibarra e a Orantes e a Montenegro, que dezian que eran buenos letrados. E también dezian de los de la orden de Santo Domingo si seria vn Sotomayor, e Pedroche, e Chabes. E que este declarante a preguntado a fray Felipe de Meneses si entendia quiénes entenderian en la dicha qualificación, pues era cierto que algunos avian de entender en ello segund la naturaleza de el negocio, e por lo que se suele hazer en semejantes casos. E que él dixo que no sabia. E que tambien dixieron de los letrados de vn licenciado Carlos e de vn fray fulano Medina, en cuya recusacion despues presentaron vn escripto ante sus señorias. E ques cierto los letrados holgaran de saber quiénes eran para en caso que fuesen sospechosos, suplicar que no les entrometiesen en ello, e si no lo fuesen sino personas honradas, para holgarse dello. E que se holgaron en pensar que serian algunos principales como Ibarra e otros, Pedroche, Chabes e Sotomayor. Preguntado sy se acuerda este declarante de aver tratado con alguno fuera de los otros letrados de la probança que avria en este negocio de el Rmo. Arçobispo, diziendo que seria poco prejudicial por algunas razones que para ello daba, dixo que no se acuerda de cierto de cosa que sea notable.

Preguntado sy se acuerda de que se ponian algunas enfermedades en los testigos de esta dicha cabsa asi en la contestacion como en las ratificaciones, dixo que entre los letrados bien an hablado muchas vezes sobre esto, pero que fuera no se acuerda averse hablado en esto cosa que se deba dezir. Fuele dicho que ay informaçion que este declarante ha alguna vez, fuera de el dicho silencio, hablado en lo que está preguntado, dando buena esperança de el subçeso de la cabsa. Dixo que antes que partiese de Nabarra tubo siempre concepto que el Arçobispo de Toledo fue preso con cabsa bastante, e fue muy prouechosa su presion para muchas cosas, espeçialmente para que alguna gente principal que venia de reynos estraños no hablase tan osadamente como començaban a hablar en las cosas de la religion, pero nunca tubo al dicho Arçobpo. por herege (antes le tubo por ynocente) porque antes que fuese preso, avia leydo su catheçismo en aquellas partes en que se tocan las heregias modernas, e que no halló en él cosa que le ofendiese notablemente, é sí muy muchas que le edificaron mucho. E asi vino a esta villa con opinion de que el Santo Officio e los que le prendieron, quedarian honrrados por el animo que tubieron de hazer lo que hezieron, e que el dicho Rmo. Arçobpo. seria bien librado. E que despues que vino aca, en algunas platicas, espeçialmente en vna que ovo delante la Señora Doña Maria de Mençoça e de el Obispo su hermano, dixo que con esta opinion avia venido. E la cabsa por que lo dixo, fue que aquella Señora dixo a la Condesa de Osorno, que estaba presente e avia dicho que dezian se libraría el dicho Rmo. de Toledo, que no se podia hazer aquello sin grande afrenta de el Rmo. de Seuilla e las otras personas que le mandaron prender, le pareció a este declarante que pues él lícitamente podia dezir lo que tenia concebido antes que aca veniese, e dezirlo era honrra de Dios e de la justicia e de los ministros e reos della sin prejuizio de nadie, lo dixo para desengañar a la dicha señora que traya muchas razones para confirmar su proposicion, e que ella quedó satisfecha e dixo que holgaba de aver

entendido aquello ansi. E que cree que en otras tres o quatro partes a dicho lo mismo sin manifestar secreto alguno de la cabsa. E que algunas vezes a dicho al hermano de el Arçobispo e a otros parientes e amigos suyos que tengan buena esperança de que los Señores Juezes que entienden en esta cabsa, procurarán de averiguar la verdad de la ignoçençia e de la culpa de-rechamente sin torçer a la vna parte ni a la otra. E que pues creen que el Arçobispo no es herege, han de creer que no será juzgado por tal. E que si se hallare e averiguare que es herege, que todos hemos de holgar que se haga justiçia de él, pues ellos mismos dizen que serán los primeros que traerán la leña. E que este declarante poco mas sabe çierto agora de su culpa o ignoçençia, e que no ha dicho este declarante de lo que siente despues que vino, sino de lo que traya antes conçevido, avnque agora sabe dello pocas mas que antes.

E aviendose leydo lo escripto en este examen, le fué dicho que responda a lo que sea preguntado, si a tratado con alguna persona para que diese orden con los qualificantes que se oviesen blandamente o benignamente en el negocio. Dixo que ni a dicho ni deseado que qualificador ninguno, ni juez alguno, ni oficial de esta cabsa dexe de dezir o hazer, o haga o diga cosa que perjudique a la verdad e justiçia de el fiscal ni de el reo. E que puede seer (avnque no se acuerda bien) que le dixiese al dicho General que si supiese que el dicho abbad de Yrache fuese qualificador, que le diese a entender en licitas maneras que qualificase rectamente sin prejudicar a su alma e honrra. E que esto es verdad so cargo de el juramento que hecho tiene, devaxo de el qual prometió el secreto e firmólo de su nonbre. E luego dixo que el libro de el cathecismo en que leya luego que se prohibió, lo enbió a la inquisiçion de Calahorra, e que pasó con el General de Sant Benito lo que dize podra aver tres meses. E lo de la opinion que tenia de esta causa, que fue luego que vino de Nabarra = *M. de Azpilcueta Doctor*.

Lo qual passó ante mi *Sebastian de Landeta, S.^o*

De carta del Arzobispo de Santiago á los Jueces subdelegados (1).

...Recebimos el examen del General de St. Benito y del Doctor Nauarro, y parécenos q es negocio digno de remedio, porq lo q el dho Doctor a dicho, a venido a noticia de muchas personas, y aun a Roma se ha scripto. Por esto ha parecido q V. S. y md. le llamen y le reprehendan y signifiquen el hierro (*sic*) en que a caydo, y le aperciban de lo que deue hazer adelante, y q será tractado con mucho rigor si por alguna via se entendiere q en esto excede. [9 de Febrero, 1562].

De carta de los Jueces subdelegados al Arzobispo de Santiago (2).

El Doctor Nauarro se halló muy atajado y apretado en el examen que le hezimos, y en otro apercebimiento que antes se hizo a el y a los otros le-trados, y asi no creemos que tiene necessidad de nueva correction... De Vallid a XV de hebrero, 1562.

(1) *Proceso de Carranza*, t. XVIII, fol. 193.

(2) *Idem*, id., fol. 162.

Por estos documentos se ve que llovía sobre mojado cuando el Doctor Navarro dirigió al Rey su *Consulta ó Dcliberación*, cuyos tristes resultados para el autor nos son ya conocidos. Hasta se pensó en apartarle de la defensa, y no se vino en ello por no dar motivos de queja al Arzobispo de Toledo, el cual grandemente confiaba en la ciencia y en el celo de su ilustre paisano. Avanzaba el proceso, pero con lentitud, por varias causas, y fué necesario pedir otra prórroga en Abril de 1563. Obtúvose por un año, hasta el 1.º de Abril de 1564, declarando el Papa en el Breve que ya no se daría nueva prórroga: *sine spe ulterioris prorrogationis* (1). Sin embargo, no fué así, pues todavía se obtuvo otra prórroga, la tercera y última, hasta el 31 de Diciembre de 1564. Pero Carranza nunca pensó tal cosa, fiado en la palabra del Papa, *sine spe ulterioris prorrogationis*, y el 31 de Marzo, último día de la jurisdicción, presentó á los jueces subdelegados, para que la pusiesen en los autos, una carta latina dirigida á la Santidad del Papa Pío IV, donde hace la historia del proceso, y señala los agravios que en el curso del mismo juzga haber recibido; carta gravísima, que hay que saber leer, en la cual, dando rienda suelta á su dolor, pide la pronta determinación y sentencia de su causa, por los daños especialmente que sin pastor la iglesia de Toledo padecía.

Y no se contentó el desgraciado Carranza con la carta al Papa dirigida. El mismo día presentó también la petición siguiente, donde repite algunos agravios recibidos é indica su deber de enterar plenamente de todo al Papa y al Rey y al Arzobispo de Santiago. A continuación va el célebre *Memorial*, ó mejor, el *Razonamiento* dirigido á Felipe II por el Dr. Navarro, desarrollo y complemento de la petición presentada á los jueces subdelegados:

Petición del Sr. Arzobispo de Toledo á los Jueces subdelegados (2).

En Valladolid a treinta vn días del mes de março de mill y quinientos y sesenta y quatro años, ante el Señor Doctor Simancas del Consejo de su Magt. en la santa general Inquisicion, juez de la causa tocante al Rmo. Señor Arçobpo. de Toledo, que á la sazón hazia audiencia solo con su S.^a (porque el Sor. Obpo. de Palencia fue esta Semana Sancta á su iglesia) presentó el dho. Sor. Arçobpo. de Toledo vna peticion firmada de su nonbre y de sus letrados, que es la siguiente.

Muy ille. y Rmos. señores. = Digo yo Fray Bartholomé Carranza de Miranda, arçobispo de Toledo, primado de las Españas, que ahora que gracias á nuestro Señor ha llegado al cabo este proceso, protesto lo primero que he rescuendo en él muchos agravios, vna buena parte de los quales estan expresados en vn epilogo que dellos y de los lugares en que consiste mi defensa, en 31 de este presenté.

(1) *Proceso de Carranza*, t. III, fol. 3.

(2) *Idem*, id., fol. 506; t. XVIII, fol. 212.

Lo 2.º que assimesmo he pedido muchas vezes y requerido que vras. S.^{as} en acabandose este processo, lo embiasen luego á nro. muy santo padre Pio papa 4.º conforme al mandam.º que por sus breues tiene hecho, y ahora que es acabado, lo torno á pedir y requerir y protestar delante de Dios y de las gentes que en dexar de hazerlo se me hará grandísimo agrauio, y el mayor que nunca a hombre se hizo en otro caso semejante. Y porque no ay más ni otra authoridad para entender en esta causa, de la que su S.^d ha comunicado para ello, y en la forma que por sus breues paresçe, pido y requiero assí al Rmo. Señor Arçobispo de Santiago ausente, como á vras. S.^{as} que presentes están, sean los dichos breues guardados y cumplidos enteramente y que pues el dicho processo está concluso, se embíe luego cerrado y sellado, originalmente á su Sd. pues todo lo que ultra de esto se hiciere, será contra comision y expreso mandato, y por consiguiente contra justicia. Item porque está assimesmo mandado por su San.^d que se saque y confiera la copia del dicho processo con su original en presencia de mi legítimo procurador, pido tambien y requiero se haga luego assí, como su San.^d lo manda, presente vno de los procuradores que en 27 de este mes de março nonbré, para que sin dilacion la embie originalmte. á su Santidad attento que á xij del mesmo se cumplieron dos años que pedí y requerí diuersas vezes se sacasse la copia del dicho processo para este effecto.

Lo 3.º hablando con el acatamiento que deuo á la Santa Sede apostólica y á la S.^d del dicho nro. Señor y Smo. Padre y á la magd. real del Rey nuestro Sor. digo que la santa sede de Toledo e yo auemos reciuido muy grande agrauio en que ya que Su San.^d no conoció por su perssona de esta mi causa, y determinó que el processo se hiziese acá en España, se cometiese en ella á las perssonas que les paresció, y por vna orden nunca vista, sin oyirme á mí ni á mis procuradores sobre ello, para veer si me eran sospechosos ó no, y si la orden me era perniciosa, como me ha sido, ó no, por alguna vía que á su mag. podía seer ignota.

Lo 4.º que se me hizo el mesmo agrauio el año pasado en dar y procurar la prorrogacion de otro año por la mesma orden y via, sin ser yo oydo ni auérseme dado lugar para ello, y que agora se me hará vn agrauio intolerable y nunca visto ni oido en semejante causa, si luego con toda la breuedad possible no mandassen embiar y embiasen á Roma el dicho processo, para que Su Santidad en su sacro consistorio lo determine y vea todo el mundo mi culpa ó desculpa, y nadie diga que he sido condenado ó absuelto sino por los juezes que nro. Sor. Jhuchristo y sus santos apostoles y todos sus subcesores en los sacros concilios para ello han ordenado y decretado, y la iglesia desde su fundacion a usado. Lo qual protesto delante de la diuina Magt. suplicándole me haga cumplida justicia contra todos los que esto me estoruaren y lo contrario procuraren, deziendo con el Real propheta Dauid: *fac mecum signum in bonum, ut uideant qui oderunt me, et confundantur, quoniam tu domine adiuvisti me.*

Y porque yo tengo más particular obligacion que otros de dar quenta de mí á nro. muy Santo Padre, que es mi inmediato y soberano prelado, y al catholico Rey nro. Sor. cuyo vasallo y criado he sido y soy, á vras. S.^{as} pido y requiero manden dar luego noticia de esta mi última protestacion á su

Santidad y á su Magt. y al dicho Sr. Arçobispo de Santiago, y protesto delante de Dios lo mesmo contra vras. S.^a si ansi no lo hezieren. Y porque con esto hago todo lo que en mí es, en descargo de mi conciencia y alma, torno á dezir y protestar (afirmándome en las protestaciones que tengo hechas) que sean delante de Dios á culpa y descargo de los que por qualquiera vía directa ó indirecta impidieren i dilataren ó estoruaren la detérminacion de esta causa, por la manera y forma que aquí lo tengo pedido, todos los daños assi espirituales como temporales que hasta aquí han subcedido y subcedieren adelante en los cuerpos y en las almas en la sancta iglesia y arçobpado de Toledo, Y concluyo por la orden sobredicha, dentro del término que su Sd. ha mandado concluirse, pidiendo á nro. muy Santo Padre Pio PP. quarto como á vicario de Jesuchristo nro. Sor. en la tierra, me haga breue y entero cumplimiento de iusticia. *F. B. Toletan. = El doctor Martin de Azpilcueta nauarro. = El doctor Morales. = El doctor Delgado.*

E presentada la dicha peticion en la manera que dha. es, su S.^a del dicho Señor Juez dixo que la mandaua y mandó poner en el processo de esta causa y dar copia de esta peticion al illmo. Señor Arçobpo. de Santiago para que su S.^a haga lo que de justicia deua en lo del dar noticia della á su S.^d y á su Magt. y en lo que más en la dicha peticion se pide.

Lo qual pasó ante mi *Sebastian de Landeta, S.^o*

Sacada esta copia y el acto que va al pie de la peticion supraespta. del processo original del Rmo. de Toledo. Por mi *Sebastian de Landeta, S.^o*

Razonamiento que el Dor. Martin Nauarro Azpilcueta hizo al Rey Phelipò segundo en lo perteneciente a la prision de Don Fr. Bartholomé de Carranza, arzobispo de Toledo, que estaba preso por la Inquisicion (1).

Suplico a V. Magd. muy hùmilmente, christianissimo Rey é incomparable Monarcha, sea seruido de sauer que el Rmo. de Toledo, cuyo abogado soy por vuestro mandado (2) Real, me a dado poder con consentimiento de los Jueces, para decir de palabra a V. Mag. lo que el huiera dicho mejor por escripto, si le dieran lugar para ello.

Dos cosas principales traygo para decir a V. Magd. la primera, que besa la mano a V. Magd. con toda la humildad que es posible, como natural va-

(1) Publícase conforme á una copia del siglo xvi, que poseo, muy conforme con otra del Archivo de Simancas, *Inquisición*, libro 981. Estas dos copias difieren algo de la publicada por el Sr. Salvá en la *Colec. de Docum. Inéditos*, tomo V, pág. 495. Las variantes más notables van indicadas en las notas. Me temo que este señor no haya reproducido fielmente su manuscrito, pues comienza por modificar el epigrafe, si hemos de atenernos al que ofrece en la pág. 390. Confiesa el Sr. Salvá (nota de la pág. 442) ignorar el año en que se escribió este Memorial ó *Razonamiento*, pero se deduce claramente, leída la *Petición* que aquí le precede, y haciéndose cargo de los datos históricos que en él se consignan.

El Sr. Arigita reprodujo en *El Doctor Navarro* (pág. 577) el impreso del Sr. Salvá, cambiando sólo el título. Pero indica al mismo tiempo existir dicho Memorial en el *Proceso de Carranza*, libro VII; lo cual no es exacto. ¡Rara habilidad la del Sr. Arigita, hallar en este *Proceso* lo que no existe, y no hallar lo que existe! ¡Hallar en el libro ó tomo VII del *Proceso de Carranza* este Memorial ó *Razonamiento*, y no hallar ninguno de los documentos *navarros*, que tomados de ese mismo libro VII aquí he publicado!

(2) Ya queda explicado anteriormente, con los documentos publicados, en qué sentido ha de tomarse esta palabra *mandato*.

sallo, orador y hechura suya, y con la misma humildad le supplica sea servido acordarse que siendo él auisado por Cardenales y otros muchos de Roma y de España destas tribulaciones que se le vrdian, y pudiera facilmente librarse de ellas por uia del Papa, no lo hizo por le auer mandado V. Magd. por su carta Real (1) que no ocurriese a otro, y fiase de su Real amparo; y que ahora, visto lo que a pasado y passa, le parece que puede decir como nuestro Señor Jesucristo, al cabo de su proceso, le dijo a su Padre eterno desde la cruz en que padeci6, *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* por los muchos y grandes agrauios que a reciuido en esta causa, pudiéndole librar V. Magd. de ellos.

El primer agrauio que dice a reciuido, fue en prenderle y traerle afrentosamente (2). sin culpa verdadera ni colorada bastantemente, porque los dichos de los testigos que contra él se tomaron, a su parecer y al de sus letrados no bastaban para prender a un hombre como el, quanto mas a vn Arzobispo, primado de las Españas, y nombrado por el mayor y mas catholico Rey del orbe christiano (3), teniendo conocido antes por muchos años y por muchos dias su christiandad y religion en España, Inglaterra y Flandes; y el libro con que apoyan su opinion, tal que uisto en el Sacro Concilio Tridentino, no solamente no fue tachado (4), mas alabado, y en todos los Reynos y Prouincias (fuera de las en que viuen sus émulos) muy leydo y tenido por bueno (5), como cierto lo es, decretándolo assí los Diputados del Sacro Concilio.

El segundo agrauio que dice auer reciuido, es auérsele diferido tanto tiempo el conocimiento de su causa, quanto bastaría y sobraría para la acabar, tratandose con candidez y equidad.

El tercero es en auersele dado al cabo de dos años, con gran consulta y audiencia de sus émulos y sin ninguna suya ni de sus procuradores, jueces digo sospechosos por causas en derecho y en hecho claras; los quales recibió por sólo auerlos nombrado V. Magd. (6) que de otra manera no los reciuiera, y jueces partidos, los vnos ausentes y los otros presentes, para que remitiendo los vnos a los otros, y los otros a los otros, se dilatase la causa como se ha dilatado en manera nunca uista, leyda ni oyda; en la qual orden tampoco consintiera si no porque V. Magd. lo tubo por bueno.

El quarto el no querer guardar la orden debida, según los sacros cánones lo disponen, antes bien haciendo lo contrario le han denegado la habla con sus letrados, y le an denegado tambien dé parte de su causa a su Sant.^d y a V. Mag.^d (7), si no, a lo que creo, vna o dos vezes, y lo que el mas siente,

(1) Carta de 4 de Abril de 1559, *Proceso de Carranza*, t. II, fol. 412; *Colecc. de Doc. Inéditos*, t. V, pág. 522 (fragmento).

(2) «Cum gladiis et fustibus, viniéndose ya él, y prenderlos», añade Salvá.

(3) «Cristianísimo», dice mi copia.

(4) «Hechado», dicen mi copia y la de Simancas, pero es error manifiesto.

(5) «Por maza de herejes», dice Salvá.

(6) Los jueces subdelegados no fueron nombrados por el Rey, sino por el Juez delegado del Arzobispo de Santiago, *Proceso*, t. II, fol. 6.

(7) «El 4.º cargo es no guardar la orden de proceder que S. S. dió para el modo que procediesen por canónicas sanciones, esto es, según los sacros cánones, y ellos han procedido contra ellos, denegándole la habla con sus letrados aparte, denegándole también de dar parte de su causa á S. S. y á V. M. », Salvá.

vedándole todos los Sacramentos como si estuiera ya condenado por herege, aun estando en termino, y pidiendolos con grande instancia, y no siendo su causa sujeta poco ni mucho a las ordenanzas particulares del Sto. Oficio, que es notorio que no se estiende a dignidad ninguna obispal, quanto mas arzobispal y principal (1).

El quinto, compartirle (2) y diuidirle su acusacion en quince o veinte partes, poniendo en muchas de ellas vnos mesmos capítulos, y muchos catholicos (3), por hereticos, y casi todos entendidos contra la buena manera de entender en derecho diuino fundada, y humano, todo a su parecer para dilatar la causa, y decir que le ponian tantos capitulos, y engrandecer el proceso. Es cierto poderse poner (4) todos los importantes en menos de 30 capitulos, y juntaron, á lo que creo, mas de 400.

El sexto en acumularle muchas acusaciones vnas tras otras dentro de pocos dias, a los cabos de los terminos en que se acababa la juridicion, para el efecto de que el pidiese la prorrogacion que ellos deseaban, de lo qual su buena conciencia (5) y profundo sauer lo guardaron (6).

El septimo en permitir que los Theologos que escogieron (7) para calificar sus libros y papeles, se hayan detenido en calificar los agenos por suyos, y los otros papeles indignissimos de ser calificados, en tan sobrado tiempo, que no sabe como lo a sufrido.

El octauo en procurar tantas prorrogaciones de tiempo, en lo qual cierto (8) tampoco consintiera, si no porque V. M. las pidió (9) con conato (10) e instancia, significando que de otra manera no las diera (11).

Esta es la primera cosa (12) principal que traía para decirle a V. Magd. en nombre del Rmo. Y la segunda cosa principal que en el dicho nombre digo, es que da las gracias posibles a V. Magd. por no auer reciuido mas agrauos, teniendo por cierto que si V. Magd. no estuiera de por medio, recibiera muchos (13). Y que suplica a V. Magd. muy humildemente que por amor de Dios que me oye, y por quien V. Magd. es, y por amor de la justicia que V. Magd. tanto ama, y por la fidelidad, sinceridad y diligencia con que él siempre siruió a V. Magd. sea seruido de dar orden, como quien tantos y tan grandes agrauos ha reciuido en el proceso, sea fauorecido en la uista (14) y definicion, a lo menos no sea agrauiado; y con (15) esta confianza, como Xpisto nuestro redemptor y dechado desde la cruz dijo a su padre eternal

(1) «Primada», dice mejor Salvá.

(2) «En partirle», dice mejor Salvá.

(3) «Y muchos católicos», omite Salvá.

(4) «Resolver», dice Salvá.

(5) «Ignorancia», dice mal mi copia.

(6) «Sauer aguardaron», dice mal mi copia.

(7) «Eligieron», Salvá.

(8) «Cierto», omite Salvá.

(9) «Porque en las unas decian que V. M. las pedia con conato...», Salvá.

(10) «Con acto», dice mal mi copia.

(11) Así dicen Salvá y mi copia. Parece que debe ser «recibiera».

(12) «Causa», dice Salvá.

(13) «Mas», añade Salvá.

(14) «Visita», dice mal mi copia.

(15) «Aun», dice malamente mi copia. «Aun con», dice Salvá; pero sobra «aun»

al cabo del proceso, *Pater, in manus tuas comendo spiritum meum*, assi él desde la suya dice a su Rey humanal: *Rex, in manus tuas comendo causam meam*. La qual, si bien se mira, es mas del mismo Jesuchristo que suya, y mas de la Santa Iglesia de Toledo y de la orden de Sancto Domingo, y de toda la Christiandad que suya, y aun mas de V. Mag.^d que le puso en tan alta dignidad, por la qual le a uenido este trauajo, y de la qual le an querido uer descompuesto algunos; y assi torno en el dicho nombre a decir a V. Mag.^d *in manus tuas, Rex christianissime, commendo causam meam*, imo (1) *Dni nri Jesuchristi*, el qual por su infinita bondad (2) siempre y en todo prospere a V. Magd. en su gracia Amen.

Esto es lo que traia que decir a V. Magd. en nombre del Rmo. Agora si V. Mag.^d fuere seruido de oir sobre lo venidero el parecer de un simple clérigo y doctor que no tiene otra calidad mas que auer leydo los sacros cánones cerca de quarenta años en muchas Vniuersidades famosas, decirlo he (3), y pido perdon de auerme atreuido a pedirlo. Digo que en mi nombre, christianissimo Rey (4), y debajo la (5) correccion deuida a V. Mag.^d y de la Sancta Iglesia, que los que aconsejan á V. Mag.^d inportune al Papa, como dicen y algunos desean, para que se cometa la sentencia (6) acá, pueden tener buen celo, pero no buen parecer.

Lo primero, porque es ayre decir que el Sancto Officio pierde authoridad alguna en ello, como lo será decir que la pierde porque en Roma sentencien (7) las causas beneficiales o matrimoniales, porque es notorio en derecho que no pertenecen más las causas criminales (aunque sean heregias (8) de los obispos) al Sancto Officio que las beneficiales y matrimoniales. y que pecarian mortalmente en hacer esto, porque toda vsurpacion de jurisdiccion agena es pecado mortal, como todos lo determinan con Sancto Thomas.

Lo segundo, que no solamente no pierde el Sancto Officio authoridad por sentenciarse allá, antes pierde por importunar que ellos sentencien acá, como los letrados (hasta el que no a oydo mas de dos años de cánones saue que esto en ninguna manera le pertenece) dicen que los del Santo Officio más que otros auian de dar al Papa lo que está para él reseruado. Y le quieren tomar acá el grado suyo (9), y querian ser Papas, si pudiesen, o otros semejantes. Y es cierto que mucha reputacion pierden los jueces, que an de dar a cada vno lo que es suyo, en querer tomar lo ageno sin buen grado de su dueño, y aun muchas veces tomandolo contra (10) su buen grado.

Lo tercero, que no aprouecha decir que ellos conocen pertenecer esto al Papa, pero que él lo puede cometer si quiere, y que lo querrá, si V. Magd. lo

(1) «Sume», malamente mi copia.

(2) «Voluntade», mi copia.

(3) «Decirlo he», falta en mi copia.

(4) «Señor y cristianísimo Rey», Salvá.

(5) «Y de la corrección», mi copia.

(6) «Instancia», dicen mal todas las copias.

(7) «Sentencien», omite mi copia, pero está en Salvá.

(8) «Aunque sean heregias», omite Salvá.

(9) «Tomar á mal grado suyo», Salvá.

(10) «Con», Salvá; «por» mi copia.

porfia, porque (1) no querrá quebrar con un tan grande Rey por vna cosa tan poca. Digo, pues, que no aprouecha decir esto, lo vno, porque no puede cometer (2) esta causa sin pecar, atento las circunstancias que saue de ella, y aun (3) creo que no se puede procurar ello sin pecado, por muy catolicas razones que se darán para ello, si cumpliere (4). Lo otro, porque la voluntad forzada por temor poco aprouecha al que por justo temor y fuerza la alcanza, y es tan cierto en derecho que los ruegos muy afincados de un gran Rey como V. Magd. (que ahora en la christiandad causa justo temor en el Papa) (5) le ablandasen; y tenga V. Magd. por cierto, que quiera que le digan los lisongeros, que se comienza á hablar mal de ello en estos Reynos y fuera dellos.

Lo quarto, porque dice la Sagrada Escripura que nadie confie en su prudencia, que antepone su parecer al de los Sanctos Padres; y los que aconsejasen ser mejor lo que a ellos les parece, que lo que ha parecido a tantos Doctores sagrados, Papas y Sanctos y no Sanctos y [a] quantos Emperadores y Reyes, y a quantos Concilios vniuersales y particulares a auído desde que nuestro Señor Xpisto suuió á los cielos, y les parece mejor que lo que ayer el Santo Concilio Tridentino (a quien V. Magd. con tanta razon quiere se le haga todo acatamiento) ordenó teniendo noticia y respecto a esta misma causa, no deben ser oídos (6).

Lo quinto, porque aconsejan que se deje el camino antiguo y seguro de las carretas (7), aprobado por todo el mundo en mas de mill y quinientos años, y que se tome vna senda nueva, inuentada por muy pocos, y no tan grandes, ni tan sanctos, ni tan doctos como los pasados. Y deberían mucho mirar que esta manera de aconsejar es muy cercana á la de Martin Lutero, con que a destruido el mundo, haciendo dejar los caminos antiguos y tomar nuevas sendas con algunos colores; y con esto disminuye el credito y reputacion de la sancta Iglesia Romana y de sus Papas [y] cardenales y de sus Concilios, los quales el Sancto Officio tiene [á] cargo enderezarlos (8).

Lo sexto, porque cometer la sentencia (9) desta causa acá es poner en gran peligro la justicia del Rmo. por estar muchos muy apasionados, tanto que les pesó (10) que los diputados del Concilio huuiesen aprobado su libro, y de que no huuiesen hallado en él heregía, debiendose (11) de alegrar mucho de lo contrario; por el qual enojo nunca nos quisieron dar licencia para presentar

(1) «Y que», en mi copia.

(2) «Cometer», omite mi copia.

(3) «Aunque», en mi copia.

(4) «En qué se fundaría si cumpliera», en Salvá.

(5) «Poco aprovecha al que por temor y fuerza la alcanza según el derecho; y es cierto que los ruegos muy afincados de un gran Rey como V. M. que ahora casi solo causa la mayor atención en el Papa, le ablandarian, y tenga V. M. cierto ser esto así», Salvá.

(6) «No deben ser oídos», omite mi copia.

(7) «De las carretas», omite Salvá.

(8) «De los quales el Santo Oficio solo tiene cargo de enderezarlos», Salvá.

(9) «Instancia», dicen las copias.

(10) «En las ánimas», añade Salvá.

(11) «Debiéndose holgar mucho de lo contrario, y de que no se hubiese ofendido á Dios en él, y porque no se hallase hereje el segundo Prelado de la Iglesia universal y primero de España Por el cual enojo...», Salvá.

en el proceso, cumpliendo mucho a su causa, el decreto de los Diputados del Concilio, aun despues que fue confirmado, hasta el cabo, y aun entonces de manera que no lo supiese; lo qual a sido vn grande agrauio, y hasta oy no lo sabe por uia del proceso. Y tanto les pesó, que vno de los Jueces, hablando sobre ello después que uino confirmado, nos dijo a mis dos compañeros Doctores y a mí, muy enojado, que todo el Concilio no bastaba a defender dos conclusiones que estaban en aquel libro. Y preguntándole yo quáles eran, dijo (1) la vna, la qual yo le mostré luego que era cathólica (2). Y si el Inquisidor general fuera mi igual, por uentura yo denunciara dél; porque tan grande heregia es decir que es heregia lo que no lo (3) es como decir que no es heregia lo que es heregia, y que el Concilio vniuersal no puede defender que no es heregia lo que lo es (4).

Lo séptimo, porque cometer acá la sentencia es hacerla inmortal y que nunca se acabe, por las muchas recusaciones y dilaciones tras que andan algunos; a lo qual V. Magd. no les dé (5) lugar, que yo muy cierto tengo delante deste Dios, en cuya presencia hablo, y aviso como su vasallo natural y aficionadísimo orador, que yo no soy profeta ni hijo de profeta, pero tengo por cierto (6) que si V. Magd. fuere causa de que esto no se sentencie, ó se dilate mucho, que sus vasallos lo pagaremos muy bien pagado por hambre, guerra ó pestilencia, y que V. Magd. no se librárá con nuestra paga.

Lo octauo, porque si acá se sentenciase y absoluiese, dirían los luteranos que no le absoluieron por no ser de ellos, sino por la honra de España y porque ellos no se honrrasen de que vn varon de tan gran dignidad, letras y christiandad, a sido de ellos. Y si lo condenasen, dirian los catholicos de acá y de allá que le condenaron por inuidia.

Lo 9.º que aconsejar esto es poco menos que aconsejar desobediencia contra el Papa; porque tan gran conato (7) y aínco quanto quieren ellos que se ponga porque haga esto el Papa contra su voluntad, que a mostrado por sus brebes y palabras, parece casi vna desobediencia.

Lo 10, porque mas sigura tienen la determinacion de acá (8) que la del Vicario soberano de Jesuchristo en las causas de fe, y el que solo no (9) puede errar en ella, que es la cosa en que mas estriban los luteranos malditos para desacreditar la autoridad de los Concilios y Papas, con la qual sola pueden del todo ser conuencidos, y no con otra cosa (10), porque ellos y nosotros (11) nos fundamos en la sagrada Escripura, y por los Concilios solo probamos el que (12) nosotros la entendemos bien, y ellos mal.

(1) «Dijo», omite mi copia.

(2) Véase la *Autografia de D. Diego de Simancas*, pág. 167, últimamente publicada.

(3) «Lo», omite mi copia.

(4) «No es», mi copia, «no lo es», Salvá.

(5) «No les debe dar», Salvá.

(6) «Previsto», Salvá.

(7) «Con gran concepto», dice erradamente mi copia.

(8) «Desta», dice mal mi copia.

(9) «No solo no», mi copia.

(10) «Contra», dice mal mi copia.

(11) «Todos», añade Salvá.

(12) «Del todo que», Salvá.

Lo 11, porque aconsejar esto es aconsejar cosa por la qual toda la cristiandad, que tiene los ojos puestos en esta causa, y más los luteranos, diga que V. Magd. siendo la primera (1) de los Catholicos tiene poco credito de la Sancta Sede Apostolica Romana y sus determinaciones (2), y que la causa que es propia suya, casi por fuerza se la quita de las manos por no la fiar de ellas, y dirán que en mas tiene la authoridad de la Sancta Inquisicion de Castilla, que la sanctissima de Roma, siendo fuente donde mana ésta, y que perdida aquella, se perdiese ésta, y no se pierde aquella por perderse ésta (3).

La 12, porque segun se me a reuelado en confesion de anteayer acá, los que esto aconsejan, pretenden vn fin muy malo so color de bueno, que conuiene a la honrra de España (4) que si el dicho Rmo. se hallase sin culpa, se absuelua, y si se hallase con ella, no se (5) sentencie su causa, antes se quede como ahora está; que esto no se puede hacer en Roma, do le condenarán, si ay culpa, y le absolverán, si no la ay. La qual pretension es muy mala, lo vno porque el fin es muy malo y que nunca se acabe, pareciéndoles que no faltan votos que digan que dudan de la sentencia, y que es mejor que no se sentencie. Lo otro, porque el fundamento (6) es que comen muchos desta detencion (7), y quedando la causa por sentenciar (8), todo el tiempo que viuiere el Arzobispo, sin que nadie les tome cuenta, que conuiene.

Lo otro, porque como io lo he sauido esto, lo sabrá todo el mundo, y si no se sentenciare, se tendrá por herege. Lo otro, que dirán los catholicos que tambien V. Magd. disimula con los hereges grandes y los luteranos (9), que ya los teme como los Reyes y Principes de las otras tierras. Lo otro, porque dirá el mundo que V. Magd. procura esto por llebar las rentas del Arzobispado, como lo creen algunos que no conocen a la incomparable magnificencia de su ánimo, ni consideran que mucho mejor (10) seruirá el dicho Rmo. a V. Magd. con sus rentas para las obras pias de (11) sus justas guerras, quales serán las que V. Magd. quisiere (12), pues se sabe que el no quiere nada de ellas, sino para el victo necesario y obras pías. Lo otro, porque sin duda tenemos las disculpas deste santo varon sus letrados, que por ser tales las hemos firmado. Y de mí digo que tengo por certísimo que en Roma no sólo le absolverán, mas le honrarán (13) más que a persona jamás honrraron (14), y que desto V. Magd. tendrá gran gloria en todo el mundo, y sabrán qué tal persona eligió para tal dignidad.

(1) «Primacia», Salvá.

(2) «Tiene en poco las determinaciones de la Santa Sede apostólica romana», Salvá.

(3) «Fuente de donde mana aquella, y que perdida ésta, se pierde aquella, y no se piedra esta por perderse aquella», Salvá.

(4) «Que conuiene á la honra de España», omite Salvá.

(5) «Se», omite mi copia.

(6) «El fundamento de esto es avaricia de muchos que comen», Salva.

(7) «Dehesa», muy mal Salvá.

(8) «Comerán», añade Salvá.

(9) «Disimula con los herejes luteranos», Salvá.

(10) «La renta del arzobispado sin considerar la incomparable equidad y magnificencia de su Real ánimo, y cuánto mejor...», Salvá.

(11) «Y», Salvá.

(12) «Quales serán... quisiere», omite Salvá.

(13) «Y de mí digo que me quenen si en Roma no le absolvieren y honraren más», Salvá.

(14) «Que fué de esta manera preso», Salvá.

Lo otro, porque esto sería destruir todo lo espiritual de vn tan grande e insigne Arzobispado (1), y sería mejor quemar arzobispos con culpa, que sufrir tan gran daño de almas y bienes.

Concluyo pues, christianíssimo Señor (2), que los que esto aconsejan y procuran, pueden tener buen celo, pero no buen parecer. Por ende V. Magd. debe seguir el camino carril (3) y quitar la causa de manos de apasionados, y confiarla de su dueño, y mostrar que quiere que se haga justicia contra grandes como contra pequeños, y quitarse de malas lenguas, que menoscaban su soberana gloria, la qual Dios siempre acreciente en el cielo y en el suelo. Amen.

Este *Razonamiento* del Dr. Navarro, desde su primera publicación en 1845, ha sido piedra en que todos los escritores han tropezado, y por no leerlo como debieran, por olvidar una regla de prudencia elemental. Llorente lo conoció y, cosa rara, no lo publicó. Lo extracta á su manera, poniendo al final del extracto este inocente comentario (4): "Grande sabio fué sin duda Martín de Azpilcueta, y dijo grandes verdades al rey; pero no conocía bien á Felipe II. La carta escrita en 15 de Abril de 1563 al Papa, manifiesta estar ya tan parcial ó más que los jueces; y persuadido á que Carranza era verdadero herege, constituía la gloria de su amor propio en hacer ver á todo el mundo que si supo premiar la virtud con la mayor dignidad de España, también sabía castigar el vicio á las hechuras más elevadas de sus manos."

El Sr. Salvá, que bebió en las fuentes turbias de Llorente, dice á este mismo propósito: "Don Martín Azpilcueta, por sobrenombre el Doctor Navarro, en carta (*sic*) que dirigió á Felipe II sobre el proceso de su cliente, da una idea de la trama urdida contra el Arzobispo [Carranza], y de la pasión y procedimientos de tan tortuosa causa. Y este testigo es tanto más irrecusable cuanto era conocida su incorruptible veracidad, y alta y temida la augusta persona á quien hablaba (5)." Y D. Miguel Salvá continúa copiando toda la primera parte del *Razonamiento*, sin barruntar siquiera que alguno de los ocho agravios señalados al Rey por el celoso abogado de Carranza pueda carecer de fundamento, antes es-

(1) Arzobispo», mal Salvá y mi copia.

(2) «Y Rey católico», añade Salvá.

(3) «Seguir el camino carril», omite Salvá.

(4) *Hist. Crit. de la Inq.*, cap. XXXIII, art. V, n. 19. Por los textos que alega, se ve que copia vista por Llorente coincide con la mía y la de Simancas, no con la publicada por Salvá.

(5) *Colecc. de Doc. Inéd.*, t. V, pág. 430. El Sr. Arigita, en *El Doctor Navarro*, págs. 33 y 349, etc., atribuye á Sanz de Baranda el estudio y documentos sobre Carranza publicados en este t. V, ignorando que Salvá los publicó aparte bajo su nombre, satisfecho sin duda de su labor. Tengo á la vista un ejemplar, cuya portada dice así: *Noticia sobre la Vida de D. Fr. Batolomé Carranza de Miranda, Arzobispo de Toledo: y sobre el proceso que le formó la Inquisición. (Acompañada de documentos) por D. Miguel Salvá*. Madrid: imprenta de la Viuda de Calero, 1845. Esta *Noticia* es indigna de un académico de la Historia, y más indigna de un académico sacerdote, consagrado obispo de Mallorca el 11 de Enero de 1852. El Sr. Salvá murió en 1873.

cribe al pie de ellos esta observación: "Este lenguaje era propio de un hombre profundamente convencido de la inocencia del Primado de Toledo, que en el mismo memorial se atrevió á decir al Rey: y *de mí digo que me quemen si en Roma no le absolvieren* (1)."

El Sr. Menéndez Pelayo no pudo sustraerse de este ambiente maléfico, y dejó caer de su pluma palabras tan inconsideradas como las siguientes (2): "Roma reclamaba sin cesar la persona del reo y la causa; todos los plazos dilatorios habían expirado, pero el proceso no iba á Roma, porque la Inquisición había tomado cual caso de honra el que se decidiera en España, y no quería ceder un punto de su jurisdicción (3). Para esto manifestó en consulta á Felipe II que era necesario hacer en España un escarmiento ejemplar por la alta dignidad del reo; que era conforme á la antigua disciplina el dar comisión para castigar los delitos allí donde se perpetraban; que si el proceso se decidía en Roma, sería con publicación de los nombres de los testigos, lo cual era gravísimo inconveniente; que además sería necesario traducir al latín ó al italiano los autos, cosa difícil por su inmensa mole (4), y en lo cual podían deslizarse, por ignorancia ó malicia, muy sustanciales errores; que en Roma tenía el Arzobispo muy altas personas apasionadas por él, y que no podía esperarse recta justicia.

"Sabedor de esta consulta Martín de Azpilcueta, fué á quejarse al rey en nombre de su cliente, y en un memorial valientemente escrito recopiló todos los agravios que el Arzobispo había recibido: desde haberle traído preso *cum gladiis et fustibus* (5), hasta haberle dado jueces sospechosos, y diferido tanto la causa, y negándole la comunicación con sus letrados, y el recurso al Rey y al Papa..."

Por los documentos ya publicados el lector observará por sí mismo la lamentable confusión de tiempos y de derechos en que incurre, al escribir lo anterior, el Sr. Menéndez y Pelayo, y las ideas equivocadas que acepta de Llorente y de Salvá, sin sospechar siquiera su poco fundamento. Puesto en esa pendiente, era de temer que el celeberrimo escritor, al hacer el juicio final del proceso, mezclase verdades con errores, ajenos á su buena voluntad y recta intención, en la forma siguiente:

(1) *Colecc. de Docum. Inéd.*, t. V, pág. 434. Carranza no fué absuelto en Roma, pero tampoco Azpilcueta se ofreció á ser quemado. En mi copia, en la de Simancas y en la vista por Llorente, faltan estas palabras: *y de mí digo que me quemen...*

(2) *Hist. de los Heterod. Esp.*, t. II, págs. 403, 404-415.

(3) La Inquisición no intervino en este asunto para nada, pues Carranza era juzgado por un juez especial, delegado de la Santa Sede. No habia, pues, que ceder ni no ceder «en punto de su jurisdicción».

(4) Esta *inmensa mole* de los autos se reduce á tres tomos, el II, el III y el IV, nada más del proceso.

(5) Estas palabras, *cum gladiis et fustibus*, faltan en mi copia y en la de Simancas, como queda anotado en su propio lugar; pero nos indican dónde se inspiró el Sr. M. Pelayo para escribir estas líneas.

"Ahí están los autos de esa causa, verdaderamente monstruosa, para decirnos su seca y abrumadora verdad. Hubo rencores, celos, envidias y malas pasiones de todo género entre Valdés y Carranza, entre Carranza y Melchor Cano; hubo enemistades mortales y tretas curialescas innumerables, y mala fe evidente de parte de unos y de otros, y un intrigar continuo y sin medida en Roma y en Trento. Por eso duró eternidades la causa, y se observan en ella tantas irregularidades canónicas y jurídicas. Pero todas estas son cuestiones de pormenor (1), que dejó á los entendidos en la materia, y no alteran ni poco ni mucho lo esencial del caso. Carranza fué justamente perseguido y justamente sentenciado: lo cual no quita que sus jueces de España fuesen parciales y envidiosos; que Melchor Cano anduviera duro é hiperbólico en sus calificaciones, y que Felipe II manifestase ciega saña, indigna de un rey, contra el hombre á quien tanto había protegido y honrado antes, y que tanto fiaba en su palabra real. Yo sé que obró así porque estaba convencido de la culpabilidad de Carranza; pero nada disculpa los bajos y sórdidos amañeos de que en Roma se valió para dilatar hasta el último momento la remisión del proceso y la sentencia. Ni tampoco es posible disculpar á los obispos que después de haber aprobado sin restricciones el *Cathecismo*, tacharon luego en él tantas proposiciones; porque, una de dos, ó la primera vez obraron de ligero (y á esto me inclino respecto del Arzobispo de Granada) y elogiaron el libro por la fama de su autor y sin haberle leído, ó la segunda vez se rindieron al temor ó al interés.

"En suma: nadie de los nuestros estuvo libre de culpa en este tristísimo negocio. ¡Cuán hermosa resplandece, por el contrario, la conducta de los Sumos Pontífices San Pío V y Gregorio XIII!"

Quien esto escribe desconoce el proceso. Y el Sr. Menéndez Pelayo todo esto lo escribe solas seis líneas más abajo de lo siguiente: "Digo sin vacilar que tengo por justo el proceso, *tomado en general*; quiero decir, que sobraron motivos para procesar á Carranza por sus dichos y por sus hechos; y hasta doy la razón en parte á la Inquisición y á Felipe II, y me parece simpática su resistencia á enviar el proceso á Roma, y tengo por gallardo y generoso atrevimiento el de haber procesado y tenido en cárceles por tantos años á un Arzobispo, Primado de las Españas, porque cuanto más alto estaba el reo, más eficaz debía ser la justicia. Además, las circunstancias eran especialísimas, el peligro inminente para el Catolicismo español, si se dejaba impune la herejía en un prelado, cuando se abrasaban en vivas llamas Valladolid y Sevilla. Por eso no dudo en aprobar *in genere* la conducta de D. Fernando de Valdés en ésta y en las demás cosas que hizo siendo Inquisidor general, y creo que tiene la

(1) No tan de pormenor.

gloria de haber ahogado y extinguido al nacer el Protestantismo en España."

El Sr. Arigita, ricamente preparado para escribir la vida de D. Martín de Azpilcueta (1), era el llamado á decirnos el fundamento de los agravios á Carranza hechos, expuestos al Rey en el célebre *Razonamiento* del Dr. Navarro, y á calificar las razones que éste da para demostrar "que los que aconsejan á V. M. importune al Papa... para que se cometa la sentencia acá, pueden tener buen celo, pero no buen parecer". Mas el Sr. Arigita no lo tuvo á bien, y se limitó á repetir, como Menéndez Pelayo, las viejas y averiadas ideas de Salvá y de Llorente (2), añadiendo por cuenta propia una idea algo peregrina, que la valentía de Azpilcueta fué tal con Felipe II, que en dicho *Razonamiento* le *acusó* "de haber abandonado al hombre á quien antes empeñara su palabra real" (3). ¡Bueno estaba Azpilcueta en Abril y Mayo de 1564 para *acusar* á Felipe II, y cara á cara!

Pero ¿cuáles eran los agravios expuestos al Rey por el Dr. Navarro? Los ocho siguientes:

1.º Haber preso al arzobispo Carranza "sin culpa verdadera ni colorada bastantemente, porque los dichos de los testigos que contra él se tomaron, á su parecer y al de sus letrados, no bastaban para prender á un hombre como él, cuanto más á un Arzobispo primado de las Españas". Era natural que así pareciera á Carranza y á sus letrados. Pero al fiscal le había parecido justa la prisión, y por eso la pidió, y por justa la había *unánimemente* decretado la Junta extraordinaria formada por trece individuos tomados de varios Consejos (4), y por justa la sancionó el Presidente del Tribunal Supremo de la Iglesia Gregorio XIII, después de diez y seis años largos, añadiendo encima otros cinco años más de reclusión por sentencia definitiva del 14 de Abril de 1576.

(1) El Sr. Arigita dice con suma ingenuidad: «He registrado casi todas las obras de teólogos moralistas y canonistas del siglo xvi... para escribir la vida de Azpilcueta... Me he tomado el trabajo de mirar uno por uno todos los volúmenes existentes en algunas bibliotecas públicas y particulares que carecían de índices, olfateando siempre y rebuscando alguna nota, ó cita ó dato, que me diera luz para conocer los pasos todos de la larga carrera de mi protagonista; y puedo asegurar sin temor de equivocarme, que pasan de *cient mil* (!!!) las obras registradas, trabajo, que de seguro me hubiera abrumado, si no contara con una paciencia y constancia superior á toda fatiga. Y sólo así podía resultar un libro como el que hoy presento» *El Doctor Navarro*, Prólogo, pág. xiv.

(2) *El Doctor Navarro*, pág. 312.

(3) *Idem*, pág. 532.

(4) Según consta por el acta, los *trece* individuos de la Junta que *unánimemente* votaron la prisión de Carranza, alguno como Muñatones, amigo del Arzobispo de Toledo, fueron los siguientes, con Valdés: «D. Pedro Ponce de Leon, obpo. de Ciudad Rodrigo, e D. Pedro Gasca, obpo. de Palencia, e D. Diego de los Covos, electo obpo. de Avila, e Sancho Lopez de Otálora, e Dr. Andres Perez, e Dr. de Simancas, del Consejo de la Santa Gral. Inquisicion, e los señores licenciados Juan de Figueroa, e el lic. de Muñatones de Briuesca, del Consejo Real, e los SS. licenciados Villagomez e Lope Garcia del Castro, del Consejo Real de Indias, e los señores licenciados Francisco Baca e Dr. Riego, inquisidores de esta villa [de Valladolid], avendo todos tratado e conferido sobre lo pedido e demandado por el dicho fiscal, su S.^a Illm.^a con acuerdo e

Esta es la primera de las *grandes verdades* que, según Llorente, dijo al Rey el Dr. Navarro. ¿A qué continuar explicando los agravios? Se impone la revisión, mejor, se impone el estudio serio del proceso de Carranza para los que amen la verdad y aborrezcan la mentira.

Volvamos á los documentos:

Memorial del Dr. Navarro al Rey (1).

✚ = S. R. C. M. = Porque ba para cinquenta dias que procuro vna pequeña audiencia de V. M. como lo sabe el Príncipe Ruigomez, y no la he podido hauer, sospecho que estoi fuera de su gracia Real por vna de tres causas, *scilicet*, por estar informado que soi frances, y que he publicado algo del secreto Real, y que vine al legado sin ser mandado.

Lo contrario de lo primero consta por ser notorio, lo vno, que el día de S. Lucia ouo setenta y tres años que nací en España, aprendí la gramatica en Nauarra, y las artes y theologia en Alcalá, y avnque los cánones y leyes aprendí y leí en Francia, do me gradué de doctor y llegué á ganar los mejores lugares que allí se ganan en las conductas del derecho Canónico, pero Dios es testigo de que no sé que spiritu me persuadió con grandes razones el año de veynte [1520] que se perdería Francia, y lo mesmo persuadi á Don Francisco de Nauarra que poco ha murio arçobispo de Valencia y entonces estudiaba allí, y á su hermano el marischal Don Pedro que murió marqués de Cortes y presidente del Consejo de Ordenes de V. M., y que á la primera ocasión se passassen al seruicio de la Magestad Imperial, como lo hicieron.

Lo otro, que despues yo dexé de ser del parlamento de Paris siendo rogado por dos caballeros que para bien suyo y mio me querían comprar el officio del Rey, que solia vender tales cargos para hombres señalados en las Vniuersidades, y en el año de veynte y tres [1523] me passé á Nauarra para ir á Salamanca sin partido alguno, dexando el que tenía de leer con las esperanças que podía pretender, y persuadí mi opinion de la pérdida venidera de Francia y la deuocion á la Magestad Imperial con el exemplo del modo y causa de mi passada á muchos, en especial á los que se passaron con el dicho Marichal y sus deudos que siempre despues acá han seruido y siruen fidelissimamente á la Imperial y Real Magestad; que á fe no fue pequeño seruicio.

Lo otro, que dos años antes del bienaenturado nacimiento de V. M. comencé á leer en Salamanca y proseguí con el fauor de Dios tan dobladas liciones en tan grandes auditorios que gané presto contra grandes competidores muchas cathedras y al cabo la de prima de cánones, haziendo el fructo que quasi todos los de los consejos y audiencias Reales y perlados de V. M. que oy son, lo publican.

parecer de los dhos. Señores, *nemine discrepante*, proueyó e mandó que el dho. fr. B. de Miranda, arzbp. de Toledo, sea preso con secresto (*sic*) de todos sus bienes, libros, cartas, papeles y escrituras, e traído a esta villa a buen recabdo con fiel custodia e guarda, e puesto en la carcel e lugar que por su S.^a Illm.^a con acuerdo e parescer de los Señores del dho. Consejo será señalada». *Proceso de Carranza*, tomo I, fol. 210.

(1) *Proceso de Carranza*, t. XV, fol. 835.

Lo otro, que al fin del año de treynta y ocho [1538] por los muchos y muy ahincados ruegos de los Reyes de Portugal, la bienauenturada Emperatriz en ausencia del gloriosísimo Emperador y despues él mismo hauiendo llegado en España á la sazón me mandaron passar á Coimbra para dar el buen comienzo que se dió á aquella Vniuersidad, y porque la de Salamanca no me queria dar licencia, y no queria yr yo sin ella por no le ser ingrato y hazérseme graue dexar la naturaleza y el seruicio de mi Rey natural y de mi patria, embiaron sus Magestades cinco probisiones para que me la diessen, dos la Emperatriz, y tres el Emperador, por hauer suplicado de todas, cosa nunca o pocas vezes vista, las quales se cumplieron con harta pena suya y mía y no sin contradiccion de muchos; y nunca yo passara si sus magestades no me mandaran escribir que el seruicio que allí haría, lo tendrían por tan suyo ó mas que el de Salamanca; y assí dexé por su seruicio la dicha cáthedra de prima de Cánones, que nadie hasta mi la dexó por Consejo Real, ni por menos de obispado.

Lo otro, que con la ayuda de Dios hize lo que se me mandó en Coimbra hasta el año de cinquenta y cinco [1555] con tanto contento de los Reyes, infantes, perlados, señores, y de todo el pueblo y estudio de aquel Reyno, que mi passada allá tubieron por grande buena obra y merced á sus Magestades.

Lo otro, que iubilada la cáthedra, á gran importunidad Real lei dos años mi sustitucion, dándome quinientos ducados cada año para todo el tiempo que la leyesses, que con el derecho del deanadgo de las escuelas, que era mío, llegauan á setecientos, y oy día si fuesse los ganaría con hartos más si quisiessse dar pareceres; y dexados éstos y vna prelación que me dauan con grandes ruegos que la aceptasse, me voluí á estar debaxo de mi Rey natural, siendo gobernadora la Princesa, que me mandó luego visitar dos célebres monesterios de mi orden, que son el de Párraces y el de S. Isidro de Leon, el qual otra vez xxv años antes visité gouernando la Emperatriz; y luego estube encerrado quasi vn año en casa del imprimidor Real de Salamanca reuiendo, añadiendo y imprimiendo el *Manual de Confessores* que dediqué á la Princesa, y compuse los *Comentarios* que dediqué al Príncipe nuestro Señor. Todo lo qual es muestra de singular afficion para con mi Rey y patria.

Lo otro, que soi y he sido abogado del Rmo. de Toledo quasi cinco años (1) por mandado de V. M. no lo hauiendo sido jamas ni pensar de serlo ni avn vn mes de otro alguno, y dexé la jornada que tenía concebida de ir á más de trezientas leguas de aquí para euitar las continuas interrupciones que se me dan doquier que esté, con vna sin fin de preguntas de diuersas partes, y esconderme en alguna librería, y mudado el nombre tornar en dos ó tres años á reueer mis obras impressas, y de nuevo imprimir otras que estan muy desseadas, con licencia que para ello tenía del Consejo Real de V. M.; la qual jornada si dixesse que la querria más tener hecha, que su arçobispado, no mintiría; y porque pienso siruo en ello á mi Rey natural, viuo muy contento con solo el título de abogado de vn particular entre tantos que con sus grandes títulos tanto me preceden quanto yo en tiempos passados les precedía en

(1) Por esta indicación se ve que este *Memorial* debió de ser escrito en la primavera de 1566, en Mayo ó Junio.

edad, erudicion y honrras de escuelas, siendo notorio que soi bien nacido. y avnque gran pecador á Dios, pero acerca de las jentes siempre bien affamado, amado, honrrado y tan acreditado que de pocos otros fían en esta era más questiones de almas, honrras y haziendas los vasallos de V. M. y otros hartos como desta mi poquedad. Lo qual todo siendo y hauiendo sido notorio, no debieran por cierto dezir á V. M. que yo era francés, pues dexé á Francia y á Lusitania su amiga con todas sus mercedes y honrras, y he seruido y sirvo de buena gana en los Reynos de España tanto ó más sin officio, salario, ni título honrroso, que otros muchos con ellos.

Quanto á lo ij digo, que á mi parecer nenguna cosa que prejudique el secreto he dicho de lo que he tractado con V. M. Porque solamente he dicho que V. M. me ha parecido incomparable é inimitable en la serenidad, benignidad, acatamiento de Dios y su sancto altar, en oyr, responder, comer, beber y en toda composicion exterior y interior, y que por esto le tengo mas enuidia que por sus monarchias. He dicho que he sentido de V. M. que dessea se acabe con iusticia y breuedad el negocio del arçobispo de Toledo, no obstante lo que algunos falsamente dizen, que quiere dilaciones por sus rentas, y que no es de la opinion herética de los que han dicho que es mejor que él siendo inocente padezca, que ponerse nota en el Sto. Officio, como si cada día no soltassen bien algunos que se prenden bien, y como si ellos fuesseen confirmados en la gracia, ó el officio se tache por las tachas de sus officiales más que los sacramentos por las de los que mal los consagran. He tambien dicho que entiendo que como CHristianissimo que es, holgaria más que se hallase sin culpa para se librar, que con ella para condenar, y que en ell alma me pesa de que antes no le he besado la mano Real para hauer podido responder lo que despues he respondido á muchos que de mala gana publican las gracias y virtudes notorias de sus Reyes, desseando morder en descuidos secretos, en lo qual no veo pecado alguno que aya hecho.

Quanto á lo iij digo que yo vine acá de Valladolid quando vino el legado, por ser su procurador, y hauerme encargado la consciencia con lágrimas quando el recaudo de V. M. le dí delante los Juezes, que acudiesse á V. M. cada vez que me paresciesse conuenir á su causa; y á mis compañeros y á mí nos pareció que conuenia, por las copias de los breues que vimos del legado, y no vine por mis negocios; ni por mi salud, poniéndola á peligro de caminos y puertos y malos aposientos en inuierno y en esta edad, gastando acá y allá, y no hauía otro Juez que tal licencia pudiesse dar ni negar fuera del legado, ni los que fueron estarían presentes.

Por todo lo susodicho suplico muy humildemente á V. M. se persuada que soy muy buen español, muy deuoto orador, avnque indignissimo, de V. M. y buen abogado del dicho arçobispo, sin dexar de serlo por esso de IESV CHO. á quien pecho por tierra suplico que inspire en V. M. otra manera de pena contra mis faltas, sin priuarne de su gracia Real, que despues de la diuina y la de la S. S. apostólica más estimo. = Amen.

Memorial del Dr. Navarro al Rey (I).

* = S. R. C. M. = Dize el Doctor Nauarro que por cumplir con su

officio encargado por V. M. le suplica humilísimamente tenga lástima de su arzobispo de Toledo, que va para siete años está encarcelado (1) sin que le toque sol, y de lo spiritual y temporal de su arzobispado. Considere cuántos hablan desto en todo el orbe Christiano y avn á lo que se cree en el morisco y turquesco. Cuántos echan culpa á los que estan sin ella, y si V. M. es vno dellos. Quán verisímil es que el que la tiene, pechará, y oxalá no en entrambas vidas. Quánto más seguro es buscar su fin por el camino carril de los sacros cánones, que por veredas nueuas de nueuas inuenciones, avnque se inuenten con buenas intenciones. Quán difícil cosa es dar cuenta de los cargos propios sin meterse en los agenos. Quán peligroso es pensar que el Vicario de IESV CHO no tendrá el cuidado debido de sus negocios. Quán poco sabe á humildad fiar más de su juyzio, que del de quien el mesmo Dios lo fía. Quán peligroso es el juyzio de los sospechosos é interesados. Quánto sospecha el derecho del que porfía ser juez. Cuántos se aprovechan y aprovecharán de las rentas deste arzobispado debidas á pobres, mientras estubiere vaco. Quánto cumple á lo spiritual y temporal de tan gran prelatia que se acabe de vna ó de otra manera, y que aya perlado y pastor de tantas ouejas.

Carta hológrafa de Carranza a Felipe II (2).

✠ = Sacra y muy catholica magestad = Yo e entendido la resolucion que se a tomado en esta mi causa, y con la obediencia que e hecho en lo demás, la sigo; y por entender que viene por mano y orden de V. M. la tengo por señalada merced con las otras muchas que V. M. me a hecho. El doctor Delgado, que a sido mj abogado y procurador en esta causa, va allá á besar las manos á V. M. y suplicarle de mj parte algunas cosas que tengo necesidad en este viaje. Húmilmente suplico á V. M. me haga merced de oyrle y mandar proueer en lo que de mj parte suplicará á V. M., espeçjalmente en mandarle que me acompañe en este camjno, porque a quedado él solo de los que han entendido en esta causa, y me es sumamente necesario. Y porque estoy cierto que V. M. me hará merced, siendo tam justo lo que suplico, no me alargo más sino que nuestro Sor. guarde y prospere la Real persona y estado de V. M. como sus basallos emos menester. de Valladolid en quatro de deziembre de 1566.

Capellan y basallo de V. M. = que sus Reales manos besa = *F. B. Toletan.*

Petición del Dr. Navarro para que se le pague su salario, presentada al Inquisidor general por un criado suyo (3).

✠ = Illmo. y Rmo. Señor = El Doctor Martin de Azpilcueta Nauarro dize que el depositario de los dineros para los gastos del Arzobispo de Toledo, que ha sido el depositario general de la Chancilleria de Valladolid, que

(1) De aquí se infiere que este *Memorial* debió de escribirse cuando el anterior, ó algo después, en 1566.

(2) *Proceso de Carranza*, t. XX, fol. 95.

(3) *Idem*, t. XXII, fol. 144.

se llama Luis de Aranda Madrid, le ha dexado de pagar dozientos ducados del tercio postrero deste año de sesenta y seis [1566] que le libró en él el señor obispo de Palencia Don Xpistobal de Valtodano, diziendo que no tenía ya dineros para ello por hauer ya gastado todos los que tenía en pagar otras libranças. Por tanto supplica á V. S.^a Illma. le haga merced de mandar al depositario desta villa que se los pague, en lo qual receuirá gran merced y justicia.

Decreto del Inquisidor general.

Que Benito Carreño, de los dineros que tiene para gastos del Rmo. de Toledo, pague al Doctor Nauarro lo que se le deue de su salario del año passado de 1566. | En Madrid 8 de hebrero 1567.

N. B.—El recibo de esta cantidad es del 26 de Abril, 1567.

*Carta holografa del Dr. Navarro á D. Diego de Espinosa,
Presidente del Consejo Real (1).*

IES ✕ M.^a = Illmo. y Rmo. Señor = No era yo digno desta carta de V. S. Illma. Veso sus manos reuerendísimas por ella y por el bueno y breue despacho que mandó dar á mj criado sobre el tercio de mj salario del año passado. La mesma intencion que el Rmo. de Toledo ha dado á V. S. Rma. me declaró en Valladolid. La mja, Illmo. Señor, es la mesma que yo he dicho á él y á los suyos, *scilicet*, que siendo seruido dello el Rey N. S., y mandándomelo, como me mandó ir á Valladolid, y alcançando licencia del Papa ó del Obispo para no residir en esta yglesia parrochial desta aldea de S. Roman del obispado de Coimbra, la qual sola tengo para sustentar el cabo desta senectud, y teniendo fuerças para ello, que creo tengo por lo que he prouado en este camino, iré á Roma. Pero era iusto me probeyessen para mi costa lo razonable, pues parte del camjno habré de ir en litera, y allá se me han de apegar hartos, y no es cosa decente ir en carreta como he venjdo acá á ratos. La licencia y mandado real me es necessario para tener más causa de no residir aquí, y para que el embaxador de su Magestaz no me diga en Roma lo que en essa corte se me dixo quando vino el legado cardenal, por qué fuy allá antes de llamarme; y porque su Magestaz no se desabríe, como entonces se desabrió, y no piense que passion alguna me ha de lleuar allá, fuera de la que tengo al seruicio de Dios y de su Magestaz y á la honrra y gloria de la yglesia de Toledo y de toda España. Y esta intencion tengo, pensando que conforma con la voluntad de Dios, como V. S. illma. me dixo en Pamplona y aconsejó que la venjda á Valladolid por mandado de su Magestaz era conforme á la voluntad diujna; y assí agora si á V. S. Rma. prudentissima y sanctíssima pareciere otra cosa contraria á todo ó parte desta mj intencion, la mudaré sin ninguna pena, antes con mucha consolacion de pensar que Dios me lo aconseja por voca del soberano tenjente del soberano monarcha de toda la CHristiandad. *Itaque in manus tuas commendo spiritum meum et causam meam*, con firme propósito de seruirle en mjs flacos sa-

(1) *Proceso de Carranza*, t. XVII, fol. 88.

crificios esta merced y suplicando á la diujna Magestaz que le dé gracia para bien aliujar de las grandes cargas á essa hermana tan digna de ser serujda Amen. En S. Roman y vltimo de Hebrero [1567].

Illmo. y Rmo. Señor = Las manos Rmas. de V. S. illma. = humildemente veso = Su deuotissimo aunque = indigno orador = *Martinus de Azpilcueta Dr. Nauarrus.*

Sobrescrito: Al Illmo. y Rmo. Señor my Señor D. Diego de Espinosa, presidente del Consejo Real etc. mi Señor.

Carta hológrafa del Dr. Navarro á D. Diego de Espinosa (1).

IES ✕ M.^a = Illmo. y Rmo. Señor = Veso las manos á V. S. Illma. por el buen despacho que me ha enviado. La licencia y gracia del Rey n. Señor tanto mayor merced me es, quanto más necessaria me era para ell alma y para el contento de los que dessean mj honrra para seruir á Dios con más crédito y authoridad. La de V. S. Illma., á quien su Magestaz se refiere en su cédula Real, me es tan gran consuelo, que cierto, sapientissimo Señor, yo no lo sabría explicar; authorizame con el salario, Regálame con mandarme que vaya á recebir consejo y vengejo de V. S. Illma. Esfuerçame con el amor que me significa tenerme como á su deuotissimo capellan que siempre suplica á Dios por la illma. persona de V. S. Rma. *Vtinam exaudjar.*

En S. Roman y tres de Abril [1567].

Illmo. y Rmo. S. = veso las manos á V. S. illma. = su deuotissimo aunque indigno orador = *Martinus de Azpilcueta, D. Nauarrus.*

En la margen izquierda:

Suplico á V. S. illma. aya misericordia de los hijos de Miguel de Carranza, para mandarles dar los quatrocientos ducados que le libró su hermano el Arçobispo al tiempo que libró los 400 al otro hermano, que V. S. le mandó pagar.

Sobrescrito. = Al Illmo. y Rmo. Sor. Don Diego de Espinosa, Presidente etc. mj Señor.

Carta hológrafa de Carranza á Felipe II (2).

✕ = S. C. magd. = Pocos días despues que llegué á este puerto escrebí á V. magd. y despues acá e estado esperando lo que V. M. era seruido mandarme hazer. Aora veo que me manda proseguir el camino començado para Roma. Yo lo hago así como V. M. me lo manda, y mucha merced me haze V. magd. en dar orden cómo se concluya esta causa. Plegue á nuestro Señor sea todo despues del serujtio de Dios para el de V. magd. adonde e yo ordenado siempre todo lo que puedo. El presidente dirá á V. magd. lo que deseo que haga el doctor Azpilcueta en prosecution de mj causa, porque me es asi necesario. Suplico á V. magd. me haga en esto la merced que siempre me a hecho. Nuestro Señor la Real persona y estado de V. magd. guarde en su

(1) *Proceso de Carranza*, t. XXII, fol. 90.

(2) *Idem*, t. XX, fol. 96.

sancto serujtio como sus basallos se lo suplicamos. De Cartagena en xxvj de abril de 1567.

Capellan y sieruo = de vuestra magd. = *F. B. Toletan.*

Sobrescrito: A la Sacra, Cathólica Mag. don Felipe rey de España nuestro Señor.

Carta hológrafa de Carranza á D. Diego de Espinosa (1).

✱ = muy yllustre Señor = En xxiiij de henero despues que llegué á esta cyudad escrebí á V. S. y supe de don Lope de Auellaneda que abía recebido mi carta, y entonces entendí el lugar en que su magd. abía puesto á V. S. Plegue á nuestro S.^{or} que pues dió á V. S. mérjtos para todo, que le dé salud y fuerças para ello, como espero que se las dará, pues a de ser su diujna magd. serbida dello, y despues della al serujtio del Rey nuestro Sor. y al bien destos Reynos es tan necesaria la salud de V. S.

Despues que aquí llegué, que a quatro meses, e estado esperando lo que su magd. mandaba proueer en la prosecution deste viaje. Aora veo que a sido serbido de mandar que en esta armada del marqués Juan Andrea Doria prosiga el viaje començado á Roma. Mucha merced me haze su magd. en dar orden cómo se concluya esta causa, y á V. S. beso las manos por la parte que a sido en ello con su buen consejo y parecer. Yo lo haré así como su magd. lo manda, aunque para nauegar tan largo viaje tengo poca salud; pero con la que me queda destos trabajos, nauegaré hasta llegar, con la ayuda de Dios, á la orilla así de la mar como de la causa. Plegue á su bondad infinita que en lo vno y en lo otro sea serbido sacarnos á buen puerto para su serbitio.

En la otra escrebí á su magd. suplicándole mandase al Doctor Martin Azpilcueta, que a sido abogado mjo en esta causa, que teniendo salud, tomase este trabajo de yr á Roma. Entiendo que la tiene, y voluntad para hazerme esta buena obra. V. S. me haga merced de suplicar á su magd. mande como él sea proueydo de mj hacienda como su persona lo merece y su edad lo a menester. Y porque estoy cierto que V. S. lo hará como conujene, pues su persona es necesarja allá, no escribieré (*sic*) á su magd. en ello más de lo escrito. Y si él quisiere vsar, como creo que le será necesario en tan largo camjno vsar, de vna litera mja, pues queda acá, V. S. dé orden cómo se le dé, pues de mj hacienda se a de tomar lo que fuere necesario para la conclusion de mi causa, y ésta lo será para la persona del doctor, pues es tan viejo. Y porque se da ya priesa para la embarcation, por aora no diré más sino que nuestro Sor. la muy illustre persona de V. S.^a guarde en su sancto seruitio amen. De Cartagena en xxvj de abril de 1567.

Escrita esta entendí que la litera no quedaba acá.

Besa las manos = de bra. señoría = *F. B. Toletan.*

Sobrescrito: Al muy Ille. Señor Don Diego de Espinosa, presidente del Consejo Real, y Inquisidor General en los reynos de su Mag.

(1) *Proceso de Carranza*, t. XX, fol. 97.

Recibo autógrafo firmado por el Dr. Navarro (1).

✦ = Yo Don Martjn de Azpilcueta nabarro Comendador de Roncesballes recebí de Benito Carreño, contador y rreceptor general del Sancto Oficio de la ynqujsicion, docientos ducados que por el Illmo. Señor don Diego de Espinosa presidente del consejo de su Magestad e ynqujsidor general me fueron librados: los quales son por razon del salario que llebo de letrado del Rmo. Sor. don fray Bartolome Carranza de Miranda arzobispo de Toledo, del tercio que se cumplió por fin de diciembre de mill quinientos e sesenta y seys años, conforme á la dicha libranza firmada del dicho Illmo. Sor. Don Diego de Espinosa, su fecha en Madrid ocho de hebrero, mill e quinientos e sesenta e siete. Y de los dichos docientos dus. me doy por contento y pagado. Fecho en Madrid á xxvj días del mes de abril mjll e quinientos e sesenta e siete años = *Martinus de Azpilcueta, D. nauarrus.*

Orden autógrafa de pago de D. Diego de Espinosa, inquisidor general, al Dr. Navarro (2).

✦ = Benito Carreño receptor general en el Consejo de la general Inqujsicion: de los mrs. que estan en vuestro poder para los gastos del rmo. Sr. don Frai Bartolomé Carrança de Miranda arzobispo de Toledo, dareis al Doctor Nauarro, ó á quien su poder oviere, mill ducados para en cuenta de lo que a de aber por su salario á razon de dos mill ducados en cada vn año que se ocupare en los negocios del dicho arzobispo, y tomad su cartá de pago ó de quien su poder oviere, con la qual y con la presente mando os sean recibidos en cuenta los dichos mill ducados. Dada en Madrid á 26 dias de abril de mill y quinientos y sesenta y siete. = *Don Diego d Espinosa.* = Por mandado de su S.^a Illma. = *Pedro de Tapia.*

Recibo autógrafo firmado por el Dr. Navarro.

✦ = Receuj yo el doctor don Martjn de Azpilcueta nabarro, comendador de rronzesballes, de Benjto Carreño, contador y rreceptor general del Santo Ofjcio de la ynqujsicion, los mill ducados en la libranza desta otra parte contenidos, que el Illmo. Sor. don Diego de Espinosa, presidente del Consejo de su Magestad é ynqujsidor general, me libró para la jornada que boy á Roma, de mj salario y para en cuenta de lo que tengo de aber por el tiempo que me ocupare en los negocios del Rmo. de Toledo, á razon de dos mill ducados por año: y de los dichos mill ducados me doy por contento y pagado. En Madrid á xxjx de abril 1567. = *Martinus de Azpilcueta, D. Nauarrus.*

Petición del Dr. Navarro á nombre de Pedro de Carranza (3).

En Madrid 3 de Mayo 567 años.

✦ = Illmo. y Rmo. Sor. = Pedro de Carrança, vezino de Miranda, hermano del Rmo. de Toledo y procurador de sus sobrinos los hijos é hijas de

(1) *Proceso de Carranza*, t. XXII, fol. 624.

(2) *Idem*, id., fol. 622.

(3) *Idem*, id., fol. 850.

Miguel de Carrança, otro hermano del dicho Rmo. que falleció en Valladolid asistiendo á la causa que se ha tractado contra su hermano, supplica á V. Illma. S.^a sea serbido de tornar á veer la peticion que en veinte y nueue del passado presenté ante V. S. Rma. sobre la paga deuida á las dichas mis partes por virtud de vna librança que el dicho Rmo. de Toledo estando en Valladolid hizo al dicho Miguel de Carrança su hermano ya defunto como dicho es, e mande despachar la dicha peticion con toda breuedad, equidad y benignidad que sus grandes necessidades requieren. = *Martinus de Azpilcueta, D. nauarrus.*

Carta autógrafa del Dr. Navarro á D. Diego de Espinosa (1).

IHS ✕ M.^a = Illmo. y Rmo. Sor. = Por me vedar los médicos desta Auiñon, do llegué á quince del passado, el escribir por mi mano y el dictar por agena, y porque las nuevas desta mi enfermedad hauian de dar pena á V. S.^a Illma. *qui me semper gratis amauit*, no le he dado avn parte dello. Passando por Francia, mísera por muchos respectos, tomóme vna calentura cotidiana, con que caminé ocho días por no quedar y morir entre tan ruin gente como hallamos hasta aquí, do gracias á Dios es muy obedescido el Papa; y con vn poco de cassia y otras cosas dexóme la calentura, á juyzio de los médicos; quedóme vn calor exterior y vna inflamacion que nunca se ha podido quitar hasta oy, avnque la naturaleza trabaja de echarlo por muchos sudores, que quasi cada día me vienen tres principales, los quales me enflaquecen mucho; y los médicos se han resuelto de que no ay otra vía para echar fuera esta inflamacion, que muchas vezes trae consigo fiebre. Al parecer de todos voi mejorando, al mío estoi corrido de que escribo ésta de Auiñon quando la pensé escribir de Roma; avnque todos dizen que si no parara aquí, nunca llegara allí. Gracias por todo á Dios, que la Illma. persona de V. S.^a Rma. en todo y siempre prospere *eternum Amen*. En Auiñon y 11 de Julio de 1567 años.

Omnia mea, quæ T. Dñis. illmæ. sunt, comendo et hanc xpm animam.

Illmo. y Rmo. Señor = las illmas. manos De V. S. Rma. = veso mjl bezes = Su orador deuotíssimo = aunque indigno = *Martinus de Azpilcueta, D. nauarrus.*

Sobrescrito: ✕ = Al Illmo. y Rmo. Señor Don Diego de Espinosa, Presidente del Consejo Real etc.^a = mi señor.

Carta autógrafa del Dr. Navarro á D. Diego de Espinosa (2).

IHS ✕ m.^a = Illmo. y Rmo. Señor = Este otro día escribí á V. S. Illma. cuál llegué y estaua en esta Auiñon con esta enfermedad, parte de la causa de la qual creo ha sido no hauer hecho lo que V. S. Rma. me mandó, que no dexasse de comer carnero los días de comer carne, y dexasse las fructas sequas. que me secauan y escalfauan. Esta dolencia fundada en sequedad y calor me ha durado dos meses en el camino y aquí, dando muestras á las vezes de

(1) *Proceso de Carrança*, t. XVII, fol. 91, duplicado fol. 92. El duplicado varía algo en la parte autógrafa, esto es, en el cumplido.

(2) *Idem id.*, t. XVII, fol. 93.

muerte y otras de vida. Agora, loado Dios, dicen que pára en salud, puesto que avn no la tengo ni me leuanto de la cama, y que presto podré començar á caminar. En los mesones de la misérrima Francia gastan los estrangeros tanto que á las vezes parecen robados, y aquí en médicos y medicinas y con los que lleuo, criados y allegados, y con lo que ha menester la litera, he gastado y gastado tanto que será menester que V. S.^a Illma. me haga merced de embiar á Don Lope de Auellaneda la cédula que me dixo se la embiaría para me pagar. Supplícole húmilmente sea seruido de lo hazer. Nuestro Señor guarde, prospere y en todo haga bienaventurada la Illma. persona de V. S. Rma. *eternum*. Amen. En Auiñon y 30 de Julio de 1567 años.

Illmo. y Rmo. Señor = veso las manos á V. S. Illma. = su deuotíssimo aunque indigno orador = *Martinus De Azpilcueta, D. nauarrus*.

Sobrescrito: Al Illmo. y Rmo. Señor Don Diego de Espinosa, Presidente del Consejo de su Magd.

Carta autógrafa del Dr. Navarro al Inquisidor General Espinosa (1).

IES ✕ M.^a = Illmo. y Rmo. Sor. = El doctor Hermosilla, muy fiel y no menos diligente é inteligente hazedor y seruidor de V. S. Illma. y mi gran señor, me ha pedido en este punto vn librito de los que antier se acabaron de imprimir. E yo le he dicho que yo desseaua y no ossaba enbiárselo por ser tan pequeña cosa; pero pues á él le parece bien de embiárselo en su nonbre, á mí me parece mal no embiárselo en el mío, y así le osso embiar ésse que lo tenía para dar mañana á vn gran Cardenal, y ha sido muy dichoso en hauerse de embiar al mayor de todos los que ay oy en el mundo ante sus ojos y los míos. Y porque en él hago vna digressioncilla, que comiença en la pag.^a 42, suplico á V. S. Illma. sea seruido de saber la causa dello que es ésta. Quando lo compuse en castellano en esos Reynos y lo dediqué á su Real Magd. desseando mucho de poner en él muchas de sus incomparables alabanzas, no lo osé hazer por temor que se tomasse por lisonja; solamente toqué algunas, en dos ó tres ringlones. Y como despues, siendo muy importunado allá y acá, lo traduxe en latin, y los que lo vieron para se me dar licencia de imprimirlo, por los dichos dos ó tres ringlones me tacharon por lisongero, apuntando en el margen: *Quanta assentatio!* Por lo qual grauemente reñí con ellos, no tanto por me poner tal nonbre en esta edad y opinion que tiene el mundo de mí, quanto por ver quán baxo concepto tenían de quien tan altíssimo lo hauían de tener; lo qual mesmo concebí de la conuersacion de algunos Cardenales y otros, y así por lo que deuo á Dios y á su Magd. y al bien público y buen exemplo de toda la Christiandad (*iuxta illud: Regis ad exemplum totus componitur orbis*) me determiné á añadir la dicha digression; con que creyendo ser verdad lo en ella contenido, me lo han dexado imprimir. Por ende suplico á V. S. Illma. que como mi muy antiguo y vnico señor y amparo me haga merced, que será señaladíssima, de leerla: y si le paresciere que conuiene, para que su Magd. no me tenga por temerario en osar escrebir lo en ella contenido, sin tener bastante eloquencia para ello, sea seruido de darle vna cuen-

(1) *Proceso de Carranza*, t. XVII, fol. 94.

ta sumaria dello, para que tenga por bien lo que con tan buena intencion y con tanta necessidad se ha hecho, aunque por ser *modicum et male præparatum* merezca alguna reprehesion. N. Sor. *seruet, prosperet, bæetque æternum* á la Illma. y Rma. persona de V. S.^a y su estado spiritual y temporal acresciete Amen. de Roma á 11 de Octubre [1568].

Lo que sigue es autógrafo:

Encomiendo quanto puedo á V. S. illma. al licenciado Miranda, deubdo del Rmo. de Toledo.

Illmo. y Rmo. Se.^o = veso las manos á V. S. = illma. y Rma. = Su deuotissimo = aunque indigno = orador = *Martinus de Azpilcueta, D. n. n. n.*

Sobrescrito: ✕ = Al Illmo. y Rmo. Señor mi Señor el Cardenal Presidente y Inquisidor General de las Españas = mi señor.

En la carpeta se lee: Embía vn libro que allá hizo ymprimir que toca á las personas que se an de conferir beneficios, y cómo se an de gozar los frutos, y supca. á V. S. lea vna digression que haze en la página 42, y hazer relacion della á su mgd.

Los últimos documentos no necesitan comentarios, ni siquiera exposición. Ellos por sí mismos dicen lo que pasó en Madrid con el Dr. Navarro en 1566, su disgusto por negarse el Rey á recibirle, sus descargos y sus súplicas. En 1567, contra lo que afirma el Sr. Arigita (1), Azpilcueta abandonó á Carranza en su viaje á Roma, quedando sólo al lado del Sr. Arzobispo de Toledo su fiel vicario el Dr. Alonso Delgado, Carranza sentía que Azpilcueta no le acompañase á Roma, escribió á Espinosa, que de hecho era el Inquisidor general, y Espinosa habló al Rey, e cual benignamente pasó una Real cédula al Dr. Navarro para que fuese á defender en Roma, como lo había hecho en Valladolid, á su desgraciado paisano. Y Azpilcueta, agradecidísimo al Inquisidor general, parte de San Román de Coimbra, viene á Madrid, cobra sus salarios y emprende el viaje á Roma pasando por Navarra. En Aviñón le sorprendió grave enfermedad, la cual puso en peligro su vida. Mejora y continúa el viaje, llegando á Roma, mal dispuesto, el 21 de Octubre de 1567, vispera de San Lucas, como el Licenciado Temiño escribió á Busto de Villegas el 5 de Noviembre del mismo año (1).

En Roma continuó Azpilcueta defendiendo á Carranza con el ardo de siempre, pero no con el resultado que deseaba. No traslado aquí la carta del Dr. Navarro á su sobrino, ó á un su amigo, ni la respuesta de éste. Ambas están recientemente publicadas en la *Autobiografía de Do Diego de Simancas*. Allí puede verlas el curioso, y observará que el amigo respondón estaba mejor informado en las interioridades del proces

(1) *El Doctor Navarro*, pag. 367.

(2) *Proceso de Carranza*, t. XIX, fol. 176.

que el mismo Dr. Navarro. Esto sin meternos á juzgar de la autenticidad de estas cartas, sobre la cual abrigo dudas fundadas. Las expondré con sencillez cuando llegue á estudiar directamente el proceso de Carranza, cuyo conocimiento es necesario para hablar acertadamente sobre ambas piezas. Cuando lleguemos á ese punto, veremos muchas cosas, y veremos, sobre todo, cuánto enseña la historia á los que sinceramente buscan la verdad.

FR. JUSTO CUERVO, O. P.

LAS CORTES Y LA CONSTITUCION DE CADIZ

(Continuación.)

III

Al reanudar, después de tan largo paréntesis (1), la modesta y enojosa tarea de volver á pasar la vista sobre los hechos capitales que sirven de punto de partida para nuestra importantísima cuanto mal interpretada historia contemporánea, creo muy conveniente, si no necesario, insistir en una idea que, aunque indicada ya repetidas veces en páginas anteriores, quisiera yo que el lector la tuviera muy presente, porque á los dos nos hace no poca falta en lo que aún tenemos que recorrer y decir. Caminamos, en verdad, sobre terreno falso y falseado, lleno de zanjás y de minas, que pueden explotar al menor roce si no guardamos las más exquisitas precauciones y aguzamos el tino.

Esa idea, verdaderamente substancial y obvia para que á cualquiera se le pudiese ocurrir y no se llamase á engaño ó cayese en escrúpulos, es la de que esta cuestión de la *legitimidad de las Cortes y Constitución de Cádiz*, que es la que por ahora únicamente tratamos de ventilar y esclarecer, es totalmente distinta de la relativa al juicio que pueden merecernos los actos singulares de aquellas famosas Cortes, y, sobre todo, del que pudiéramos formar y estampar de su obra legislativa en general ó considerando cada una de sus leyes en particular.

Todo el mundo sabe demasiado que no basta el manto de la *legitimidad* para cubrir y deshacer la injusticia, la tiranía, los atentados y extralimitaciones en que puede incurrir, y de hecho incurre muchas veces, la autoridad pública; actos hay, por desgracia, del Poder político más *legítimo*, que resultan ilegítimos y nulos, no por proceder de donde proceden, sino porque quebrantan y barrenan las leyes fundamentales de la convivencia social. Con toda la legitimidad que se quiera atribuir á las actuales Instituciones; qué de cosas lamentables estamos soportando todos los días

(1) Vid. LA CIENCIA TOMISTA, Marzo-Abril y Mayo-Junio de 1912.

de parte de nuestros gobernantes! ¿Autoriza esto, sin embargo, para declararlos en todo y por todo ilegítimos? De ninguna manera. En este caso la historia nos sumiría en un laberinto de confusiones espantables, y podríamos dudar de que existan gobiernos legítimos en el mundo, siguiéndose de aquí que el gobierno único legítimo sería la *anarquía*. Basta recordar rápidamente algunos ejemplos. ¿Vamos á calificar de *ilegítimo* á Carlos IV por haber entregado las riendas del gobierno, la vida entera de la nación, al favorito Godoy? ¿A Carlos III, por haber expulsado á los jesuitas echándose en brazos de los enciclopedistas? ¿A Felipe V, por haber abolido arbitraria y despóticamente los fueros de Cataluña y Valencia? ¿A Carlos II, por haber entregado la corona á la dinastía borbónica sin contar con las Cortes? ¿A Felipe IV, por haber perdido á Portugal, etc.? Claro está que no.

Así pues, aun suponiendo por el momento *legítimas* las Cortes de Cádiz ante el derecho puro, amparado por la crítica histórica, no por eso quedan *legitimados* todos sus actos; quedan en pie, por el contrario, todas las censuras que la crítica juiciosa é imparcial, y, sobre todo, el sentido católico vivamente lastimado por ellas en no pocos casos, les han venido dirigiendo desde los días de su nacimiento hasta el presente.

A las Cortes de Cádiz nadie, en cierto modo podrá absolverlas del enorme pecado de haber dado, en cierto modo, cuerpo y personalidad á la tendencia antirreligiosa y sectaria que aún corroe las entrañas de la Patria y persigue siempre que puede á la iglesia católica. Y no es que, á fuer de exactos é imparciales, atribuyamos á las Cortes gaditanas el origen total de aquel fermento anticatólico y de todos los demás elementos de perversión y disociación que vinieron actuando en nuestra Historia, pues, por desgracia, todos eran muy anteriores (1); pero lo que no puede negarse es que, en virtud del nuevo régimen, pasaron aquellos actos antirreligiosos de ser aislados y antilegales á ser actos colectivos, actos jurídicos, alrededor de los cuales se vino á formar escuela desdichada. Con las Cortes de Cádiz empezaron también los ataques sistemáticos á los bienes del Clero, los actos desamortizadores en grande escala calificados, con razón, de inmenso latrocinio, y llevados á cabo invocando principios mal entendidos de Economía política, y esa especie de vesania contra las Ordenes religiosas que nadie puede explicarse racionalmente; con ellas, en fin, empezó el afán desatentado de entrometerse en los asuntos eclesiásticos, regateando á la Iglesia su autoidad y atropellándola muchas veces, dando principio á todo esto con la absurda é inconsiderada manera que tuvo de abolir el Santo Oficio,

(1) El escritor tradicionalista D. Juan M.^a Roma, en su citado folleto *Las Cortes de Cádiz*, etc., dice: "Los que gobernaban durante los reyes absolutistas eran, como hemos visto, los *liberales*, *masones* y *volterianos*. De manera que el absolutismo español era monárquico, pero era á la vez *liberal*, *masón*, *afrancesado* y *volteriano*", pág. 6.

cuando ni tenía asomos de autoridad para ello, y planteando así la llamada *Cuestión religiosa*—bien que las Cortes lo pagaron muy caro, pues desde el momento en que fué abolida la Inquisición empieza la franca hostilidad del clero y de los más fervientes católicos contra las nuevas instituciones hasta que lograron echarlo todo al suelo.

Todos estos cargos y algunos otros más de orden meramente político se pueden hacer con justicia contra las Cortes de Cádiz en su funesta precipitación de querer renovar en un momento toda nuestra legislación y nuestras costumbres. Aun respecto á la conveniencia, á la oportunidad ó acierto de haberlas convocado en aquellos trances y en la *forma* que se hizo, echando abajo el sistema del gran Jovellanos (hoy puesto sobre las nubes por los mismos tradicionalistas) (1) y luego restablecido en parte y en parte adulterado por los mismos doceañistas en la Constitución de 1837, caben la duda y la discusión. Un escritor parlamentario tan concienzudo y al propio tiempo tan partidario de las Cortes y tan *liberal*, al modo de Jovellanos, como D. Juan Rico y Amat, dice lo siguiente:

“Ella (la convocatoria de Cortes hecha por la Regencia que sucedió á la Junta Central) fué causa de las primeras Cortes de Cádiz que sembraron el odio entre los partidos políticos, obligando con su conducta á Fernando VII á que al regreso de su cautividad siguiera una senda de violencias y venganzas que, á buen seguro, no hubiera seguido sin las Cortes del año 10.

(1) El ya citado Sr. Roma dice acerca de Jovellanos: “El que propone romper á este régimen opresor no es un liberal. El que quiere entrar en un régimen democrático y lo propone á la Central y lo realiza, es Jovellanos, un tradicionalista asturiano ilustre, uno de los hombres más notables de España, enemigo acérrimo del liberalismo, del afrancesamiento, del volterianismo y de la masonería”, folleto y lugar citados.—*El Norte*, diario tradicionalista, se expresaba el 24 de Septiembre de 1911, núm. 535, en estos términos: “Por todos estos motivos no es de extrañar que Jovellanos, como otros muchos, hayan sido calificados de *liberales*, por más que, á nuestro entender, sólo les puede convenir tal calificativo de un modo impropio ó incompleto, toda vez que estos hombres extraordinarios, siempre y en todo tiempo se mostraron sumisos al principio de autoridad, no sólo religiosa, sino civil y hasta científica.” Y para que no quepa duda acerca de la *posición* de Jovellanos, el articulista le pone, á fin de que resalte más su temperamento *reformista*, al lado de otro carácter bien distinto, que es el P. Alvarado, y así, escribe: “Al lado de este hombre singular (Jovellanos), *representativo de la España sedienta de verdaderas reformas*, podemos colocar otro hombre no menos notable, representativo de otra España, de la España de la antigua tradición y del antiguo régimen, y éste no es otro que el P. Alvarado.” Otro distinguido escritor tradicionalista, el Sr. D. Manuel de Bofarull y Romañá, en su apreciable obra *Las Antiguas Cortes: El Moderno Parlamento: El Régimen Representativo orgánico*, Madrid, 1912, se expresa en los siguientes términos respecto á Jovellanos: “Entre los raros hombres que en la Junta Central de Sevilla y en la Asamblea de Cádiz pensaron serena y desapasionadamente y vieron clara la realidad y el proceso histórico de nuestra España, sobresalen un astur y dos catalanes. Jovellanos, en su *Memoria* en defensa de aquélla, se muestra enemigo acérrimo de la “mania democrática”, de la “herejía política”, como él llamó al dogma de la soberanía nacional y de todas esas Constituciones quiméricas, abstractas y *a priori* que rápidamente se hacen y efímeramente viven”, pág. 155, nota 99.

"Si la Regencia no hubiese sido débil al resistir á la anarquía política que levantaba entonces la cabeza, y se hubiera ocupado únicamente en terminar aquella guerra, como su deber y la prudencia se lo aconsejaban, dejando intacta la cuestión política para que el Monarca la resolviese al recuperar el trono de sus mayores en unión de las Cortes generales del Reino ya convocadas, ni las ideas demagógicas y desorganizadoras habrían tenido luego el funesto desarrollo que tuvieron, ni Fernando VII hubiese sido tan reaccionario y despótico como fué.

"Abiertas por él las primeras Cortes sin insultos que vengar, sin agravios que perseguir, de seguro hubiese otorgado libre y espontáneamente al pueblo español en pago de su lealtad y sacrificios una carta prudente y adecuada á la ilustración de los tiempos modernos y que, sin menoscabar las prerrogativas del Trono, hubiera proporcionado á la nación más bienestar en su existencia y una libertad política racional, provechosa y más duradera de la que hoy disfruta, sin tanta sangre adquirida, sin tantas desgracias conservada.

"Defienden algunos historiadores aquel acto de la Regencia como exigido por la opinión general de los pueblos. Si al escribir la historia de aquella época se comprendiese bien cuál era entonces el estado de la nación, no se sentarían tan falsas aserciones, enteramente contrarias á la verdad histórica.

"¿Estaba, por ventura, la opinión general por el planteamiento de las reformas liberales en la forma y en el sentido en que se hicieron? No, ciertamente. ¿Qué exposiciones remitieron los Ayuntamientos á la Regencia solicitando esas innovaciones? ¿Qué motines hubo en los pueblos por la tardanza en concederlas? ¿Qué gestiones hicieron las Juntas de las demás provincias para que se estableciesen? ¿Pedían Cortes los *somatenes* de Cataluña al perseguir á los franceses en las asperezas de sus montañas? ¿Demandaban gobierno representativo los guerrilleros de Valencia, de la Mancha, de Aragón, de Galicia y demás provincias al sorprender y dispersar en algún barranco una ordenada columna de enemigos? ¿Daban acaso vivas á la reforma nuestros generales y soldados al tomar una batería en el campo de batalla ó al defender con sus pechos los arruinados muros de alguna ciudad? ¿Exigía reformas el clero, eco principal y director entonces de la opinión pública, cuando sabía que aquellas reformas eran impulsadas por el espíritu volteriano y por la influencia de los enciclopedistas franceses? ¿Podían, por ventura, solicitarlas los grandes comprendiendo que lo primero que había de reformarse eran sus injustos privilegios y onerosas exenciones? (1)."

(1) *Historia Política y Parlamentaria de España (desde los tiempos primitivos hasta nuestros días)*. Escrita y dedicada a S. M. la Reina Doña Isabel II. Por D. Juan Rico y Amat. Madrid. Imprenta de Las Escuelas Pías, Embajadores, núm. 49, 1860. Tomo I, pág. 176.

Aunque no esté conforme con algunos de sus pormenores he querido alargarme en esta cita de un escritor tan moderado y juicioso, eco de toda una escuela de publicistas bastante olvidados entre nosotros, para que se vea cómo era y es compatible la aceptación de la esencia constitucional con la crítica más dura de sus determinaciones ó de las formas positivas y concretas en que se encarna, y cómo de la aceptación de la legitimidad constitucional y parlamentaria, que el Sr. Rico y Amat acepta y defiende con otros muchos, á pesar de lo dicho, no se sigue la aceptación de todo su contenido legal ó doctrinal, como si todo ello formase una unidad substancial indivisible. ¡Linda teoría la de no tener por *legítimo* y *obligatorio* más que lo que está en un todo conforme con nuestro modo de pensar y sentir, ó no se adecue con exactitud al ideal de perfección que todos sentimos y deseamos! No va más allá el anarquismo filosófico en su exaltación del principio de la autonomía individual en frente de la soberanía del Estado. Es decir, repetimos, que bien puede aceptarse la *legitimidad* de las Cortes de Cádiz una vez reunidas, y la Constitución formada por las mismas después de votada y promulgada, sin que por eso se reconozcan su precipitación ó sus defectos en la convocatoria, sus extralimitaciones en el ejercicio del poder y sus errores incluídos en las leyes ó palpitantes en la mente y en las intenciones de algunos de sus Diputados.

Cuando las mismas Cortes cometieron aquella otra insigne torpeza, duramente calificada por uno de los hombres que más influyeron con sus escritos en la propaganda y aceptación de las nuevas ideas políticas constitucionales (1), consistente en determinar que "hasta pasados ocho

(1) *Martínez Marina*, Canónigo de la Iglesia de San Isidro, de Madrid, é individuo de número de las Academias Española y de la Historia: *Teoría de las Cortes ó grandes Juntas Nacionales de los Reinos de León y Castilla. Monumentos de su Constitución política y de la soberanía del pueblo, con algunas observaciones sobre la ley fundamental de la Monarquía española sancionada por las Cortes generales y extraordinarias, y promulgada en Cádiz á 19 de Marzo de 1812*. Madrid, 1866. Esta obra se imprimió por primera vez en Madrid el año 1813, y, como su mismo autor dice en la *Defensa* que extendió en Diciembre de 1818 para justificarse de las censuras que habían hecho de sus obras, "la escribí antes del establecimiento del Gobierno de Cádiz, y no es más que una extensión de la que en 1808 remití á la Junta Central, impresa sin conocimiento, noticia ni influjo suyo en Londres, en 1810, como se puede ver en el Prólogo de la *Teoría*, desde el núm. 103 hasta el 111. En el año de 1810, cuando aún no se habían instalado las Cortes, se comenzó á leer la *Teoría* en la Real Academia de la Historia, lectura que continuó por espacio de catorce ó diez y seis meses, como consta de sus actas. Luego su autor no pudo adoptar los principios de aquellas Cortes, ni declararse poseído de sus máximas, ni haberlas tomado de los periodistas, ni de los propagadores de ideas revolucionarias: lo uno, porque estos papeles y escritos no comenzaron á extenderse hasta el año de 1811 y 1812. Lo otro, porque habiendo permanecido yo en Madrid todo el tiempo de la revolución, no había oportunidad para adquirir aquellos papeles, ni jamás lo he deseado ni intentado. Acaso entre todos los españoles no hubo quien tuviese menos relaciones con los individuos del Gobierno; no traté con ellos por escrito ni de palabra, ni en público ni en secreto, y aun después de haberse establecido las Cortes y la Regencia en Madrid, siguiendo el mismo sistema y conducta, viví tan separado de

años después de hallarse puesta en práctica la Constitución en todas sus partes no se podrá proponer alteración, adición ni reforma en ninguno de sus artículos" (Tit. X, art. 375), no era porque las Cortes en masa y todos los partidarios del nuevo régimen estuviesen satisfechos y entusiasmados con aquella obra; era precisamente por todo lo contrario: fué por el temor de la inevitable mayoría, que siempre decide, de que, en vista de la muchedumbre de opiniones, observaciones y argumentos que se expusieron dentro y fuera del Parlamento al discutirla, se procediese inmediatamente ó en las siguientes Cortes ordinarias á su revisión, poniendo en peligro su esencia en el ardor de las controversias. Nada, por lo tanto, más lejos de la verdad histórica que suponer la Constitución en todas sus partes, así substanciales como accidentales, obra de una escuela unánime y cerrada de criterio que se impuso furtivamente y como por sorpresa, ya por la fuerza de las circunstancias ó por capricho de una mayoría de cualquier modo amañada; fué en realidad producto de muchos entendimientos, no escasos de luces ni ignorantes de nuestra historia legal, resultado, en fin, de laboriosa gestación, en la que se expusieron inmensa variedad de opiniones, las cuales no pudieron ser todas recogidas en aquel Código

cuantos tenían parte en el Gobierno, que ni una sola vez tuve la curiosidad de concurrir á las tribunas de las Cortes.

"Bien es verdad que, publicada y jurada la Constitución, tuve por conveniente añadir á la *Teoría* algunas reflexiones y observaciones sobre los principios asentados en aquélla, y me pareció justo hablar con elogio de muchos de ellos, porque eran conformes á mis ideas, á las máximas de una sana política, á las leyes fundamentales de la monarquía española, y muy á propósito para dirigir la nación y salvar la Patria en aquellas circunstancias, y reputaba por objeto de suma importancia promover el crédito del Gobierno y afianzar más y más la unión de los ciudadanos entre sí y con los jefes que estaban á su cabeza, y llevaban sobre sus hombros el peso de los negocios del Estado; lo contrario sería introducir la anarquía, echar los cimientos de la ruina de la nación y conspirar contra la Patria.

"Sin embargo, la *Teoría* contiene pruebas evidentes de que yo no he sido un vil adulador de los representantes del pueblo, ni obstinado apologista de sus máximas, ni ciego seguidor de sus errores. Los he rebatido é impugnado en varias ocasiones, ya claramente, ya con disimulo, y siempre con aquella moderación y respeto debido al Gobierno legítimo. Manifesté asimismo no estar enteramente satisfecho de la Carta constitucional, y de haberse procedido con precipitación en publicarla antes de entender en su reforma, cuya necesidad mostré claramente en el núm. 123 del prólogo, y mucho más en los números 124 y siguientes, hasta el 130." *Defensa del Doctor D. Francisco Martínez Marina contra las censuras dadas por el Tribunal de la Inquisición á las dos obras TEORÍA DE LAS CORTES Y ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA ANTIGUA LEGISLACIÓN DE ESPAÑA*. Madrid, 1861.—En la *Teoría* (Prólogo, pág. 56) dice el señor Marina: "Mis ideas son tan diferentes de las que se expresan en esas cláusulas (artículos 378 á 383) y tan opuestas á las de los ilustres miembros de la Comisión que entendí en extender aquellos artículos, que, bien lejos de tener por conveniente esperar que pasen ocho años para poder hablar de reforma de Constitución y proponer adiciones ó modificaciones de varios artículos de ella, y que en este período nadie pueda desplegar los labios y todos guarden profundo silencio, estoy firmemente persuadido que el bien general, la prosperidad del Estado y la seguridad y libertad del ciudadano exigen que, desde luego, al instante, en el presente momento, se tomen prudentes medidas y serias y activas providencias para mejorarla."

por ser en muchos casos contradictorias. Para muestra habría que citar la multitud de folletos, papeles y artículos sueltos que entonces se publicaron clamando por reformas, descabelladas unas, razonables otras y muy dignas de consideración y estima algunas de ellas. En gran número de aquellas exposiciones y proyectos se notan aspiraciones é ideas substanciales comunes, siendo una de ellas la convocación de Cortes, aunque sin determinar la forma en que habían de reunirse ni su concreta finalidad, si bien tampoco faltaron desde el principio enemigos declarados y formidables de las Cortes y de las reformas principales que ya se veían venir, como diremos, con bastante claridad (1).

De todo lo cual se desprende que desde un principio tuvieron las Instituciones creadas en Cádiz sus críticos más ó menos radicales, pero sin llegar nunca á ser declaradas *ilegítimas* y nulas por nadie, á no ser por algunos de aquellos que desde los primeros momentos se mostraron adversarios cerrados de toda clase de Cortes, fuesen tradicionales ó cons-

(1) Aunque sea adelantando ideas y materias, no podemos menos de citar los títulos de algunos de esos folletos y papeles á que hemos hecho referencia, y que tenemos á la vista, para que se vea que no hablamos á humo de pajas. Helos aquí: AMADOS COMPATRIOTAS. *Plan de Gobierno escrito por autor anónimo y fechado en Toledo á 3 de Agosto de 1808.* Contiene XXI capítulos en siete páginas.—GOBIERNO PRONTO Y REFORMAS NECESARIAS. Firmado por J. en Madrid, á 2 de Septiembre de 1808. Con licencia. Imprenta de Villalpando. Madrid. Año 1808, 15 págs.—SISTEMA CONVENIENTE Á ESPAÑA EN LAS CRÍTICAS CIRCUNSTANCIAS ACTUALES. Madrid. En la Imprenta de Collado, 1808. Firmado por Josef Mauricio Chone de Acha, 22 págs.—VOCES DE LA FAMA Á LOS ESPAÑOLES DE TODAS CLASES Y ESTADOS: ECLESIASTICOS Y SECULARES, ANCIANOS, JÓVENES, RICOS, POBRES, HOMBRES Y MUJERES. PUBLICAN SUS DEBERES Á LA RELIGIÓN, AL SOBERANO Y PARA CON LA PATRIA. REFUTAN LOS PAPELES QUE DIFICULTAN SOBRE LA JUNTA SUPREMA. Madrid, año M.DLCCVIII. En la Imprenta de don Josef Doblado. Con licencia. Firmado por F. C. E., 15 págs.—CARTA DIRIGIDA DESDE VALENCIA AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE FLORIDABLANCA POR UN VALENCIANO. Fechada en Valencia á 3 de Septiembre de 1808. Madrid, Imprenta de Villalpando. Año 1808. Dos hojas.—ÚLTIMA SESIÓN DE LA SUPREMA JUNTA DE MURCIA, COMUNICADA POR EXTRAORDINARIOS Á LAS DEMÁS DEL REYNO (19 de Agosto de 1808). Reimpreso con licencia de la Suprema Junta.—MANIFIESTO DE LA JUNTA DE VALENCIA, haciendo presente á todos los demás del Reyno la indispensable y urgente necesidad de que se establezca una Central que entienda y decida á nombre de nuestro, amado Soberano Fernando VII. Firmado en Valencia á 16 de Julio de 1808, 7 págs.—MANIFIESTO DE LA JUNTA SUPREMA DE LA CIUDAD DE VALENCIA comunicado á las demás del reyno sobre la necesidad de que la Junta Central de Gobierno de España é Indias se componga de diputados de las provincias unidos al Consejo de Castilla, Firmada en Valencia á 8 de Agosto de 1808, 20 págs.—Á LOS HONORABLES VOCALOS DE TODAS LAS JUNTAS SUPREMAS DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA. RESPUESTA DE SUS MANIFIESTOS Á LOS ILUSTRES MILITARES, SABIOS Y PADRES DE LA PATRIA, QUE UNIDOS HAN DE VOTAR LA JUNTA CENTRAL REGENTE. Ilustraciones y avisos á todos los patricios, valientes guerreros y magistrados ilustres que con entusiasmo han de executar quanto mande dicha Junta. SATISFACCIONES É INSTRUCCIONES dadas por la invariable Asamblea de la verdad y paz soberana "a jure" en todos los reynos cristianos y en todas las sociedades humanas. Con licencia en Madrid. En la Imprenta de D. Benito García y Compañía. Año de 1808. Firmado á 1.º de Septiembre de 1808, por D. A. A. Sacerdote, 37 págs.—REFLEXIONES SOBRE EL ESTABLECIMIENTO Y RESIDENCIA DE LA JUNTA SUPREMA DE GOBIERNO. Madrid. MDCCCVIII. En la Imprenta de Vega y Compañía. Con licencia. Anónimo. Fechado en Madrid á 12 de Septiembre de 1808, 8 págs., etc., etc.

titucionales, según más adelante explicaremos, empleando para ello toda clase de argumentos, buenos y malos. El criterio político de condenar todo un sistema de gobierno ó un conjunto de leyes é instituciones por algunos de sus defectos no substanciales sino corregibles, fué creación posterior, y es todavía el sistema de aquellos que creen santamente que no se puede tocar el punto histórico de las Cortes de Cádiz para estudiarlas de nuevo, para revisarlas, sin seguir la rutina de empezar calificándolas de "nefandas", de "tenidas ó concíabulos masónicos" y otros epítetos por el estilo; y no conciben que se hable con moderación de estos hechos y que se reconozca á la luz de la documentación histórica la *legitimidad* y validez de aquellas instituciones sin aceptar y profesar todos y cada uno de los errores que puedan contener en la doctrina que implican ó en la conducta que siguieron.

Si los primeros adversarios de las Cortes y Constitución de Cádiz (que llegaron á formar escuela respetable) y los que aún piensan como ellos hubieran discurrido y escrito (los hechos sobre que versaban los juicios eran los mismos) tan cuerda y razonablemente como algunos de los modernos escritores tradicionalistas no se hubiera llegado seguramente á hacer aquella afirmación tan grave y radical de la *ilegitimidad* de las instituciones doceañistas, que hacía imposible toda fórmula de avenencia, sino que, por el contrario, hubiérase llegado entonces mismo ó en plazo no muy lejano á la unión sincera de todos los españoles en el mismo ideal político religioso para bien de la Religión y de la Patria, y no hubiera pasado lo que pasó y aún está pasando.

Porque los Sres. Roma y Bofarull, distinguidos y respetables escritores tradicionalistas, y el segundo Senador del reino, ya no califican de *ilegítimas* á las Cortes gaditanas ni se cierran en banda contra ellas (aunque se declaren enemigos leales de su sistema), sencillamente porque no quieren tampoco ni querrían entonces el régimen que las Cortes abolían y que ellos justamente detestan, hasta el punto de no encontrarlo aceptable y verdaderamente tradicional en el curso regresivo de nuestra historia hasta el siglo xv.

El primero de estos escritores dice en la pág. 1.^a de su folleto:

"La unidad monárquica española que tan fecunda en bienes de todo orden podía ser, atentó en seguida contra la esencia y el alma de las Españas. La Tradición medioeval, libre y genuina expresión de la substancialidad española, comenzó á ser conculcada por los reyes unitarios de España. Y rotos uno hoy, mañana otro, los hilos que constituían la trama sutil y envidiable de nuestra Historia y de nuestro ser, vinieron desgracias de todo orden y males sin cuento, que, violentando ó cercenando el organismo de un ser, sus acciones y manifestaciones deben ser forzosamente patológicas.

"Carlos V, Rey de una inteligencia despierta, de una voluntad fuerte..

de una acción constante, atacó los fueros vascongados y mató las libertades castellanas. Felipe II, ese gran Monarca sagaz é incansable, no pudiendo sustraerse al ambiente, asestó un golpe mortal á las leyes aragonesas. Felipe III no reunió jamás Cortes catalanas, faltando de una manera tan fundamental á sus juramentos y á las leyes del país. Felipe IV, el Rey aventurero, logró alzar contra sí, por el despotismo de su ministro el Conde-Duque de Olivares, á Portugal, que se hizo independiente; á Cataluña, que se lanzó en masa contra el Rey, acaudillada por obispos y frailes; á Nápoles, que fué segregado; á Andalucía, donde una chispa, felizmente apagada, podía producir funestos resultados. El infeliz Carlos II, juguete de un maniático, no reunió jamás Cortes en toda España.

"La dinastía austriaca, víctima de las corrientes que dominaban, había maltrecho, uno tras otro, dos de los tres lemas fundamentales del alma española: Patria y Monarquía, ya que la Patria española no se concibe sino autónoma y libre y la Monarquía hispánica no lo es si no es representativa y responsable.

"Subió la dinastía borbónica con el animoso Felipe V. Y continuó desde las gradas del trono y las altas esferas gubernativas el ataque jamás interrumpido á nuestra gloriosa Tradición medioeval.

"Felipe V, Rey notabilísimo, en sus cincuenta años de reinár, no reunió Cortes más que una vez, y aun para jurar al heredero. Era esto en 1713. Ya no se reunieron más Cortes en todo un siglo, hasta 1810, las Cortes liberales, que vamos á historiar. Felipe y sus sucesores (Carlos III, Carlos IV, Fernando VII) gobernaron en sentido absoluto, costumbre entonces general á toda Europa, pero incompatible con la manera de ser de España."

Por todo lo cual, añade más adelante (pág. 6) en tono de encarecimiento: "El primer lugar, la importancia de la reunión de Cortes, después que hacía cien años que no se habían celebrado ningunas y más de doscientos en que no se habían celebrado ningunas libres y populares. Este es un mérito inmenso. La interrupción de la época absolutista y despótica y la inauguración de un régimen popular con Cortes y Democracia, este retorno á las viejas prácticas españolas de la Edad Media, tiene un valor tan grande que no puede pasarse por alto de ningún modo." "Era natural—continúa—que se reunieran Cortes. Pero lo era también que se ocuparan *exclusivamente* (subraya el autor) de la administración, de la guerra, de lo urgente."

El Sr. Bofarull (1) es todavía más explícito: "La segunda mitad—escribe—del siglo xv y primera del xvi separan la Edad Media de la Moderna, y en ese período se celebra la más grande crisis por que ha atravesado la sociedad española, al seguir la evolución general de las nacio-

(1) *Las antiguas Cortes, etc.*

nes europeas en su paso del régimen feudal al moderno de los grandes Estados con todas las consecuencias que, como el decaimiento de las libertades públicas y robustecimiento del Poder central, se derivan de tal transformación social y política (1). Los Reyes Católicos, ante el ideal de la unidad nacional, norte y alma de un gobierno, *modificaron la tradición* y vida de aquellas nacionalidades, *alterando* la típica constitución de las naciones ibéricas que la Historia había labrado en trabajo de cerca de ocho siglos (2). El Emperador Carlos I, V de Alemania, llamado por ley de sucesión á ocupar el trono de España, no ya siguió, sino que agravó la política inaugurada por los Reyes Católicos de erigir la Corona en superior y casi único poder del Estado. A él cupo la suerte, no tanto por su carácter de suyo elevado y recto y de privilegiadas dotes de gobierno, cuanto por influencia de sus consejeros flamencos, de romper con nuestra tradición política y arrancar el espíritu de libertad orgánica que era el alma de nuestra grandeza nacional para imponer una férrea unidad de Estado basada en un absolutismo teutón de origen. A la derrota del estado llano por la de las comunidades en los campos de Villalar, siguió la expulsión de la nobleza en las Cortes de 1538, por no acceder á la concesión del tributo de la sisa, y el despojar al clero en 1539 de su prerrogativa de nombrar representantes en Cortes, viniendo á quedar así todas las clases sometidas á la voluntad del soberano, árbitro del gobierno de la nación. Desde entonces no volvieron á convocarse los tres brazos de Castilla, y así como las Cortes convocadas por Carlos I en este reino hasta la indicada fecha de 1538 todavía conservan algo de su antigua dignidad é independencia, desde esa fecha son sus notas características la resignación y el servilismo (3). Reducida la representación de Castilla á los procuradores de villas, y no siendo éstos representantes del Concejo y del elemento popular, las Cortes castellanas eran sólo instrumento de la voluntad de los reyes, y limitada la facultad de las aragonesas y catalanas á una coparticipación escasa en los órdenes legislativo y económico, puede afirmarse que enmudecen las Cortes como representación fiel de la Nación española. En tiempo de Carlos I no había más que dos colosos. El Emperador, grande, rígido, de altura incommensurable, que había retenido en sus manos robustas todas las prerrogativas del Poder en unidad gigantesca, nuevo actuante de "El Estado soy yo", y el pueblo, sumiso, heroico y generoso, satisfecho quizás en su fe de mártir por la lucha santa que entablara contra la herejía protestante en lejanas tierras, pero olvidado de sí mismo y en franca sangría. Felipe II no acrecentó ni continuó siquiera la enemiga de la dinastía austriaca á nuestra representación, antes al contrario, precisa decirlo en justicia de aquel gran

(1) Op. cit., pág. 66.

(2) Op. cit., pág. 68.

(3) Op. cit., pág. 72.

monarca, presentado por la insana pasión política, enlazada con la heterodoxa, como el más duro de los reyes absolutos la aminoró algo, guardando respeto á nuestras Cortes y sancionando algunas disposiciones en su favor, si bien se precipitaban en su decadencia, pues su casi única misión era la de otorgar subsidios (1)."

Refiriéndose el mismo escritor directamente á las Cortes de Cádiz dice: "Reverentemente hay que descubrirse ante aquel glorioso resurgimiento de patriotismo y de fe del pueblo español que entabla nueva reconquista hispana; pero no más que censuras y muy acerbos merecen la conducta de sus políticos y la obra de sus legisladores. Sin regatear *sana intención y acendrado patriotismo á la mayor parte de los parlamentarios que en las Cortes generales y extraordinarias de Cádiz* (subrayamos nosotros) de 1810 á 1812 quisieron llevar á cabo la reorganización social y política de nuestra Patria, precisa reconocer que su obra, la Constitución del 12, fué fatal por absurda, antisocial y antiespañola (2).

De modo, repito, que si los PP. Vélez, Strauch, Puigcerver y, si se quiere, el P. Alvarado (3), que afirmaron en un principio la *legitimidad*

(1) Op. cit., pág. 73.

(2) Op. cit., pág. 87.

(3) Sobre el modo de pensar del P. Alvarado vamos á decir algunas cosas más, obligados á ello por unos interesantes y bien escritos artículos que con el título "El Filósofo Rancio, R. P. Alvarado, según nuevos documentos", etc. aparecieron en *Razón y Fe*, números de Octubre, Noviembre y Diciembre de 1912 y Enero de 1913. Vienen firmados por el erudito y diligente escritor P. J. M.^a March, S. J., y en ellos se nos alude y cita varias veces para hacernos algunos reparos que no podemos menos de agradecer y tomar en consideración, porque en todos estos andares no nos mueve otro fin que el muy noble de conocer y declarar la verdad, hállese en donde se halle.

El P. March sostiene que el P. Alvarado no fué partidario de la *legitimidad* de las Cortes de Cádiz, como nosotros tratamos de deducir de algunos textos de las *Cartas Críticas* de aquel insigne escritor. Reconoce el P. March que "estas deducciones del distinguido articulista, tal como se desprenden de textos tan claros, parecen del todo legítimas y á todas luces evidentes. Según ellos, se nos presenta el *Rancio*: 1.º, como partidario de la legitimidad de las Cortes de Cádiz; 2.º, como aplaudiendo á éstas en general, y 3.º, como aprobando algunas, al menos, de las medidas más transcendentales, como la división de poderes". (*Razón y Fe*, Enero de 1913, pág. 19.) Con el texto autógrafo y original de las *Cartas* del P. Alvarado en la mano, como afortunadamente lo tiene el P. March, no hay más remedio que bajar la cabeza, y en vez de protestar y arañar réplicas, aplaudir y congratularse con tan peregrino hallazgo, aunque venga á desmentirnos en algunos puntos. Yo me contento con sostener y decir que el *Filósofo Rancio* conocido y leído por todos hasta ahora, el traído y llevado, y aplaudido y censurado por unos y otros, á veces equivocadamente, era el que nosotros tratamos de bosquejar, recogiendo de sus obras aquellos textos olvidados, de cuya autenticidad no teníamos hasta ahora motivos para dudar.

Porque el P. March (loc. cit., pág. 22) afirma que "el *Filósofo Rancio* no escribió jamás aquellas frases tan aparatosas, favorables á la legitimidad de las Cortes y á la división de los tres poderes, contenidas en las cuatro citas primeras que hemos transcrito. Así consta—dice—por las *Cartas* autógrafas que tenemos á la vista, y en las que se sostiene más bien todo lo contrario". No dudamos de las palabras del docto articulista respecto á lo primero; aquellas frases y párrafos habrán sido intercalados por el Sr. Rodríguez de la Bárcena ú otros; pero en lo segundo, que el P. Alvarado "sostuviese más bien todo lo contrario", no acabamos de convencernos. Hubiera yo deseado, en primer término, que así como el P. March trajo á dos columnas trozos de

de las Cortes de Cádiz, según claramente se desprende de los textos que hemos alegado (cuando nadie les forzaba á hacer semejantes declaraciones), á buen seguro que después no se hubieran pronunciado tan pronto y tan duramente contra ellas los tres primeros tachándolas de *ilegítimas*,

la carta primera para hacer ver que el texto aducido por nosotros no estaba en el original, así hubiera hecho con los de la carta VII; y en segundo lugar, no estaría de más que alegara algunos de esos textos contrarios á la legitimidad de las Cortes; que si el P. Alvarado tenía tan entre ceja y ceja eso de la legitimidad de las Cortes, y tan "clavadas en la memoria y en el corazón las "añadidas", como supone el articulista, es indudable que en las cartas que siguieron á la primera, ó en correspondencia particular, habría afirmado lo contrario de lo que se le hacía decir, ó habría protestado en una ú otra forma contra lo que hacían con sus manuscritos, pues no tenía pelos en la lengua ni escasez de recursos para decir las cosas claras ó rebozadas, aunque fueran sus amigos los que tenían que aguantar la filípica. Y, como digo, ninguno de esos textos terminantes, claros y definitivos nos presenta el P. March.

Resultará, á lo más, que si no fué un entusiasta precisamente de las Cortes, no fué un adversario cerril del punto concreto de su legitimidad. A mí, por lo menos, me hace mucha fuerza pensar que, habiéndose publicado las *Cartas* con las "añadidas" á la vista del *Rancio*, y separadamente, callase y otorgase, viendo falseado su pensamiento en puntos concretos y de suma gravedad, haciéndole apóstol y propagandista, entre sus lectores, de ideas tan contradictorias á las suyas, según se supone.

El P. Alvarado asegura que en las *Cartas* publicadas hay otros muchos textos contrarios á los alegados por mí, "aunque no los toma en consideración el R. P. Gafo". Yo, francamente, no los encuentro (ni el P. March los cita) con esa *contradicción* tan clara y terminante que haría ciertamente injuria á los editores de las *Cartas*, y al mismo P. Alvarado, que lo veía y callaba.

Hay textos, ¿quién lo duda?, en que el *Rancio* expresa sus recelos, sus temores respecto á aquel Congreso, sobre todo después que se metió á legislar sobre asuntos eclesiásticos ó religiosos, y cuando los reveses de las armas arrancaban de todos los pechos españoles un grito de dolor que expresaba el deseo de que todo hombre empuñase la spada ó el fusil, en vez de estar entretenidos en discusiones políticas; pero cualquiera comprende que todos no podían ser soldados, que todo era necesario y que todas esas frases y otras parecidas que se ven en los escritores de la época no eran más que un desahogo del momento. Hay otros muchos en que ataca primeramente las doctrinas expuestas en las sesiones y arremete contra muchos diputados, extendiéndose luego en quejas y censuras contra las Cortes, por esa ley tan común y frecuente de generalizar y aplicar á la colectividad los defectos y errores en que caen los individuos que la componen; otros, en fin, en que se burla donosamente de la Constitución y la comate duramente; pero son todas cuestiones muy distintas de la que ahora se discute.

Y de cualquier modo, todos sus pasajes, por duros que sean y merecidos, no hay que desglosarlos de aquel otro que el P. March no ha podido borrar, por encontrarse en el original que él posee, y que dice de esta manera: "Mi juicio, pues, se reduce á que en las Cortes, LA MAYOR PARTE ES DE VERDADEROS ESPAÑOLES CRISTIANOS, SÁBIDOS, HOMBRES DE BIEN Y CAPACES DE TODO LO QUE NECESITAMOS." De hombres así calificados no es de presumir que el P. Alvarado creyese que constituían un "convento masónico", "un motín de afrancesados, más temibles que los que andaban con Pepe Botellas" ó una "Asamblea perjura, detentadora ilegítima de la Autoridad", etc., etc.

Sólo un texto tomado de las *Cartas inéditas*, de los tres que aduce el P. March *Razón y Fe*, Enero de 1913, pág. 20, y *Carta inédita*, pág. 118) prueba algo la tesis de que el P. Alvarado tenía por ilegítimas las Cortes de Cádiz. Digo algo nada más, porque vale en este caso el célebre polemista de un argumento *ad hominem* tomado del periódico avanzado *La Tertulia*. Dice este periódico en su núm. 32 que con la reunión de las Cortes extraordinarias había cesado toda la legislación antigua, y que las presentes Cortes no procedían de la antigua Constitución del reino, ni se parecían en nada, ni por su forma ni por su naturaleza, á las antiguas. Argumento en cierto modo falso, pero que el P. Alvarado califica de "harto verdadero" para sacarle una consecuencia que á *La Tertulia* y demás congéneres tenía que molestar y requemar mucho; tal conse-

por amor al régimen absolutista que restauraba Fernando VII, si hubieran tenido de aquella forma de gobierno el mismo concepto que acababan de manifestarnos los escritores citados. Porque es indudable que no fueron las razones sino los afectos los que fallaron en aquel pleito. El afecto casi religioso á los reyes y á la monarquía absolutista, el miedo á las Cortes que, por olvidadas, se creyeron una *novedad*, he aquí la explicación. Si aquellos santos varones juzgaron racionalmente legítimas las Cortes en 1810 cuando se reunieron, legítimas tenían que juzgarlas en 1814 cuando Fernando VII expidió su famoso decreto aboliéndolas y “quitándolas de en medio del tiempo”. Y si se alega el “miedo”, como algunos lo alegaron, para exculpar su primera benevolencia para con las Cortes y el nuevo régimen, también pudiera alegarse, y con mayor motivo, para disculpar y tener por nulos sus posteriores entusiasmos absolutistas, ya que Fernando VII imponía “pena de la vida”, como “reo de lesa majestad”, á todo el que defendiese las Cortes y la Constitución, “ora lo ejecute de hecho, ora por escrito”. Por eso, así como no damos gran valor á la simple autoridad de aquellos buenos escritores cuando afirman la legitimidad de las instituciones doceañistas, así tampoco quisiéramos que no se hubiesen invocado tan ciegamente sus nombres cuando se pusieron de frente á aquellas primeras Cortes parlamentarias, sin antes analizar y criticar bien á fondo las razones en que se apoyaban.

Esto es lo que vamos á hacer ahora, desembarazado el terreno con las explicaciones que preceden, contestando francamente á esta pregunta: ¿Fueron *legítimas* las Cortes y la Constitución de Cádiz?

(Continuará.)

FR. JOSÉ D. GAFO, O. P.

cuencia era la de que, no procediendo las Cortes de ningún precepto legal anterior, las Cortes eran ilegales ó ilegítimas. Esto es todo. Los otros dos textos no expresan más que temores y quejas de las Cortes, por lo malo que hacían y lo que hacían sospechar, y en esto no se quedaron atrás, como ya indicamos, los mismos partidarios de ellas y defensores de su legitimidad. Por lo demás, mil plácemes al P. March por su interesante trabajo y por su dignísimo modo de contender.

El Diccionario de la Teología Católica de Vacant-Mangenot

Sin el propósito de oponerme á la reacción cada día más acentuada que reina entre nosotros contra la ciencia francesa, debo presentar este *Diccionario* como una obra útil y aun necesaria en muchas bibliotecas, que bien merece una ley de exención en su favor para que sea importada y conocida en España mientras no estemos en condiciones de sustituirla por otra mejor. ¿Quién ha de ser tan insensato que cierre las puertas á la *Patrología* de Migne, por ejemplo? El *Diccionario* de Vacant-Mangenot no es de proporciones tan considerables como ésta: lleva publicados cuarenta y dos fascículos de 300 columnas en folio cada uno, llegando ya al artículo *Foi*. Pero este *Diccionario* forma parte de otra obra más amplia, de la *Enciclopedia de Ciencias Eclesiásticas*, que comprende: 1.º, *Diccionario de la Biblia*; 2.º, *Diccionario de la Teología católica*; 3.º, *Diccionario de Arqueología cristiana y de Liturgia*; 4.º, *Diccionario de Historia y de Geografía eclesiásticas*, y 5.º, *Diccionario de Derecho canónico*, todos editados por la Casa Letouzey et Ane (París), que tan extraordinarios servicios viene prestando á la ciencia católica. De esta *Enciclopedia* gigantesca está ya terminado el *Diccionario de la Biblia* (en 10 volúmenes); en curso de publicación, los de *Teología*, *Arqueología é Historia*, y en preparación, el de *Derecho canónico*. La Casa editora cuenta para estos dos últimos con una ventaja no despreciable, y es la publicación que está haciendo de la *Historia de los Concilios de Nefele*, en 24 volúmenes, traducida al francés por H. Lelercq.

Sin ser hoy el Diccionario un elemento de progreso, de investigación científica, se hace cada vez más imprescindible. Los amantes de la ciencia libresca le asignan un lugar preferente en su mesa de estudio para tenerlo constantemente á mano, y lo acarician con frecuencia, sintiendo al mismo tiempo cierto rubor al sospechar que acaso se llegue á descubrir su delito de apropiación sin sudores, de lo que después manifiestan

haberlo conseguido con ellos. De ahí que el recurrir á este instrumento tenga siempre algo de ignominioso. Aunque nunca se puede prescindir totalmente de él, su ayuda es más imperiosa en el período de formación intelectual; en los especialistas, ó en los que comienzan á serlo, su uso está en razón inversa de los años consagrados á la especialización, y en general, el recurso del Diccionario está en razón inversa de la edad. Cuando el especialista necesita tener conocimientos más amplios sobre un orden de cosas allegadas á sus estudios predilectos, como sucede frecuentemente con los sacerdotes, por razón de su ministerio, la solución más obvia suele ser también el Diccionario. El Diccionario no le servirá para ahondar más sus conocimientos, pero sí para ampliarlos. Puede formularse para estos casos el siguiente principio: Lo que se pierde con el Diccionario en intensidad, se gana en extensión.

El objeto del *Diccionario de la Teología católica*—se lee en el Prólogo del mismo—es “exponer las doctrinas de la teología católica, sus pruebas y su historia”. En conformidad con este plan, el cuerpo de él lo forman los artículos acerca de la historia de las doctrinas, exposición y prueba de los dogmas y, paralelamente, sin restarles importancia, los artículos relativos á las cuestiones de teología moral. Las biografías se han añadido como complemento á la parte doctrinal, y aunque encomendadas á especialistas, lo mismo que los restantes trabajos, su mérito es ya inferior, como parte secundaria en el *Diccionario*. La preferencia que se da á la teología no excluye que se estudie también, y á veces con amplitud, otros puntos de exégesis, concilios, epigrafía, historia, filosofía, estado actual del Catolicismo en las distintas partes del mundo, influencia de las Ordenes religiosas en la teología, doctrinas religiosas en las diversas sectas cristianas, etc., siempre que su conocimiento puede servir para apreciar mejor la verdad católica en su desarrollo histórico.

En cuanto á la historia de las doctrinas, donde tanto se trabaja hoy, no es posible reflejar en un Diccionario todas las tendencias; aun dando á esta parte el máximo de amplitud que puede caber en obras de esa clase, era preciso concretarse á trazar un bosquejo donde entrase todo lo que la investigación fluctuante de los teólogos y críticos ha establecido sólidamente como fuera de litigio, reproduciendo además los sistemas ó tendencias que, ó por su actualidad ó por sus estrechas relaciones con la Doctrina católica, ayudan á comprender y seguir el curso de estos trabajos (véase, por ejemplo, el artículo *Eucaristía*). La historia de las doctrinas, junto con la exposición y pruebas, es la que se encuentra más desarrollada en este *Diccionario*. Los artículos son, generalmente, monografías de síntesis que pueden servir de guía para ulteriores investigaciones. Parece natural que en esta parte hubiesen entrado á colaborar algunas firmas acreditadas, cuyas obras hasta han sido traducidas al castellano. La lista, sin embargo, no es la que uno pudiera formarse

a priori, tal vez para evitar avances ó matices peligrosos aun dentro de la ortodoxia.

La parte propiamente dogmática está tratada con excepcional competencia, y, merced á la diafanidad del lenguaje y orden de exposición característica de los franceses, es más fácil llegar á una apreciación exacta de las cuestiones fundamentales de la teología sirviéndose de este *Diccionario* que estudiándolas en los tratados ó manuales corrientes. A la teología moral se le da casi la misma amplitud que á la dogmática. En la parte sacramentaria, dividida, como los demás artículos de alguna amplitud, en secciones, se dedica siempre una ó varias á estudiar las condiciones y forma de administración. En las tesis y sistemas de libre discusión entre católicos, el articulista se mantiene generalmente neutral, limitándose á exponer el pro y el contra de cada tendencia. "Se han seguido las opiniones comunes—dice el prologuista—, en particular las de Santo Tomás. En las cuestiones libremente controvertidas y que dividen aún á los teólogos, se exponen las diversas opiniones, con sus pruebas respectivas, sin pronunciarse en favor de ninguna en particular. Nosotros no estamos adscritos á ninguna escuela teológica." La santa imparcialidad queda, sin embargo, notablemente vulnerada en el artículo *Chinos (ritos)*, encomendado á manos nada escrupulosas en materia de sinceridad histórica. La preferencia que se da á Santo Tomás hubiera sido conveniente extenderla también á sus intérpretes auténticos, en lo que el *Diccionario* se manifiesta menos incondicional.

El criterio con que se ha apreciado la importancia de cada artículo obedece siempre á su valor directamente teológico. El artículo *Dios* ocupa, por ejemplo, 543 columnas; *Agustín (San)*, 294; *Eucaristía*, 379; *Constantinopla (Iglesia de)*, 212. Esta proporción que los directores de la obra pensaban mantener fielmente, no la han guardado siempre los encargados de los artículos, aunque claro está que sería irracional medir en todo caso la importancia de un tema por la extensión con que se desarrolla. Tenemos un ejemplo muy típico en dos que van precisamente seguidos (1), *Canisio (Pedro)* y *Cano (Melchor)*. Al primero se le dedican 30 columnas y al segundo, solamente tres... La apreciación *in subjecta materia* del P. Le Bachelet, S. J., autor del primer artículo, difiere bastante de la del P. Mandonnet, O. P., autor del segundo. Este ejemplo se reproduce con frecuencia, comparando entre sí la colaboración de ambos articulistas.

A título, no de recriminación, sino de amigable advertencia, debo señalar algunas inexactitudes y erratas evidentemente involuntarias que he notado, para que, si llega el caso de reimprimirse, como ha sido necesario

(1) Seguidos, prescindiendo del artículo sobre *Canivetxky (Epifanio)*, que tiene sólo ocho líneas.

hacerlo ya con los primeros fascículos, agotados al poco tiempo de aparecer, puedan modificarse según el parecer de los directores de la obra. En el artículo *Depósito de la fe* se lee: "La doctrina del objeto indirecto del depósito de la fe... no parece haber sido señalada claramente antes de Santo Tomás, cuando distingue un doble objeto de fe: el uno, que comprende las verdades inmediatamente propuestas á nuestra fe, ó los artículos de la fe inmediatamente revelados por Jesucristo; el otro, que se extiende á todas las verdades cuya negación implicaría la negación de algún artículo de fe. *Sum. theol.*, II.^a, II.^{ae}, q. XI, a. 2. Esta distinción, admitida desde entonces comúnmente por los teólogos, fué más explícitamente formulada á fines del siglo XVI y aplicada directamente á la enseñanza del magisterio eclesiástico por Gregorio de Valencia, *Analysis fidei catholicae*, part. VIII. Ingolstadt, 1583, págs. 313 y sigs., y en el siglo XVII, por Báñez. In II.^a II.^{ae}, q. XI, a. 2, concl. 1. Venecia, 1602." La obra de Báñez que aquí menciona el articulista se publicó antes que la que cita de Valencia. La de éste no se publicó hasta 1585, aunque él le asigna la fecha de 1583. La de Báñez se publicó por vez primera, no en 1602, como aquí consta, sino en 1583 el primer tomo, que comprende hasta la cuestión XLVI de la 2.^a 2.^{ae}, entrando, por consiguiente, en él el comentario á la cuestión XI, a. 2 que aquí se aduce. Antes de 1602 se hicieron varias ediciones.

En el artículo sobre España, al describir la acción de las Ordenes religiosas, por una errata se atribuye á los dominicos lo suyo más lo de los agustinos.—En la bibliografía de la primera parte del mismo artículo, columna 556, parecen haberse excluido de propósito obras como las del P. Flórez y Menéndez y Pelayo, para sustituirlas por las de Altamira ó por las de escritores extranjeros, nada afectos á nuestras cosas, como Leclercq y Lea, que han falseado apasionadamente la verdad (1).—Al Papa San Dámaso se le hace natural de Roma, cuando está plenamente demostrado que fué español (2).—La sustitución de una cifra adelanta la muerte de Eckard el joven dos siglos, 1137 por 1337.

La labor diaria que se realiza en el terreno histórico va precisando y corrigiendo incesantemente las anteriores apreciaciones. El artículo *Arnobio el joven*, hoy habría que rehacerlo dándole más importancia. Apenas se le concede la paternidad de dos obras de las cuatro que Dom Morin acaba de reivindicarle. En publicaciones como ésta, que necesita varios años para su confección, hay una parte que envejece ya antes de quedar ultimado el conjunto. Es defecto que va anejo á todo lo susceptible de progreso. Pero nada significa eso cuando el conjunto, y sobre todo

(1) Cfr. LA CIENCIA TOMISTA, tomo IV, pág. 159, y tomo VI, págs. 533-34.

(2) Cfr. PÉREZ BAYAR: *Damasus et Laurentius hispanis adserti et vindicati*; BERNADÉS Y TRECÁ: *De S. Damasco I Papa confessore hispanico*, Roma, 1834; KÜNSTLE: *Antipriscilliana*, Friburgo de Brisgovia, 1905.

la parte doctrinal, es sólida. Los defectos debemos suplirlos nosotros, y, lejos de echárselos en cara al autor, cuando éste ha puesto todo su esfuerzo en evitarlos, es de rigurosa justicia que le hagamos presente nuestra gratitud por haberse impuesto en provecho de todos un trabajo ingrato que nosotros tan cómodamente utilizamos. La vida de este *Diccionario* ha de ser larga. Estas obras se emprenden de tarde en tarde, y sin reparar en gastos ni sacrificios el plan gigantesco inaugurado por Vacant, el conocidísimo autor de los *Estudios teológicos sobre las constituciones del Concilio de Trento*, viene realizándolo su sucesor E. Mangenot de un modo digno de la ciencia teológica de nuestros días.

FR. VICENTE BELTRÁN, O. P.

BOLETÍN DE APOLOGÉTICA



Credibilidad y Apologética.—La notabilísima y bien conocida obra del P. Gardeil, O. P., sobre las cuestiones que suscita el anterior epígrafe, acaba de ser editada de nuevo, con modificaciones muy importantes (1). Como la primera edición de este libro se ha divulgado mucho en los centros teológicos, suscitando luminosas polémicas que no es del caso detallar, me parece suficiente señalar los puntos capitales en que su ilustre autor creyó oportuno cambiar de orientación, introduciendo aspectos nuevos que, si bien no modifican fundamentalmente el sentido de la obra, le dan más actualidad, poniéndola en contacto más inmediato con las direcciones modernas de la apologética.

Había intentado el P. Gardeil determinar exactamente la noción de credibilidad en función de los actos psicológicos que integran el acto de fe. Para ello se esforzó por describir, con la precisión de psicólogo tomista, la serie de actos del entendimiento y de la voluntad precedentes y concomitantes al acto sobrenatural de fe. Respecto á la cuestión de si la gracia es ó no necesaria para la rectificación fundamental de la intención hacia el último fin, la cual ha de preceder á la elección definitiva de la fe, su punto de vista era el de la lógica abstracta: La razón puede por sí sola orientar la elección del acto de fe. Los auxilios sobrenaturales que de hecho concurren á esta orientación no son absolutamente necesarios, puesto que los diversos actos que la integran son específicamente naturales. Este punto de vista ha sido cambiado en esta nueva edición. "Lo he sustituido—dice el autor—por el punto de vista real y concreto que antes había dejado al margen. He considerado, por lo tanto, la preparación moral á la fe como extendiéndose normalmente á socorros sobrenaturales, objetivos y subjetivos, luz para el entendimiento y refuerzos para la voluntad" (pág. xv). Con este motivo introduce en su obra un nuevo é interesantísimo estudio sobre la *intención de la fe*, en donde resume la doctrina de San Agustín, P. Lombardo y Santo Tomás acerca de este punto. El primer acto ordenado directamente á la adhesión de la fe supone toda una vida moral, una orientación nueva del espíritu, una intención profundamente moralizada. ¿Hay en esta disposición del alma algo específicamente sobre-

(1) P. A. GARDEIL, O. P.: *La crédibilité et l'Apologétique*, 2^{ème} éd. entièrement refondue et considérablement augmentée. Un vol. en 8.^o de xx-332 págs. Gabalda, París, 1912.

natural? Considerando las cosas en abstracto, puede decirse que basta la rectitud natural de un espíritu sincero que busca su última felicidad. Mas, desde el punto de vista real y concreto, según los planes actuales de la Providencia, "es claro que quien obra en sí una rectificación tan fundamental de su intención..., no ha llegado ahí sin que una gracia divina se haya apoderado de su conciencia" (pág. 17). Esta conclusión del autor es para mí absolutamente cierta. Aun prescindiendo de los cánones del Concilio de Orange, que evidentemente la favorecen, basta considerar las enormes dificultades que ha de vencer semejante rectificación de la voluntad respecto al último fin, con todas las consecuencias que él entraña, para convencerse de que es moralmente imposible, sin auxilios especiales de la gracia, en el estado actual de la naturaleza humana. Sobre este punto concreto están generalmente de acuerdo los apologistas modernos.

En lo relativo á la demostración rigurosa de la credibilidad, el P. Gardeil mantiene sus posiciones antiguas, y aun las defiende con mayor energía. A fin de evitar las dificultades consiguientes á su tesis, distingue con cuidado el hecho exterior de la *atestación* divina del acto íntimo, por el cual Dios revela, y después de discutir largamente sobre la demostrabilidad de aquélla, termina así: "De esta discusión deducimos que el hecho de la *atestación* divina es perfectamente demostrable (con demostración rigurosa), siendo distinto del acto íntimo, por el cual Dios revela y motiva nuestra fe" (pág. 101). La distinción es exacta, y la opinión del ilustre apologista sobre la demostrabilidad de la *atestación* divina tiene sólidas bases en Santo Tomás. Pero sus argumentos y exégesis tomista no me parecen definitivos.

Completamente nuevo es el capítulo sobre la *credibilidad común*, en donde resume el autor un opúsculo suyo titulado *La certitude probable*, y aplica á la apologética el concepto de certeza probable en él sostenido. Este cambio de lenguaje ya le ha valido varias críticas, algunas completamente infundadas. La *certeza probable* del P. Gardeil, bien entendida, viene á reducirse casi á la llamada vulgarmente certeza moral. La probabilidad no es para él lo que puede ser contrabalanceado por otra afirmación contraria también probable, sino aquello que se aproxima de un modo directo y positivo á la verdad. Así explicado el concepto y la expresión, se desvanece la antinomia que en apariencia hay entre la certeza y la probabilidad. "Si se define lo probable, lo *verosímil—vraisemblable*—, lo que se aproxima positivamente á lo verdadero, se comprende en seguida que la certeza no es tan *heterogénea* á la verdad" (pág. 167). Señala á continuación cuatro grados de certeza probable. Esta nueva terminología, que en sí es perfectamente exacta, difícilmente entrará en circulación, por estar muy habituados los escritores á emplear otro lenguaje, de tal modo, que lo cierto y lo probable son para nosotros cosas heterogéneas hasta por instinto.

En la última parte de la obra, consagrada á determinar el concepto de apologética y las diversas formas que ésta reviste, introduce un estudio nuevo dedicado á rehabilitar el "nombre y la cosa" de la *Teología fundamental*, "concebida á la manera de una epistemología y una criteriología teológicas" (pág. xi). En la concepción antigua muchos engloban en la Teología fundamental toda la apologética. Mas ésta, en cuanto tal, va "de fuera adentro,

de la razón á la credibilidad. Pero la teología apologética debe ir de dentro afuera, del objeto de la fe y de su credibilidad, supuestos fuera de toda discusión, á los argumentos racionales que puedan defenderlos" (págs. 246-247). Así como la metafísica no sólo defiende los principios de las otras ciencias, sino también los suyos propios, y entre ellos los relativos al conocimiento mediante la epistemología, así la metafísica sobrenatural (la teología) "deberá poseer una crítica ó defensa del conocimiento sobrenatural de la fe, de su posibilidad y legitimidad, una epistemología y una criteriología sobrenatural. Ahora bien: la posibilidad del conocimiento sobrenatural se defiende por las tesis de la posibilidad de la revelación, del milagro, profecías, etc., la legitimidad, estableciendo los signos mediante los cuales se reconoce la verdadera revelación y la intervención efectiva de estos signos en apoyo de la revelación cristiana. Mas todo esto no es otra cosa que la apologética propiamente dicha... La teología apologética es, pues, una especie de epistemología y criteriología teológicas que defienden la realidad del fundamento objetivo del conocimiento sobrenatural: la revelación... En este sentido se puede hablar de teología fundamental..." (págs. 248-249). Los tópicos de la teología apologética serán aquellos argumentos que, sin ser apodícticos, pueden utilizarse con gran fruto en función del objeto de fe ya admitido.

Esta concepción de la teología fundamental es interesante, y sin duda que, en cierto sentido, se encuentra esbozada en los teólogos antiguos, especialmente en Santo Tomás. Debe cuidarse no confundirla con la apologética propiamente dicha. Esta prueba, no supone el hecho de la revelación. Es, por lo tanto, puramente racional. Aquella supone este hecho, y de él parte para demostrar su credibilidad. De modo que su punto de vista es estrictamente teológico, aun cuando sus argumentos sean racionales.

Termina la obra del P. Gardeil con varios apéndices—suprimido el del milagro, que figuraba en la otra edición—; los más notables son los dedicados á la potencia obediencial y á los suplementos de credibilidad.

Excusado parece decir que la obra del ilustre dominico es de suma importancia. Apenas se encontrará en la literatura apologética contemporánea libro más sólido desde el punto de vista de la teología tradicional. No es obra de apologética práctica, inmediata, sino de principios generales, de metodología; tampoco puede servir de lectura para todos, pues supone seria formación teológica y filosófica; pero sí será un utilísimo "instrumento de trabajo para los profesores y estudiantes de teología, para los sacerdotes deseosos de conocer á fondo estas cuestiones, para los filósofos y católicos cultos que no temen el trabajo" (pág. xx).

El P. Gardeil no niega que el auxilio divino coadyuve al entendimiento y á la voluntad en la adquisición de la credibilidad racional y en el acto de fe científica consiguiente á aquélla (véase la obra antes reseñada, pág. 35, en nota); pero sí sostiene que, de suyo, esto es efecto de la razón, de argumentos naturales. Esta fe científica, esa creencia natural, ¿es invención moderna ó tiene sus raíces en los teólogos antiguos? P. Rousselot, en un interesante artículo de la revista *Recherches de science religieuse* (I), trata de demostrar que semejante teoría de fe natural adquirida por las luces de la razón

.. (1) Enero-Febrero, 1913. *Remarques sur l'histoire de la notion de foi naturelle.*

sola, ya se conciba como simultánea á la fe sobrenatural infusa, ya como una convicción racional del hecho de la revelación anterior al acto de fe divina, es moderna. Los teólogos antiguos, y en especial San Agustín y Santo Tomás, sólo admitían aquella otra teoría según la cual “la certeza legítima del asentimiento de fe requiere esencialmente una gracia”. Esto debe entenderse de la fe natural, porque, tratándose de la fe sobrenatural, todos los teólogos católicos lo admiten. En apoyo de su opinión cita Rousselot un largo texto de Santo Tomás, tomado de sus comentarios *In Boetium de Trinitate*. Y añade: “Quien admite esto—el texto citado—no puede reconocer ninguna consistencia á la “fe científica” ó “fe natural”. Pues debe notarse que “Santo Tomás no presenta la percepción de la credibilidad como fruto de una demostración que precedería al acto de creer”. Muy al contrario: esta percepción, que es para los tomistas modernos efecto del raciocinio, era considerada por el Doctor Angélico como producida por la luz de la fe. Según Rousselot, la teoría de una credibilidad racional es posterior al siglo XIII; fué introducida en las escuelas bajo la influencia escotista. De donde resulta que esta doctrina que los neotomistas nos presentan como auténtica de Santo Tomás es la misma de Scoto, opuesta á la del Santo Doctor.

Difícilmente podrá Rousselot justificar las ideas que expone en este artículo. Desde luego, concretándonos á Santo Tomás, el texto que aduce nada prueba en favor de su aserto. En el lugar citado habla el Santo Doctor de la fe sobrenatural, y en ella distingue dos cosas: la *acceptio rerum quibus assentimur* y algo *quod inclinât ad assensum*, lo cual es una cierta luz—*habitus fidei*—infundida por Dios en la mente humana. Esta luz—que mueve principalmente, no de un modo exclusivo, como algunos lo interpretan (1), mediante la voluntad, *per viam voluntatis*—es más eficaz que cualquier luz natural ó demostración por la cual asentimos á los principios naturales, ya que aquí siempre es menester contar con la defectibilidad de la razón humana. Esa luz divina no hace ver las cosas que se creen ni fuerza al asentimiento, sino que hace asentir voluntariamente. En todo este pasaje de Santo Tomás no hay la menor expresión contraria á la credibilidad racional. Cuando dice que *hoc lumen sufficit ad judicandum* supone al alma en plena fe sobrenatural, en donde, en rigor, ya no necesita, absolutamente hablando, la credibilidad racional. Mas de aquí no se sigue que no haya menester de ella antes de llegar á ese estado. Antes bien, otros muchos textos del Doctor Angélico parecen indicar lo contrario. Por de pronto, la tesis que supone como posible una demostración racional del hecho de la revelación anterior al acto de fe, tiene serios fundamentos en la doctrina tomista y no menores en las definiciones de la Iglesia. Esto no impide que, *de hecho*, un auxilio sobrenatural más ó menos “anónimo” encauce y dirija siempre la razón que busca sinceramente el camino de la fe.

Método de immanencia.—La cuestión de método aplicado á la apologética ha vuelto á discutirse con ardor y hasta con cierta animosidad, gracias á un libro que luego reseñaré. Esto parece indicar que todavía no hemos llegado á una solución definitiva. Algo se ha conseguido, sin embargo. En el

(1) Véase *Annales de philosophie chrétienne*, Febrero, 1913, págs. 547-48.

fondo, todos convienen, más ó menos explícitamente, que el exclusivismo en este punto debe rechazarse á toda costa. Así la apologética de immanencia como la mal llamada apologética extrínseca, deben coadyuvarse mutuamente, deben formar un todo orgánico, sin sacrificar los derechos de cada una.

Prescindiendo aquí de la teoría de immanencia en cuanto doctrina ó sistem filosófica (1), tan sólo voy á indicar algunas ideas fundamentales para que se vea qué género de dificultades modernas intenta obviar el método de immanencia. Un principio fundamental en esta filosofía—hoy bastante difundida—es que nada puede venir al hombre de afuera, que todo en él es autónomo y autónomo, que nada puede manifestarse en su vida interior que no esté contenido de antemano en su conciencia profunda, la cual viene á ser una especie de santuario herméticamente cerrado, en donde nada exterior puede penetrar. La conciencia tiene en sí misma, consciente ó inconscientemente, cuanto ha menester para su desarrollo total. Fácil es prever las consecuencias que en el orden religioso se derivan de este principio. Según él, la Religión se reduce á una pura experiencia psicológica, como puede verse por la siguiente ecuación que resume las diversas fases de la filosofía religiosa immanentista: Religión = revelación = fe = conciencia de lo divino = Dios = vida = experiencia. Quizás no todos los partidarios de la doctrina de immanencia admitirán así en crudo esta fórmula; pero no cabe duda que ella sintetiza muy bien las diversas tendencias filo-ófico-religiosas que circulan como moneda corriente en el mundo protestante y racionalista. Por de pronto, la mayor parte de los protestantes que se preocupan de filosofía religiosa son abiertamente immanentistas y en el sentido más riguroso de la palabra, es decir, en cuanto excluye de la Religión todo lo que signifique transcendencia, extrínsecismo, algo superior al contenido de la conciencia humana. Partiendo de la identidad entre la Religión y la experiencia religiosa, se esfuerzan los protestantes por establecer una apologética justificativa del Cristianismo así entendido. Semejante apologética se ha revelado en Alemania en la obra de Schmiedel: *Die Person Jesu im Streite der Meinungen der Gegenwart*, entre otros, y en Francia principalmente, en el famoso libro de A. Schaller: *Esquisse d'une philosophie de la religion d'après la psychologie et l'historie* (2). La apologética modernista, inspirada evidentemente en el protestantismo, no difiere en lo esencial de ésta. En ella se prescinde en absoluto de los argumentos extrínsecos, y sólo se da importancia á los puramente intrínsecos; se hace caso omiso de la historia, y muchas veces se vierten conceptos depresivos y blasfemos de la adorable persona de Jesucristo, el cual queda reducido á un símbolo.

Dejemos á un lado esta apologética, opuesta diametralmente al dogma y á toda la tradición cristiana y condenada de un modo expreso por la encíclica *Pascendi*. Vengamos á la apologética que, rechazando formalmente toda solidaridad con la doctrina de immanencia, aplica sólo el método como más

(1) Véase una exposición bastante completa de ella en el *Dictionnaire apologétique de la Foi Catholique*, Fascículo VIII, columnas, 569-579.

(2) No deja de haber otros protestantes más conservadores, sobre todo en Inglaterra y en los Estados Unidos, los cuales aún conceden importancia y valor á la apologética tradicional.

á propósito para defender la Religión cristiana y atacar á los modernos incrédulos.

Sabido es que Mauricio Blondel fué, si no el primero, al menos el que más vigorosamente expuso y defendió este método en nuestros días. Para conocerlo á fondo es menester acudir á sus obras filosóficas y apologéticas. Sobre ellas han aparecido esta última temporada dos estudios, en los cuales han procurado sus respectivos autores resumir y criticar los principios fundamentales del método de immanencia. He aquí un brevisimo extracto del primero de estos estudios, hecho por el P. Augusto y Alberto Valensin (1). El punto de partida de este método es el principio siguiente: Lo que no corresponde á un reclamo, á una necesidad de la vida interior, lo que no tiene en el hombre un punto de conexión, lo que es pura y simplemente de afuera y no puede penetrar su vida ni informar su pensamiento, es radicalmente ineficaz y al mismo tiempo inasimilable. Este principio, en la opinión de Blondel, se reduce á esta fórmula de Santo Tomás: *Nihil potest ordinari in aliquem finem nisi praexistat in ipso quedam proportio ad finem*. En frente del principio de immanencia tenemos lo sobrenatural, que es, por definición, "lo que permanece siempre más allá de la capacidad, de los méritos y exigencias de nuestra naturaleza y aun de toda naturaleza concebible". En el orden ontológico consiste lo sobrenatural en la participación de la visión beatífica, y en todo lo que prepara, comienza, acompaña, acaba y sigue á esta participación. Mediante la verdad revelada conocemos el secreto de esta vocación superior y transcendente, la cual no puede hallar en sí misma la naturaleza humana ni buscarla de un modo preciso. ¿Cómo compaginar estos dos principios? ¿Cómo obligar á un immanentista que por sistema rechaza todo lo que no tiene un punto de apoyo en su conciencia, todo lo que no corresponde á una necesidad de su vida interior, á reconocer la existencia de lo sobrenatural, que por definición está sobre las exigencias de toda la naturaleza? Si el problema existe tal como se plantea, es insoluble. La verdad es que no existe de ese modo abstracto. Mirando las cosas en la realidad de la vida concreta, penetrando en las profundidades de la naturaleza humana, no como se define en su ser metafísico y abstracto, sino en su realidad histórica, el problema cambia de aspecto y la aparente antinomia entre lo sobrenatural y el principio de immanencia queda convertida en una dificultad psicológica. En efecto: ¿no podríamos hallar en la naturaleza humana, según la descubrimos hoy en todos los hombres, cierta necesidad de lo sobrenatural? La labor del apologeta debe consistir precisamente en eso, en mostrar al hombre que no existe oposición entre sus deseos y necesidades íntimas y lo sobrenatural que le viene de afuera, sino que éste corresponde á un reclamo intenso y profundo de su vida interior. Para conseguir esto es necesario un método propio, preciso y filosófico. Tal es el método de immanencia que cabalmente tiene por objeto demostrar que el enigma de la vida, la sed insaciable, la inquietud, los deseos incoercibles, las ansias del espíritu humano, sólo se explican y satisfacen con la solución suprema del destino que aporta la revelación.

Mas ¿cómo se aviene la necesidad de lo sobrenatural, presente en la con-

(1) *Immanence (Méthode d')* en el Diccionario de apologética citado. Columnas 579-612.

ciencia humana, con la ortodoxia? Respecto á las almas cristianas, ya estén en gracia, ya en pecado, no hay cuestión. Viven en pleno sobrenatural; no es extraño ni heterodoxo, sino muy ortodoxo que sientan una necesidad positiva del complemento de esa vida divina que llevan en sí mismos. En cuanto al *"alma ignorante y pagana, que no ha sido invitada todavía, existe en ella la necesidad (negativa) de lo sobrenatural, creada por el vacío de una disposición que, siendo la señal de un estado perdido, el signo de un llamamiento, el efecto de la gracia proveniente y la condición de la gracia habitual, puede llamarse, ya, en cierto sentido analógico, una gracia"* (col. 588, subrayado por el autor). Esto supuesto, se comprende fácilmente cuál será el proceso que debe seguir la apologética de inmanencia. "Todo el resorte de este método consiste en evidenciar la necesidad en que se ve el hombre de igualar su aspiración libre á la aspiración (*vocú*) profunda de todo un ser, de estar concorde consigo mismo, de ratificar lo que él piensa y quiere inevitablemente, tomándolo á su cuenta mediante la reflexión, convencido de que sus actos deliberados jamás podrán suprimir la voluntad fundamental á que contradicen ni cesar de ser moralmente calificados, juzgados y condenados por ella." (Col. 589-590.) Este método, bajo alguna de sus formas, ha sido practicado desde antiguo por ciertos Padres de la Iglesia, v. gr., San Agustín, y más tarde por Fenelón, Pascal, Deschamps, etc., pero quien lo ha organizado y aplicado de un modo riguroso fué M. Blondel en su famoso libro *L'Action*, cuyo procedimiento y conclusiones refleja brevemente el P. Augusto Valensin. A esta exposición del método de inmanencia sigue el examen crítico hecho por Alberto Valensin. "No es—dice—una simple terapéutica moral, porque aspira á satisfacer las exigencias del pensamiento, y éste no reconoce como fundado un método moral aislado del método intelectual" (col. 505). Tampoco es un puro análisis psicológico de nuestros actos, pues "no podría probar de este modo la legitimidad de afirmaciones transcendentales" (ibid.). En realidad "es propiamente metafísico, así en sus procedimientos como en sus resultados" (ibid.). Tiene algunos puntos de contacto con las doctrinas de Santo Tomás hasta en su conclusión principal. La del Santo Doctor puede formularse así: *Solus Deus voluntatem hominis implere potest*. Implica, sin embargo, una actitud de pensamiento muy diferente. Esta actitud, desde el punto de vista filosófico, no es la del subjetivismo ni del pragmatismo, tal como este último se ha entendido después de W. James. La actitud que implica el método de inmanencia es la de un pensamiento dinámico y concreto, cuidadoso de no desconocer el aspecto moral del problema que hay que resolver; distingue, así de hecho como de derecho, dos fases en el conocimiento que tenemos del ser: la que precede y la que sigue á la intervención de nuestra voluntad; por último, tiende á excluir todo separatismo: el trabajo especulativo, los esfuerzos ascéticos, la enseñanza laboriosa de la vida, todo deberá servir al hombre que busca la verdad. En función de esta actitud de pensamiento deben interpretarse las diversas páginas de *L'Action* para no desnaturalizarlas. Semejante actitud es legítima y "permite integrar algunos datos saludables y fecundos, organizándolos de una manera original" (col. 599). Pero es susceptible de ciertas deformaciones peligrosas. "Preocupado uno de colocarse en lo concreto, de ver el aspecto moral del problema religioso,

de excluir la orgullosa suficiencia del filosofismo, podría llegar, más ó menos inconscientemente, á sustituir el *esse* por el *fieri*, á desconocer la vida del espíritu y la solidez relativa de nuestros conocimientos parciales, á pretender salvar por no sé qué realismo de la voluntad el ilusionismo propio del pensamiento" (Ibid.).

El método de immanencia entra en relaciones con la teología desde dos puntos de vista: en el orden teórico y en el de la aplicación. En cuanto á lo primero, el punto de contacto entre la teología y este método debe buscarse—si es que existe—en la concepción ortodoxa del actual estado de la humanidad con respecto á lo sobrenatural, don gratuito de Dios, ó sea en *la necesidad de lo sobrenatural en el presente estado de la humanidad, caída en Adán y restaurada por Cristo*. ¿De qué naturaleza es esta necesidad? Aquí entran las diversas opiniones teológicas. Sin hacer solidario el método de immanencia, de ninguno de ellos "nos parece—dice el autor—que está en más perfecta coherencia con aquella que sostiene que, en la economía actual, las gracias interiores otorgadas por Dios se dan por los méritos de Cristo, con intención salvífica, siendo, por lo tanto, de orden sobrenatural. Tal como M. Blondel lo ha propuesto en *L'Action* nos parece simplemente en contacto con la afirmación teológica que defiende la necesidad de lo sobrenatural bajo la forma de gracias actuales, absolutamente necesarias para justificar las responsabilidades de la decisión voluntaria que fijará la suerte de la eternidad" (col. 604). Mas aquí han de evitarse con cuidado el fideísmo y el naturalismo que podrían nacer, ya de negar la solidez relativa de nuestros actos y la verdad de nuestra ciencia, ya de considerar lo sobrenatural como la expansión y término supremo de las facultades y actividad naturales. En cuanto á la aplicación entre este método en contacto con la teología de dos maneras, aquél se inspira en la insuficiencia de un orden natural, mas ésta defiende cierta suficiencia de tal orden, como puede verse en las condenaciones de la Iglesia contra los que niegan el valor del conocimiento racional de Dios, etc. Nótese, sin embargo, que la suficiencia del orden natural admitida por la teología está muy lejos de ser absoluta; antes bien defiende que el hombre no puede confinarse á este orden sin quedar incompleto é indigente. Por consiguiente será legítima la aplicación de un método que tiene por objeto infundir el sentimiento, como si dijéramos la sensación del vacío que dejan en el hombre las soluciones naturales del problema religioso. Por último, respecto á la experiencia de lo sobrenatural immanente como medio para conocer lo transcendente, si la presencia de aquél no es utilizada á manera de argumento y de un modo explícito, sino como un *hecho anónimo*, y siendo negativa la conclusión á que directamente se debe llegar, la aplicación de este método no puede violar la inmunidad teológica de lo sobrenatural.

Des son los efectos intentados por el método de immanencia: llevar al alma sincera á la abnegación necesaria para reconocer su insuficiencia y la necesidad de algo superior, y determinar de una manera negativa lo que deberá ser una revelación para que sea escuchada. ¿Son legítimas estas pretensiones? Ciertamente. "En cuanto permanece fiel á sí mismo, el método de immanencia satisface las exigencias del pensamiento, legítimas desde el punto de vista

filosófico y teológico" (col. 607-608). Es, pues, saludable, ya para llegar á la fe, ya "para justificar ante el pensamiento filosófico la adhesión de la fe á lo sobrenatural, á cuyo fin es menester mostrar que éste, don de Dios, no es ni una tiranía ni el contenido totalmente extraño de un pensamiento, incapaz de llegar á ser nuestro" (Ib.). Con todo es preciso reconocer que por saludable que sea este método tiene sus límites. Uno de hecho, que consiste en no poder servir al uso de todos por la complejidad y fineza de raciocinios que supone, y otro de derecho, y es que no está destinado á probar por sí solo el hecho de lo sobrenatural. El autor cree que en la intención de Blondel ese es el valor del método de inmanencia. Como conclusión, esboza A. Valensin el programa de una apologetica integral.

Los autores de estos estudios han procurado ser objetivos y parece que lo han logrado. El mismo Blondel ha declarado recientemente que suscribe en todo la exposición y el examen de sus ideas, que acabo de resumir, diciendo que es "una expresión correcta de mi pensamiento, visto en sus líneas originales y fundamentales" (1). Esto lo dice Blondel precisamente en una carta dirigida á J. de Tonquedéc para protestar contra la exposición que éste hace de sus ideas en un libro que voy á reseñar.

Titulase *Inmanencia. Ensayo crítico sobre la doctrina de M. Mauricio Blondel* (2). Contiene tres partes: exposición de las doctrinas de Blondel, crítica filosófica de las mismas y crítica teológica. La primera parte, publicada antes en la *Revue pratique d'Apologétique* (1.º y 15 de Diciembre), es un ensayo de síntesis de las doctrinas filosóficas y apologeticas del famoso autor de *L'Action*, saturada de textos tomados de todas sus obras. Blondel no se satisfizo con esta síntesis, antes bien, en la carta antes citada, la criticó acerbamente, declarando que en ella se adultera completamente su pensamiento y que los textos aducidos se han sacado de su lugar, interpretándolos en sentido contrario al suyo. De aquí se originó una serie de réplicas y contrarréplicas por ambas partes, sin que hasta ahora se haya dado ninguno por vencido. Veamos el resumen de esta exposición.

El P. Tonquedéc agrupa en torno de la inmanencia todas las ideas de Blondel. "La inmanencia es—dice el autor—la interioridad. Los seres son inmanentes unos á otros según la medida de su compenetración, proporcionalmente al grado de la profundidad ó intimidad de su unión" (pág. 4). Prescindiendo de los abusos ó diversos sentidos que se hayan dado al principio de inmanencia, de los cuales no se hace solidario Blondel, la noción que éste tiene de él se reduce á lo siguiente: *Nada puede entrar en el hombre que no corresponda en alguna manera á una necesidad de expansión, cualquiera que sea, por otra parte, el origen ó naturaleza de este apetito* (pág. 10) (3). Así entendido este principio no excluye lo exterior. "No sólo es immanente lo que nace en lo interior de un ser ó en él permanece, sino también todo lo que le viene de afuera por *aferencia*, con tal que ello sea *como la satisfacción de

(1) *Revue pratique d'Apologétique*, 15 de Enero 1913, pág. 593.

(2) J. DE TONQUEDÉC: *Immanence. Essay critique sur la doctrine de M. M. Blondel*. Un volumen en 8.º, de xv-307 págs. G. Beauchesne, Paris, 1913.

(3) Las palabras puestas entre estrellas son las que el P. Tonquedéc cita de las diversas obras de M. Blondel.

una necesidad infusa, como la respuesta esperada ó buscada á un llamamiento interior, como el complemento de un don inicial y estimulador*. Concebida así la immanencia, es sinónima de conexión intrínseca, insoluble (pág. 11).

Errores opuestos al principio de immanencia son el *extrinsicismo* y el *intelectualismo*. El primero consiste en considerar la realidad en tramos ó elementos distintos y exteriores unos á otros; en tratar la idea como algo aparte y el hecho de pensar como separado de la acción. Aplicado á la apologética este error consiste en considerar los motivos de credibilidad en su aspecto extrínseco, sin tener en cuenta su contenido original, y de un modo aislado, prescindiendo de sus relaciones con el medio en que debe colocarse. "El intelectualismo consiste en suponer que lo real es obtenido exactamente por la percepción ú observación y exactamente representado por la imagen ó el concepto" (pág. 20). Sus relaciones con el extrinsicismo son muy estrechas. "Las demostraciones especulativas solas y aisladas carecen de valor. Las pruebas verdaderas deben resultar del movimiento total de la vida. La antigua definición de la verdad debe cambiarse. *A la abstracta y quimérica *adaequatio rei et intellectus* sustituye... la *adaequatio mentis et vitae**" (pág. 27).

De estas ideas se siguen algunas consecuencias muy notables en el dominio religioso. "Puesto que desde el punto de vista de la realidad ningún argumento vale, no puede tratarse de demostrar especulativamente la existencia de Dios, la realidad de lo sobrenatural, el hecho de una intervención divina... (pág. 33)." Solamente por la acción conocemos á Dios, y á ella es preciso recurrir para fundar una apologética concluyente, pues los procedimientos de la tradicional son ineficaces. En la acción, en las necesidades de la vida interior debe buscarse el punto de enlace de lo natural con lo sobrenatural, que ya no es totalmente extraño al hombre cuando el gran vacío que en sí descubre lo reclama imperiosamente. Los motivos de credibilidad y todas las pruebas extrínsecas son ineficaces para quienes no estén interiormente dispuestos á acogerlas y comprenderlas. Por eso los milagros esclarecen á unos y ciegan á otros.

¿Qué son los dogmas en la doctrina de Blondel? Desde luego su concepto de ellos no es en manera alguna solidario de la teoría inmanentista, según la cual, se reducen á puros símbolos que traducen el ideal ó las experiencias del sujeto, de cuyas aspiraciones y deseos son proyecciones, sirviendo como instrumentos de progreso religioso; pero sin contener la verdad única. En cambio, para Blondel la "Revelación, por muy reclamada que sea por el sujeto, permanece siempre la divina extranjera que él debe acoger prosternado. Ella es la verdad, única reina legítima de las inteligencias, y aunque se la adivine bajo ciertos velos groseros, no muestra su verdadero rostro, sino en los dogmas de una sola religión" (pág. 43). ¿Cómo conocer la realidad que recata el dogma, ya que no es posible una demostración racional de su credibilidad? Mediante la acción. "Los dogmas se presentan como hipótesis que es preciso verificar por la experiencia. Se los ensaya como reglas de pensamiento y de conducta, se practican antes de creerlos y la práctica hará ver si realmente se halla en ellos lo divino" (pág. 45). Por último, para cerciorarse de que se comunica con lo real divino no hay más que obrar bien...

Antes de reseñar lo restante del libro voy á dar cuenta de la ardiente polémica que se entabló entre Tonquedéc y Blondel y sus partidarios (1). En primer término, Blondel critica á Tonquedéc "por la manera en que subordina su exposición á la definición ideal de un principio de inmanencia que yo—dice—siempre he rechazado en el sentido que él le da". Tonquedéc replica que ha copiado las mismas definiciones de Blondel, y que por lo demás su objeción sobre la imposibilidad de admitir un método de inmanencia vacío de la doctrina correspondiente, queda en pie. "Sí—contesta Blondel y sus discípulos—, admitimos la doctrina de inmanencia; pero sólo en el sentido de Santo Tomás: *Nihil ordinatur in aliquem finem*, etc., mas no como la define Tonquedéc: "La inmanencia es la interioridad" con la confusión consiguiente del punto de vista ontológico, cognoscitivo y metodológico." "La equivocación del P. Tonquedéc nace precisamente de que comienza poniendo á un lado el ser abstracto y al otro un conocimiento que sería un puro conocimiento, es decir, comienza oponiendo un "exterior" á un "interior"; y de ese modo cree él que consiste la inmanencia en colocarse en este *interior* para buscar en él lo *exterior*: y de este modo, efectivamente, no es posible escapar del subjetivismo sin caer en el monismo" (*Ann. de ph. chr.*, Febr., págs. 549-550). A esta observación de *Annales* no sé qué haya contestado Tonquedéc; pero sí respondió á Blondel diciéndole que él nunca le ha atribuido un immanentismo radical, sino otro "muy diferente, que reconoce un hecho divino exterior" (*A propos.*, etc., pág. 4).—Blondel ha protestado también contra la interpretación que da Tonquedéc al término *acción*. Aquél concibe la acción, no como algo aislado y separado de la inteligencia, sino como entrañándola, de tal modo que ambas se implican mutuamente. Por último, Blondel se queja amargamente de que se le haya atribuido "una especie de teoría sacrílega de la experiencia curiosa y de la práctica sacramental sin fe" (*Explications*, etc., pág. 14). Que eso viene á significar el creer que para llegar uno á cerciorarse de que posee lo real divino debe practicar la experiencia religiosa, aun antes de tener la fe. "El P. de Truquedéc—termina Blondel—dirige mis textos en sentido contrario de lo que ellos intentan. No hay contrasentido más radical que el suyo" (*Revue prat. d'Apol.*, 15 de Enero, pág. 592). El P. Tonquedéc sigue sosteniendo la exactitud de su exposición doctrinal, y en su nuevo folleto (*A propos d'une brochure recente*, etc.) acumula un buen número de textos para demostrar la verdad de su aserto, mostrando á la vez las variaciones y cambios introducidos por Blondel con motivo de esta discusión sobre la práctica religiosa sin fe.

Tal es el estado de esta curiosa é interesante polémica cuando escribo estas líneas. Ninguno de los contendientes ha cedido lo más mínimo. Por mi parte creo que el pensamiento de Blondel se presta á diversas interpretaciones; su lenguaje es á veces obscuro y su filosofía bastante flexible para poder entenderla en diferentes sentidos. Es, pues, explicable que al pretender el P. de Tonquedéc hacer una exposición sintética de ideas tan complejas, no

(1) Para conocer esta discusión veáanse las fuentes siguientes: *Revue pratique d'Apologétique*, 15 de Enero 1913; *Annales de la philosophie chrétienne*, Febrero y Enero, 1913; BLONDEL: *Explications nécessaires et simples remarques sur les «Observations» du P. de Tonquedéc*, Blondel, París, 1913; J. DE TONQUEDÉC: *A propos d'une brochure récente de M. Blondel*, etc.

haya atinado á veces con el sentido verdadero. En realidad, las antinomias que hace resaltar en la actitud intelectual de Blondel no dejan de impresionar el ánimo. Por lo demás, que éste haya variado más ó menos es cuestión secundaria; lo importante es si el método de inmanencia en sí es viable y útil á la apologética. Continuemos ahora con el análisis de nuestro libro.

La segunda parte está consagrada á la crítica de las ideas de Blondel desde el punto de vista filosófico. En ella discute el principio de interdependencia universal —*tout tient à tout*—, nombre que él da al principio de inmanencia tal como lo admite Blondel, y en un largo capítulo defiende el valor del conocimiento fragmentario y la exactitud de la definición tradicional de la verdad. Por último, examina detenidamente el sentido, valor é importancia de la *acción realizadora*. En el orden teológico las doctrinas de Blondel tienen mucha transcendencia. Por de pronto el P. de Tonquedéc cree que difícilmente se pueden conciliar con las definiciones de la Iglesia sobre la posibilidad de una demostración racional y rigurosa de la existencia de Dios mediante el principio de causalidad.

Acerca de la delicada cuestión de la naturaleza específica de esa necesidad de lo sobrenatural, de que se habla en la apologética de inmanencia, la más debatida de todas, "Blondel no ha hallado la explicación luminosa y precisa que hubiese terminado toda discusión" (pág. 151). ¿Procede esa necesidad ó exigencia de la naturaleza ó de la gracia? Su pensamiento tocante á este punto es fluctuante. Sin embargo, ha negado expresamente que proceda de la naturaleza como tal. Mas si dichas exigencias nacen de la naturaleza ya dotada de la gracia, entonces se renuncia "á hallar el punto de inserción de lo sobrenatural en la naturaleza" (pág. 163). El P. de Truquedéc estudia detenidamente las distintas opiniones y errores habidos acerca de materia tan delicada y termina afirmando que "M. Blondel evita el error teológico que afirmaría la necesidad objetiva de lo sobrenatural, pero á precio de caer en otro error: el que niega el valor ontológico de la razón humana" (pág. 166). En seguida propone él una solución, que es la admitida hoy por muchos apolo- gistas, y consiste en interpretar de un modo benigno y muy restringido la necesidad de lo sobrenatural. El autor niega categóricamente que la apolo- gética de inmanencia conduzca por sí sola á la verdadera religión; es cierto que ofrece muchas ventajas reales; pero á condición de que no excluya los métodos de demostración objetiva.

El libro termina con un capítulo sobre el origen y práctica de la fe, en donde critica la famosa teoría de practicar para creer, y otro sobre el estado del creyente en comparación con el incrédulo. Es indudable que el P. de Tonquedéc ha tocado en lo vivo de la cuestión. Muchas de sus críticas son justas y exactas, otras están sujetas á caución por depender de su interpretación de las doctrinas de Blondel, el cual la ha rechazado terminantemente. Es indudable que las doctrinas de éste no pueden conciliarse en muchos de sus puntos con la filosofía tradicional.

El proceso de la conversión, fin principal de toda apologética y en parti- cular del método de inmanencia, merece especialísima atención por ser él una de las fuentes de información más dignas de consultar. Pues la eficacia de los argumentos sobre las almas no puede calcularse *a priori*, sino analizando sus

efectos. Y tal eficacia debe tenerla siempre en cuenta el apoloquista á fin de que su labor sea fructuosa. Un buen estudio sobre la conversión, ó, mejor dicho, sobre los problemas que ella plantea, lo acaba de publicar el P. Mainage, O. P., como introducción á otra obra más extensa sobre el asunto (1).

Los puntos que examina en el presente opúsculo son los siguientes: 1.º, cómo se plantea en terreno de la apologetica el problema de la conversión; 2.º, qué fuentes nos pueden suministrar los elementos necesarios para resolverlo, y 3.º, manera de utilizar dichas fuentes.

Concretándose el autor á las conversiones que se verifican en el Catolicismo y después de rechazar varias definiciones de este fenómeno, propone la siguiente: *La conversión es un fenómeno religioso cuyo punto de partida está fuera ó dentro del Catolicismo y cuyo término es una iniciación nueva é inesperada del sujeto á la vida del Catolicismo* (pág. 25, subraya el autor).

No niega que haya conversiones fuera de la Iglesia católica; sólo afirma, y con razón, que los convertidos católicos ofrecen una fisonomía especial que los distingue en absoluto de los convertidos á cualquier otra religión. Por la fe sabemos que la conversión verdadera es debida á una fuerza sobrenatural, pues es un caso particular de la justificación. Pero en un estudio apologetico no puede procederse suponiendo expresamente la verdad sobrenatural. "Nosotros—dice—no procedemos como creyentes para quienes la Verdad está ya definida perfectamente. Seremos psicólogos que buscamos los efectos divinos, cuya realización en ciertas almas llamadas "convertidas" sospechamos" (pág. 32); pero sin olvidar la fórmula dogmática que "conservaremos, no como el término de un acto propio de la fe, sino á título de idea directora, de hipótesis que es preciso comprobar" (Ib.). Mas lo sobrenatural no puede demostrarse por razones intrínsecas; ¿cómo, pues, se ha de probar que la conversión es efecto de la gracia? Es menester conformarse con demostrar que este fenómeno "presenta aspectos irreducibles á todas las leyes psicológicas conocidas".

En cuanto al método que debe seguirse, cree el autor que el empírico y el deductivo son insuficientes é ineficaces; sólo el inductivo experimental puede llevarnos á conclusiones sólidas en este delicado estudio. He aquí las tres fases de este método: En primer término se observarán cuidadosamente los hechos, es decir, el fenómeno de la conversión en el mayor número posible de casos; en seguida se discutirán las diversas hipótesis explicativas, la patológica, social, etc.; una vez que se haya demostrado la insuficiencia de ellas para explicar satisfactoriamente el fenómeno, se acudirá á la hipótesis de lo sobrenatural, y se comprobará que ésta únicamente conduce á la explicación apetecida. Tal es el método que el autor espera aplicar en el libro que nos promete sobre la *Psicología de la conversión*.

Este nuevo capítulo de la apologetica es indudablemente muy interesante y desde luego imprescindible para conocer á fondo el valor práctico de las pruebas de credibilidad; pero en cuanto *demonstración* ó argumento utilizable me parece muy insuficiente, al menos por ahora. Nadie ignora que el terreno

(1) TH. MAINAGE, O. P.: *Introduction á la Psychologie des convertis*. Un opúsculo de vi, 129 págs. Gabalda, París, 1913.

de la psicología—en donde entramos de lleno con este asunto—es uno de los más oscuros é impenetrables para los filósofos. Por eso conviene no exagerar el valor apologético de las conversiones, lo cual pudiera ser motivo para que alguien pusiese en duda la certeza de otros argumentos.

El milagro.—Ha llamado la atención, aun de los incrédulos, que si no lo aceptan en su sentido cristiano lo consideran al menos digno de estudio. A. Chide, en un artículo de la *Revue philosophique* (1), intenta darnos una noción de este fenómeno que, á su vez, se parece al acaso. “Yo no veo—dice—razón alguna para separar, no sólo del pensamiento, pero ni aun del universo, en donde las distintas categorías están muy lejos de ser desenmarañadas á la hora presente, la noción de milagro, que es una forma muy particular de la causalidad..., la cual noción persiste en el alma popular con la del acaso, á la que tanto se aproxima...” (pág. 225). Ha existido desde el principio, siendo probablemente la primera forma de concebir el enlace causal; después ha cedido el lugar á la concepción racionalista de la causalidad, según el tipo aristotélico. Y aquí arremete el autor contra las categorías de Aristóteles y su concepción del universo, el cual es más plástico que este filósofo creía. El pueblo se ha quedado con el concepto primitivo de la causalidad ó sea con el milagro, que él llama *metamórfosis*, “el cual tanto tiempo fué su fe traducida en lógica pavorosa para nosotros, porque excluye el principio de identidad y no contradicción, consagrados por nuestros hábitos mentales”. Considera, pues, á los defensores del milagro como mentalidades primitivas, que no se escandalizan de ver una voluntad sobrenatural intervenir caprichosamente en el universo, quebrantando las leyes y alterando el orden de las causas.

Prescindiendo del falsísimo concepto que M. Chide se ha formado del milagro, al cual supone efecto de una voluntad caprichosa, semejante al acaso, debe notarse la contradicción en que incurre en todo su artículo; porque, después de haber combatido la concepción del universo rígido con fenómenos sujetos á leyes fijas y exactas, viene á defender en el fondo la misma teoría para excluir en nombre de ella el milagro, olvidándose de la *plasticidad* del universo que antes admitía. En cuanto al determinismo absoluto de las leyes naturales, no es exacto que lo hayan defendido todos los teólogos; algunos reconocen en ellas cierta contingencia, que se compagina muy bien con las modernas teorías.

Sobre este mismo asunto del milagro ha habido en la *Sociedad francesa de filosofía* una larga é interesantísima discusión, reveladora de la gran importancia y transcendencia de este problema (2). Fué planteada la cuestión por Le Roy, el cual defendió substancialmente el mismo concepto del milagro que había expuesto antes, en 1906, en los *Anales de philosophie chrétienne*. Le Roy intenta tratar el problema en el orden puramente filosófico, prescindiendo de su sentido apologético. “No niego ni afirmo—dice—que el mi-

(1) A. CHIDE: *La notion du miracle*, Septiembre de 1912.

(2) *Le problème du miracle*. Véase la reproducción exacta de la controversia en el *Bulletin de la Société française de Philosophie*. Mayo, 1912. Los discursos y comunicaciones están revisados por sus mismos autores.

milagro tenga una función—rôle—apologética legítima y aun necesaria si se quiere. Mas yo me ocupo de otra cosa; como filósofo vengo á hablar únicamente á filósofos de una cuestión que me parece ofrecer cierto interés filosófico” (pág. 88). En efecto: el milagro es un hecho que suscita un problema ante todo filósofo, creyente ó incrédulo. Hay, ciertamente, un grupo de fenómenos extraordinarios á propósito de los cuales “el alma religiosa pronuncia la palabra *milagro*”. ¿Qué es, pues, el milagro? Le Roy rechaza como poco filosóficas y, sobre todo, como poco tradicionales las definiciones que lo hacen consistir: 1.º, en una derogación ó violación de las leyes naturales; 2.º, en un hecho que sobrepuja el poder de la naturaleza; 3.º, en un hecho que tiene á Dios por causa inmediata; por último, aunque le concede elementos utilizables, rechaza también la definición que se fija en la oportunidad, fin justiciero ó salvador del milagro. Ninguna de estas definiciones contiene en su plenitud el pensamiento de la tradición cristiana; de aquí que sea preciso buscar otra, fijando los caracteres fundamentales del milagro. Se reducen á cuatro: “1.º, el milagro es un hecho extraordinario, admirable, singular, excepcional, que rompe el curso normal de las cosas, pero que supone é implica un fenómeno, una aparición sensible...; 2.º, el milagro es un hecho insertado en la serie fenomenal común, haciendo contraste y resaltando de ella...; 3.º, todo milagro es un signo, quiero decir, un hecho que entraña significación religiosa, un hecho significativo en el orden religioso...; 4.º, no puede hablarse de milagro sino á propósito de un hecho, cuya explicación suficiente física ó psicológica no es posible y cuya producción y determinismo requiere é implica condiciones específicamente religiosas...” (págs. 96-97). Tales son los caracteres que debe abrazar una definición exacta del milagro. En él podemos distinguir la *materia* y la significación. “En cuanto á su materia es el milagro un fenómeno escrito en el lenguaje familiar del sentido común, no en el técnico de la ciencia propiamente dicha” (Ib.). No hay milagros de laboratorio. Con todo, como el milagro aparece en el plano de lo sensible y presenta “un cuerpo fenoménico”, puede ser objeto de estudio para el sabio. De aquí que “una física del milagro es legítima y necesaria” (Ib.). Se trata, pues, de si es ó no posible explicarlo por procedimientos científicos aun cuando desde el punto de vista religioso no sea esta la cuestión esencial. Desde luego, considerado el universo como regido por leyes del tipo matemático, ya se ve que no puede tener cabida en él.

Mas esta teoría ha evolucionado muchísimo, dando lugar á otro concepto de las leyes naturales, en donde no se identifican determinismo y necesidad y en el cual, el lado de las leyes que se suponen obrar en un mismo plano, caben las *causas*, “cuya acción se refiere al paso de un plano á otro”. Siendo el universo un todo en que cada cosa obra sobre las restantes y lo superior sobre lo inferior y al revés, cada fenómeno debe estudiarse en función de todos sus antecedentes y consiguientes y de todas las circunstancias que contribuyen á su producción. Teniendo esto presente, supuesto que el milagro siempre “aparece en relación con una fe, fe del agente ó del sujeto miraculado ó de la multitud circunstante, ahí debe buscarse su elemento explicativo y generador. De donde resulta la tesis por mí sostenida: *considerado en su materia, el milagro manifestaría el poder causal de la fe, no siendo ésta so-*

lamiento manantial de representaciones, sino fuerza verdadera, capaz de intervenir con eficacia aun en los *fueros físicos* (pag. 101, subraya el autor). Por lo tanto, la causa inmediata del milagro es la fe. Lo cual explica Le Roy por una teoría especial de la materia, que considera como "un grupo de hábitos inveterados", como una parte degradada del espíritu que tiende á la inconsciencia, y acudiendo al dominio de nuestro espíritu sobre ella y en particular sobre nuestro cuerpo, que relativamente á la materia universal no es más que "la región de menor inconsciencia y de actividad más libre". Así, pues, desde el punto de vista de la materia es el milagro "un hecho natural, explicable, pero cuya explicación no es del tipo físico, sino que hace intervenir la acción creadora del espíritu" (pag. 103). Pero lo más importante de él no es este carácter material, sino la significación religiosa de que es vehículo. En este sentido debe ser considerado como efecto de una acción divina no inmediata, sino por medio de la fe. "La acción de Dios en el milagro tiene por término inmediato la fe generadora, no directamente la materialidad del hecho; tal materialidad es producida mediante esta fe" (pag. 106).

En cuanto al valor apologético del milagro, cree Le Roy que ejerce una función eficaz, pues provoca la admiración, sacude el alma y hasta es *semilla de fe*. "Aparece como el argumento sensible de una cuestión planteada en lo interior, de una exigencia intimada en lo secreto del corazón, de una sollicitación de amor, de una conversión reclamada, de una renovación prometida" (pag. 107). Mas el juicio definitivo del milagro sólo la fe puede emitirlo. "El milagro supone una fe previa y en este sentido debemos concluir que, tomando las cosas en todo rigor, no hay milagro sino para la fe... Sería indiscernible, sería letra muerta para quien no poseyese ningún comienzo de fe" (págs. 107-108).

Brunschwig fué quien primero arguyó contra la tesis de Le Roy, diciéndole que su concepto del milagro es totalmente distinto del corriente. Estas "dos nociones aparecen desemejantes ó divergentes, no expresan la misma tendencia de vida religiosa ni se aplican á los mismos "hechos ni sugieren al pensamiento los mismos problemas" (pag. 108). Además, la nueva teoría del milagro suscita una dificultad que no conocía la antigua, y es que según ella el milagro no reconoce fronteras ó limitaciones ni por parte de la ciencia ni de la fe. En efecto: con atenuar el determinismo científico se da cabida en el concepto de milagro á infinidad de hechos que la psicoterapia reclama para sí, y al atribuirlo á la fe pueden entrar en él una multitud de fenómenos religiosos como los de la *mind-cure*, etc. A lo cual contestó Le Roy que las dos concepciones no difieren tanto entre sí como cree su contrincante; pueden considerarse ambas "en relación de continuidad dinámica, como expresando dos etapas de una misma fe" (pag. 117). La vulgar viene á ser la concepción mágica que dejó raíces en la tradición; la otra es la verdaderamente religiosa y espiritualista, que es la de los grandes pensadores. El milagro por parte de la ciencia no tiene fronteras, y por parte de la fe no pueden determinarse sino en vista de una doctrina definida.

"La cuestión entre creyentes é incrédulos—arguyó Parodi—es si hay ó no milagros auténticos y si esta noción puede tener lugar en nuestro sistema de ideas." Mas aun deteniéndonos en el concepto ordinario de la palabra, cabe

preguntar si Le Roy ha logrado darle un contenido verdaderamente inteligible. Porque, "una de dos, ó M. Le Roy hace desaparecer de él su idea propia, confundiéndola con otra mucho más general, ó bien, si quiere conservarle un sentido propio, debe volver mal de su agrado á la idea común de suspensión del orden natural de las cosas" (pág. 119). En el primer caso el milagro vendría á identificarse con todo acto de libertad espiritual que se intercala en la serie de los fenómenos naturales. "Ciertamente—replica Le Roy—yo no juzgo milagroso cualquier acto de libertad espiritual", sino "los hechos debidos á la acción de una fe generadora... Hay milagro en el momento preciso en que una fe generadora, por razones que no proceden de la materialidad del hecho, aparece como teniendo un origen divino y un valor sobrenatural" (pág. 122).

El Abate Laberthonnière condensó en dos puntos sus objeciones: "1.º M. Le Roy comienza por rechazar la definición que á menudo se da del milagro, diciendo que es una *derogación de las leyes de la naturaleza*... y después de haberla rechazado, la acepta de nuevo..." (págs. 124-125) al afirmar que resalta y contrasta con la serie común de los fenómenos. 2.º Suponiendo que por sólo eso no es posible juzgar del milagro, exige condiciones propiamente religiosas, ya para *producirlo*, ya para *reconocerlo*. De aquí resulta: *α*), que "si el milagro no es producido ni comprobado ó reconocido como tal más que por la fe, de tal suerte que su producción ó reconocimiento es como la corona y fruto de ella, y si la fe consiste en que el espíritu, ya por sus propias fuerzas, ya por la gracia... reconquista su supremacía sobre la materia y se expansiona en libertad, entonces el milagro es natural á la fe, es para la fe cosa normal ó más bien hace cuerpo con ella, es la fe en acto" (pág. 126); *β*), "que el oficio atribuido tradicionalmente por Cristianismo al milagro es suprimido ó completamente cambiado" (pág. 127). Porque siendo el milagro producto de la fe, en vez de ser medio para ella, como siempre lo defendió la tradición, es forzoso decir que ó no juega ningún papel en el génesis de la fe ó que es fin para el cual ésta es medio. Respondió Le Roy que el contraste que, según él, resulta del milagro no implica violación de ninguna ley propiamente dicha, pues se refiere únicamente "al orden habitual del sentido común". En cuanto á las relaciones entre la fe y el milagro, dice que su pensamiento se reduce á lo siguiente: "El milagro como fenómeno material manifiesta el poder causal de la fe... Es un hecho que la *fe cura*... (pero) yo no he pretendido jamás que la fe sea ordenada al milagro, que el milagro se presente como el fruto necesario de la fe..." (pág. 151). La fe necesaria para discernir el milagro no es la fe acabada y perfecta, plenamente consciente de sí misma, sino la fe en su estado incipiente.

En la comunicación transmitida á la *Sociedad filosófica* por Blondel acerca de las tesis de Le Roy, explana los puntos siguientes. "1.º, tomadas aisladamente estas tres tesis me parecen confusas é inexactas; 2.º, tomadas en conjunto me parecen—incompatibles entre sí hasta el punto de destruirse—deletéreas de tal modo que destruyen lo mismo que pretenden explicar y sostener" (pág. 153). Después analiza una por una las tesis para demostrar su aserto. Critica á Le Roy por pretender formular una teoría científica del milagro, siendo así que al mismo tiempo lo declara pura significación religiosa, etc. Las tesis, además, se destruyen, pues por una parte se afirma

que el milagro tiene ser físico que entraña una explicación natural y por otra se dice que sólo para la fe tiene valor. La ilusión dominante de Le Roy "es subordinar y medir el milagro por la acción de un actor creyente ó por la interpretación de un espectador creyente; es desconocer la iniciativa primera y absoluta de Dios en la obra de la gracia y la soberana diversidad de sus medicos..." (pág. 160). Le Roy responde que Blondel se ha equivocado en la interpretación de su pensamiento, porque él no considera el milagro "como una producción física de la fe en el sentido cristiano de la palabra, como un epifenómeno natural y fatal; yo digo solamente—añade—que hay fenómenos debidos á la acción de una fe generadora (fe entendida en el sentido más amplio) y que tales fenómenos componen el cuerpo material del complejo llamado milagro" (pág. 163). Precisamente por eso "me da él (Le Roy) razón—replica Blondel—cuando yo declaro que, contrariamente á las exigencias tradicionales, así comprendido el milagro, no puede tener ningún valor específicamente apologético" (pág. 165, en nota).

La comunicación enviada por Couturat, á quien Le Roy contesta brevemente, es de poca importancia. La impresión general que se saca de esta larga discusión es pesimista para la concepción del milagro defendida por Le Roy. Todos los críticos coinciden en declararla opuesta á la tradicional—que es lo mismo que antes habían dicho muchos teólogos—é inconsistente.

Este problema se presenta en nuestros días con más viveza, dando lugar á acaloradas disputas, con motivo de los sucesos de Lourdes. Ya en otros boletines anteriores he hablado algo de la literatura relativa á este asunto; ahora sólo voy á mencionar dos obras, que ya conocen los lectores de LA CIENCIA TOMISTA (1), y reseñar un corto estudio sobre las curaciones milagrosas. Recordarán nuestros lectores la famosa discusión habida el 10 de Enero de 1910 en la *Asociación sanitaria de Milán* entre el P. Gemelli, O. F. M., y unos cuantos médicos incrédulos á propósito de dos milagros de Lourdes. Pues bien: el P. Gemelli ha editado de nuevo la obra en donde resume, ó más bien, reproduce toda la discusión con notas y comentarios (2). Es un libro curiosísimo que ha corrido mucho por Italia, en el cual el autor pone de manifiesto los hechos de Lourdes tales como son en sí, no como los exponen falsamente los enemigos del milagro. También aparecen claros en él los procedimientos apasionados y ferozmente sectarios de los que á sí mismos se llaman librepensadores.

A este libro, suave y muy cortés en sus formas, pero valiente, enérgico y hasta atrevido en su argumentación, contestaron los médicos mencionados con un folleto sumamente apasionado y descortés. No se amilanó por eso el P. Gemelli, sino inmediatamente replicó á sus detractores en otro libro de gran interés (3), en el cual justifica sus anteriores asertos con gran abundancia de datos y pruebas contundentes. El autor examina uno por uno los cargos que le hicieron sus adversarios y les contesta con nuevos documentos, poniendo en claro la pasión y mala fe que los anima. Estas afirmaciones del ilustre escri-

(1) V. Marzo-Abril, 1912, pág. 87.

(2) FRAY A. GEMELLI, O. F. M.: *La Lotta contro Lourdes*. 2.^a ed. Un vol. en 4.^o de viii-362 páginas. Libreria Ed. Fior, Florencia, 1912.

(3) *Ciò che rispondono gli avversari di Lourdes*. Un vol. en 5.^o de 231 pags. Florencia, 1912.

tor parecen duras; pero, verdaderamente, después que se ha leído el libro, se ve que son muy justas. Sólo una obcecación voluntaria puede explicar su conducta. Que los incrédulos no admitan un milagro determinado se explica perfectamente sin acudir á la mala fe. Lo que no se explica es que se atrevan á levantar calumnias y á falsear los datos con perfecto conocimiento de que lo hacen, como acontece en esta discusión.

El mismo asunto de las curaciones milagrosas, aunque desde un punto de vista general estudia el Dr. Vander Elst en un interesante artículo del *Diccionario apologético de la fe católica* (1). Después de advertirnos que no va á tratar de ellas en cuanto *milagros*, sino en cuanto *curaciones*, examina los siguientes puntos: 1.º, principios generales que justifican este estudio para el apologista; 2.º, aspecto filosófico del problema; 3.º, nociones médicas necesarias para determinar las fronteras naturales, y 4.º, modo de presentarse las dificultades prácticas.

“Muchos pretenden—dice el autor—que no deben emplearse en apologética las curaciones milagrosas, porque como no son siempre hechos indiscutibles y á veces pueden ser falsos, se expone el valor de otras pruebas de la revelación.” El argumento no es concluyente. En el Evangelio las vemos utilizadas por el mismo Jesucristo. Y además no es justo que no nos aprovechemos nosotros de hechos que llaman la atención aun de los incrédulos leales. La Iglesia las utiliza en la canonización de los santos, y los obispos y todos los fieles se preocupan de ellas. ¿Por qué el apologista no ha de tener en cuenta estas manifestaciones del divino amor?—La noción de enfermedad en medicina se aplica á fenómenos muy diversos; lo mismo sucede con la de su correlativa, la de curación. Es, pues, conveniente colocarse en un punto de vista filosófico, encima de las concepciones científicas, que, aunque necesarias y fecundas, son transitorias. Así podremos definir la salud, diciendo que es la conservación de la unidad y de la armonía vitales, y la enfermedad, la aparición de lo múltiple incoordinado en la unidad de la vida. La curación será, por consiguiente, la restauración de esa unidad. Pero del mismo modo que la enfermedad suele ir precedida de un período más ó menos largo de incubación, así la curación natural es un fenómeno lento y progresivo que raras veces alcanza una fase definitiva y absoluta, idéntica al estado anterior á la enfermedad. Los signos ordinarios de toda curación natural se pueden reducir á éstos: restauración lenta, laboriosa, gradual, con tendencias á reincidir. Cuando faltan estos signos es lícito presumir que la curación es milagrosa, y mucho más si se añaden los caracteres de haber sido obtenida por la oración, de haberse considerado como naturalmente imposible, etc. “Para que una curación sea realmente milagrosa se requiere y basta que proceda de una intervención directa de Dios, de una irrupción transcendente de la causa primera en el juego de los efectos; y esta intervención invisible se reconoce por la supresión visible de las causas segundas” (col. 424). Contra las curaciones milagrosas aducen los médicos dos clases de objeciones. Unos dicen que los casos presentados como tales no son concluyentes y otros que dichos casos son análogos á los que suceden en otras religiones ó sectas cristianas. El primer tipo de ob-

(1) Fascículo VIII: *Guérisons miraculeuses*, columnas 419-438.

jeciones procede generalmente de quienes no se convencerían del milagro aunque viesen la resurrección de un muerto. Lo consideran *a priori* absurdo, totalmente imposible. Respecto á la segunda clase de dificultades, Van der Elst examina brevemente y de un modo general los hechos presentados como análogos á las curaciones milagrosas, y concluye que no se encuentra en la historia religiosa de ningún pueblo ni en los fenómenos de la medicina, ningún milagro verdadero que pueda compararse con los que suceden en el Catolicismo. Los casos maravillosos que se aducen entran de lleno en el curso de las leyes naturales. Los *milagros clásicos* no pasan de ser efectos de la sugestión bajo sus diversas formas; y ella jamás cura sino trastornos funcionales no orgánicos. Los *milagros* paganos como los atribuidos á Esculapio, de que tanto abusan los incrédulos, así como los milagros budistas, musulmanes, etc., en nada se parecen á las curaciones milagrosas que se verifican en los santuarios católicos.

¿Cómo averiguar prácticamente si una curación es milagrosa? He aquí los puntos que deben ponerse en claro para poder afirmarlo: 1.º Debe conocerse la naturaleza de la enfermedad ó, si queda alguna duda sobre su esencia, saber al menos que es de carácter orgánico. 2.º Investiguense si han sido empleados los medios humanos y no han dado ningún resultado. 3.º Debe saberse si la curación fué repentina y absoluta y si presentó caracteres orgánicos y, por fin, si es permanente. El tribunal designado para decidir sobre las curaciones de Lourdes exige de ordinario todos estos requisitos. Por donde se ve que la Iglesia no obra á la ligera al admitir las curaciones milagrosas. La conclusión del autor es que estos fenómenos sobrenaturales, que se verifican como quien dice á nuestra vista y que atraen la atención de incrédulos y creyentes, pueden ser utilizados con éxito por los apologistas.

Los mártires.—El testimonio de los mártires es una de las pruebas más hermosas y eficaces de la verdad cristiana. A él han recurrido con frecuencia y en todos los siglos los más ilustres apologistas. La sangre de esos héroes inmaculados, humildes y fuertes, fué siempre “semilla de cristianos”, voz potente que, como bajada del cielo, testifica de un modo irrefragable en favor de la divina misión de Jesucristo y de su Iglesia. También en nuestros días se ha utilizado con gran fruto este testimonio. Desde el punto de vista histórico lo ha estudiado admirablemente P. Allard en sus famosas conferencias: *Dir leçons sur le martyre*. Este notable libro dió motivo al P. Laberthonnière para escribir un artículo en que examinaba el valor apologético del martirio desde un punto de vista muy personal. Este trabajo acaba de ser publicado en folleto aparte con las cartas que mediaron entre ambos apologistas (1).

P. Allard había hecho notar que los mártires son principalmente testigos de un hecho y como consecuencia de una doctrina encarnada en ese hecho—el hecho cristiano—. Laberthonnière defiende que son testigos de su *fe en Jesucristo* y de la *idea que se han formado de El*. Los mártires “dicen ó dan á entender que Cristo es para ellos el camino, la verdad y la vida. He ahí lo que

(8) L. LABERTHONNIÈRE: *Le Témoignage des Martyres*, 63 págs. De la collect. «S. et R.», Bloud, París, 1912.

llena su corazón y su espíritu, lo que brota de sus labios en confesiones ardientes" (pág. 17). Lo que directamente se desprende de su testimonio no es la realidad de un hecho—aunque también lo afirman de un modo indirecto—. "Ellos aparecen como hombres que saben sufrir y morir. Se adivina en su conducta una concepción de la vida que les permite afrontar con alegre confianza todos los accidentes de este mundo y el peor de todos que es la muerte. Son como una doctrina viviente que se afirma y que irradia" (págs. 22-23). En medio de las convulsiones y esfuerzos de la pobre humanidad que busca el reposo y la plenitud de su perfección, "ellos muestran haber hablado esto". Mas para ver el valor de este testimonio es menester sentir la inquietud, las ansias de esa paz divina interior y haber dominado el tumulto y atractivo de las cosas exteriores. Los que ya en su corazón tienen un germen de fe, en virtud del cual buscan con ansia la paz y la luz, no son orientados por el testimonio de los mártires hacia la certeza del hecho cristiano, que á su vez les orienta hacia la fe, sino que ésta les orienta hacia aquél. Por fe entiende aquí Laberthonnière "ese acto íntimo, esa disposición interior y viviente por la cual, sin saber nombrarlo todavía, ellos se adhieren á Jesucristo, que se manifiesta á través de los mártires como la eterna verdad de la vida" (pág. 23).

¿Cuál es, según esto, el valor y la función apologética de su testimonio? Sin duda se puede aducir como prueba histórica de los hechos acaecidos en los tiempos primitivos del Cristianismo, pero, en realidad, "el testimonio de los mártires trasciende infinitamente este punto de vista... y lo domina, por decirlo así, desde las cumbres de la eternidad" (págs. 25-26). Confiesan á Cristo, no como pasado, sino como existente y viviente en ellos, "con el cual han hallado, á través de las realidades fugitivas y engañosas del espacio y del tiempo, que son la figura de este mundo, la realidad interior y espiritual, que ni pasa ni engaña" (pág. 26). Este testimonio, en cuanto á su objeto, no difiere del que estamos llamados á dar todos los cristianos con nuestra vida y sacrificios diarios. Sólo que, por concretarse todo en un momento trágico, tiene un valor especial, "brilla con el resplandor é instantaneidad del relámpago". Servirse de él para formular una conclusión lógica, para obtener de una manera definitiva la verdad, es reducirlo y empobrecerlo. En él hay algo inagotable, de donde podemos sacar, indefinidamente, elementos de vida. Obra en nosotros como una gracia, y, en realidad, es una gracia que nos invita á seguir el camino de la salvación que los mártires han encontrado. Para hallar este camino no basta una investigación histórica, puramente intelectual y lógica; es preciso un trabajo y una transformación interior que oriente el corazón y el espíritu en vista de una perspectiva nueva. En resumen: el testimonio de los mártires es esencialmente espiritual en cuanto á su objeto y á la función que desempeña en apologética.

¿Qué condiciones han de tener los mártires para merecer tal nombre? Además de las condiciones personales, bondad, sinceridad, rectitud de intención, humildad, etc., ¿es preciso que pertenezcan á la Iglesia católica? Si, responde categóricamente Allard. Si y no, responde Laberthonnière. Si por pertenecer á la Iglesia católica se entiende una adhesión explícita y externa á la verdad revelada, tal como se contiene en la Iglesia, no es necesaria semejante condición. Todo hombre de buena voluntad que muera por un ideal

de eterna justicia, por la verdad y la bondad, aunque por error involuntario no las posea en su plenitud, pero que, en su conciencia, cree poseer, merece el nombre de mártir. Porque, "en dondequiera que se produce la bondad y se expresa algo de la verdad, se testifica. no en contra, sino en favor de Jesucristo y de la Iglesia, se hace su obra" (pág. 36).

Este opúsculo está escrito con calor y energía. Su opinión acerca de si puede llamarse mártires á los que mueren por la verdad, según ellos inculpablemente la entienden, es contraria á la tradición, la cual únicamente á los que han muerto por el Credo católico, y en comunión con la Iglesia, ha concedido tan glorioso título. Nótese, además, que si se admiten en conjunto las ideas de Laberthonnière, el martirio, por sí solo, carece de valor apologético concluyente, aun cuando realmente contenga un argumento probable.

Sobre el mismo asunto versa el opúsculo de G. Sortais, traducido al castellano por el Sr. Bosch (1). Después de haber probado el autor contra algunos historiadores racionalistas el número extraordinario de mártires habidos en los primeros siglos, entra en el análisis del martirio, en relación con el fanatismo. Es verdad—dice—que muchos se han dejado matar por fanatismo, como sucede con ciertos anarquistas, nihilistas, herejes, etc., pero es muy distinto el espíritu de éstos y las circunstancias de su muerte del espíritu y de las circunstancias en que se encontraban los mártires cristianos. Por de pronto, el sacrificio de éstos no era de un momento, sino de toda su vida. En los menores detalles de su existencia veíanse hostigados por mil vejaciones, capaces de excluir todo fanatismo, si en realidad lo hubiese. Se explica que en un momento de exaltación se deje uno matar por sus ideas, pero una vida entera sacrificada por una convicción, que nada aprovecha en este mundo, no se explica naturalmente, y más teniendo en cuenta que no era uno ó unos cuantos quienes hacían esto, sino millares, y de todas condiciones y categorías sociales. Añádase á esto la enorme duración de las persecuciones, por una parte, y por otra, la constancia de los cristianos en todo ese tiempo, y se comprenderá que es absurdo atribuir al fanatismo el testimonio de los mártires.

¿Cómo, pues, se explica este fenómeno extraordinario? Acudiendo á un milagro del orden moral. El Sr. Sortais demuestra esta verdad haciendo resaltar las circunstancias del martirio: su atrocidad, el valor de los cristianos para soportarlo, etc. Jamás el paganismo con sus filósofos ni alguna otra secta ó religión ha producido cosa semejante. La misma verdad se demuestra por las notas que caracterizan á los mártires cristianos, radicalmente opuestas á las que se descubren en los herejes y en otros fanáticos. Los mártires son humildes, sólo confían en Dios; los herejes son altaneros y obstinados, gloríanse de su valor, y "su actitud es de bravata y postura teatral" (pág. 44). "Los mártires son pacíficos... A imitación del Cordero divino, se dejan degollar sin resistencia" (pág. 46); los herejes son belicosos, se esfuerzan por implantar con las armas sus novedades doctrinales. Por último, la caridad de los mártires contrasta visiblemente con el rencor que manifiestan los herejes á sus perseguidores. Por último, hace notar el autor que los mártires murieron

(1) G. SORTAIS: *Valor apologético del martirio*. 61 págs. De la colec. «Ciencia y Religión». Librería religiosa, Madrid, 1912.

en testimonio de un *hecho*, mientras los herejes han muerto en confirmación de sus opiniones personales.

Este opúsculo merece propagarse entre el pueblo, pues su argumentación está al alcance de todos y es, además, sólida y eficaz.

Las notas de la Iglesia.—Debe cambiarse la enseñanza tradicional acerca de ellas? Tal es el objeto de un largo artículo del P. Th. Späcil, S. J., publicado en el *Zeitschrift für Katholische Theologie* (1). Sabido es que las *notas*—unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad—tienen por objeto determinar cuál de las sectas cristianas es la verdadera Iglesia de Cristo, en la cual se hallan única y exclusivamente. Algunos ponen en duda la eficacia y validez de la prueba fundada en ellas, suscitando ciertas dificultades de importancia, con motivo de las cuales creen que debe cambiarse la enseñanza tradicional respecto á este punto. Antes de resolverlas esboza el autor de este artículo la demostración que, mediante las notas, suelen traer los Manuales de apologética. Pudiera—dice—preverse de antemano que la verdadera Iglesia debe tener ciertos caracteres visibles, en cuya virtud cualquier hombre de buena voluntad sería capaz de hallarla sin gran esfuerzo. “No queremos, sin embargo, resolver *a priori* la cuestión, sino examinarla en sus principios.” Tres clases de objeciones suelen oponerse á la doctrina tradicional de las notas: “1.^a, el concepto de semejantes notas, ó no se puede determinar en absoluto ó no se puede determinar sin auxilio del magisterio eclesiástico, y en este caso son inútiles para quien busca la verdadera Iglesia; 2.^a, aun supuesto que se pudiera determinar tal concepto, no es posible conocer si esta ó aquella propiedad de la verdadera Iglesia le pertenece y si le pertenece por un modo exclusivo ó no; 3.^a, á lo menos no es relativamente fácil conocer por las notas la verdadera Iglesia.” Para resolver la primera objeción examina el concepto y extensión de cada nota en particular, según la doctrina de los teólogos y apologistas, y concluye que la determinación del verdadero concepto “apenas ofrece más dificultades que las entrañadas en la determinación de otros conceptos que juegan en apologética ó dogmática”. Basta un esfuerzo ordinario para conocerlo, sin necesidad del magisterio eclesiástico, el cual, aun cuando dé el juicio definitivo sobre la santidad, catolicidad, etc., no obstante, bien podemos conocer sin él en dónde se encuentra la verdadera santidad, así como las otras notas. Por este mismo método resuelve la segunda objeción. Aun concediendo que en determinado caso se encuentre alguna nota particular en una iglesia que no sea la verdadera, y, por lo tanto, que no sea concluyente á veces la prueba que de ella se deduzca, sin embargo, el conjunto de las notas no se halla más que en una sola iglesia, la Iglesia católica, única que puede gloriarse de poseer las cuatro en toda su plenitud, como se comprueba comparándola con las diversas sectas cristianas, las cuales apenas presentan más que el eco lejano de lo que fueron cuando estaban unidas al gran tronco, de donde se han desgajado como ramas secas ó en vías de secarse. Por último, es verdad que el conocimiento de la verdadera Iglesia, mediante las notas, ofrece algunas di-

(1) IV *Quartalheft*, 1912. TH. SPÄCIL: *Ist die Lehre von den Kennzeichen der Kirche zu ändern?*

ficultades: es menester, para lograrlo, además de una voluntad recta y sincera, un esfuerzo personal, un examen atento y detenido de las diversas sectas cristianas, á fin de averiguar cuál de ellas posee los caracteres que deben adornar á la legítima Esposa de Cristo; pero esta dificultad es poco más ó menos la misma que presentan otras cuestiones de apologética ó filosofía, como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, el milagro, etc.

Cree, pues, el autor, y con razón, que no hay motivo para alterar la enseñanza tradicional de las notas. En efecto: bien entendidas éstas y tomadas en un sentido espiritual y transcendente son excelentes medios para determinar la verdadera Iglesia de Cristo entre las muchas que se arrogan el título de cristianas. Muchísimas de las recientes conversiones al Catolicismo á ellas son debidas en gran parte.

En un opúsculo de la colección "Science et Religion" ha resumido L. Crestiani el libro IV de las famosas controversias de Belarmino, en donde el ilustre Cardenal argüía contra los protestantes, apoyándose precisamente en las notas de la Iglesia (1). Después de refutar las que proponía Lutero como signos de la verdadera Iglesia de Cristo—tales como la predicación pura del Evangelio, la administración legítima del Bautismo, el uso legítimo de la Eucaristía, etc.—, propone él 15, á saber: nombre, antigüedad, duración no interrumpida y extensión local y numérica de la Iglesia Católica, misión apostólica de los obispos, identidad doctrinal, unión mutua de los miembros, santidad y eficacia de la doctrina, santidad de los autores, milagros y profecías, confesión de los adversarios, fin desdichado de los perseguidores y felicidad temporal de los defensores de la Iglesia. El mismo Belarmino confiesa que sus notas se reducen á las admitidas universalmente por la tradición.

Aun cuando algunos de los argumentos no tengan hoy el mismo valor que en la fecha que él escribía y ciertas observaciones suyas sean erróneas, por falta de crítica histórica, es indudable que la substancia de su demostración todavía es utilizable en nuestros días. El traductor ha conservado fielmente lo fundamental del cuarto libro de las controversias, resumiendo únicamente aquellas partes de menos importancia. La breve noticia que nos da en la introducción de la vida y obras de Belarmino es un verdadero panegirico del famoso jesuita.

Obras generales.—Los manuales de apologética se multiplican de año en año. Mas por desgracia este aumento de literatura apologética no es signo de gran progreso. En la mayor parte de las obras de este género apenas se utilizan los resultados de las discusiones habidas estos últimos años entre los partidarios de la apologética externa é interna. Los autores se mantienen tímidamente dentro de los moldes estrechos de los manuales que nos legó el siglo pasado. Este es un defecto bastante común en los tratados de apologética modernos.

No está libre de él la obra, por otra parte muy notable, del Dr. Th. Specht

(1) L. CRESTIANI: *Robert Bellarmin. Les marques de la véritable Église*. 64 págs. Coll. «S. et R.», Bloud, París, 1912.

sobre apologética ó teología fundamental, como él la llama (1). Este último nombre es el que más le conviene, porque es en toda la línea un modelo de teología fundamental, según se entendía hasta ahora. Abraza las dos consabidas partes: una sobre la religión cristiana y otra sobre la religión católica, siguiendo en todo el método bien conocido de los manuales de esta clase.

“La apologética—dice el autor—es la ciencia de la justificación del Cristianismo, ó, más exactamente, aquella disciplina teológica que aporta la prueba científica de que el Cristianismo es la religión revelada por Dios, la cual se conserva en la Iglesia católica, sirviéndole de intermediaria” (págs. 8-9). Siendo el método de la apologética, como el Dr. Specht con razón afirma, “racional, es decir, histórico-filosófico” (pág. 11), es muy discutible el aserto de que la apologética sea una disciplina propiamente teológica. Es evidente que la teología parte de principios revelados, supra-rationales, así como todas las disciplinas que se inspiran en ella. En cambio la apologética no puede suponer la revelación, so pena de moverse en un círculo vicioso y de ser perfectamente inútil para el fin que inmediatamente se propone. La apologética se coloca en un plano muy distinto del de la teología: sus principios son naturales; su argumentación filosófica, psicológica, histórica, etc., es puramente racional. Claro es que el apologeta nunca debe echar en olvido las enseñanzas de la fe; pero no debe tomarlas como punto de partida, sino como fin á que ordena sus trabajos, como norma y orientación de sus investigaciones. Nada de esto ignora el ilustre Profesor de Dillingen, mas no lo ha tenido en cuenta lo suficiente al definir la apologética.

Después de la breve introducción en que expone las nociones generales, pasa á estudiar las cuestiones que se acostumbra á dilucidar en los manuales ordinarios: idea y contenido de la religión y su necesidad, la revelación con los criterios que la justifican—los milagros y las profecías—, como consecuencia de esto la divinidad del Cristianismo, etc. Tampoco ha olvidado el autor las relaciones entre la ciencia y la Biblia, á las cuales consagra un largo apéndice. En la cuestión del hexámeron expone con amplio criterio las diversas teorías de los escritores católicos, sin excluir, por ejemplo, la visionaria ni la didáctico-popular, que tanto difieren del antiguo concordismo.

La segunda parte de la obra está consagrada al clásico tratado *De vera Christi Ecclesia*. La institución y organización, notas y magisterio de la Iglesia, con un largo artículo sobre las fuentes de la revelación y otro sobre las relaciones de ésta y la razón, constituyen su contenido.

Como se ve, el plan de esta obra es vastísimo, por eso no es de extrañar que se pasen en ella muy por lo alto cuestiones de apologética de mucha importancia. Así, lo relativo á los métodos—hoy de sumo interés—se ha olvidado casi por completo; los motivos de credibilidad se tratan muy someramente, etc. Está escrita con criterio amplio, sólido y conciliador; la erudición es copiosa, y la nota bibliográfica que encabeza cada párrafo no dejará de ser útil á los que quieran ahondar más las cuestiones.

Aunque más modesto y de menos mérito intrínseco, es recomendable el

(1) DR. TH. SPECHT: *Lehrbuch der apologetik oder Fundamental theologie*. Un vol. en 4.º de VIII-420 págs. Regensburg, 1912.

Epítome de apologética del P. Ruiz Amado, S. J. (1), escritor fecundísimo y autor de muchos libros de propaganda. Este ha sido escrito con vistas á los jóvenes de enseñanza secundaria, ya para servir de texto en las clases de Religión, ya para que los alumnos puedan acudir á él con objeto de ilustrarse sobre cuestiones religiosas y adquirir conocimientos para defender su religión, harto escarnecida en nuestros días. Aunque reduciendo las cuestiones á los límites de un breve compendio, contiene este epítome de apologética las mismas tesis que se acostumbran á estudiar en los manuales tradicionales: espiritualidad é inmortalidad del alma, Dios, la religión natural y revelada, todo un tratadito sobre el Evangelio, los mártires y las profecías y, por último, un breve estudio sobre la Iglesia.

El P. Amado no se contenta con exponer la doctrina, resuelve también las dificultades más corrientes contra ella y orienta á los jóvenes para saber defenderse contra los ataques del enemigo. No me detengo á hacerle pequeños reparos, que en nada disminuyen el mérito de la obra. El haber introducido en ella algunas cuestiones no estrictamente apologéticas se explica por la finalidad que el autor se propuso. Por lo demás, una cosa debe inculcarse mucho á los jóvenes y es que las pruebas de la religión cristiana nunca son tan concluyentes que fuercen al entendimiento á abrazar la fe, sino únicamente á reconocer su credibilidad, no sea que cuando lleguen á mayores y no hallen en ellas el valor que creían, entren en dudas sobre la certeza de sus creencias.

De más altos vuelos que todas las anteriores es la gran *Apología del Cristianismo* del Dr. Schanz, cuyo primer volumen acaba de ser traducido al castellano por D. M. H. Villaescusa (2). La traducción está muy bien hecha y no desmerece en nada de las otras llevadas á cabo por el mismo autor. A pesar de ser obra muy conocida, no estará de sobra que digamos algo de esta edición española.

El objeto de este primer volumen es *Dios y la Naturaleza*. Siguiendo la corriente del tiempo en que escribía el ilustre apoloquista, da mucha importancia, quizá excesiva, al elemento puramente científico; no tanta, sin embargo, que ofusque la parte propiamente filosófico-apologética. En el primer capítulo examina el autor la noción y los métodos de apologética, y aunque no estudia en detalle el método de immanencia, ya se nota en él la tendencia moderna de dar mucha importancia á la llamada apologética interna, basada en las necesidades, exigencias y apetitos de la vida interior. Mas no echa en olvido que para ser decisiva esta apologética ha menester de los argumentos externos. "Verdad es—dice—que el valor de los bienes supremos que ofrece el Cristianismo sólo pueden experimentarse, mas no demostrarse; pero es preciso poder conocer estos bienes, lo mismo que el Cristianismo, con argumentos externos" (pág. 29). Después de dedicar un largo capítulo á la historia de la apologética, entra de lleno en materia. Religión é historia, la religión y el hombre, tradicionalismo y ontologismo, principio y fin, la vida y sus diversas manifestaciones, constituyen el objeto de los seis capítulos restantes.

(1) P. R. RUIZ AMADO, S. J.: *Epítome de Apologética*. Un opúsculo de 154 págs. en 4.º Librería é imprenta religiosa, Barcelona, 1912.

(2) DR. P. SCHANZ: *Apología del Cristianismo*, traducido de la 3.ª ed. alemana. por M. H. Villaescusa. Vol. I, en 4.º, de 436 págs. Herederos de J. Gili, Barcelona, 1913.

P. Schanz es un gran talento, provisto de inmensa y escogida erudición, dotado de envidiables cualidades para exponer los argumentos y resolver y triturar, á veces con un gesto de desdén supremo, las dificultades. De vez en cuando acaso resulte algo obscuro para ciertos lectores. Algunas afirmaciones, v. gr.: "La religión no es producto del conocimiento de Dios, sino que este conocimiento es producto de la religión", debieran explicarse un poco más, so pena de ser mal entendidas. Schanz aprecia mucho á Santo Tomás y lo toma por guía en las cuestiones capitales; pero no es propiamente tomista. Con todo, siendo estos defectos relativamente de poca importancia, queda en pie el valor de su apología. Los editores que han emprendido su publicación tan brillantemente son dignos de aplauso, pues libro como éste merecía figurar en nuestra literatura apologética.

Más estrictamente científica, en el sentido de limitarse el autor á la apologética desde el punto de vista de las ciencias naturales, es el *Compendio de Apologética científica*, grueso volumen publicado poco ha por el docto profesor de la Central D. Ildefonso Rodríguez (1). No soy aficionado á esta clase de apologética que, á decir verdad, ya ha perdido mucho de su antigua importancia; con todo tengo por indudable que para defender la Religión contra cierta clase de sabios á medias y para conservar la fe y fortalecerla en muchos jóvenes que los escuchan á diario es de todo punto necesaria. No estará de sobra, sin embargo, advertir que los ataques más temibles contra el Cristianismo no vienen en estos días de las ciencias naturales: el positivismo con sus adláteres y la concepción del mundo en él inspirada han caído en descrédito. Sólo conservan alguno de sus prestigios en ciertas *clínicas* y laboratorios, desprovistos de toda atmósfera verdaderamente filosófica.

Por lo demás, sinceros plácemes merece el doctísimo autor de este libro. En las treinta cuestiones generales que discute, desde la creación hasta el examen del positivismo da pruebas tan evidentes de vastos y profundos conocimientos científicos, que apenas deja que desear. El origen y naturaleza del hombre y de la materia, el evolucionismo, el concepto de Dios y del universo, la energética, el hexámeron, los diversos problemas de la geología, paleontología, antropología, etc., entrelazándose y se desarrollan en las nutridas páginas de esta obra con verdadera profusión de observaciones y datos científicos. Puede afirmarse que no hay en nuestra literatura apologética ninguna obra que trate con tanta amplitud y de manera tan completa estas difíciles cuestiones con relación al problema religioso. El Cardenal González, O. P., el P. Mir, los PP. Vigil y Arintero, O. P., y otros varios entre los españoles, han inspirado en muchos puntos al autor, cuya enorme preparación científica da á sus asertos un valor doctrinal de primer orden.

El criterio que guía al Sr. Rodríguez en todas las variadas y múltiples cuestiones que discute es profundamente católico, y, en el orden puramente científico, sólido y bien documentado. Sería de desear que desapareciesen del libro ciertas frases de mal gusto, despectivas y burlescas, con que moteja frecuentemente á los incrédulos. Con semejante lenguaje, á veces quizá bien merecido, nada puede lograrse en el orden religioso. La seriedad y el respe-

(1) ILDEFONSO RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ: *Compendio de Apologética científica*. Un vol. en 4.º de 777 págs. y XX planchas fotográficas relativas al asunto. G. del Amo, Madrid, 1912.

to á las personas y aun á la sinceridad de sus convicciones, siquiera no siempre sean sinceras, debe ser la norma habitual del apologista.

El mismo espíritu científico informa el libro de Dégenhardt sobre *Los cuatro arcanos del mundo* (1), consagrado á demostrar la existencia de Dios. Los cuatro arcanos ó enigmas que no pueden resolverse sin el postulado de un Ser supremo, infinito é inteligente son: 1.º, el origen de la energía y del movimiento que en el mundo existen; 2.º, el complicado orden que reina en el universo con sus admirables leyes; 3.º, el origen de la vida, y 4.º, el origen del hombre. Con gran copia de argumentos filosóficos y sobre todo científicos se prueba en este librito que estos cuatro problemas capitales son completamente insolubles sin Dios, con el cual se explican satisfactoriamente. El autor da gallardas muestras de conocimientos científicos, sabe presentarlos con toda su fuerza probante, y, á veces, sin descender al lenguaje despectivo de los adversarios, utiliza contra ellos la ironía fina y delicada que vale por un argumento. No puede decirse que tenga el libro cosas nuevas para los iniciados en las ciencias naturales, pero sí para la generalidad de los lectores. El Sr. Dégenhardt ha reunido en él los principales datos que suministra la ciencia en favor de la existencia de Dios; y eso en lenguaje sencillo, accesible á todos y en pocas páginas. El libro está exento de escombros y repeticiones; las ideas se deslizan fáciles por sus amenas páginas, y el conjunto resulta muy agradable é instructivo.

La única crítica que pudiera hacerse al autor es el haberse fijado en detalles nimios para probar su tesis. Contra ellos pudieran presentar otros los naturalistas qu probarían todo lo contrario—si unos y otros probaran algo—. El orden y armonía del mundo—sin descender á casos particulares más ó menos discutibles—evidencian la necesidad de un supremo Ordenador, sin el cual sólo el caos es imaginable. De modo que, aun cuando se admitiesen muchas perturbaciones particulares de ese orden, la tesis permanece en pie, porque siempre subsiste la armonía universal que ninguna nota discordante puede alterar. Además, el empeño de ver en todo intenciones divinas nos lleva á un finalismo exagerado, que fácilmente pueden poner en caricatura los científicos, pues, aunque existan esas intenciones, no siempre están á nuestro alcance.

Aunque modesta, no deja de ser laudable y utilísima la obra de E. Roupain, titulada *Lecciones y lecturas de Apologética* (2). Es una preciosa antología de páginas selectas de apologética. En ella figuran trozos de los apologistas más ilustres, sobre todo franceses. En la advertencia, que precede á esta colección de textos, indica el autor el objeto de su obra. “Este libro—dice—no tiene por objeto hacer avanzar las cuestiones. En cambio, acumula materiales, señala obras, cita hermosas y buenas páginas, elegidas con ánimo de preparar ó fortalecer la fe en el alma del lector sincero” (pág. 1). Labor es esta humilde en apariencia, pero en realidad de gran importancia. Cuando se ven reunidos en torno de una cuestión los testimonios tan elocuen-

(1) C. J. DÉGENHARDT: *Los cuatro arcanos del mundo*. Ensayo de apologética científica. 2ª ed. corregida por el P. R. Amado, S. J. Un vol. en 8.º de 271 págs. M. Marin, Barcelona, 1912.

(2) E. ROUPAIN: *Leçons et lectures d'Apologétique*. Un vol. en 4.º de 670 págs. Casterman, S. A. Tournai, 1912.

tes como sinceros y bien razonados de hombres competentísimos por su ciencia y su talento, no puede menos de quedar profundamente impresionado el ánimo del lector que, desasacionado, busca la luz. En tres agrupaciones distintas ha ordenado el Sr. Roupain los testimonios que cita. La primera se refiere al objeto, importancia y método de la apologética; la segunda, á la religión y revelación, y la tercera, á la revelación cristiana. Las mejores páginas escritas por los grandes apologistas acerca de estos problemas capitales de apologética están aquí aducidas en perfecto orden.

Cosa parecida ha hecho el Abate Augier con los testimonios favorables al Cristianismo de sus propios enemigos. Los ha reunido en un libro muy curioso que lleva por título *Apología del Catolicismo por los incrédulos* (1).

Guiado por el principio que "nada es tan elocuente como el testimonio de los enemigos" (pág. VII), ha formado una preciosa colección de textos con los cuales racionalistas, ateos y protestantes han alabado la religión en general y el Catolicismo en particular con sus dogmas y sacramentos, con sus ritos, ceremonias é instituciones. Quizás parezca extraño, pero es un hecho que el Catolicismo ha merecido grandísimas alabanzas de sus propios enemigos, de aquellos mismos que más lo combatieron y escarnecieron. Y es que apenas hay hombre que no tenga en su vida algunos momentos lúcidos, de franqueza y sinceridad, en los cuales suelen penetrar en su espíritu y corazón los serenos resplandores de la verdad. Entonces es cuando aparecen "los incrédulos (con respecto al Catolicismo) como Balaán, que se vió obligado á bendecir al pueblo de Israel precisamente al ser llamado para maldecirlo" (pág. VIII). Una cosa se desprende digna de notarse, y es que los incrédulos nunca están tan seguros y convencidos de sus opiniones extraviadas como muchas veces dan á entender. La indecisión y la duda constituyen el fondo de su pensamiento, lo cual jamás sucede al creyente.

Verdaderamente útil para conocer el estado de ánimo de los incrédulos y para indicarles la actitud que deben tomar respecto al Catolicismo, si quieren proceder sinceramente, es el opúsculo de L. Laberthonnière *Por el camino del Catolicismo* (1). Es reedición de un artículo publicado por el autor en *Annales de philosophie chrétienne* (en 1905). Conviene tener en cuenta su objeto para no desnaturalizar el valor de su contenido. En él se proponía Laberthonnière contestar á un incrédulo que le expuso sus dificultades para creer. Francisco D., nombre de dicho incrédulo, tachaba á los católicos de insuficiencias doctrinales y morales y de poco probante su apologética. Esto le impedía abrazar el Catolicismo por creer fruto de sus doctrinas la inferioridad moral y científica de sus fieles. "Nosotros—dice el autor—no tratamos de negar ni de justificar lo que á Francisco D. y á aquellos de quienes se hace portavoz parece insuficiencias y miserias. Pero sí quisiéramos mostrarles que si en esto encuentran un escándalo que les detiene en el camino de la fe es á causa de ilusiones que no saben evitar" (pág. 12). Una de estas ilusiones es el pretender que la apologética sea suficiente por sí misma para en-

(1) E. AUGIER: *Apologie du Catholicisme par les incroyables*. Un vol. en 8.º de VIII-309 páginas. Lethielleux, París, 1912.

(2) L. LABERTHONNIÈRE: *Sur le Chemin du Catholicisme*. Coll. «S. et R.». 63 págs. Bloud, París, 1913.

gendar la fe. Ninguna clase de apologética puede aspirar á eso: "esperar que cualquier apologética con sus argumentos de credibilidad, cualesquier que ellos sean, engendra ó aporta por sí misma la fe, es equivocarse fundamentalmente" (pág. 15). Otra ilusión consiste en confundir las deficiencias y miserias de muchos católicos con el Catolicismo, como si éste fuera responsable de las flaquezas humanas, que se hallan en todas partes. Por último, los incrédulos falsean el concepto de la autoridad, atribuyéndole una función despótica que nunca ejerce. Imaginan que es un poder tiránico que esclaviza á sus súbditos y extermina las herejías "sirviéndose de sus fórmulas ortodoxas como uno se sirve de una piedra para aplastar al enemigo" (págs. 44-45). Pero esta idea de la autoridad eclesiástica es errónea, aun cuando sea patrocinada en cierto modo por algunos católicos.

Para deshacerse de estas ilusiones y de otras semejantes es preciso **cam-**biar de actitud. La fe no se consigue sino mediante una orientación personal, íntima y profunda, hacia la luz. La solución del problema religioso exige el sacrificio de sí mismo, una renuncia absoluta á toda ganancia temporal de cualquier género que sea, una actitud del ánimo resuelto á sufrir todas las injusticias humanas... Quien de veras quiera resolverlo debe consagrarse totalmente á trabajar en su transformación espiritual mediante la fe y la caridad; debe prescindir de las miserias que ve en torno suyo para descubrir "la corriente de vida infinita en donde por medio de Cristo y de sus santos circula la misma luz y bondad de Dios, y en la cual debe cada uno entrar para hacerse participante de ella, promoverla y amplificarla" (pág. 62).

Bien entendido este opúsculo y no dando demasiado rigor á ciertas expresiones, que pudieran interpretarse en sentido no aceptable, nada encuentro en él digno de reproche. El espíritu que lo anima—bien conocido es el que inspira todos los escritos de su autor—puede ser más ó menos criticable; pero no me atrevo á condenarlo en nombre del dogma.

FR. JOSÉ MARÍA G. GRAÍN, O. P.

BOLETÍN DE MÍSTICA Y DE ASCÉTICA

Parecerá innecesario, mirando este asunto superficialmente, ocuparse de la Teología mística y de la ascética, puesto que las dos se hallan comprendidas en lo que se llama *Teología escolástica*. Efectivamente, tanto ésta como la Teología mística tienen por único objeto á Dios, mas lo tienen de distinta manera. La Teología escolástica considera á Dios bajo una razón puramente especulativa; la mística, por el contrario, bajo la razón afectiva y experimental. Es la primera una ciencia teórica, cuyos principios, aunque tomados de los libros revelados, están en la razón; mas los principios de la segunda, conforme siempre con la Revelación y la Iglesia, se aprenden principalmente por propia experiencia, por la comunicación íntima con Dios, por el estudio afectivo, en que se ejercita el alma, mediante la oración y contemplación.

Los libros que se ocupan de mística, aunque excelentes, pueden, pues, ser inútiles para las almas ó por lo menos para muchas almas. Mas distingamos el sentido de estas palabras. Todos los tratados de mística pueden tener dos objetos principales: uno directo y otro indirecto. El primero consiste en llevar las almas á Dios, no de cualquier manera, sino abriéndoles de par en par las puertas del seno del Omnipotente, donde está oculto el corazón de Dios con su tesoro de gracias infinitas, con sus celestiales regalos para las almas, con sus inspiraciones secretas, con su influencia poderosa para santificarlas. Mas este objeto no lo podrán conseguir jamás los libros si Dios no se derrama en el alma de una manera afectiva y experimental, por aquello de David: *Nisi dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam*. Los libros, sin embargo, pueden contribuir á que el alma se prepare para recibir, si á Dios le place, esa gracia.

El segundo objeto es prevenir á los incautos y á los ilusos contra los engaños del demonio, pues hay momentos en la vida de las almas devotas en que su egoísmo, el ángel de las tinieblas y Dios tienen casi el mismo modo de obrar por lo que se refiere á la causa, distinguiéndose sólo por los efectos producidos. Para las almas que se hallan en este segundo estado son provechosos generalmente los libros de mística, pues las enseñan á descubrir los fraudes del enemigo y á evitar el caer en graves y perniciosos engaños. En

este último sentido, consideramos útiles los libros de mística, aunque no todos sirven para todos, por lo que se necesita siempre la dirección de un confesor prudente, el cual, sobre todo, debe aprovecharse de ellos para la dirección de las almas.

Tratados generales.—Uno de los autores en que esta *Teología mística* se halla más completa es el R. P. Tomás A. Valigornera (1), el cual, con textos y citas del Maestro de las Escuelas Santo Tomás de Aquino, forma un tratado completo y voluminoso. Porque Santo Tomás, no sólo es el príncipe de la Teología escolástica, sino también el de la Teología mística. Por esto dice el autor en los prolegómenos: “La doctrina mística de Santo Tomás es de tanta autoridad precisamente porque está fundada en la doctrina escolástica... Y por esto los que leen la Teología mística en Santo Tomás la encuentran firmísima y bien fundada; por el contrario, los que la estudian en otros libros, que sólo tratan de asuntos místicos sin ningún guía y preceptor, bajo la capa de devoción en no correctas palabras beben mucha materia de errores.” Y añade el prologuista P. Berthier: “Esto fuera muy prudente decirlo cuando Molinos y sus secuaces se dejaban llevar de sus sueños, pero no lo juzgamos imprudente dicho en nuestros tiempos. Por cuyo motivo damos á los estudiosos, llenos de confianza, un libro que ya apenas se halla á la mano, útil principalmente para los directores de almas.”

Efectivamente: la obra ofrece gran mérito, ya se la considere en el fondo, que es todo de Santo Tomás, ya en la forma en que está escrita. Al estilo escolástico, nada pesado en esta obra, empieza exponiendo lo que es Teología mística. Hacemos notar esto, porque notables autores nos hablan de ella y apenas nos dicen lo que es. De lo cual se pueden seguir grandes errores ó falsas interpretaciones. Teología mística es cierta *impresión* de la ciencia divina, que es *una* y simple, abarcándolo todo. (D. Th. p. p. q. I, art. 3 ad. 2.) Es la ciencia revelada por Dios á las almas; ya por modo de inspiración, de oración, de narración, de amenaza ó de precepto. Pero esta ciencia, no sólo ilumina el entendimiento, como las demás ciencias, sino que ilumina el alma y es su alimento. Por esto se dice en el Eccli. (XV) *Cibavit illum pane vitæ et intellectus*. En las otras ciencias basta que el hombre sea perfecto intelectualmente; en ésta, según el entendimiento y según el afecto.

Pero no olvidemos que Santo Tomás dice que la Teología mística es una *impresión*. No se adquiere, pues, esta ciencia por el estudio, ni aun por el ejercicio de las potencias, consideradas aisladamente. ¿Luego el alma *se habet mere passive* en la vida mística? Es cierto que el alma en el ejercicio de la vida mística es sujeto paciente, pues recibe los dones espirituales, y las virtudes é iluminaciones sobrenaturales; y recibir, según Santo Tomás, es de alguna manera padecer (Opúsc. IX, q. 38). Mas de este padecer puede producir en el alma un nuevo efecto, así como la disposición de las moléculas de un cuerpo herido por la luz puede aumentar ó hacer variar esta luz. Así, pues, en el ejercicio de la Teología mística, no solamente pade-

(1) R. P. THOMAS A. VALIGORNERA *Ord. Praed. Sacrae Theologiae Magistro. MYSTICA THEOLOGIA Divi Thomae Utriusque Theologiae Scholasticae et Mysticae Principis*. Edit. Tert. curante Fr. J. J. Berthier, ejusd. *Ord. exacta* 2 Tom. Marietti Augustae Taurinorum, 1911.

ce el alma contemplativa, sino que obra verdaderamente por el entendimiento y por la voluntad. No es sólo un recipiente inconsciente y sin acción, como la piedra cuando se arroja de un lugar á otro ó como el cuerpo humano cuando es curado de una enfermedad por el arte de la medicina. La contemplación de Dios, el amor y la fruición de El, son las principales acciones de la Teología mística. Luego si éstas consistieran en la pasividad y receptibilidad del alma, la visión beatífica, el amor y el gozo de los bienaventurados, serían también pasivos, lo que es absolutamente falso, porque los bienaventurados, viendo á Dios, son agentes vitales, que viven la vida eterna. Y la vida es actividad.

De aquí también que en el ejercicio de la Teología mística no puede existir el amor sin algún conocimiento previo, pues en buena filosofía y por la misma naturaleza de las cosas nunca puede darse acto alguno en la voluntad que no sea precedido de algún conocimiento en la potencia intelectual. Santo Tomás (p. p. q. 80, art. 2) no encuentra otra distinción entre el apetito natural, sensitivo é intelectual sino que el natural es puesto en acción por la forma natural, mientras que el intelectual nace de la forma conocida por el entendimiento y el sensitivo de la forma conocida por el sentido. No puede, pues, haber acto de la voluntad sin previo conocimiento; lo contrario sería ir contra la naturaleza de la misma voluntad.

San Dionisio (1) afirma, sin embargo (cap. VII. *De Divinis Nominibus*), que la ciencia augustísima de Dios se adquiere por la ignorancia, cuando la mente, saltando por encima de todas las cosas y olvidándose hasta de sí misma, es sólo iluminada por los divinos rayos, llenos de inmensa claridad. Mas San Dionisio habla del modo de conocer á Dios en esta vida, lo cual se consigue *per remotionem et negationem imperfectionum creaturarum ab ipso*, lo que propiamente es entender lo que no es Dios. A este conocimiento San Dionisio llama ignorancia y de aquí el que amoneste á Timoteo á amar por medio de la ignorancia, ó sea por el conocimiento negativo de Dios.

Por este medio, la voluntad logra amar más que el entendimiento conoce y así lo enseña Santo Tomás (1.^a 2.^a q. 27, art. 2 ad. 2) cuando dice: "Para la perfección del conocimiento se requiere alguna cosa, que no se necesita para la perfección del amor, porque la razón para conocer necesita distinguir, unir ó separar, comparando las unas cosas con las otras, más el amor está en la potencia apetitiva, que mira únicamente á las cosas como son en sí."

Es necesario tener esto muy presente, pues generalmente las almas santas en esta vida tienen un amor tan grande á Dios que no está en relación, ni mucho menos, con el conocimiento expreso que tienen de El. Por esto Jesucristo daba gracias á su Eterno Padre, que había ocultado sus secretos á los sabios y los había revelado á los pequeñitos é ignorantes. Para la perfección del amor basta que el objeto sea conocido por solo alguna perfección, como sucede con las ciencias, que algunos aman por el conocimiento sumario ó general que tienen de ellas.

Pregunta luego el autor qué se entiende por las palabras *ingredi divinam*

(1) Hoy nadie admite que sea el areopagita.

caliginem, ó, lo que es lo mismo, *subir hasta el rayo superesencial de las divinas tinieblas*. Y responde con Santo Tomás "que esta obscuridad ó esta noche es la luz inaccesible en la cual se dice que habita Dios; su infinita luz es para la criatura un deslumbramiento de todos los sentidos por el exceso desproporcionado. Santo Tomás lo explica así: "Las cosas, que no son actos puros, son luminosas, pero no son la misma luz; mas la divina esencia, que es acto puro, es la misma luz." Es, pues, obscuridad respecto de los sentidos y aun de la inteligencia, si no existe una gracia especial. Mas, perfeccionada con esta gracia, llega la inteligencia á ver á Dios, no á comprenderle. El entendimiento humano nunca podrá comprender á Dios, le conoce de la manera que es cognoscible para él. Porque en Dios, la luz y toda entidad son infinitas. Y lo mismo enseña San Agustín: "Alcanzar á Dios con la mente es excelsa beatitud, mas comprenderlo es imposible."

Las almas que por la contemplación y movidas por los dones del Espíritu Santo llegan á este estado son felices, y aun momentáneamente bienaventuradas, mas se hallan imposibilitadas de expresar lo que ven, como el que hallándose en noche oscura sabe que existen los objetos y no los puede definir, ó mirando al sol fijamente por su grande hermosura queda enteramente deslumbrado, pero sin sufrimiento.

De distinta manera se entiende por los escolásticos y por los doctores místicos el aniquilamiento del alma cuando de esta materia tratan. Escolásticamente hablando, el aniquilamiento se entiende por la total desaparición de la criatura, mas el aniquilamiento de que hablan los doctores místicos es otro muy distinto. Se realiza cuando el alma se desprecia y se olvida totalmente de sí misma y de todas las criaturas, de tal modo, que no le queda ninguna memoria, ningún pensamiento, ningún afecto fuera de Dios, al cual se entrega totalmente y sin reservas. Entonces el alma está aniquilada, cuando ama los desprecios, las humillaciones, los más grandes sacrificios, á imitación del Redentor, que quiso beber el cáliz de todas las injurias y de todos los tormentos. En este estado de íntima unión con Dios, el alma recibe los ósculos y abrazos con que él la regala. ¿En qué consisten estos ósculos y abrazos? En una suavidad y dulzura inmensas, infundidas por Dios al alma con la comunicación del Divino Espíritu. Así en los Cantares (Cant. 1): *Osculetur me osculo oris sui; quia meliora sunt ubera tua vino*. "Por pechos de Cristo se entiende esta dulzura—dice Santo Tomás—, la cual, como leche espiritual, nutre y regala al alma."

El autor pasa luego á tratar de las vías, purgativa, propia de las almas contemplativas, que empiezan; iluminativa, propia de las ya aprovechadas, y unitiva, exclusiva de las perfectas. Aunque toda la materia la reduce á tres cuestiones, es tal el número de disputaciones y artículos en que las divide, que podemos decir, sin temor, que agota la materia. Tiene también la ventaja esta obra, sobre todo para los directores espirituales, que en ella no se trata la materia de una manera, digámoslo así, vulgar, sino por principios y procedimientos filosóficos avalorados con los textos de la Sagrada Escritura y del Angélico Doctor. Empieza hablando de la vía purgativa, por la purgación ó purificación activa de la parte cognoscitiva; luego de la purgación activa de los sentidos exteriores, de la mortificación de los in-

teriores, de la purgación de la parte intelectual. Pasa después á tratar de la oración, de la meditación, del apetito y de sus pasiones y de la purgación pasiva de la parte sensitiva. Continúa exponiendo lo que es la vida iluminativa de los siete dones del Espíritu Santo, de la contemplación sobrenatural é infusa, del medio de la contemplación sobrenatural, de las divinas visiones, de las revelaciones y de la purgación pasiva de la parte intelectual.

El segundo tomo lo dedica exclusivamente á la vía unitiva. De esto tratan los diez y ocho artículos primeros; luego de algunas especies de oración que pertenecen al estado perfecto y, por fin, de la dignidad de la perfección, que se compara á las preciosas margaritas y al mismo reino de Dios. Es esta obra un estudio admirable y detenido de todo lo que á la Teología mística se refiere sin que se pueda añadir cosa alguna esencial, y como la base de todo lo que sobre esta materia se pueda escribir.

Mas como esta obra es voluminosa y no todos los directores de almas podrán hacerse con ella, les recomendamos otra, breve, compendiosa que acaba de salir á luz. Titúlase esta obrita *La Contemplation ou Principes de Théologie Mystique* (1). El autor reduce de un modo admirable toda la materia á cuatro capítulos; pero de tal manera condensa en ellos toda la Teología mística, que todo lo que en ellos no se halla es sólo consecuencia de los principios por él establecidos. Hemos dicho mal; los principios son todos de Santo Tomás, de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz y de San Francisco de Sales. A éstos sigue siempre sin variar, pues los halla en sus doctrinas siempre conformes. Efectivamente. ¿Qué otras materias se pueden tratar que se refieran á la Teología mística, si exceptuamos las gracias *gratis datas*, más que la oración y contemplación consideradas objetivamente, el sujeto de esta contemplación, la dirección de esta contemplación y, por último, las distintas fases ó maneras de esta contemplación mística? El autor empieza con gran tino estableciendo una distinción absoluta entre las gracias *gratis datas* y las gracias *gratum facientes*, perteneciendo la contemplación á estas segundas. Mas no por eso la contemplación deja de ser una gracia extraordinaria. La contemplación no es propiamente efecto de las virtudes, sino de los dones del Espíritu Santo. Y cuando concede Dios al alma estos dones, principalmente el de Sabiduría y Entendimiento, y algunas veces el don de Ciencia, ella se muestra casi pasivamente, que es lo que enseña Santo Tomás. He aquí por qué la contemplación es una gracia extraordinaria. San Juan de la Cruz la define: *El conocimiento misterioso y sobrenatural de Dios. La atención amorosa, simple y fija en Dios*, dice San Francisco de Sales. Los fenómenos de esta contemplación pueden variar hasta lo infinito, pues el amor produce efectos más variados que la electricidad, desde la dulce quietud con que cautiva las almas, hasta la unión en que las deja inmóviles sobre el seno de Dios, el éxtasis, que parece las hace extinguirse para fundirse en el infinito.

Creemos sería de gran utilidad la traducción de esta obra á nuestra lengua, porque aunque es verdad que en España tenemos á los grandes maestros de la mística, como Santa Teresa, San Juan de la Cruz y aun el

(1) Escrita por R. P. E. Lamballe. Eudiste. P. Téqui, Paris, 1912.

V. Fr. Luis de Granada, sus obras son muy difusas y requieren largo estudio. Tampoco se diga que es raro encontrar almas llamadas á la contemplación extraordinaria, siendo por esto inútiles estos estudios. Tal vez esto suceda por falta de buena dirección. Hay confesores que por apatía ó por otro motivo descuidan completamente la dirección de las almas que á ellos se acercan, aun estando en las mejores disposiciones. Otros creen ver en esas almas á unos pobres ilusos que quieren seguir un camino para el cual no son llamados. Otros, por ignorancia, dejan asimismo de dar una buena dirección. Todo esto debiera evitarse por los ministros del Señor, que han de dar cuenta á Dios, no sólo de sí mismos, sino del rebaño, que les ha sido encomendado. Es cierto que cuando Dios quiere, la gracia de sus dones vencerá todas las dificultades, como sucedió en Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Pablo de la Cruz y en tantos otros, cuyos directores espirituales por algún tiempo querían sujetarlos á la oración ordinaria, mas esto no es cuenta nuestra.

Cuando ya habíamos mandado á la imprenta este Boletín llegó á nuestras manos *Principios fundamentales de la Mística*, por el P. Jerónimo Seisdedos Sanz, de la Compañía de Jesús (1). Empezamos á leer la obra y luego vimos que coincidíamos en el modo de apreciar la Mística en general. Sólo objetaré que no he podido comprender bien las razones para demostrar la distinción entre la ascética y la mística. El autor dice que se distinguen *esencialmente*. Dice que esta es hoy la opinión más seguida. Cita al Doctor Angélico "que defendió, que existe diversidad esencial entre las virtudes y los dones".

Mas ¿por qué la ascética y la mística se distinguen esencialmente? Responde el P. Seisdedos que por ser "los objetos formales de ambas esencialmente diversos".

Y ¿cuáles son esos objetos formales de ambas?, preguntamos nosotros. Eso es lo que él no nos dice y era preciso saber. Mas también nos dice el autor que "El místico, por serlo, no deja de estar sujeto también á las purificaciones y pruebas del asceta" (pág. 40).

Tampoco se atreve, como todos los escritores místicos anteriores, á señalar las fronteras entre la ascética y la mística.

Tenemos, pues, que quedarnos solamente con lo que dice Santo Tomás; mas no para señalar esas fronteras, sino para otra cosa. Al distinguir Santo Tomás las virtudes de los dones, distingue sólo la acción de Dios especial y la acción del hombre, ayudado por las gracias ordinarias. Y esta es la única distinción que se ve clara. ¿Quién puede dudar si no de que la vía purgativa, que pertenece á la mística, cae de lleno también en la ascética? ¿Acaso la práctica de las virtudes morales y la adquisición de los buenos hábitos no es una purgación verdadera de los afectos terrenos del alma? Y la misma contemplación activa, ¿no es, por otra parte, una virtud? Luego no aparecen tan claras "esas líneas paralelas que jamás se encuentran" y que representan para el autor la ascética y la mística.

(1) Librería Católica de Gregorio del Amo, Madrid, 1913. Tomo I: *La Contemplación ordinaria*.

Confieso, pues, que no veo clara más distinción en esta materia que la de virtudes y dones. Por tanto, práctica de virtudes morales por motivos sobrenaturales, oración ordinaria, contemplación activa (ó no mística) y contemplación pasiva (ó extraordinaria) no me parecen más que diversos tratados, eso sí, de una sola ciencia que tiene por objeto formal á Dios en cuanto asequible ó capaz de ser poseído, no sólo por la inteligencia, sino por el afecto y el amor. ¿No hallamos esta misma diversidad de tratados en todas las ciencias? La filosofía, por ejemplo, ¿no abraza la lógica, la ontología, la cosmología, la ética, etc.? ¿Para qué, pues, buscar distinciones esenciales donde sólo existe un solo objeto formal que es Dios, ó la unión del alma con El, aunque por distintos modos y en distintos grados, si bien el objeto formal *quo* que es los actos virtuosos en la ascética ó la acción de Dios por medio de los dones del Espíritu Santo en la mística son distintos?

Otro punto capital de la obra del P. Seisdedos es la demostración de la existencia de la contemplación no mística. Y la prueba con las palabras de los más nombrados autores, entre ellos Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Esta contemplación es adquirida por medio de la industria humana, *ayudada de la gracia*. ¿Quién duda que por estos medios se puede llegar á esta clase de contemplación? Pero téngase presente (á lo menos yo así lo creo) que sin esa gracia divina *especial*, aunque ordinaria, no es posible llegar á tal contemplación. Todos los hábitos é industria serán inútiles y así sucede que se encuentren tan pocas almas contemplativas, aun entre las que se dedican á la meditación. Ni creemos que esto sea opuesto á la santidad, pues el que practique en grado heroico las virtudes, aun careciendo de esta contemplación en esta vida, será santo. Por algo ha dicho San Pablo (I Cor., 3-6 y 7): “Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios es quien da el incremento.” Podemos suponer que “el que planta” es el que se dedica á la oración; “el que riega” es el que le dirige; Dios, con su gracia *especial*, el que hace germinar y madurar el fruto. Por esto, y lo repetiremos más adelante, no me suena bien la frase “hacer contemplativos”, á pesar de estar apoyada en la doctrina de San Juan de la Cruz. Mas el Santo lo que busca no es sólo esta industria, sino la buena dirección del alma, para que no halle óbice la gracia divina. No va esto, de ningún modo, contra la contemplación no mística del autor, pues ya hemos dicho que la admitimos sin reservas. Y por esto añadimos que nos parecen bien las refutaciones de Mr. Landreau, cuyas teorías en esta materia se hallan en evidente oposición con las de los grandes autores, incluso con las de San Francisco de Sales.

Y no decimos más de este primer tomo. Estamos, con gran interés, esperando el segundo de la *Contemplación mística en general* y el tercero *Clasificación de los grados místicos*, no dudando que serán tan interesantes y ordenados como el primero.

Los Caminos de la Oración mental (I) es uno de los tratados más claros,

(1) *Los Caminos de la Oración mental*, por D. Vital Lehodey, Abad cisterciense de la Trapa de Briguebec. Traducido del francés por una religiosa del Monasterio de San Bernardo de Málaga. Cuesta, editor, Valladolid. Monasterio cisterciense de San Isidro, por Venta de Baños, Palencia.

metódicos y completos que en estas materias conozco. Tiene tres partes: una sobre la oración en general, otra sobre la oración ordinaria y otra sobre la oración mística. La segunda, sobre todo, es la que tiene mayor sello de originalidad, sin introducir por esto innovaciones de ningún género, pues sigue siempre las huellas de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de San Francisco de Sales, de San Pedro de Alcántara... Los tres últimos capítulos de esta segunda parte llevan por título respectivamente: "Equivalentes de la meditación", "Oración afectiva" y "Oración de sencillez" y son hermosísimos. Esta última clase de oración se la conoce también con los nombres de *recogimiento activo*, *quietud activa*, *contemplación activa ó adquirida*... Su esencia se encierra en estas dos palabras: *mira y ama*. "Según nuestro sistema--dice--no se llama mística á la contemplación sino cuando la acción divina está de manifiesto. La contemplación adquirida es aquella á la cual podemos llegar con nuestra propia industria y las gracias ordinarias de la oración." Sin embargo, dividiendo esta contemplación activa en *transitoria* y *habitual*, dice de esta última: "Muy difícil sería sin ayuda--especial--de su Majestad perseverar en una oración que tan poco cautiva al espíritu." Admite, pues, que puede haber una gracia especial de Dios que "comienza á derramar *secretamente* en el alma su amor y su luz", pero que esta gracia especial no es todavía manifiesta. El alma es todavía dueña de sí, sabe cómo ha llegado á ese estado y entra en él generalmente por voluntad y esfuerzo propio, á diferencia todo esto de la contemplación mística ó pasiva. Respecto de la oración propiamente mística, el autor cree con Santa Teresa que *todos son llamados* á ella, aunque quizá no todos escogidos, pues con la misma Santa añade que si un alma no es introducida por Dios en esas moradas no por eso debe desanimarse ni creer que es que no se ha preparado bien, pues puede, sin salir de los caminos ordinarios, ser tal vez más santa que por los de la mística. Aquí es todo don de Dios y gracia suya; y en los fenómenos propiamente místicos el alma se siente de una manera pasiva. *Los Caminos de la Oración mental* es libro llamado á hacer mucho bien á las almas. Al frente trae una carta laudatoria de Su Santidad Pío X y de varios obispos y autores espirituales (1).

Aunque no hemos de detenernos ahora á hablar de la mística del seráfico Doctor San Juan de la Cruz, para lo que necesitaríamos capítulo aparte, debemos ardientemente felicitarnos por la nueva *edición crítica* (2) de sus obras que han emprendido los carmelitas de Toledo. De ella hablaremos á su tiempo cuando esté completa. Van publicados dos gruesos y magníficos volúmenes y creemos que no tardará en publicarse el tercero y último. Para esta edición había prometido Menéndez Pelayo un *epílogo* resumiendo la mística del gran Doctor carmelitano y dando su juicio sobre la presente *edición crítica*. En

(1) El Cardenal Arzobispo de Toledo concede 200 días de indulgencia á todos los fieles de su arzobispado por cada vez que leyeren devotamente cualquier capítulo de esta obra, rogando á Dios, etc. El Arzobispo de Burgos, 100 días... Y los Sres. Obispos de Santander, Palencia, Madrid-Alcalá y Málaga, 50 días cada uno, imponiendo además el último la obligación de rezar un Credo al Sagrado Corazón de Jesús y una Salve al de María.

(2) *Obras del Místico Doctor San Juan de la Cruz*. Edición crítica y la más correcta y completa de las publicadas hasta hoy con introducciones y notas del P. Gerardo de San Juan de la Cruz, carmelita descalzo, y un epílogo del Excmo. Sr. D. Juan Vázquez de Mella. Toledo, 1912.

sustitución de Menéndez y Pelayo parece que se ha comprometido á hacer lo mismo Vázquez de Mella. Las innovaciones de esta edición son muchas; y hasta ahora, según ellas, bien imperfectamente conocíamos al más sublime de nuestros místicos.

Vida espiritual.—Para el aprovechamiento en la vida espiritual no deja de ser muy oportuna la obra titulada *Le Missel Médité*, El Misa! meditado (1) ó Conferencias sobre los textos litúrgicos de la Misa. Esta obra está traducida del alemán al francés por D. Andrés Noblet, O. S. B., y hay publicado solamente el tomo primero, que abraza desde el primer domingo de Adviento hasta el domingo de la Octava de la Ascensión.

No diremos que estas meditaciones ó conferencias pertenezcan á la Teología mística, pero sí pueden colocarse entre las obras ascéticas, es decir, entre aquellas que fomentan las virtudes en el alma y la perfeccionan en los actos de la vida activa. Para esto las juzgamos muy á propósito, ya sea con respecto á los sacerdotes y seminaristas, ya también si se trata de personas seglares. Porque para muchos la Misa viene á ser sólo como un entretenimiento piadoso. El hallarse sus oraciones y textos en latín y la ignorancia del significado de las ceremonias contribuye necesariamente á ello. Todos estos obstáculos los vence el autor del *Misa! meditado* sobreabundantemente; pues, no sólo traduce el texto latino y explica la parte ceremonial, sino que sobre esto añade sabias y provechosas meditaciones. Las materias son excelentes: la oración, el amor al prójimo, la paciencia, el conocimiento propio, la dignidad del hombre racional, el temor de Dios, en una palabra, todas las virtudes teológicas, intelectuales y morales, mas los hechos de la vida, pasión y muerte de Nuestro Divino Salvador.

Constituye esta obra un verdadero arsenal para la vida ascética y aun para la contemplación activa. Tiene el inconveniente de ser demasiado voluminosa para el uso diario, pues consta de 664 páginas en folio menor, sólo el primer tomo.

Por este motivo, casi la hallamos más á propósito para los predicadores, que buscan materias nuevas para sus sermones, que no para las meditaciones diarias de las personas piadosas. De ambas maneras puede, no obstante, utilizarse.

Parecida á la obra anterior es la escrita por el jesuita alemán P. Mauricio Meschler, titulada *Pentecostés ó Los dones del Espíritu Santo* (2). No se encierra, como aquélla, en los límites de un programa preexistente, ni toma por guía alguna otra obra anterior. A pesar del título, tan concreto, considerado en sí mismo, la obra del P. Meschler trata de Dios, del hombre, de la Iglesia, de la cultura y hasta de la cuestión social. Es una obra de ascética, amplia, algo heterogénea y hasta con dejos artísticos.

(1) *Conferences sur les textes liturgiques de la Messe* par Le Chanoine François Xavier Reck. T. premier. H. Dessain, éditeur, Lieja, 1912.

(2) B. Herder, Friburgo de Brisgovia (Alemania). Traducida al español, por el P. Evaristo Gómez, S. J., 1912.

Aunque esta obra, según su autor, no quiere ser más que “meditaciones espirituales”, podemos decir que casi merece el título de *Conferencias teológicas*, no sólo por las materias que en ella se exponen, sino por el modo y estilo, que se aparta bastante del de los demás libros de devoción ó de meditaciones. De estas conferencias ó meditaciones unas lo son verdaderamente, otras casi llegan á convertirse en disertaciones eruditas. El tema de la obra obliga al autor á sentar tesis y sacar consecuencias muchas veces algo violentas. A pesar de sentar el principio de que las obras *ad extra* en Dios son de toda la Trinidad, busca siempre razones para atribuir las de una manera especial al Espíritu Santo.

Proponiéndose el mismo objeto ascético, aunque con mejor resultado, saca á luz el P. Federico Cervós, S. J., *El Evangelio meditado*, que contiene “Meditaciones para todas las dominicas y ferias del año y para las principales festividades” (1). Es una obra inédita, compuesta por SAN FRANCISCO DE BORJA, de la Compañía de Jesús. No se puede dudar que, como libro de meditaciones, compuestas además por un Santo, la obra llena su objeto. No se dan en ella las materias meditadas ó expuestas hasta en sus últimas consecuencias, como sucede con otras obras, sino que se van señalando y encareciendo los puntos que deben meditarse sobre cada Evangelio, dejando luego á la mente del asceta los discursos y aplicaciones particulares que Dios y su conciencia la inspiren. Esto es una grande ventaja para los ya acostumbrados á la oración mental, pues los muchos discursos y retóricas más bien perjudican la devoción que la fomentan. No carecen, sin embargo, estas meditaciones de piadosísimos afectos, sobre todo en los coloquios, que forman siempre la tercera parte de la meditación. En ellos se ve principalmente retratado el espíritu de fervor del glorioso hijo de San Ignacio, que despreciando las grandezas de la tierra buscó sólo las celestiales.

Esta obra, como todas las de este Santo, estaba ya impresa en latín, según el P. Cervós, mas “esta edición de las MEDITACIONES, ya por el mero hecho de ser una traducción, ya por lo voluminoso de su tamaño, ya, finalmente, por ser obra tan rara que no la hemos podido hallar en ninguna de las bibliotecas públicas de Madrid, es como si no existiese para el fin que movió á San Francisco de Borja á escribir este libro, que fué la santificación de las almas”.

Por fin, sobre el Evangelio meditado, ha aparecido últimamente otra obra en tres tomos titulada *Le Pain Evangélique*, por el Abate E. Duplessy. Es una explicación dialogada de los Evangelios de los domingos y fiestas de obligación, para uso de los Catecismos, del Clero y de los fieles (2).

Nada de reflexiones profundas, nada de erudición extemporánea, nada de frases retóricas. Todo esto destruiría el efecto que el autor se propone, que no es otro que la instrucción religiosa de los niños por medio de la forma amena del diálogo. Sus capítulos podían muy bien ser reproducidos en forma dramática en los colegios.

No deja de ser un medio ingenioso para introducir la enseñanza de la

(1) *Razón y Fe*, Madrid, 1912.

(2) P. Téqui, París, 1912.

Religión sin trabajo ninguno y haciendo agradable lo que por su naturaleza es eminentemente útil. En este sentido podemos unir nuestra alabanza á las que el autor haya escuchado por su ameno trabajo en su propio país, pues los niños son también acreedores á las mayores atenciones.

Podemos colocar también en esta sección las *Meditaciones sobre la Santísima Virgen para uso del clero y de los fieles*, por el R. P. A. Vermeersch, S. J., traducidas al español por el P. Antonio Viladevall, jesuíta (1). No es necesario encarecer la importancia de esta obra para la vida espiritual, pues el título sólo lo demuestra. Está dividida en dos tomos. El primero contiene una serie de meditaciones para todas las festividades de la Santísima Virgen, una Novena y un *Mes de Mayo*, también en forma de meditaciones. El segundo lo forman 53 meditaciones para todos los sábados del año. El preámbulo para cada meditación, que el autor llama "Génesis y significado de la fiesta", es un resumen histórico ó teológico, según los casos, nutrido de doctrina sobre el valor dogmático ó tradicional de estas festividades marianas, siendo por este motivo la obra útil para los mismos predicadores. Estos elogios y muchos más podíamos tributarle si no temiéramos alargarnos demasiado. Pero también queremos hacer al autor algunas indicaciones de otra índole, que juzgamos necesarias. En la pág. 20 del primer tomo dice el autor: "La unión de María y de José, aunque estéril, si se atiende sólo á la naturaleza, *produjo sobrenaturalmente al Verbo de Dios hecho carne, al Niño Dios*", etc. Una proposición igual ó parecida se halla en la obra *El Inmaculado San José*, prohibida por la Sagrada Congregación. Efectivamente, la unión de María y de José no produjo al Verbo de Dios hecho carne ni natural ni sobrenaturalmente.

Don Manuel Mestres y Giralt, Presbítero, Licenciado en Sagrada Teología, ha traducido á nuestra lengua la obra francesa *El Paraíso en la tierra ó El Misterio Eucarístico*, por el Presbítero Ch. Rolland, Canónigo de Langres (2). Es una obra muy completa con relación á la materia que en ella se estudia y llena de erudición y unción religiosa. De manera que en ella, no sólo encontrarán los oradores temas abundantes sobre la Eucaristía, sino también los cristianos lectura espiritual y santas meditaciones sobre el augusto Sacramento del altar. En el primero de los cuatro tomos de que consta, se considera la Eucaristía desde el punto de vista dogmático; en el segundo, desde el punto de vista litúrgico, hablándose en él casi exclusivamente del Santo Sacrificio de la Misa. En el tercero se considera la Eucaristía en el orden ascético, versando todo el tomo sobre la sagrada comunión. Por fin, en el cuarto tomo se ocupa el autor de las virtudes que se aprenden de Jesús-Hostia, nuestro divino modelo. Después de los elogios entusiastas que muchos preladados, obispos y arzobispos han prodigado á esta obra, á nosotros no nos queda que hacer más que unirnos á este agradable concierto de alabanzas. Creemos que será una omisión de caja no poner, al hablar de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía (pág. 109 del primer tomo), el alma de Jesucristo juntamente con su cuerpo, sangre y di-

(1) Gustavo Gili, Editor, Barcelona, 1912.

(2) Eugenio Subirana, editor y librero pontificio, Barcelona, 1912; 4 tomos

vinidad, siendo así que más adelante se pone un capítulo en que se afirma esta presencia del alma.

Creemos, además, que no debieran ponerse como cosa resuelta estas palabras (pág. 126, tomo I): "la sangre que, al comulgarse á sí propio, bebió el mismo Jesús la noche del Jueves Santo." Esto no consta de los Evangelios, más bien del Evangelio de San Lucas (cap. XXII, v. 17 y sigs.) se deja notar que Jesús no tomó del cáliz consagrado. Scio así opina también. De grande utilidad es, sin embargo, para las almas espirituales la obra *El Paraíso en la tierra ó El Misterio Eucarístico*.

A propósito para fomentar la vida espiritual son también los libritos siguientes: *El Secreto de la Felicidad*, del P. Ramón Ruiz Amado, S. J. (1); *El Cielo*, del mismo autor (2), y *Diálogos Catequísticos* (3.^a serie) *sobre los Sacramentos* (3), por el Doctor D. Federico Santamaría Peña.

El Secreto de la Felicidad es una serie de artículos dirigidos principalmente á las jóvenes para que no se dejen engañar por la falsa felicidad con que las brinda el mundo, su propia belleza, los placeres, las modas y el lujo. Si muchas jóvenes se previnieran con los consejos que en este pequeño libro se dan, de seguro que no sufrirían tantos desengaños, llevarían una vida más arreglada y encontrarían más fácilmente el secreto de la felicidad.

El Cielo es también á propósito para llevar las almas por el camino que á él conduce. De lectura amena y fácil y acomodada á espíritus vanamente entretenidos con las pequeñeces de la tierra, esta obrita les habla de los distintos cielos que existen, como el atmosférico, el astronómico, el filosófico y teológico, hasta llevarles al verdadero cielo de las almas, en el cual éstas disfrutan del gran poema infinito, ó sea de la visión de Dios. En él el alma ve todas las cosas criadas á la inversa de cuando estaba en este mundo, que por las criaturas se elevaba al conocimiento del Criador. Es una obrita original y acertada.

Diálogos Catequísticos, del Dr. Santamaría, es un folletito de 95 páginas, que contiene 20 diálogos para niños, escritos con galanura é interés, amén del fondo instructivo y religioso que en sí encierran. Es un medio precioso para atraer al Catecismo, no sólo á los niños, sino á las personas mayores poco instruidas en religión. Obra de verdadera utilidad para las almas realiza el Dr. Santamaría escribiendo y propagando estos diálogos.

Bien conocidos son los grandísimos provechos que para la vida espiritual ha producido y produce el libro de los ejercicios de San Ignacio. El P. J. Gutiérrez nos ofrece una nueva y más completa edición de su *Manual* (4), en el que esos Ejercicios se completan y desarrollan "según los más celebrados comentadores de los mismos Ejercicios". En esta edición, y atendiendo á la mayor comodidad de las personas que sólo poseen bien la lengua castellana, se

(1) Librería religiosa, Barcelona, 1913.

(2) Idem, id., 1912.

(3) En las principales librerías y en casa del autor, Plaza de las Peñuelas, 20, Madrid.

(4) *Manual de los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola* .. por el P. Jaime Gutiérrez, S. J. Nueva edición corregida y ampliada por el autor. Dos tomos. Zaragoza, P. Carra, 1912.

han pasado al pie de las respectivas páginas los textos de la Sagrada Escritura, de los Padres, etc.”; y además, “los puntos más importantes del Comentario van confirmados con ejemplos de sujetos aventajadísimos en el camino de la perfección—pertenecientes siempre á la Compañía, naturalmente—, los cuales, no en otra fragua sino en la de los Ejercicios de San Ignacio, templaron y esforzaron sus corazones”. Por su extensión y hasta por su complicación, más bien que un manual para ejercitantes es el libro del P. Gutiérrez todo un curso de formación y preparación para los sacerdotes que hayan de dar ó dirigir los Ejercicios.

De la 15.^a edición francesa ha traducido el Sr. Rubió y Ors *La Imitación de Cristo meditada*, del Abate Herbet (1), que ya lleva en español cinco ediciones. Es todo un ciclo de meditaciones hermosísimas sacadas de los capítulos del Kempis que van siempre al frente de cada una. No se sigue en el orden de estas meditaciones un plan lógico, como no lo sigue tampoco el texto; pero en ellas se conserva siempre ese aroma sentimental, afectivo, de emoción íntima, que todos y á cualquier hora encontramos en los capítulos del Kempis. Las meditaciones son tantas como los capítulos del texto, aunque muchas de ellas, divididas en *reflexiones* y en *puntos*, bien pueden servir para dos ó tres. Y en toda la serie no queda ningún tema importante de meditación que deje de tratarse. Los comentarios, pues, son dignos del texto, que no es pequeña alabanza.

Otros tres preciosos libritos de meditaciones tengo también ante la vista, dirigidos, al parecer, principalmente á las jóvenes. Titúlense *Salvación, Piedad y Humildad* (2) respectivamente. Consta cada uno de treinta meditaciones cortitas, pero grandemente sugestivas y delicadas. Cada uno desarrolla una serie de temas para cada día del mes en relación con el título general del libro. Cada librito lleva además al comenzar unos breves Ejercicios para la mañana, para la Misa, Comunión, etc.; y están elegantemente editados y encuadernados y con algunas láminas intercaladas en el texto.

Como medio de formación espiritual son también muy recomendables cuatro libritos del P. E. Membrado explicando los Oficios del rezo del Santísimo Sacramento, del Sagrado Corazón de Jesús, de la Santísima Virgen y de la Inmaculada Concepción (3). Todos ellos tienen una introducción (la misma en todos) sobre el Oficio divino y las divinas alabanzas. Después sigue la exposición de esos cuatro Oficios hermosísimos, como si de riquísimos panales se fuese extrayendo dulce miel, alimento de vida para las almas. Las personas, sobre todo, que por obligación ó por costumbre tengan que rezar cualquier

(1) *De la Imitación de Cristo meditada*, por el abate Herbet, trad. de la 15.^a ed. francesa por D. Joaquín Rubió y Ors. 5.^a ed. Dos tomos. E. Subirana, Barcelona, 1912.

(2) *La Salvación*, ejercicio espiritual en treinta meditaciones, por el abate P. Feige, Misionero diocesano en París, Director de la Obra de María Inmaculada. Casa editorial hispano-americana (Sección religiosa, publicada bajo la dirección de Mons. V. M. Aceves...). París, Buenos Aires. *La Humildad*, ejercicio, etc. (todo como el anterior).—*La Piedad*, ídem.

(3) *Explicación del divino Oficio del Santísimo Sacramento del Altar*, por el P. Enrique Membrado, S. J. 10 X 17, 324 págs., con dos tricromías y cinco fotograbados. Luis Gili, Barcelona. *Explicación del Oficio divino del Sagrado Corazón de Jesús*, etc. (como el anterior).—*Explicación del Oficio divino de la Inmaculada Concepción*...—*Explicación del Oficio parvo de la Santísima Virgen María*...

ra de estos Oficios, se verán grandemente ayudadas con la lectura de estos libritos y sentirán derramarse mucho más abundantemente por su alma el agua pura que brota de esos divinos manantiales.

Es también parecido á los anteriores, aunque de diferente corte exterior, la *explicación de las letanías del Corazón de Jesús*, del P. Sauvé (1). A veces quizá peque de demasiado teórico; todo se va á buscar á la divinidad, lo cual, aunque es legítimo, no siempre es lo específico y característico de la devoción al Sagrado Corazón. También á veces son los temas tan semejantes que por muchos esfuerzos que se hagan resultan repeticiones: tenía que suceder así desde el momento en que uno se propone ir comentando una letanía. Por lo demás, esas preciosas letanías quedan devota y hermosamente desentrañadas.

También hay comentarios á las letanías del Sagrado Corazón en el libro que nos ofrece el P. Viladevall (2), aunque más breves, como contenidos en un plan mucho más vasto. El primer tomo de esta obra se consagra á la *práctica* de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el segundo á la teoría. Es un manual completísimo, que contiene diversas series de meditaciones, actos de consagración, *Oficio*, Misa, letanías, visitas, cofradías del Sagrado Corazón, etc., hecho todo ello con sencillez, pero con buen criterio teológico. El autor defiende, con razón, que el motivo por el cual se da culto especial al Sagrado Corazón es el considerarle como símbolo *real* del amor *creado* (y del *increado indirectamente*) de Jesús á los hombres.

Como libro de lectura amena y piadosa, especialmente para las jóvenes, debemos recomendar aquí los *cuadros edificantes* (3), coleccionados por un Padre de la Compañía. Están tomados de vidas de Santos, de autores piadosos, de revistas religiosas como *La Lectura dominical*, *La Revista popular*, etcétera... Por lo general son muy cortitos: un par de minutos de lectura. Y como hay en ellos tanta variedad, resulta un libro ameno y edificante.

Parecido al anterior, aunque tirando más á devocionario, es el titulado *Hojitas de Oro* (4), colección de versos piadosos, jaculatorias, refranes y algunas devociones al Sagrado Corazón de Jesús, á la Virgen y á Santos de la Compañía.

Examen de conciencia (5) es un librito que el Sr. Trapiello dedica á una religiosa hermana suya. Es mucho más de lo que el título indica; es un hermoso tratadito de los actos de las virtudes con los dones y bienaventuranzas

(1) *Letanías del Corazón de Jesús*, por Carlos Sauvé, S. S., trad. de la 2.^a ed. por el padre Francisco Salvador, C. M. F. Gustavo Gili, Barcelona, 1913.

(2) *Práctica y doctrina de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, para uso del Clero y de los fieles, por el P. A. Vermeersch, S. J., trad. de la 4.^a ed. francesa, por el P. Antonio Vila devall, S. J. E. Subirana, Barcelona, 1912.

(3) *Cuadros edificantes para las Hijas de María*, coleccionados por un padre de la Compañía de Jesús. Gustavo Gili, Barcelona, 1913.

(4) *Hojitas de oro dedicadas á las Hijas de María*, por un padre de la Compañía de Jesús, 2.^a ed. corregida y aumentada. Gustavo Gili, Barcelona, 1913.

(5) *Examen de conciencia*, dedicado á Sor María Luisa de San José, religiosa dominica, por su hermano D. F. Trapiello de Sierra, Arcediano de la Catedral de Palencia, de la tercera Orden de Santo Domingo. Vergara, 1913.

correspondientes, según el orden y la doctrina de Santo Tomás. Muy útil para personas piadosas.

Especial para sacerdotes.—El Canónigo J. Vaudón está publicando una colección de discursos escogidos bajo el título *La Paroisse* (1) (La Parroquia), útiles á los sacerdotes, por lo menos á los sacerdotes de Francia. ¿En qué se distingue esta colección de otras muchas, más ó menos parecidas á ella? Primeramente en que todos los discursos de ésta convergen á la Parroquia, después de la instalación del párroco en ella ó sea desde que toma posesión hasta el adiós final. Sobre todo trata de lo que debe saber un sacerdote, tanto con relación al corazón como con relación al espíritu: la Iglesia, el altar, la santa Misa, las pilas bautismales, el púlpito, el confesionario, los órganos, las campanas, el cementerio, el presbiterio, los vicarios ó coadjutores, etc., etc.

Creemos, sin vacilar, que aun á los sacerdotes españoles les vendría muy bien semejante obra, aunque, es verdad, que no está traducida á nuestra lengua. Porque ella recuerda al párroco, no sólo las obligaciones que tiene que cumplir y que son tan necesarias, sino el modo más adecuado de cumplirlas. Habrá muchos entre ellos seguramente á quienes no falta la ciencia suficiente para el desempeño de su sagrado ministerio; pero por inexperiencia, por distracción, por desconocimiento de los casos particulares no llenan debidamente las funciones de este ministerio. De aquí el poco aprecio que los feligreses hacen de su párroco, que debiera ser para ellos el pastor que los librara de los lobos espirituales; el médico que curara sus enfermedades; el juez que dirimiera sus contiendas; el padre que les suministrara el alimento espiritual, y, en una palabra, el enviado de Dios que les abriera las puertas del Cielo. No aman los feligreses, en muchas ocasiones, á sus párrocos porque los ven descuidados en el desempeño de sus sagradas obligaciones, atendiendo más á procurarse comodidades y vivir descansados que á interesarse por la salud eterna de las almas que les han sido confiadas. Pues bien: esta obra es un despertador constante de la flojedad y tibieza de esos párrocos, que les advierte su obligación, que les enseña el modo más adecuado de practicarla, que les insinúa el cuidado especial que deben tener de cada cosa, que les recuerda ciertas nimiedades en la apariencia, que son, no obstante, de grande transcendencia, que, en fin, les ayuda, como un guía, como un ángel de paz en el cumplimiento de todos sus deberes.

Esta obra descende á detalles que pocas veces hemos visto tratados por otros autores. Pongamos un ejemplo: “Una iglesia de religiosos en una parroquia.” Con este tema se forma un discurso de indiscutible transcendencia, que trasladaríamos á estas páginas si posible fuera. Tomemos, sin embargo, algunas palabras: “Esta iglesia (de religiosos) será levantada para gloria de Dios, pues también en ella hará brillar el Señor los atributos de su poder y de su misericordia. Vosotros (á los feligreses) sentiréis la virtud de este po-

(1) Bloud et Cie., éditeurs, Paris.

der divino en el Sacramento de la Penitencia. Sin duda los sacerdotes de otra iglesia, nosotros, os podemos reconciliar también con el cielo, mas ¿será esto multiplicar demasiado los instrumentos de vuestra salvación? De ninguna manera; según la expresión de San Próspero, la mano del Señor, que está levantada para castigar la iniquidad de los hombres, es detenida por ellos: *Sacerdotes columna quæ mutantis orbis statum orationibus sustinent*; mas ¿son muchas las manos para curar las llagas de las conciencias manchadas, de los corazones enfermos, de las almas llenas de heridas? ¡Cuántos objetos de seducción escondidos por todas partes para hacernos caer y perdernos! ¡Qué de cegueras obstinadas, qué de errores abriéndose camino! ¿Será, pues, un mal proporcionar remedio á las innumerables enfermedades humanas? ¡Qué! ¿Se pone un gran número de defensores de nuestros intereses temporales, gusta ver en un campo los centinelas vigilantes, siempre prontos á descubrir al enemigo y combatirle, y nosotros no nos juzgamos dichosos de estar asociados á otros cooperadores decididos, instruídos y llenos de caridad, que inspiran tanto respeto como admiración y que trabajan con tanto celo por la salud de las almas?"

Verdaderamente, con esta unión y este trabajo común del clero regular y secular mucho se puede conseguir en beneficio de las almas y para la gloria de Dios; mas no siempre es un hecho, sin que ahora nos metamos á señalar las causas. La obra titulada *La Paroisse* es, pues, una obra de grande importancia para el clero secular, desde cualquier punto que se la considere, y si llegara á vulgarizarse, traducida á nuestra lengua, se notaría muy pronto el resultado favorable de sus discursos y enseñanzas.

Como complemento de la obra anterior pueden leerse el tratado *De Sacerdotio*, de San Juan Crisóstomo, reimpresso nuevamente según la edición de los PP. de la Congregación de San Benito (1), y el *Memoriale Vitæ Sacerdotalis*, por Claudio Arvisenet, Canónigo (2). El primero de estos tratados es muy conocido y no hay por qué detenerse á reseñarlo. No se ocupa sólo de los sacerdotes, sino también de los obispos, sentando ya la doctrina, desarrollada luego por Santo Tomás, de que mayor perfección y santidad se requiere en el obispo que en el monje ó religioso.

Memoriale Vitæ Sacerdotalis con el *Vademecum* de los sacerdotes, que tiene añadido, es un manual para eclesiásticos, muy devoto, muy completo y muy bien hecho. El estar en latín le da también un sabor evangélico que infunde insensiblemente en el espíritu cierta especial devoción que no se encuentra en otros libros de esta índole. Mucho de lo que en él se dice no es más que recuerdo de lo que se nos enseña en la Santa Escritura, acomodado al asunto ó parafraseado. Mas hay una oportunidad en la aplicación de los textos, que viene á ser el conjunto, como una cadena de oro de lo más selecto de la Revelación. Desde las primeras páginas empieza ya el lector á sentir el influjo saludable de tan santa y consoladora doctrina. Por lo que se refiere á lo abundante de la materia diremos que, no sólo incluye todo lo que se refiere á la vocación eclesiástica y á la santidad y perfección del

(1) *Typographia Pontificia. Eg. Petri Marietti, Editoris, Taurini, 1912.*

(2) De la misma Editorial.

sacerdote, sino el modo de conseguir estas dos cosas por medios relacionados con la oración, con la presencia de Dios, con el estudio y la lección, principalmente con la lección de la Santa Escritura, examen por la noche, visita al Santísimo Sacramento y del Oficio Divino, bien rezado.

Trata además de la vida pública del sacerdote, como es el cuidado de la iglesia y de los altares, del celo por las almas, de la vigilancia pastoral, del Catecismo á los niños, á los pobres y á los ignorantes y de tantas otras cosas que no es posible reducir á pocas líneas. Y después de todo esto, el librito es de pequeño volumen, puede llevarse en el bolsillo. Faltaríamos si no lo recomendáramos encarecidamente á todo el clero que tiene algún interés en el desempeño esmerado de su cargo.

Aquí, en España, también poseemos la obra del Arcipreste de Huelva *Lo que puede un cura hoy*, de la cual ya ha hecho á su tiempo LA CIENCIA TOMISTA el juicio bibliográfico. Se refiere principalmente á la Acción social, y en este sentido, casi nos atrevemos á asegurar que en España no se ha escrito otra mejor.

El P. Juan Coll, S. J., acaba de traducir de la 3.^a edición francesa *La vocación de los jóvenes al estado sacerdotal y religioso*, del P. J. Delbrel, de la misma Compañía (1). Es una obra dedicada más bien á los sacerdotes y religiosos que enseñan en colegios que no á los jóvenes y alumnos. El P. Coll pretende que se procure infundir la vocación religiosa á estos jóvenes y principalmente á los jóvenes de familias aristocráticas y distinguidas, pues de aquí resultaría un gran bien para las Ordenes religiosas, para el clero y para la Iglesia en general. Las razones que alega no dejan de hacer fuerza á todo espíritu bien dispuesto. Y para que no se crea que esto es un abuso respecto de la juventud, distingue tres acepciones en que se toma la palabra *vocación*: Primera; la vocación es, ante todo, un *decreto* de Dios, un acto de la voluntad divina. No es esta la vocación de que va él á hablar. Significa, además, la palabra *vocación*, el conjunto de *diversas cualidades* que hacen al que las posee apto para una profesión ó estado. Tampoco habla de la vocación entendida en este sentido. "La vocación, finalmente (pág. 5), es *cierto atractivo, cierto gusto* y una como *propensión interior que inclina nuestro afecto hacia tal ó cual estado*." Esto es lo que nosotros debemos procurar contando con la gracia divina.

Habla luego el autor de los medios de conseguir este fin, para lo cual es preciso empezar con los niños. El folleto, que consta de 148 páginas, llena su objeto y está escrito con lenguaje natural y persuasivo. Dios quiera bendecirlo y que cuanto antes dé el fruto apetecido para bien de la Iglesia y la sociedad en general.

Con el título *La Savia de la Civilización* publica el Dr. D. Federico Santamaría Peña (2) una serie de siete panegíricos, tres sermones de Semana Santa y seis de otras materias. El lenguaje nos parece ameno y sencillo, no destituido de unción apostólica. Estos sermones "merecen—dice el Cardenal Aguirre—ser difundidos, sobre todo por la forma práctica y popular de que

(1) Librería é imprenta religiosa, Barcelona, 1912.

(2) R. Velasco, Madrid, 1912.

usted (el autor) ha acertado á revestirlos, y que yo estimo sumamente apropiada para hacer llegar á todas las inteligencias, verdades que, expuestas en forma científica, serían por necesidad patrimonio de unos pocos."

También la obra *Enseñanzas prácticas del Evangelio*, sacadas de las obras de San Agustín por el P. Antonino María Tonna-Barthet, es á propósito, principal, pero no exclusivamente, para los sacerdotes que se dedican á la predicación, sobre todo á la predicación parroquial (1). La obra del P. Antonino María es una obra de ascética, utilísima en verdad para toda clase de personas. La forma en que está escrita se parece á la del Kempis, pues se desenvuelve tranquilamente con estilo sentencioso y fácil. Empieza cada capítulo por alguno de los trozos del Evangelio más principales, y luego sigue una exposición en la forma dicha, que el autor llama *enseñanza*. La variedad de temas es por este motivo inmensa y podemos decir que no queda virtud teologal ni moral ni cosa que con ellas se relacione que no esté tratada en los temas de esta obra, por varios motivos útil y recomendable. De la vida mística nada trata absolutamente, pues aun aquellos puntos que se relacionan con la oración ó los dones del Espíritu Santo los desarrolla en un sentido práctico y moral.

Bien se echa de ver en las *enseñanzas* de esta obra el espíritu levantado del gran Doctor de la Iglesia San Agustín, y, aunque parece que el autor, según indica en el prólogo, se dirige únicamente á la juventud, la doctrina que expone es de un valor grande y de gran utilidad aun para personas aprovechadas.

Apostolado. El alma de todo apostolado (2) es un precioso opúsculo—apenas llega á libro (sólo 142 páginas), porque todo en él está reducido á quinta-esencia—, en el cual todo el que se siente con vocación de apóstol en cualquier género de actividad santa—sacerdotes, religiosos y religiosas de vida activa, propagandistas sociales, periodistas, etc.—debiera imponerse por obligación leer algo cada día. *Canales multos hodie habemus in Ecclesia, conchas vero per paucas* (San Bernardo); y canales que ni siquiera se aplican al manantial. El alma de todo apostolado es la vida interior. "El ruido exterior hace poco bien; el bien hace poco ruido." "¿Qué es el hombre de acción sin vida interior?—Un tibio; si no lo es ya, lo será muy pronto", y la tibieza es el apagamiento de la vida, el principio de la muerte... La vida interior ¿es ociosa... egoísta... infecunda...? ¿Cuán desconocida es la vida interior...! Sin vida interior los hombres de acción desfallecen, se desesperan ó se extravían. Con ella centuplican su actividad, jamás decae su ánimo, gozan consuelos inefables, saben el fin adonde van, y á él llegan. *Video, sitio, volo, volo Tecum...* con Dios, principio, medio y fin de toda actividad, de toda vida.

Psicología de los Santos.—Con este mismo título ha publicado D. Modesto H. Villaescusa, traducida del francés al español, la obrita de Enrique

(1) Eugenio Subirana, Edit. Pont.; 2 tomos, Barcelona, 1912.

(2) D. J. B. Chautard, abbé de Sept-Fons, O. C. R.—*L'Ame de tout Apostolat*. Ouvrage recommandé aux personnes vouées à l'Apostolat par les Em. Card. Vives, Luçon, Mercier, Fischer. P. Téqui, Paris, 1913.

Joly (1). Cuando la cogimos en las manos nos pareció pequeño el volumen para tan hermoso y fecundo título. ¡Se podría, sin embargo, decir tanto bueno en tan pocas páginas! Pero á medida que avanzábamos en la lectura nuestra primera ilusión descendía por grados, y esto á pesar de la multitud de ediciones del original.

El estilo dogmático y absolutista, tratándose de una ciencia, hace siempre caer en grandes inexactitudes. Mucho más tiene que suceder esto tratándose de la psicología de los Santos. Así le pasa al autor. Hay en su obra muchas páginas de evidente inexactitud, otras de interpretación dudosa y otras que nada dicen. La vida interior de los Santos no es “una provocación al escepticismo, respecto del cual el santo es necesariamente un individuo que desprecia la naturaleza y la sociedad”. El santo no desprecia la naturaleza ni la sociedad, sino aprecia cada cosa en su justo valor, en su único y verdadero valor. Tampoco “el creyente del Antiguo Testamento comenzó á creerse por entero en las manos de un Dios, *que guarda para sí la santidad*, que sólo reclama puntual obediencia y *promete, en cambio, la felicidad terrenal*”. El creyente del Antiguo Testamento, como el del Nuevo, sabe que debe procurarse con la ayuda divina la santidad, por lo menos la esencial, y que Dios, en cambio, le promete la felicidad eterna después de la muerte.

Decir también E. Joly, citando á Mons. Bougaud, “que casi ninguna Orden religiosa se ha desarrollado ni invadido el mundo sino después de haber tocado el suelo francés” será muy patriótico, pero no siempre exacto ni lisonjero.

La primera que cita es la de San Benito, que no puso los pies en Francia y, no obstante, dejó miles de monjes. Otros fundadores acudieron, sí, á Francia, mas no porque necesitaran protección, sino porque la vieron más necesitada que otras naciones. El fundador de la Orden de Predicadores pasó en Francia casi toda su vida, mas fué para combatir á los herejes albigenses. Si esto es una gloria para dicha nación entonces callaremos.

Refiriéndose á San Vicente de Paúl pone entre comillas estas palabras, que dice son de su discípulo y amigo Abelly: “Era de natural bilioso y *muy dominado por la ira*.” Yo digo que ni San Vicente de Paúl ni otro santo, en el hecho de serlo, puede estar *muy dominado por la ira*. En una nota trata Joly de justificar esas palabras: “El (San Vicente) dice más aún, pues pretende que sin la gracia de Dios hubiera sido de un humor seco y desagradable, rudo y áspero.” Esto no es decir más, sino infinitamente menos; y si se quiere, es negar lo de “*estar muy dominado por la ira*”. Porque si “sin la gracia de Dios hubiera sido de un humor seco y desagradable, rudo y áspero”, con ella no lo fué. Tampoco es lo mismo tener un “humor seco y desagradable, rudo y áspero”, que estar *muy dominado por la ira*. Lo primero es bastante menos.

Pág. 65: “Existe entre ellos (entre los Santos) la misma diferencia que entre los ángeles, los cuales no son iguales.” No hay tal; los ángeles son de distinta especie, porque cada uno agota su especie, como enseña Santo To-

(1) *Psicología de los Santos*. Traducción de la 12.^a ed. francesa. Hereceros de Juan Gili, Barcelona.

más; los hombres son todos de la misma especie y sólo se distinguen por las últimas diferencias.

De Santa Catalina de Sena dice Joly la siguiente enormidad: "Ahora nos hacemos cargo de que Santa Catalina, á despecho de sus austeridades y éxtasis..., fuese tan aficionada á las flores, al agua, al campo y á las hermosas escenas de luz que ofrece el cielo toscano; *que se complaciese tanto en enviar ramilletes, hechos por su propia mano, á sus amigos*; que cubriera de besos á los pequeñuelos; que, llamada á convertir á un condenado á muerte, *de veinte años*, quisiera antes de asistir á su ejecución consolarle por mucho tiempo en la cárcel, *ofreciendo durante toda una noche su pecho al desgraciado, permitiéndole reposar en él su cabeza*."

Sobre haber aquí muchos errores históricos, que no hay para qué rectificar, son estas palabras tan irreverentes que no sabemos cómo han sido escritas ni cómo han sido traducidas y editadas por quien lo han sido.

No sabremos decir si de psicología ó de mística ó de acción social ó de todo esto en globo trata también la obra del Marqués de Ségur titulada *La Bonté et les Affections naturelles chez les Saints* (1). En cuanto al contenido de este librito, es sólo biografías de los Santos que más se han distinguido en la vida activa, ya en las misiones, ya en la asistencia de los enfermos, ya en el gobierno de la Iglesia. San Francisco Javier, San Carlos Borromeo, San Felipe Neri, San Pío V y otros once santos forman este volumen. En cuanto al espíritu que informa dicha obra parece excelente, sobre todo en estos tiempos de positivismo en que las virtudes interiores y la vida contemplativa no son estimadas del mundo. Por eso el autor se esfuerza en hacer resaltar principalmente el amor de estos Santos para con sus prójimos más que el amor de Dios, por quien todo lo hacían y del que todo procede. Por último, la forma del lenguaje es sencilla y agradable, sin ciertas pretensiones de mal gusto que afean otras obras.

Y entramos con grandes deseos á hablar de la última obra de esta sección, que sin duda debía ser la primera por su mérito. Nos referimos á *Fisonomía de un Doctor*, ensayo crítico sobre San Juan de la Cruz, sus obras y su influencia decisiva en la mística de todos los países después de él (2). La obra comprende mucho más de lo que su título indica. No sólo se estudia en ella la fisonomía personal de San Juan de la Cruz, sino cómo su doctrina místico-teológica ha sido la fuente en donde han bebido todos los autores místicos que le sucedieron, como San Francisco de Sales, San Ligorio, Bosuet y Fenelón y tantos otros pertenecientes los más á las Ordenes religiosas. Fenelón, que no seguía ó no entendía las doctrinas de este santo, reconocía, sin embargo, que la autoridad de San Juan de la Cruz en esta materia era decisiva. Pero donde más se echa de ver la universalidad y transcendencia de su doctrina es en el segundo tomo del apologista. Aquí demuestra cómo en las obras sanjuanistas se hallan refutados magistralmente todos los errores de los gnósticos, de los alumbrados é iluminados,

(1) P. Téqui, París, 1912.

(2) *Fisonomía de un Doctor*, por el P. Wenceslao del Santísimo Sacramento, Carmelita descalzo. Tomo I: *El Doctor*. Tomo II: *Valoraciones*. Establecimiento tipográfico de Calatrava, Salamanca, 1913.

de los protestantes y racionalistas y, por último, de los americanistas y modernistas condenados por León XIII y Pío X en su notable Encíclica *Pascendi*. Aquí desenvuelve el P. Wenceslao sus dotes apologeticas con un desembarazo y un conocimiento de las cuestiones tan completo que deja al lector enteramente satisfecho. No creo que hasta ahora ningún autor haya desentrañado las doctrinas del Doctor místico con tanta fortuna. De esto se queja él al empezar su obra y por eso emprende con tantos bríos el estudio de la ascesis sanjuanista.

Todo esto por lo que se refiere al objeto material. El objeto formal es otro, como nos lo indica el mismo autor por estas palabras: "Los móviles que me han impulsado (á escribir) son de otro carácter. El primero es demostrar que en San Juan de la Cruz concurren todas las condiciones exigidas por la Iglesia católica para ser coronado con la aureola de Doctor. El segundo, discutir el valor científico de su mística relativamente á los problemas suscitados por la heterodoxia contemporánea, tomando más amplios vuelos, pero siempre dentro de la esfera del Doctorado sanjuanista." Creemos que lo consigue en el campo de la razón especulativa y nos alegraríamos infinito de que en la práctica viera su esfuerzo coronado con el éxito. Por otra parte, se ve también en esta obra que el Santo Carmelita llena las condiciones de que habla Benedicto XIV: "Para ser declarado doctor de la Iglesia tres cosas son necesarias: doctrina eminente, santidad insigne y declaración del Sumo Pontífice ó de un Concilio general legítimamente congregado." Sobre la segunda condición ya ha dado su fallo la Iglesia. La primera se expone con abundante materia en esta obra; sólo resta la tercera, por cuya realización hacemos fervientes votos.

No nos llevará á mal el P. Wenceslao que le manifestemos en su obra algunos pequeños lunares, que son casi inevitables en todo producto de la humana inteligencia. El primero es que afea con términos y frases algo gerundianas su estilo, por otra parte ameno y fluido. Es este un defecto muy corriente hoy aun entre los escritores más atildados, entiendo que por buscar con desordenado afán la novedad.

El segundo es dejarse llevar demasiado de la pasión de familia, es decir, que alaba demasiado sus agujas. Lo menos por tres veces se queja de que muchos autores se hayan valido de San Juan sin citarlo. Pero ¿es que cree nuestro buen Padre que todo lo que dijo San Juan de la Cruz ni se había dicho antes en parte alguna ni tampoco se pudo ocurrir á nadie después? San Juan de la Cruz tiene cosas muy propias suyas, y ya se encarga nuestro crítico carmelitano de hacerlas resaltar; pero ¿nada de cuanto dijo se había escrito antes?

Y por lo que se refiere á los que después adoptan sus doctrinas sin citarle, tampoco es la cosa para intranquilizarse tanto: el mar no se agota por más agua que de él se saque. El temer que se agote por tan pequeña sangría es considerarle al mar y al Santo muy pequeños.

Tampoco debía el autor de *Fisonomía de un Doctor* dar por sentado lo que precisamente intenta demostrar en su obra, pues esto parece prevenir el juicio de la Iglesia, que es lo que él va buscando. Dispénsenos el P. Wenceslao estas minúsculas censuras, que tal vez juzgue demasiado fútiles, pues

esto no disminuye un solo átomo nuestro favorabilísimo juicio sobre su obra.

Hagiografía.—La vida de los Santos es, sin duda alguna, un poderoso auxiliar de la ascética y de la mística. En ella encuentran las almas de oración los elementos con que deben edificar el castillo de su alma con la seguridad de una firmeza indestructible. La historia nos enseña que leyendo la vida de San Antonio se convirtió San Agustín. Otros muchos se convirtieron y llegaron á ser santos leyendo las actas de los mártires. San Ignacio de Loyola, á quien no convirtió una milagrosa aparición, le hizo empezar á caminar por la senda de la perfección la lectura de las vidas de los Santos. La misma Santa Teresa dice que ya el primer año de religiosa “había leído buenos libros” (1) y que no quiso más usar de otros porque ya entendía el daño que la habían hecho. Y aunque no expresa que fuesen vidas de Santos, es de suponer que algunas lo serían, pues en aquel tiempo no abundaban, como hoy, los libros de piedad y oración.

Hoy se escribe esta clase de literatura con otra crítica y otro sentido muy distinto de como se escribía en siglos anteriores en que todo suceso algo extraño se atribuía á milagro y á una virtud sobrenatural. En esto consiste principalmente la dificultad de la buena hagiografía, aunque todavía aparecen historias bastante destituidas de pruebas y de autoridad. Como criterio seguro puede tenerse que las que la Iglesia ha admitido como auténticas están fuera de duda, por la severidad con que procede en estos juicios. Citemos un ejemplo: En la beatificación de San Vicente de Paúl, de sesenta y cuatro milagros que había consignados, sólo se presentaron á la discusión por la Sagrada Congregación *ocho de ellos*, los que, al parecer, eran más evidentes. El examen de estos ocho milagros duró dos años. De estos ocho milagros aún se descartaron dos, ante la voz del sutil y tenaz Lambertini y las deliberaciones de los médicos más ilustres de la Universidad romana. El Papa redujo más el número, limitándolo á cuatro, cuyo origen divino no admitía réplica. Sobre todo, después del decreto de Urbano VIII, las formalidades prescritas por la Congregación de Ritos no dan lugar á mala suposición ni interpretación torcida. Claro está que este criterio no es aplicable cuando se trata de santos no canonizados aún, como la vida del P. Pablo Gin hac, S. J., la de la sierva de Dios Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, carmelita; la del admirable Francisco Tabar, Coadjutor de la Compañía; la de Sor Bárbara de Santo Domingo, Dominica del Convento de Madre de Dios, de Sevilla.

Entre las vidas de santos fundadores acaba de publicarse la de San Vicente de Paúl (2), la del Beato Luis María Grignon de Monfort (3), la de Santa Clara de Asís (4) y la de la Beata Magdalena Sofía Barat, fundadora del Instituto del Sagrado Corazón de Jesús (5). *San Vicente de Paúl*. La

(1) Vida escrita por ella misma, cap. IV.

(2) Escrita en francés por M. Bougaud, traducida, reducida y anotada por el Pbro. D. P. Nieto y Asensio, C. M. Librería religiosa de Atanasio C. Villar, Madrid, 1912.

(3) Autor H. Boutin, Pbro.; traducción: Dr. Modesto H. Villaescusa. Un vol. en 8.º, 236 páginas. Herederos de Juan Gili, Barcelona, 1912.

(4) Eugenio Subirana, Barcelona.

(5) Tipografía Católica, Barcelona, 1912.

vida del gran Apóstol de la caridad deja siempre que se lee imborrables huellas de virtud en el espíritu cristiano. Son tan extraordinarios los hechos á que con santa temeridad, si se admite la frase, se arrojó el Santo, que basta entrar en comunicación con ellos para sentir admiración y asombro. Y si á esto añadimos las dificultades inmensas que le oponía el estado de Francia en su tiempo, la guerra con Austria, la peste que asolaba los pueblos, el hambre espantosa que por todas partes se dejaba sentir, la guerra civil, llamada de la Fronda, que al mismo Santo le suscitó persecuciones, y sus mismas enfermedades parece del todo milagroso cuanto en obras de caridad llevó á cabo en este tiempo. Pero su carácter era indomable ante las contrariedades y su virtud á toda prueba. Háblale Dios escogido para esto. Grandes dificultades le proporcionó también la aprobación por la Iglesia de un género de vida dado á sus hijos é hijas del todo desconocido hasta entonces. Quiso formar Congregaciones religiosas con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, sin que llevaran el nombre de religiosos ó religiosas sus individuos. A sus hijos siempre los nombra "el Sr. Portail, por ejemplo, ó el Sr. Horguy". A él quería se le llamara "el Sr. Vicente". Es verdad que en las Hijas de la Caridad los votos no son perpetuos, los renuevan todos los años el 25 de Marzo. El Santo, en una plática, decía á sus Hijas con gran resolución: "Hijas mías, vosotras no sois religiosas; y si algún espíritu turbulento saliese diciéndoos que era menester serlo, que el estado de la religión es más santo, ¡ah!, vuestra asociación estaría perdida. Temed, hijas mías, tan perniciosas sugerencias. Mientras tengáis un soplo de vida no permitáis que se realicen. Llorad, gemid, y representádoselo así á vuestros superiores, jamás consintáis en ello, porque quien dice religiosas dice claustro, y las Hijas de la Caridad no han nacido para vivir entre cuatro paredes."

Con tan nuevas ideas ¿cómo era posible que la Iglesia, sin un maduro y detenido examen, sin ver principalmente por medios extraordinarios que el dedo de Dios estaba allí y que todo ello era obra suya, aprobara semejante Congregación? Mas el dedo de Dios estaba en esta obra y al conocerlo la Iglesia la aprobó definitivamente. Estas mismas palabras las repitió en varias ocasiones. El Santo quería que sus Htjas practicaran con gran perfección todo lo que practican las religiosas, pero fuera del convento, sin rejas ni trabas materiales.

Júzguese, pues, con estos principios tan nuevos en las costumbres y leyes anteriores de la Iglesia lo difícil que sería á San Vicente alcanzar la aprobación absoluta de su Instituto.

Por lo demás, en lo que toca al trabajo de Mons. Bougaud y, sobre todo, á la reducción de la obra, hecha por D. P. Nieto y Asensio, confesamos que no nos satisface. Hay en ella frases generales y hasta párrafos enteros que no dicen nada y en muchos lugares producen una verdadera confusión. Estos párrafos pudieran ser buenos comentarios de hechos detallados, pero no son historia. Se lee por esta causa la reducción con algún disgusto. Tampoco estamos conformes con lo que nos dice en las páginas 116 y 117 el autor: "Era menester (en aquel tiempo) un saber prodigioso para predicar tan mal. Lo que no se hallaba en los poetas de la antigüedad se buscaba en la esco-

lástica; y de aquí las divisiones, subdivisiones y resubdivisiones que hicieron decir al P. Rapin que la lectura de Santo Tomás, aunque tan sólida y ordenada, ha hecho más malos que buenos predicadores." No negamos que entonces había muchos abusos en la predicación, como en todos tiempos los hay. Mas inferir de aquí que estos abusos son debidos á la escolástica y, sobre todo, á Santo Tomás, es una verdadera estolidez. Los mejores oradores en Francia y en todos los países del mundo civilizado fueron escolásticos y discípulos de Santo Tomás. ¿Habría que recordar á Lacordaire, Monsabré, P. Félix, S. J. y todos los predicadores de Nuestra Señora de París, á San Vicente Ferrer, San Luis Beltrán, el venerable Fr. Luis de Granada, San Francisco Javier, el Beato Juan de Vicenza, Fr. Jerónimo Savonarola y cientos y miles de dominicos, de jesuitas, de otras Ordenes religiosas y aun del clero secular, que no citamos por no hacernos interminables? Precisamente los artículos de Santo Tomás están tan bien divididos que pueden servir como croquis de un sermón.

Las repeticiones abundan también en este compendio, á pesar de no constar más que de 390 páginas.

La vida de otro santo fundador nos presenta el Presbítero H. Boutin, traducida al español por el Dr. D. Modesto H. Villacscusa. Es la vida del Beato Luis María Grignón de Monfort. Este glorioso Apóstol fundó nada menos que tres Congregaciones: *Las Misiones de la Compañía de María*, *Hijas de la Sabiduría* y *Hermanos de San Gabriel*. Su vida, breve ciertamente, pues murió á los cuarenta y tres años, dos meses y veintiocho días, fué bien aprovechada y tiene cierto parecido con la de San Francisco de Asís. Como él, se preocupaba poco el Beato Montfort del éxito de sus obras, buscando sólo en ellas la gloria de Dios. Puede ser también esto efecto en parte del modo particular del carácter de Grignón, pues es indudable que cada santo tiene su idiosincrasia ó psicología natural. Unos se muestran muy metódicos en todo y no empiezan una obra hasta que la primera está terminada, y otros cuyo celo excita su temperamento, quieren llevarlo todo de frente. De donde se sigue que algunas de sus obras no llegan nunca á feliz término. Entre los segundos debe contarse al Beato Grignón de Montfort, el cual murió sin que apenas diera señales de vida su naciente *Compañía de María*, considerándose por esta causa como segundo fundador al Sr. Mulot, que le sucedió en el cargo. *Las Hijas de la Sabiduría* también sufrieron grandes contratiempos por ocuparse el celoso Padre más de la predicación y de las misiones que de procurarles medios para cumplir la obediencia que les imponía. "Montfort—dice el historiador—mandó ir de Poitiers á la Rochela á Sor María Luisa de Jesús y á Sor Concepción, para confiarles la escuela de niñas... Hallábase Montfort en plena misión de Tangon-la-Ronde, cuando llegaron á la Rochela las dos *Hijas de la Sabiduría* y fueron recibidas por el Obispo. No estaba, pues, allí para dirigir las y cuidarse de su instalación. Esta fué la primera prueba. El hombre de Dios se limitó á enviarles, por conducto de un Hermano, un pequeño billete que contenía algunos consejos prácticos, en donde, entre otras cosas, deciales: *Llamaos Comunidad de la Sabiduría para la instrucción de los niños y el cuidado de los pobres*." El apostólico Montfort no debió fijarse, al mandarles llamarse *Comunidad*, que-

sólo había mandado dos. Su celo exponía, pues, á grandes pruebas á las Hijas que estaban bajo su obediencia. Es verdad que todo esto entra siempre en los planes de Dios, que quiere se vea en estas obras más su acción divina que la acción del hombre. Y así sucedió, pues la propagación de este Instituto fué maravillosa. A fines del año 1892 el número de religiosas de la Sabiduría ascendía á 4.300. La Congregación cuenta con establecimientos en ambos mundos. Sólo en Francia poseía 337 casas, y en todo el mundo 120 hospitales marítimos, militares y civiles, 10 manicomios públicos, dos casas centrales y de corrección, 144 asilos de la infancia, 62 obradores, 12 asilos maternales, 225 escuelas primarias gratuitas.

Grignón de Montfort fué también propagador incansable de la devoción del Rosario y misionero celosísimo. Era Terciario dominico, como consta en el Martirologio y en el Breviario dominicano, aunque de ello nada diga H. Boutin. El siervo de Dios, viviendo en el siglo XVIII, siglo de la frivolidad, de la indiferencia religiosa y del materialismo, tiene que luchar "contra todos los poderes de la tierra, contra el jansenismo, el galicanismo, la enciclopedia, contra el siglo, que se personificó en Voltaire y que había de terminar en la sangrienta revolución de 1793".

El Beato Grignón compuso muchos versos, siempre apropiados á las circunstancias de su ministerio, por lo cual hay en ellos más unción que poesía y arte. Más poéticos son los hechos todos de su vida gloriosa si una mano hábil nos los supiera presentar bajo esta forma. Por esto dijimos antes que hallábamnos en ella muchos puntos de contacto con la vida del Patriarca de Asís.

Santa Clara de Asís. Su vida, escrita por Fr. Leopoldo de Cherancé, de la Orden de los Frailes Menores Capuchinos, es una joya literaria.

Hoy más que nunca conviene presentar ante los desafueros del racionalismo y positivismo estos modelos acabados de vida sobrenatural, de elevación mística y de belleza suprasensible que la Iglesia católica ha producido en todos los tiempos. Para confundir este materialismo moderno no hay cosa mejor que esta demostración plástica é irrefutable de la historia. De este modo podemos decir á esos extraviados: "El que tiene ojos que vea y el que tiene oídos que oiga", porque sólo los ciegos y los sordos pueden dejar de comprender estas razones tan poderosas y evidentes.

Lo que intenta el autor al escribir esta vida nos lo dice también en el prólogo: no va á modelar una Santa Clara desconocida ni á resolver todos los problemas históricos ni á apreciar desde el punto de vista de la crítica los trabajos que á ella se refieren, sino quiere "bosquejar la fisonomía moral de la hija de los Scefi y colocar de nuevo esta gran figura en su marco natural. Quiere desprender de su monografía las sublimes lecciones que en ella se encierran, proponer sus ejemplos á las religiosas y á los numerosos fieles que la invocan; va á poner de relieve su papel de fundadora y defender, si es preciso, la causa de las Ordenes contemplativas, contra las calumnias que sin cesar se renuevan respecto á las mismas".

El objeto es excelente y el probarlo no le es tampoco difícil. Que una joven de las más distinguidas de Asís á los diez y ocho años de edad abandone su palacio, sus comodidades, sus ensueños de felicidad y de amor mun-

dano, toda su dicha material, en una palabra, sólo por oír predicar una vez á San Francisco la pobreza, la mortificación, el retiro y todos los demás consejos evangélicos, no se explica, á pesar de todos los sofismas racionalistas ó naturalistas, sin intervención superior y sobrenatural, sin la gracia. ¡La gracia divina, que desde los tiempos apostólicos hasta los nuestros ha obrado tantos prodigios de esta naturaleza!

Nos parece que el autor ha llenado bien su cometido. El ánimo se persuade más y más con la lectura de esta obra, de la virtud superior, que nos llama hacia lo alto si no ponemos nosotros obstáculos insuperables para ello.

Es verdad que los trabajos y las contradicciones no faltan nunca, y menos en las vidas de los santos; mas esto prueba con mayor fuerza el poder infinito de Dios, que no abandona á los suyos sobre todo en el tiempo de mayor peligro.

La gran taumaturga de Asís, la cofundadora del *Poverello*, fué durante su vida, y lo es aún hoy, una de las grandes figuras con que se honra la Iglesia católica.

De nuestros días, podemos decir, es otra célebre Santa fundadora de la cual vamos á ocuparnos. Es ella la *Beata Magdalena Sofía Barat* y su Instituto el del Sagrado Corazón de Jesús. La obra que de ella nos habla lleva por título *La Glorificadora del Sagrado Corazón de Jesús*. Pero apenas abrimos el libro nos hallamos con una sorpresa; la obra aparece anónima. Y leyéndola creció nuestra admiración, pues en ella se citan dos ó tres veces palabras del prologuista, que á su vez en el prólogo recomienda la obra con frases de gran elogio. ¿Qué es, pues, lo que se escribió primero, el prólogo ó la obra?

El autor del prólogo es el R. P. Julio Alarcón y Meléndez, S. J. ¿Será también el autor de la obra y por modestia habrá ocultado su nombre? Pero esto es accidental. La obra está escrita con gran unción y copia de datos. Siéntese el alma con su lectura movida á la práctica de la virtud y, sobre todo, al amor del Corazón deífico. Con esto está dicho que el autor consiguió su objeto, pues no tanto intenta escribir la historia de una Santa, cuanto propagar la devoción del Corazón Sacratísimo de Jesús. Parece que las llamas de amor encendido que se desprenden del pecho de la M. Sofía Barat, prenden en los corazones de los que la contemplan y la estudian, inflamándolos en el mismo amor. ¡Cuántas luchas! ¡Cuántos sufrimientos! ¡Cuántas dudas, sin desfallecer jamás, en la prosecución de la grandiosa obra emprendida para fundar un Instituto que, atendiendo á la educación religiosa y social de la juventud femenina, glorificara también al Divino Corazón! Más de sesenta años se ocupó la santa Madre Barat en esta obra admirable y de tan prácticos resultados.

Y no se crea que esta obra es sólo un libro de devoción, es también una verdadera historia; la historia completísima de la vida de la Santa fundadora y de los comienzos del Instituto del Sagrado Corazón. A algunos tal vez les gustaría más que estas dos cosas se hallaran separadas, como hemos visto otras veces. En la historia de San Juan Bautista de la Salle, por ejemplo, una obra forman los hechos gloriosos de su vida, casi sin comentarios ni interpretaciones, y otra el espíritu del Santo deducido de la forma y modo con

que practicó las virtudes. Si esto es bueno, lo anterior no nos desagrada. Sobre todo, dirigiéndose á las personas devotas, casi es preferible el método de la *Glorificadora del Corazón de Jesús*.

Nos parece, sin embargo, que en *La Glorificadora del Corazón de Jesús* se recarga un poco la nota; quiero decir, que leyendo esta obra parece que no hay nada adorable en Jesús más que su Divino Corazón. Personas hay que muestran gran afecto á los libros y oraciones que llevan el nombre del Corazón de Jesús y en cambio miran con cierto desprecio los misterios de su Vida Santísima y aun otras imágenes del mismo Salvador. Nos parece, pues, que se debe siempre rodear este Divino Corazón de esa aureola luminosa que forman todos los hechos de su vida santísima, como vemos que se hace en otros libros de devoción, pero sin dar el menor pretexto para que la devoción se extravíe. La hagiografía tiene, de todos modos, un nuevo y magnífico monumento que contar entre los muchos buenos que posee.

Por último, recomendamos *Le Petit Journal des Saints*, ó sea un compendio de la vida de los santos; pero tan reducido que hay un santo por página para todos los días del año, con reflexiones y propósitos y oraciones para la Misa, Vísperas, Confesión y Comunión. Contiene también los santos canonizados ó beatificados por León XIII y Pío X. Es un librito manual y hasta de bolsillo, á pesar de sus 400 páginas. Para las personas de grandes ocupaciones puede ser muy útil, pues en las primeras páginas encuentran las oraciones de la mañana y de la noche: luego, en una sola página, la vida del santo del día con algún punto de meditación sobre ella.

Y nada más podemos decir de esta obrita, cerrando aquí nuestra larga jornada por los caminos de la devoción, de la ascética y de la mística, y deseando feliz éxito á las obras que con respetuosa atención hemos examinado.

Siervos de Dios no canonizados y otras obras.—*Sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz* (1). El P. Romualdo de Santa Catalina, Carmelita descalzo, tradujo al español la obra de M. Rogelio de Tell, Canónigo de Nuestra Señora de París, titulada *Artículos para la causa de beatificación de la sierva de Dios Teresa del Niño Jesús*, etc. Como ya LA CIENCIA TOMISTA habló de la vida de esta sierva de Dios, nos excusamos de ocuparnos de ciertos detalles de su vida. Pero nos es forzoso ocuparnos, aunque muy brevemente, de estos artículos. Según se ve, la causa de la beatificación de Sor Teresa está ya introducida. Su nombre se pronuncia con complacencia por muchos labios. Los esfuerzos que se hacen para vulgarizar su historia no pueden ser más grandes; hasta al japonés se halla traducida la melíflua *Historia de un alma*. El volumen titulado *Artículos* contiene lo esencial de la vida de Sor Teresa, según el mismo autor manifiesta. ¿Será esto bastante para que la causa de su beatificación prospere? Esto lo ha de decir el tiempo. Sin embargo, como las curaciones y prodigios obrados por su intercesión parece que se multiplican cada día, lo más probable será esperar el fallo favorable de la Iglesia. Sucederá, como casi siempre sucede, que la mayor parte de esos hechos

(1) Herederos de Juan Gili, Barcelona, 1912.

milagrosos serán desechados, pero tal vez otros merecerán absoluta aprobación. Y no decimos más, puesto que la causa está ya *sub iudice*.

El P. Pablo Ginhac. Voluminosa es la vida de este siervo de Dios, escrita por el P. Arturo Calvet en francés y traducida al español por el P. Miguel García Estébanez, ambos de la Compañía de Jesús (1). El P. Pablo Ginhac, S. J., es completamente de nuestros días; nació en 1824 y murió en 1895. Del heroísmo de sus virtudes, aunque parece desprenderse de los hechos más notables de su vida, poco diremos, pues no queremos adelantarnos al fallo de la Iglesia. Como él mismo manifestaba, la base toda de su vida ejemplar estaba en la fe, en una fe firme é inquebrantable por la que nada le hacía desistir de la vida de oración y de penitencia á que se había sujetado. Nada, por tanto, en su vida, de arrobamientos, de éxtasis, de dulzuras y consuelos interiores, de toda aquella máquina maravillosa que constituye la vida de otros santos. Si el autor de su vida, interpretando algunos hechos, la supone en algunos momentos en comunicación con los ángeles, esto no es más que una sospecha más ó menos fundada, pues pueden explicarse esos hechos como naturales. Mas ¿qué importará esto si se llega á probar, como parece probable, la heroicidad de sus virtudes? No son las gracias *gratis datas* las que hacen los santos, sino las *gratum facientes*, por más que la Iglesia exija hoy milagros verdaderos para las beatificaciones y canonizaciones.

Respecto de la obra nos parece algo farragosa. Hay varias cosas repetidas; tampoco es muy esmerado el orden cronológico con que se refieren, y algunas nos parecen hasta pueriles. Por lo cual, en nuestro humilde sentir, creemos que de esa inmensa colección de datos se podía sacar otra historia mejor y más conforme con la preceptiva literaria. Como ejemplo de repetición véanse las páginas 442 y 458.

No terminaremos estas líneas sin hacer observar antes uno de los reparos que ponen al P. Ginhac, según su historiador, y es "*que no procuraba iniciar al alma (de sus novicios) en los secretos de la contemplación*". La ejercitaba, efectivamente, en la oración ordinaria, persuadido de que solamente Dios podía elevar á las almas á otra más alta. "Y habiendo sabido que en Roma el P. Maestro se proponía hacer contemplativos á los novicios, dijo sonriendo: *Esa enseñanza se la ha reservado para sí la Divina Majestad*."

"Los Bolandos refieren que fué objeto de la misma censura el Beato Juan Bonvisio, de la Orden de Menores Observantes."

Esta doctrina, como se ve, parece opuesta á la que enseña San Juan de la Cruz, el cual, como hemos visto, se lamenta de la negligencia ó impericia de los directores de almas, que no trabajan en este sentido. ¿Quiénes tienen razón? Respecto de la contemplación pasiva, sin duda alguna el P. Ginhac; y á esto no se opone tampoco la doctrina del extático carmelita. Respecto de la activa es donde se halla la dificultad. Creemos con el venerable Ginhac que el director de almas debe sólo secundar la acción de Dios, y así lo indicamos al principio de este Boletín. En esto sí deben los directores espirituales mostrarse diligentes. Pero empeñarse en hacer almas contemplativas como se hacen cestos lo creo inoportuno y expuesto á muchos fracasos. A

(1) Herederos de Juan Gili, Barcelona, 1912.

Santa Teresa la elevó Dios á altísima contemplación á pesar de no encontrar en veinte años, como ella misma dice, quien entendiera su alma. Se replicará que si hubiera hallado al principio un buen director, habría adelantado más en su perfección espiritual. Mas á esto diré que todo entra en los planes de la Providencia. ¿Podrá negarse que por este medio purifica Dios al alma de mil imperfecciones, sobre todo del amor propio? ¿Cuándo se pondrá mejor el alma en las manos de Dios que cuando se ve destituida de todo valimiento humano? Procuremos, sí, disponer para la contemplación á las almas, pero sin impacientarnos cuando Dios, que ha de dar el incremento, no corone con el éxito nuestros esfuerzos. Cuando Dios quiera ellas sentirán el llamamiento divino; ellas experimentarán la imposibilidad de orar de otra manera, y entonces está la tierra en sazón; no hay más que cuidar de la planta. Este es el papel de los directores.

De la Compañía de Jesús es también el siervo de Dios Francisco J. Tabar, cuya vida escribió el R. P. Luis Charles y tradujo el R. P. Ramón Vendrell, ambos de la misma Compañía (1). Su muerte es tan reciente que todos la alcanzamos. Murió el 9 de Octubre de 1906, á la edad de ochenta y seis años. Pasó casi toda su vida en Argel, enseñando el Catecismo, misionando por los pueblos, aunque era sólo Coadjutor, y practicando otras muchas obras de caridad entre aquellas gentes de la clase más pobre é ignorante. Dios le probó además con bastantes trabajos y persecuciones, pero siempre se mostró á la altura del ministerio de Apóstol, que desempeñaba, llegando á compararle su biógrafo con San Francisco Javier. Y de la obrita en su parte literaria ¿qué diremos? Que es una relación sencilla y atrayente, en relación con el asunto que nos refiere, muy propia para emocionar á los espíritus cristianos y hacerles agradable la virtud. El estar además ilustrada con hermosos grabados de lugares y paisajes del país africano hace más interesante su lectura é instructivas sus relaciones.

El Hermano Francisco J. Tabar no era francés, como por lo dicho anteriormente se podría suponer, sino español, nacido en Cirauqui, del reino de Navarra. Ha dejado algunas pláticas devotas escritas en su lengua nativa y algunos versos, éstos sin arte que los recomiende.

Nos hemos alegrado de corazón al ver escritos los *Apuntes Biográficos del V. P. Maestro Fr. Andrés Ruiz, O. P.*, por el P. Jesús Sagredo, de la misma Orden (2). Es de difícil explicación que la vida admirable de este santo religioso no se hubiera escrito hasta ahora, después de más de un siglo que tuvo lugar su edificante muerte. También nos desagrada la apatía reinante para introducir su causa de beatificación. Existen hechos milagrosos obrados por este venerable, verdaderas profecías, curaciones de todas clases y, por último y principalmente, el heroísmo de sus virtudes predicadas y autenticadas por el Beato Diego de Cádiz en su oración fúnebre; ¿qué es, pues, lo que lo impide? Esta biografía está escrita con naturalidad y limpieza de estilo, por lo cual se transparenta más la edificante grandeza y elevación de los hechos que relata. El P. Jesús Sagredo ha hecho, por tanto, una obra

(1) Herederos de Juan Gili, Barcelona, 1912.

(2) Tipografía del Rosario. Colegio de Dominicos, Almagro (Ciudad Real), 1912.

hermosa y edificante que debe agradecerle la Orden dominicana y, sobre todo, la provincia Bética.

¡Qué bella, qué encantadora, qué atrayente es la virtud cuando sinceramente y sin velos se nos ofrece! Así, como en la *Historia de un alma reparadora* (1), que tiene toda la frescura y embeleso de un ramillete de flores recién cortadas. Es la historia de una niña de veinticuatro años y muerta hace poco más de veinte en un convento de Reparadoras de Bélgica. Casi puede decirse que está contada por ella misma sin pretenderlo, pues apenas hay página del libro en que no se sucedan cartas suyas y párrafos tomados de su diario. Mariana Hervé-Bazin era su nombre del mundo y el del claustro Sor María del Agnus Dei. ¡Qué precocidad de virtudes, qué voluntad más heroica, qué claridad de inteligencia! Y todo ¡con qué suavidad, con qué apacible fulgor se desarrolla! Es un libro precioso que no se suelta de la mano y que, cual fecunda semilla, no dejará de hacer germinar la tierra donde caiga. La traducción y arreglo del P. Pons, no sólo no desmerece del original, sino que notablemente le mejora.

También tenemos aquí una obra que se titula *Perpetua y Felicitas* (2), por D. Eusebio Auria, Presbítero, con un prólogo del Ilmo. Sr. Obispo de Astorga. No es, sin embargo y como se pudiera suponer, una historia, sino una novela basada en la historia de estas gloriosas mártires. De aquí el que haya en ella muchos episodios fantásticos, muchas añadiduras hipotéticas y, lo que es peor, algunos recursos novelescos poco religiosos. Tal es, por ejemplo, el poner como causa de la acusación de Santa Perpetua al Gobernador gentil los celos de una rival que quería casarse con el que fué marido de la primera. Esto, en primer lugar, creemos que no se halla en ninguna historia. En segundo lugar, descolora el mérito del martirio de la Santa, pues si bien ella pudo adjurar la fe y no lo hizo aceptando el martirio, supone una virtud menos heroica.

Ni nos parece bien la amalgama de lo santo con lo profano. Siempre se ha dicho que *sancta sanctè sunt tractanda*. No se debe, pues, mezclar la verdadera historia de los santos con las profanidades de la novela ni confundir lo verdadero de la religión con lo fantástico de imaginaciones noveleras ni hacer á los santos responsables de pasiones que al menos en cuanto tales no han sentido. Si Fra Angélico ó Murillo pintaran respectivamente una Madonna ó una Concepción entre las bambalinas de un teatro, diríamos que era aquello una profanación, pues basta aplicar el ejemplo.

FR. ANTONIO GONZÁLEZ, O. P.

(1) *Historia de un alma reparadora*, sacada de su diario y su correspondencia, por M. S., con un prefacio de Renato Bazin, de la Academia Francesa. Traducción y arreglo del francés por el P. Jaime Pons, S. J. Gustavo Gili, Barcelona, 1912

(2) Herederos de Juan Gili, 1912.

DE DERECHO ECLESIASTICO

A falta de documentos de importancia que comunicar á nuestros lectores voy á decir algo de algunas obras de carácter medio canónico, medio social, que han nacido en nuestros días y van adquiriendo rápido incremento. Sea la primera la

Obra de las Tres Marias.—Tiene por objeto esta simpática obra llamar la atención de las personas devotas hacia los Sagrarios pobres y solitarios de los pueblos. Se proponen, pues, remediar su soledad visitándolos en espíritu y buscar medios para dotar á las iglesias rurales de las cosas más necesarias para el culto. La Obra se propaga rápidamente, sobre todo por las poblaciones de cierta importancia, y más que como una nueva asociación ha de considerarse como una práctica devota y á la vez social, que se incorporará al espíritu de todas las cofradías. Ahora oigamos al ilustre autor de la obra:

«Beatísimo Padre: Manuel González García, Arcipreste de Huelva, archidiócesis de Sevilla, postrado á los pies de V. S., humildemente expone: que para tratar de remediar el abandono en que yacen muchísimos Sagrarios, que recuerda el del Calvario, fundó en Marzo de 1910 la Obra de las Tres Marías, para las mujeres y la de los Discípulos de San Juan para los hombres, los cuales se dedican con todo ahínco, y por todos los medios que su celo les dicta, á acompañar y buscar compañía al Sagrario abandonado que á cada uno se les señala. De tal modo ha sido bendecida esta Obra por el Corazón Eucarístico de Jesús, que ha obtenido la aprobación de casi todos los reverendísimos Prelados de España y no pocos de Portugal y América. Cuenta con 27 Centros diocesanos, y van extendidas unas 20.000 patentes de agregación, abundando los frutos de frecuencia de Sacramentos y renovación cristiana de los pueblos.»

Luego pide como privilegio especial se permita á «los Directores y otros sacerdotes decir la Santa Misa, en altar portátil, á los socios ó socias enfermos, bajo las condiciones siguientes: 1.^a, que el enfermo comulgue en la misma Misa; 2.^a, que conste al Director que estando sano ha cumplido su oficio y comulgado frecuentemente; 3.^a, que se atienda á la decencia del lugar, y 4.^a, que no se perjudique el derecho del Párroco respecto de los últimos Sacramentos... Gracia...»

Estas preces fueron recomendadas por los Emms. Cardenales Cós, Arzobispo de Valladolid, y Almaraz, Arzobispo de Sevilla. Y Su Santidad puso de su puño y letra: *Juxta preces de consensu Ordinarii in Hispania toties quoties pro unoquoque infirmo obtinendo. Gratis omnino quæ quæque titulo.* (3 de Diciembre de 1912.)

Este privilegio perdió su novedad, y hasta el carácter de tal desde que la Sagrada Congregación de Sacramentos declaró que los Ordinarios pueden conceder á los enfermos tener algunas veces Misa en sus casas, habiendo causas justas y razonables para concedérselo. Ni pone la Sagrada Congregación tantas condiciones para que los Ordinarios puedan usar de sus facultades en favor de los enfermos. (Vid. LA CIENCIA TOMISTA, tomo VII, pág. 130.)

Queda sin embargo, como un testimonio de lo mucho que agradan á Su Santidad los fines y propósitos de las Marias; lo cual no podía menos de ser así, dado el carácter esencialmente eucarístico de la Obra.

Los legionarios de la Buena Prensa.—De los factores más importantes en la vida social y religiosa de los pueblos es sin duda la Prensa. Por eso todas las asociaciones que tienen por objeto conservar y fomentar la vida cristiana, dan cada día más importancia á esta parte del apostolado social, y casi todas han establecido en su seno la sección de propaganda católica. El Apostolado de la Prensa, los Seminaristas de Sevilla con su periódico *Ora et labora*, y con su precioso y utilísimo *Almaque de la Prensa Católica* y las Damas de la Buena Prensa, son de los principales promovedores de este consolador movimiento. En esto sí que debían de unirse todas las personas de buena voluntad para traer su puñado de tierra y llenar la ciénaga pestilente de la mala Prensa.

Sin duda, para conseguir tan deseable resultado han fundado los padres Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María su Cofradía de los Legionarios de la Buena Prensa. Los frutos de esta incipiente Asociación son ya muy visibles, y poco á poco se va extendiendo por todos los pueblos. Ultimamente han visto su obra aprobada por la Santa Sede y reconocida como Cofradía de carácter religioso, según lo demuestra el siguiente documento que tomamos de la *Ilustración del Clero*, número del 1.º de Abril de 1913, en el cual, á la vez, se explica lo que se proponen los Legionarios (1).

«Director Piae Associationis seu confraternitatis in Ditione Hispanica erectæ sub titulo (sociorum) *Legionariorum Boni Præi*, ad Pedes Sanctitatis Vestræ provocatus, humiliter exponit:

»Præfata Associatio erecta est duobus abhinc annis ad fovendum in Hispania catholicum Prælum et orationibus et elemosynis. Magno plausu a fidelibus est recepta et adscripti numerantur jam 60 millia in universa Hispania. Episcopi hispani Associationem ipsam summis laudibus extulerunt, quos inter Episcopus Matriti, ubi residet consilium directivum universæ Associationis, illam cum suis statutis approbavit; ac similiter approbavit et commendavit Cardinalis Tolletanus, Primas Hispaniæ a Summo Pontifice constitutus supremus moderator actionis socialis in Hispania.

»Quo vero magis firma et stabilis hujusmodi Associatio reddatur ac magis excitentur animi fidelium ad nomen et auxilium præstandum huic tam utili Associationi, præfatus Director Sanctitatem vestram enixe rogat ut dictam Associationem approbare apostolica autoritate dignetur.»

La S. C. del Concilio ha contestado:

«Ex Audientia SSmi. diei 25 Februarii 1813. S. Congregatio Concilii, attentis expositis, attentisque præsertim litteris Emi. Cardinalis Primatis Hispaniarum et

(1) Quien quiera más detalles puede leer el folleto del P. José Dueso *La grande obra*.

Episcopi Matritensis, finem seu scopum enuntiatæ Associationis amplissime laudandum et commendandum esse censuit, prout præsentis rescripti tenore benigne sic annuente SS. D. N. Pio PP. X laudat atque commendat.—C. CARD. GENNARI *Praef.*—O. GIORGI, *Secr.*—5 Martii 1913.»

El fomento de Vocaciones eclesiásticas—Es un hecho la disminución de vocaciones para el estado eclesiástico tanto secular como regular, y la causa de este fenómeno sin duda no es una sola. No podemos decir que en España haya escasez de Clero; pero pudiera llegar á haberla, si las cosas continuaran por ese camino. Para evitar esta contingencia, las Ordenes religiosas han acudido á diversos medios, preferentemente á la fundación de Escuelas Apostólicas con pensión módica y aun del todo gratuitas.

Entre el Clero secular ya hay quien piense en medios parecidos. Las vocaciones para la vida religiosa son muchas menos, pero se logran casi todas; para la carrera eclesiástica comienzan bastantes; pero perseveran pocos. De diez que comiencen el noviciado desisten uno ó dos por término medio; de igual número en la carrera eclesiástica llegan á la meta uno ó dos. Y la generalidad de los que dejan el Seminario no es para entrar religiosos, como alguien ha indicado, sino por motivos bastante más humanos y para seguir carreras bien distintas. El ambiente social hostil, las malas compañías, las pasiones del corazón hacen á muchos desfaecer y cambiar de rumbo. Por eso el problema de fomentar las vocaciones eclesiásticas quizás no consista tanto en buscar más candidatos cuanto en trabajar por que no se malogren los que se presenten y comienzan.

En España se ha preocupado de este asunto el Centro de la Unión Apostólica de Sacerdotes Seculares de Madrid haciendo campaña en la *Revista Parroquial de Acción Social Católica* y estableciendo en su seno desde principios de año la sección de «Fomento de Vocaciones eclesiásticas». Esta Asociación se propone despertar y fomentar la vocación en los niños y arbitrar recursos para ayudar á los pobres cuyas familias no puedan sufragarles la carrera. Para lo primero confían (lo mismo que la Sagrada Congregación Consistorial en su Circular del 16 de Julio de 1912 á los Ordinarios de Italia) en el celo de los Párrocos y demás sacerdotes, los cuales procurarán ver si entre los niños que tratan en sus ministerios y en las asociaciones piadosas que dirijan hay algunos inclinados á la carrera eclesiástica y con actitud para ella. Y á los que encuentren en estas condiciones se esforzarán por alentarles, darles las primeras lecciones y encaminarlos al Seminario ó Colegio eclesiástico en que pueden hacer la carrera. Para que no haya escasez de Clero todo sacerdote debe proponerse que al morir él deje, por lo menos, uno ó dos que ocupen su puesto en la milicia de Jesucristo. Haciendo todos lo mismo no habrá crisis que temer. Y el que es constante y abnegado lo consigue indudablemente.

Para favorecer á los Seminaristas pobres existían antiguamente muchos colegios de becarios que tenían á la vez el mérito de estimular la aplicación. Poco queda de esas benéficas fundaciones. En cambio se ha recurrido á otros procedimientos de resultados más exiguos é irregulares. En algunas diócesis se ha pedido indulto apostólico para que los Párrocos pudieran recibir estipendio por la misa de las fiestas suprimidas y por la segunda en los casos de binación, renunciándolo á favor del Seminario. En otras se han establecido colectas en determinadas fiestas del año con el mismo objeto. Y en otras, por fin, se ha recurrido á la Asociación buscando socios que se suscriban con cuotas periódicas conforme á su devoción y posibles. Esto es lo que trata de introducir en España el Centro de la Unión Apostólica de

Madrid y al efecto ha repartido profusamente una circular escrita con unción y sencillez. De creer es que respondan al llamamiento muchas personas caritativas.

Estos procedimientos tienen su valor como ayuda y suplemento; pero si la crisis fuese de consideración, no la resolverían. La vida está cara y no necesita ser muy numeroso un colegio de Vocaciones eclesiásticas para que cueste 40 ó 50.000 pesetas anuales el sostenerlo. Sacar esta cantidad con limosnas voluntarias y eso cada año es bastante difícil, por lo menos en España. Por eso la resolución del problema tiene que venir del cumplimiento de la ley natural y providencial que pide que los padres den la carrera conveniente á sus hijos. Y esto es más de desear que se cumpla en la carrera eclesiástica porque es más frecuente el dejarla y porque no sería decoroso que los fieles creyesen que sólo seguían la carrera de la Iglesia los que no tienen para otra. Hoy por hoy esto no es cierto, y de desear es que nunca lo sea.

Las asociaciones fundadas para el fomento de Vocaciones eclesiásticas «foventis, tuendis, iuvandis, ecclesiasticis vocationibus» tienen muchas indulgencias y gracias espirituales, con tal que hayan sido canónicamente erigidas por los Ordinarios ó lo sean en adelante. La concesión es general (1) y data del 28 de Mayo de 1913.

La Sociedad de San Rafael.—Con el fin de proteger á los emigrantes europeos en el éxodo cada día mayor á la América, se fundó en Alemania la asociación llamada «Sanct Raphaels Verein». Poco á poco, en vista de los grandes bienes morales y religiosos que proporciona á los emigrantes, se ha ido extendiendo por varios países de Europa como Italia, Francia, Bélgica. Muchos lamentaban que en España no tuviéramos institución tan cristiana como humanitaria, pues no es nuestra patria donde menos se necesita. Afortunadamente ya es un hecho su fundación y no tardaremos en ver sus frutos. Toma el título de Asociación Ibero-americana de San Rafael para protección de los emigrantes españoles. En la circular que con fecha 19 de Enero de 1913 dirige la Comisión Organizadora á los católicos españoles, se exponen brevemente el fin de esta Asociación, su necesidad y la organización que piensan darle. Se propone esta naciente Sociedad evitar en lo posible la emigración injustificada y, cuando no se pueda, remediar su malos efectos religiosos, morales, sociales y económicos y proteger al emigrante en todos los pasos de su triste odisea. Para este fin establecerá en todos los puertos habilitados para el embarque de emigrantes, y en las poblaciones en que se crea necesario, Secretariados de información y demás servicios relacionados con el fin de la Sociedad y las necesidades de los emigrantes.

Esta Asociación es patriótica, benéfica y religiosa. Su influencia ha de ser de mucha importancia, sobre todo para evitar que nuestros hermanos pierdan con la emigración la fe y costumbres cristianas, como ahora está sucediendo á una gran parte. Tenemos ya muchos elementos, tanto aquí como en América, y es de creer que esta Sociedad se convierta en centro de unión de todos los esfuerzos y así sean mayores los resultados. Las Ordenes religiosas de España casi todas tienen casas en América y así pueden ayudar mucho para el trabajo de propaganda y organización. Y algunas ya tienen instituciones que ahora con la unión adquirirán doblada eficacia.

Las sociedades de San Rafael han sido positivamente aprobadas y enriquecidas

(1) Vid. *Acta Apost. Sed.*, vol. V, pág. 236.

con indulgencias por la Santa Sede. Por otra parte, responden plenamente á los deseos manifestados por Su Santidad en el *Motu Proprio* del 15 de Agosto de 1912 sobre la atención espiritual de los emigrantes.

Para recaudar los fondos que sin duda se requieren para llevar á cabo los fines de la Sociedad, la Comisión acude á la cuota voluntaria y periódica de los españoles católicos y patriotas. La obra es de tan grande interés religioso y social que deseáramos hallase eco en todas partes y hasta ayuda oficial. Ya que eso de la esclavitud propiamente dicha va pasando á la historia, quizás conviniera que las colectas públicas que antes se hacían para la abolición de la trata de negros, se hiciesen en adelante en favor de esta Sociedad para la protección de los emigrantes. Porque la explotación de los emigrantes y la trata de blancas son todavía restos de esclavitud que tenemos que combatir (1).

Alianza Sacerdotal Internacional «Pro Ecclesia et Pontifice».

Esta Asociación ha sido fundada por el Emmo. Cardenal Dubillard, actual Arzobispo de Chambery. Tiene por objeto promover entre sus socios el exacto cumplimiento de las obligaciones sacerdotales, profesar una especial devoción á la Santa Sede, favorecer á la prensa católica que mejor defiende la causa de la Religión siguiendo las normas pontificias y subvenir á las necesidades del Papa con la cuota á que cada uno se obligue al entrar. Esta Asociación ha sido enriquecida con indulgencias y, con fecha 28 de Abril de 1913, Su Santidad Pío X ha dirigido una carta muy encomiástica al Cardenal fundador.

En España, sin embargo, está más propagada la «Unión Apostólica de Sacerdotes Seculares» fundada por Mr. Lebeurier. Estas asociaciones tienen la ventaja innegable de estimular á sus socios al cumplimiento de los deberes del estado eclesiástico y de hacer más eficaz su acción religiosa y social por medio de la unión. Darán, por consiguiente, mucho fruto si en nuestra patria se fundan y propagan conforme al espíritu de sus fundadores. Pero nadie se tenga por mejor que los demás por sólo pertenecer á ellas, que bien pueden muchos, aunque aparenten menos, cumplir mejor. Ahora, que en eso de asociarse hacen muy bien los que así buscan ejemplos y consejos para su santificación individual y alientos para su acción apostólica.

FR. E. COLUNGA, O. P.

(1) El que quiera saber más detalles de esta Sociedad ó hacer algún envío puede acudir á su Secretariado Central, que, por ahora, se halla en el Palacio Episcopal, Pasa, 1, Madrid.

CRONICAS CIENTIFICO-SOCIALES

ESPAÑA

La Pedagogía y los pedagogos católicos: Manuel Siurot.—Alguna vez hemos hablado en estas Crónicas (1) del estado de la instrucción primaria en España y de lo mucho que en su favor y en interés de este magno problema de regeneración nacional están llevando á término feliz los maestros y maestras católicos, siguiendo las inspiraciones de nuestro gran pedagogo el venerable Manjón, Canónigo de Granada.

Hablábamos en cierta ocasión de lo que una ilustre discípula suya, la señorita D.^a María del Pilar Muntadas, estaba haciendo por las maestras con su fundación de *El Magisterio católico ó Federación de Escuelas Normales libres católicas*. Hoy queremos decir algo de D. Manuel Siurot, que acaba de revelársenos en plena corte como un pedagogo extraordinario, como una gloria nacional y una hermosa esperanza para el Catolicismo social.

Acentúase cada vez más en los espíritus y en los hombres de acción desinteresada la tendencia á obrar en la sociedad más por la acción directa y moral sobre la masa que por la acción política ó del Estado. Esta, siempre material y violenta, si es de efectos más rápidos y visibles, esos efectos son superficiales y pasajeros; jamás llegan sus eficacias á las conciencias. La acción individual sobre los pequeños grupos es lenta, pero nace ya adaptada y es, cuando hay perseverancia y celo, de resultados seguros y duraderos, porque va directamente sobre el espíritu. En el movimiento propiamente social y obrero esta nueva tendencia ó modalidad del espíritu moderno es la que ha producido el desprendimiento del *Sindicalismo* del tronco del *Socialismo* político y centralista, ocurriendo también algo parecido dentro del *Catolicismo social*. “Yo ya sé—decía en su último y transcendental discurso del Congreso de los Diputados (6 de Junio) el gran tribuno católico Sr. Mella—que aunque un Estado se declare anticatólico, aunque rompa abiertamente toda relación con el Vaticano, como la sociedad sea religiosa en su mayoría ó en gran parte, seguirán subsistiendo las relaciones de esa sociedad con la Iglesia, y el Estado que no esté conforme con ellas quedará, no tan sólo divorciado del

(1) Mayo-Junio de 1912 y Marzo-Abril de 1913.

Vaticano y de la Iglesia, sino divorciado de la religión que esa sociedad profese y divorciado de la sociedad en la misma proporción y en igual medida en que esté separado de la potestad eclesiástica."

Por eso mismo, porque el espíritu sectario se ve morir á manos de la misma libertad de enseñanza, es decir, de esta acción privada individual y social, el *liberalismo* español, como el de todos los países, ha cambiado de táctica, contradiciéndose abiertamente—de ahí sus crisis—, al tratar de centralizar todas las funciones sociales, matando, si posible fuera, las energías y las iniciativas individuales y colectivas. Pero el desacuerdo, la oposición y antagonismo entre el Estado de hoy y las fuerzas vivas de la sociedad no pueden ser más completos y dicho se está quién se ha de llevar el triunfo.

El último decreto, de los varios desatentados que el Gobierno liberal nos ha dado en esta temporada contra la verdadera libertad de enseñanza, acaba de señalar los límites de esa tiranía y de ese despotismo del pretendido *Estado docente*, al cual se presenta en oposición con el sentir y el obrar de los que en realidad desempeñan la función docente en las 34.000 escuelas privadas y 5.000 públicas que aproximadamente hay en el reino. El decreto de 5 de Mayo último, que es al que nos referimos, sobre *Inspección primaria*, entrega á todos los maestros españoles atados de pies y manos al Director general de primera enseñanza, que lo es hoy el Sr. Altamira, miembro é instrumento de la *Institución Libre de Enseñanza*, y á los 121 *Inspectores* que ahora se crean y á los que en adelante se crearán, si esto prospera, hasta tener un inspector por cada 100 escuelas.

Las facultades que se conceden á estos asalariados y dependientes de la irresponsable Dirección general, con merma de la autoridad del mismo Ministro, de los rectores de universidades y de las *Juntas locales de enseñanza* son verdaderamente exorbitantes. En manos de los tales inspectores quedan ahora los traslados, permutas, escalafones, recompensas, aumentos de sueldo, etc., etc., de los maestros, cebo magnífico para quitarles la poca libertad é independencia que les quedaba acosados por tantos *caciques*. Lo inaudito está en que, según el art. 31, "*no se podrán inaugurar escuelas ni trasladar éstas de local ni hacer en las existentes reformas de importancia sin la previa visita y el informe del inspector de la zona ó de sus delegados*". Además, somete á la autoridad ó al capricho ó á la ignorancia ó al sectarismo de los inspectores hasta *los métodos de enseñanza*! ¡Pobres escuelas del *Ave María* ó del *Sagrado Corazón*, que dirige Siurot, si caen en manos de alguno de esos *rifeños* ó *europeos* que quieren darse aires de reformadores y progresivos despreciando todo lo español que, en no pocas cosas, es superior á lo extranjero!

Por eso ha sido un verdadero acierto el traer á D. Manuel Siurot en estas circunstancias para mostrar palpablemente lo que tenemos en España en materia pedagógica y lo que hacen las iniciativas privadas católicas sin protección alguna del Estado y sin el aparato de inspectores bien pagados y *europeizados*.

De *gran acontecimiento pedagógico* califica la importante *Revista Calasancia* la venida de Siurot á Madrid por las dos notabilísimas conferencias

que dió el 20 y 21 de Mayo en el Paraninfo de la Universidad Central. La primera de las conferencias fué casi toda ella *práctica*, haciendo el eximio Maestro que los 20 niños que trajo consigo (todos ellos pobres, con sus alpargatillas y ropitas raídas y remendadas, aunque limpias) mostrasen las excelencias insuperables de su sistema pedagógico en los conocimientos de Historia, Geografía, Fisiología, Aritmética, Geometría, grandezas y glorias de España, etc., etc., que allí revelaron los pequeños entre los aplausos de la docta y numerosa concurrencia. Uno de los números más curiosos y admirables de aquella hermosa sesión fué una discusión libre entre España y Francia, representadas por dos grupos de alumnos, defendiendo cada cual la situación, las riquezas naturales y artificiales, los progresos, las glorias y los hombres célebres de los países respectivos. Allí, al plantearse libre y espontáneamente mil cuestiones fué, para mí, en donde los niños mostraron mejor las aptitudes de su espíritu, un sentido y aprecio tan cabal del valor de las cosas, una expresión tan fácil y natural que dejó maravillado al auditorio.

Siurot se propuso en la primera de estas conferencias poner en escena todo cuanto dice en su precioso folleto *Cada maestrillo...* que encierra en pocas páginas toda una inmensa pedagogía del alma, sin que su autor, como donosamente nos dice, haya leído jamás un libro de esta materia (1).

En la conferencia del 21, presidida por el Rector de la *Universidad Central*, por el Director de la *Escuela Normal Central de maestros* y otras distinguidas personalidades de la ciencia y de la enseñanza, el Sr. Siurot ocupó la tribuna haciendo gala de su profundo saber, de su gran elocuencia y, sobre todo, de su celo apasionado y religioso por la enseñanza y educación de los niños pobres, causando sus palabras encendidas como ascuas y otras veces sazonadas con el ingenio y la gracia andaluzas, una impresión insuperable en el apiñado público que le escuchaba y aplaudía. No es posible reseñar la conferencia. Los periódicos católicos, y singularmente *El Debate*, la extractaron largamente. En ella explicó á grades rasgos su Pedagogía singular, y cómo movido por el ejemplo y la obra admirable del ilustre Manjón, y por el deseo de coadyuvar á la *Acción social católica*, dejó hace unos cinco años su bufete de abogado de porvenir y las comodidades de su clase para secundar los ruegos del igualmente afamado Arcipreste de Huelva, que le llamaba para sus escuelas del *Sagrado Corazón*. Por espacio de esos cuatro ó cinco años allí desarrolló Siurot un trabajo rudo alternando los "fracasos" (así lo decía él humildemente) con los éxitos, hasta llegar (esto lo decimos nosotros) á encontrar, por decirlo así, *la fórmula de la Pedagogía española: la Pedagogía del amor, de la alegría, del movimiento y del juego y... de la comunión frecuente*. Esta pedagogía excluye el libro de texto, el castigo y la rutina; pero, en cambio, exige al maestro mucho sacrificio y mucho estudio y mucha abnegación.

El 23 de Mayo recibió S. M. el Rey al Sr. Siurot y á sus alumnos. Siurot explicó á S. M. el origen y estado de sus escuelas, el sistema Manjón, ha-

(1) Biblioteca de «El granito de Arena». M. SIUROT: *Cada Maestrillo...* Observaciones pedagógicas de uno que no ha visto en su vida un libro de pedagogía. Prólogo del Arcipreste de Huelva.

ciendo que los niños respondiesen al examen que les hizo el Rey de Historia, Geografía, etc.

El Rey dijo á Siurot estas palabras, que conviene recoger, así como se publicaron á los cuatro vientos las dichas á propósito de las visitas á Palacio de los radicales Azcárate y Cossío: "En mi vida—dijo el Rey—he visto cosa que se le parezca. Es asombroso cómo estas criaturas se orientan con cuatro rasgos en el mapa universal y descubren el nombre de todas las ciudades del mundo de alguna importancia con tan pocos datos como se les da." Y luego añadió, dirigiéndose al ilustre y sabio pedagogo: "Cuenta usted, Sr. Siurot, con mi apoyo y con el de mi Gobierno, porque nuestro deber es cooperar á todo lo que resulte en beneficio de la cultura de la Patria." Lo que importa ahora es que esas palabras se hagan efectivas y que Siurot extienda su sistema de enseñanza á todas las escuelas de España.

El Sr. Siurot ha sido ya condecorado por el Gobierno con la gran medalla de Alfonso XII, creada para premiar los más altos merecimientos científicos. El *Ateneo Valisoletano* le nombró, á raíz de las conferencias de Madrid, socio honorario, invitándole á ocupar su tribuna. En resolución: el nombre de Manuel Siurot quedó definitivamente consagrado como una gloria nacional y como una personalidad pedagógica que figurará con su maestro Manjón al lado de Pestalozzi y Fröebel, continuando así la tradición española engarzada en los nombres preclaros que nos cita ese otro gran tratadista de Pedagogía D. Rufino Blanco en los *Orígenes de las ideas pedagógicas en España*.

Escuelas manjonianas parecidas á las de Huelva de Siurot, aunque no tan célebres y perfectas, existen algunas esparcidas por España, y Dios quiera que se multipliquen con rapidez. De las más notables son las que fundó hace cuatro años en *Los Santos* (Badajoz), población de 8.000 almas, el Párroco D. Ezequiel Fernández Santana, que es su alma y su director. Este grupo de escuelas cuenta hoy con 500 alumnos, los cuales tienen *Caja rural* y *Granja agrícola de experimentación* para su único servicio. El Sr. Fernández Santana dirige principalmente sus esfuerzos á hacer de sus alumnos honrados é inteligentes agricultores, según lo expuso en una notable conferencia que dió en Madrid no hace mucho en el *Centro de labradores de España*. Hasta ahora lo ha conseguido á maravilla; los alumnos, hijos casi todos de rudos campesinos, no solamente salen de las escuelas con nociones claras y prácticas de *agrimensura, contabilidad, análisis químico, fisiología, botánica, zoología, historia, gramática, derecho usual*, etc., sino con hábitos y costumbres sociales; con las virtudes del ahorro, de la previsión y de la cooperación, haciéndoles así capaces de sentir los grandes problemas actuales y disponiéndoles para secundar convenientemente toda gran iniciativa. A fin de que el influjo de la escuela no se desvanezca fácilmente, los muchachos que van saliendo hechos hombres forman un *Patronato de exalumnos* que da gran resultado.

El IV Congreso de las Ciencias.—El 15 de Junio se inauguraron las sesiones del *IV Congreso de las Ciencias* que habíamos anunciado en la Crónica anterior, cerrándose el 22 con asistencia de S. M. el Rey.

La *Asociación española para el progreso de las Ciencias*, fundada, como es sabido, en 1903, puede estar orgullosa de los resultados del último Congreso que atestigua el gran desarrollo cultural y de positiva investigación científica que va consiguiendo nuestra Patria en estos últimos años. Ha sido esta una semana de grata y provechosa labor. Del conjunto no podemos emitir juicio crítico razonado hasta que no se publiquen las *Actas*.

Sólo podemos decir que ha sido más nutrida la representación científica de congresistas y que las ocho secciones han tenido para su examen y discusión mayor número de Memorias y trabajos que en todos los anteriores.

Dos notas, á cual más simpáticas, hemos observado en este Congreso. La primera fué el número, cada vez mayor, de personas eclesiásticas que concurren poniendo muy alta la ciencia del clero español y desmintiendo una vez más que la Iglesia es enemiga del progreso científico. Más de una docena de sacerdotes compartieron el trabajo de las diversas secciones. Entre ellos citaremos los nombres de D. Miguel Asín y Palacios (sección de Ciencias históricas y filosóficas), del P. Longas y Bastibas (sección de Ciencias filosóficas é históricas), el P. Ibero (Secretario de la sección de Ciencias Naturales), PP. Vitoria y Munner (idem), P. Navarro, Director del observatorio de Granada (sección de Astronomía y Física del globo), etc.

También hubo importante representación femenina de profesoras é investigadoras que presentaron notables trabajos, como los de las Srtas. La Rigada, Irueste, Fernández Alonso, etc.

La segunda de las notas más interesantes del Congreso fué la *Exposición de aparatos y material científico*, porque en ella no se presentaban más que máquinas, aparatos, modelos ó proyectos inventados por españoles y los que, siendo de invención extranjera, se construyen ya en nuestra Patria. A juicio de los técnicos la Exposición ha sido brillante, sobrepujando á todo lo que se esperaba. Los expositores han sido: el *Laboratorio de Automática*, el *Museo de Ciencias Naturales*, los *Laboratorios de Física de la Universidad Central*, el *Observatorio Astronómico*, las *Escuelas de caminos, de minas, de montes, de agrónomos é industriales*, el *Instituto católico de Artes é Industrias*, la *Academia de Ingenieros militares*, el *Laboratorio Químico del Ebro*, el *Laboratorio de Artillería*, etc., y muchos particulares.

Entre los inventos presentados figuran: los ya conocidos del Sr. Torres-Quevedo, que preside la Exposición, como el "Telekino", el "Sintetizador", "Máquina algébrica", el dirigible "Astra Torres", etc.; el "Fusiómetro" del Sr. Viejo; el "Biplano" del Jefe de la Guardia civil Sr. Montero, cuyo aparato tiene 60 metros cuadrados de superficie con estabilizadores automáticos inventados por este militar; el "Magnetógrafo" del Sr. Brañas; el "Carrete de alto potencial" del Sr. Sánchez; un aparato del Profesor D. Baldomero Bonet para obtener el cloruro de antimonio; el Dr. Casares, Profesor de Análisis de la Universidad Central presentó el aparato "Villstatter", construido y modificado por él; el Profesor de Química D. José Rodríguez presentó otro aparato de invención suya para la preparación del carbonato monopotásico; el P. Munner expuso otro aparato inventado por él para la obtención del oxígeno; otros varios de suma importancia del Ingeniero militar Sr. Mier,

del Jefe de Telégrafos Sr. Santano y del Académico de Ciencias Sr. Hauser, etc., etc.

Inauguró las sesiones el Sr. Cajal leyendo un acabado trabajo sobre *La célula*.

Las secciones fueron presididas: la de *Ciencias matemáticas*, por el señor Echegaray; la de *Astronomía y Física del globo*, por el Sr. Azcárate (D. T.); la de *Ciencias Físico-Químicas*, por el Sr. Banús; la de *Ciencias Naturales*, por el Sr. Cajal; la de *Ciencias sociales*, por el Sr. Azcárate (D. G.); la de *Ciencias filosóficas, históricas y filológicas*, por el Sr. Hinojosa; la de *Ciencias médicas*, por el Sr. Gutiérrez, y la de *Ciencias de Aplicación*, por el señor Arrillaga. Nos haríamos demasiado prolijos si fuésemos á dar cuenta sólo de los títulos de las Memorias que se presentaron en las diversas secciones. El mencionar las más importantes señalando sus méritos queda, como hemos indicado, para cuando se publiquen las Actas del Congreso.

El intercambio intelectual hispano-francés: Profesores españoles en Burdeos.—Leemos en *La Petite Gironde* de 1.º de Junio una extensa reseña de las conferencias pronunciadas en la Universidad por los Profesores de la Universidad de Oviedo Sres. Arias de Velasco y Onís, acerca de la *Constitución de Cádiz* el primero y de la *Literatura española* el segundo. Estas conferencias han causado muy buena impresión en los oyentes, que las aplaudieron con entusiasmo. El intercambio franco-español parece que despierta grandes simpatías. El Rector de la Universidad de Oviedo Sr. Canella ha sido nombrado oficial de la *Legión de Honor*, siendo muchos los profesores franceses que le han felicitado con este motivo.

La expedición científica á Marruecos.—Acaba de regresar la Comisión científica enviada á Marruecos por la *Real Sociedad Española de Historia Natural* y el Ministerio de Fomento, con el objeto de estudiar la zona sometida á nuestro protectorado. La Comisión formada por los Sres. Navarro, Dantín, Bernaldo de Quirós, Cabrera y Escalera ha estudiado en los dos meses que ha durado la expedición la contextura geológica (Navarro), la meteorología, la flora y las condiciones agrícolas (Dantín), asegurando que "en la zona del Lucus tiene la colonización española enormes extensiones de tierras negras, comparadas en fecundidad con los famosos *schernovz* rusos, riquísimas en humus" de las que el Sr. Dantín trajo muestras para su análisis; la zoología (Cabrera y Escalera), descubriendo un género enteramente nuevo de coleópteros, y, por fin, la etnografía, comprendiendo en su estudio la raza, las lenguas, costumbres, religión, derecho y moral de los marroquíes, que se encomendó á Bernaldo de Quirós. Para este interesante estudio el Sr. Bernaldo de Quirós se sirvió además de la observación directa en aduares y poblaciones, de las relaciones de los jefes y oficiales del Ejército, del personal diplomático y consular y de algunos moros y judíos notables. Así dice que el Derecho y la Moral los estudió con el anciano Esselani, el más culto de los intelectuales tetuaníes; la Religión con el faquir de Alcázarquivir Sidi-Mohamed-Saidi-Reisuni; la Administración local con el caid de Anyera; la situación del pueblo hebreo con Moryusef, el más influyente de los judíos de Larache, etc. La Comisión publicará un libro resumiendo todos

sus trabajos y además cada comisionado prepara la publicación de estudios monográficos sobre los datos de su especialidad. En el *IV Congreso de Ciencias*, de que hemos hablado, se han presentado algunas de estas Memorias.

Reales Academias: premios.—El 15 de Junio entró como individuo de número en la *Real Academia de la Historia* el ilustre periodista D. Jerónimo Becker. Su discurso de recepción versó sobre *La vida local en España*. Según el nuevo Académico las antiguas libertades y fueros municipales de España no expresaban el verdadero sentido de la libertad ni fueron el origen de ella, porque “en el seno de aquéllos (los municipios) subsistió acentuada toda la desigualdad que existía en las demás esferas sociales que esos municipios, poderosos algunos hasta el extremo de poner en pie de guerra verdaderos ejércitos, exagerando el sentimiento de independencia local, fueron una de las principales causas de nuestra decadencia”. Le contestó el Académico Sr. Beltrán y Rózpide, insistiendo sobre los mismos puntos de vista.

—En la misma sesión fué concedido el premio de 3.000 pesetas á D. Narciso Estenaga y Echevarría, Canónigo de Toledo, por su obra *El Cardenal Aragón y el reinado de Carlos II*.

—El 27 de Abril fué también recibido en la *Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* el eximio escritor católico D. Angel Salcedo Ruiz. Su elegante discurso desarrolló el siguiente tema: *Substantividad y fundamento del Derecho militar*. Le contestó el Excmo. Sr. D. Javier Ugarte y Pagés.

La situación social: otra derrota del partido socialista.—Ya hemos indicado otras veces que, así como las ideas fundamentales del socialismo económico no pierden sino que ganan cada día muchos adeptos, así sus organizaciones, sus partidos y sus procedimientos son un continuo tejer y destejer, un no interrumpido fracaso. El socialismo español tiene sobre sí dos grandes vicios que corrompen todas sus obras: 1.º, el empeñarse en ser anticatólico, y 2.º, el aliarse con los partidos políticos, especialmente con el republicano, que es el más desacreditado y de más sucia historia. Da pena, si no indignación, ver á *El Socialista*, ahora diario, dedicar una sección constante á dar cuenta de los *matrimonios civiles* entre sus adeptos, así como de las inscripciones en el Registro civil de los hijos sin recibir las aguas bautismales, ensalzándolo todo como si fuesen actos heroicos con los que el proletariado mejora de situación moral y económica, volviendo las espaldas al Redentor y á su Evangelio, en el que está únicamente el verdadero programa social.

Por lo que hace á su unión con los republicanos el socialismo español acaba de recibir su merecido, dando la razón á aquel grupo bastante numeroso que en el *IX Congreso nacional del partido socialista* de Septiembre último se mostraba ya enemigo de continuar en la Conjunción republicano-socialista, según dijimos á su tiempo. porque, con motivo de los últimos debates parlamentarios, se dividió el partido liberal, se dividieron los republicanos y se rompió la famosa Conjunción republicano-socialista, quedando con esto Pablo Iglesias completamente fracasado y los suyos muy desalentados y maltrechos.

El *Manifiesto franco-español* del 6 de Mayo es otra campanada solemne dada en el vacío y un llamamiento á la carcajada universal. ¿Qué tendrán que ver con la mejora progresiva de los obreros la Monarquía ó la República ó la cuestión de Marruecos?

Cuando se piensa en lo que es y representa el socialismo español que no suma arriba de 15.000 obreros; cuando, aun agregándole los 140.000 que tiene la *Unión general de trabajadores* se considera que hay en España más de cuatro millones de obreros, dan ganas de reír escuchando sus baladronadas.

Y esta desproporción inmensa entre el número total de obreros y los afiliados al socialismo es poco más ó menos igual en todos los países. Considerado el socialismo así por alto y aisladamente (hablo del socialismo heterodoxo) parece que asusta y va á vencernos mañana, porque se le ha permitido, con nuestro abandono, la exclusiva de la representación del proletariado. Esto conviene repetirlo una y mil veces para que los católicos se convenzan de la necesidad urgente que tenemos de abrir con franqueza todo nuestro programa social y lanzarnos á la conquista del obrero que aún está en su mayoría por organizar ni en sentido católico ni en sentido socialista.

Para confirmación de lo dicho voy á presentar á nuestros lectores los últimos datos estadísticos que he podido recoger, unos debidos al *Secretariado internacional de los centros nacionales sindicalistas*, domiciliado en Berlín, y otros á *Le Mouvement Social* (15 Mayo 1913). En los 17 Estados siguientes: Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, Finlandia, Alemania, Austria (con Bosnia-Herzegovina y Croacia-Eslavonia), Hungría, Serbia, Rumania, Suiza, Italia, España y Estados Unidos se calculan unos 86.139.400 obreros sindicables. Pues bien: de éstos sólo hay *sindicados* 11.532.218, y de éstos están afiliados á la *Internacional socialista* 6.900.995, quedando para los sindicatos católicos é independientes 4.631.223. Los 75 millones restantes son todavía materia dispuesta, lo mismo para el *socialismo* heterodoxo que para el que podemos llamar católico.

Las cifras relativas á España nos parecen muy inexactas, por no decir completamente equivocadas. Nos dan un total de 3.200.000 obreros sindicables cuando todos sabemos que pasan de cuatro millones. En la casilla de los sindicados aparecen 80.000 y en la de los sindicatos socialistas los mismos 80.000, como si no existiesen los 226 sindicatos católicos, que nos contaba poco ha el maestro Severino Aznar, con cerca de 20.000 asociados. El mismo Severino Aznar calculaba en 100.000 los obreros que, desparramados en multitud de asociaciones católicas, podían reunirse bajo las banderas del sindicalismo cristiano en poco más de un año.

Lo que hace falta es una buena dirección, un programa claro y definido que satisfaga plenamente á los obreros y les inspire confianza, un tipo de organización sindical sin mixtificaciones que paralizan y matan las iniciativas individuales, que impiden la redención del obrero por el obrero mismo, en una palabra, el sindicalismo puro tal como lo practica en Bélgica el P. Ruthen, O. P., bendecido y aplaudido por el Papa y por toda la Bélgica católica, con rabia del socialismo. "Sin el Sindicalismo obrero católico—decía el maestro Aznar—no hay más que este dilema: ó el proletariado será socialista ó el proletariado perderá su derecho de asociación; porque los Estados, por instinto de

conservación, lo suprimirán otra vez airadamente como lo hicieron á fines del siglo XVIII y principios del XIX." "Medítelo bien quien debe", añade el insigne y autorizado escritor. Y eso mismo decimos nosotros, declinando responsabilidades.

Los Dominicos de Andalucía: el P. Gerard.—El dignísimo Provincial de nuestra provincia dominicana de Andalucía P. Fr. Juan Casas ha instituído por *Circular* del 12 de Octubre de 1912 un *Consejo de Acción social* permanente compuesto de tres religiosos para que "se ocupe de la *Acción social católica* y vele sobre su desarrollo entre nosotros, á fin de imprimirle unidad, permanencia y eficacia en toda la provincia". En la primera de las *Normas* redactadas por el mencionado *Consejo de Acción social* se hace esta importantísima y transcendental declaración: "Es conveniente y hasta necesario, *dadas las condiciones y exigencias de los tiempos presentes*, que en todas las casas de la provincia se emprenda activa propaganda sobre *cuestiones católico-sociales*, sin perjuicio del púlpito, confesonario y cultos, cosas propias de la Orden, pero *no exclusivas* (1)."

En consecuencia, la provincia de Andalucía comisionó al R. P. Fr. Pedro Gerard para que terminase sus estudios sociales en el extranjero y principalmente en Bélgica, en donde convivió tres meses con nuestro hermano de hábito el P. Rutten, visitando después Alemania, Austria é Italia.

En Roma recibió la aprobación y la bendición del Emmo. Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad y del Maestro general de la Orden, autorizándole para que continuase su apostolado social en España, acomodándose al sistema sindical que con tantos éxitos propaga el P. Rutten en Bélgica, y se extiende como la solución última y más acertada del Catolicismo social en todos los países.

A su regreso del extranjero el P. Gerard recorrió varias poblaciones de España como Barcelona, Zaragoza, Oviedo, Orense, Salamanca y Madrid, requerido por las Juntas directivas de algunos Sindicatos y por varios amigos que sustentan el mismo criterio de organización social.

Después de la reunión que tuvo en Zaragoza el 25 de Mayo con varios sindicalistas, y en la que procuraron estorbar todo lo que pudieron los mismos que tanto afborotaron á raíz de la *Semana Social* de Pamplona, fué el Padre Gerard á Valencia llamado por los Sindicatos que allí fundó el ilustre é incansable organizador D. Juan Reig, y allí dió algunas conferencias que entusiasmaron á los obreros, regresando después á Jerez de la Frontera, en donde el P. Gerard tiene los Sindicatos que él fundó y le sirven de modelo inmediato para sus propagandas. Las adhesiones, no al P. Gerard, sino á su programa sindical, son continuas y numerosas; según nuestros informes, son unos 5.000 los obreros ya organizados sobre ese tipo sindical. Querer ahora presentar al P. Gerard y demás sindicalistas como rebeldes á las *Normas* del Primado es el colmo de la simpleza. Para deshacer el sofisma no hay más que ceder la palabra al mismo Emmo. Primado, quien en el *Preámbulo* á las *Normas* dice que "las presentes *Reglas* son susceptibles aun de aquellas

(1) *Normas de Acción Católico-Social para la provincia de Andalucía*, O. P. 1913, Tipografía del Rosario, Almagro. •

reformas que el tiempo y la experiencia aconsejen". Y luego añade: "Pero aunque, á nuestro juicio, el Reglamento interprete bien las aspiraciones de todos, no fiamos tanto en él como en el celo de los católicos que, con desinterés y constancia superiores á todo elogio, se dedican á llevar las luces de su inteligencia y, sobre todo, el espíritu cristiano á las asociaciones obreras. Los Reglamentos, en la fría sucesión de sus artículos, carecen de vida; ésta solamente la adquieren desde el momento en que, gracias á la abnegación de unos y á la correspondencia, cooperación y sumisión de otros, encarnan en la realidad." El Emmo. Cardenal Aguirre, que conoce personalmente al P. Gerard y su programa, que bendijo sus trabajos, no coarta, sino que supone y exige las iniciativas, los ensayos, las experiencias y el contraste de las propagandas y discusiones particulares dentro de la ortodoxia.

Por otra parte no se compagina bien, ni mucho menos, pregonar á los cuatro vientos el *Sindicalismo*, que es esencialmente profesional y obrero, concediendo á los patronos autoridad efectiva y decisiva en los Sindicatos, como de ordinario sucede en las organizaciones corrientes. En este punto los Sindicatos de Jerez son un modelo: aquellos católicos y abnegados patronos protegen económica y moralmente á los Sindicatos con largueza ejemplar y están totalmente excluidos de los Sindicatos, sin figurar sus nombres ni autoridad efectiva ni honoraria para nada, practicando así la limosna como Jesucristo nos manda en el Evangelio, sin que se sepa, sin retribución.

Además hay que tener en cuenta que el llamado *problema social* exige ya en las presentes circunstancias una subdivisión; son en realidad tres problemas bien distintos y bien diferenciados para todo aquel que esté regularmente informado de la marcha de las ideas y de los acontecimientos sociales: el problema *patronal*, el de las *clases medias* y el propiamente *obrero*.

Esto debe ser más patente para los católicos sociales que no quieren el bien exclusivo y la cristianización de una sola clase, sino de todas llevando á cada una sus propios derechos y deberes. Cada uno de estos aspectos del problema social reclama, á nuestro entender, un tratamiento especial, una organización y una dirección propias y distintas, verdaderamente profesionales, para que la diferenciación y no la *confusión* iniciales faciliten y den por resultado la armonía última y definitiva de todas las clases. Así es que hay campo para todos. No se trata de destruir, de zaherir y combatir nada de lo existente; todo tiene su finalidad, su alta misión que cumplir. La clase patronal necesita organizarse y ser dirigida en católico; lo necesita la clase media, y la clase obrera reclama el sindicato católico puro y neto, pero *sindicato*. De seguir con esa confusión dígame de una vez que no se quiere el sindicalismo y que nos encontramos perfectamente con el antiguo sistema de los *círculos*.

FR. J. D. GAFO, O. P.

Madrid, Junio de 1913.

ITALIA

Los trabajos para la corrección de la Vulgata.—Conocido es de todos el propósito del Santo Padre de corregir de nuevo la Vulgata y eliminar de ella aquellas imperfecciones que el último editor, Clemente VIII, confesaba no haberse podido remediar. La experiencia de las primeras correcciones ha mostrado ya que la obra no era tan fácil como los Padres del Tridentino prueban, los cuales creían que una comisión de teólogos podría en poco tiempo llevar á feliz término la empresa y presentar al Concilio para su aprobación una biblia latina bien corregida y que fuera fiel reflejo de la tradición escrituraria de la Iglesia Romana. Su Santidad Pío X encargó á los PP. Benedictinos, cuyo amor al estudio de la paleografía y de las antigüedades eclesiásticas y cuya asiduidad y paciencia son proverbiales, la preparación de los trabajos previos, que consistirán en restituir á su primera forma la obra de San Jerónimo corrompida en el curso de los siglos. La tarea comenzada á fines de 1907, en que se estableció en Roma una comisión de religiosos presididos por Dom Gasquet, Abad general de la Congregación inglesa. Su asiento es el Monasterio de San Anselmo *in Aventino*, adonde se deben reunir todos los materiales recogidos en las bibliotecas y archivos de Europa, los cuales, por voluntad expresa del Sumo Pontífice, deben recorrer para que no se omita medio alguno de los que puedan conducir á la realización de la obra. Para evitar las deficiencias de los anteriores trabajos en la colación de los manuscritos y para que esto se pueda hacer y repetir cuantas veces sea necesario, los principales códices son fotografiados y, cuidadosamente dispuestos, se reúnen en San Anselmo para su atento estudio. Los volúmenes de los códices así reproducidos con toda exactitud alcanzarán á muchos centenares. Este será el primer fruto de los trabajos de la Comisión, reunir y poner á disposición de los estudiosos los mejores manuscritos esparcidos en toda la extensión de Europa, pues los padres Benedictinos, con entera generosidad y como quien trabaja para el bien de la Iglesia y no por gloria personal, se muestran contentos de que todos utilicen tanto los códices por ellos coleccionados como los otros trabajos que poco á poco ellos hacen. Otro fruto de estos estudios es la publicación de los mejores códices en una biblioteca que, bajo el nombre de *Collectanza Biblica Latina*, contendrá y pondrá al alcance del público los mejores manuscritos de la Biblia latina. El primer volumen es una nueva y desconocida versión del Salterio, atribuida á Rufino de Aquileya, y próxima está la publicación del códice vercelense, el más antiguo de los Evangelios que en lengua latina se conserva. Y el tercer fruto es un estudio de los manuscritos todos de la Biblia latina, con su descripción detallada y con su división en familia y los caracteres que á éstos distinguen, indispensables para los investigadores futuros de la paleografía bíblica latina. La colación de todos los manuscritos se hace con sumo cuidado y con referencia al texto común de la Vulgata, que para este propósito se ha impreso con absoluta exactitud y suprimidas todas las divisiones, puntuación, etc., de suerte que el texto impreso se parezca á un manuscrito. Con-

cluida esta tarea de colación, que se calcula durará aún diez ó doce años, comenzará el examen de las variantes y la redacción del texto definitivo, no de la Vulgata, sino de la versión de San Jerónimo, al menos en los libros que el Santo Doctor tradujo.

Congreso nacional de Psicología.—Es el segundo que se reunió en Italia en Marzo último, gracias á la iniciativa y actividad del profesor De Sanctis de la Universidad de Roma. Fuera de los temas señalados á determinados profesores en el Congreso anterior de Turín sobre *la clasificación de los estados psíquicos, sobre las relaciones entre los fenómenos psíquicos y el sistema nervioso* y sobre *los problemas psicológicos de la psicoterapia*, que fueron objeto de especial y animada discusión, otros muchos profesores nacionales y aun algunos extranjeros presentaron trabajos y memorias concretas de Psicología, entre las cuales sólo mencionaré la de Ferrari acerca de un caballo por él adiestrado, porque este asunto de la *capacidad de los caballos* ha sido objeto de artículos, conferencias y disputas este año en Italia y en particular en este Congreso, á propósito de los famosos caballos dichos de *Elberfeld*. Dos conclusiones generales se desprenden de este Congreso. La primera es el amor y entusiasmo con que aquí en Italia se comienza á estudiar la Psicología, que cuenta con una *Società Italiana di Psicologia*, con laboratorios en las Universidades, varias revistas, profesores enamorados de su ciencia y particulares que, por pura afición científica, dedican á ella sus talentos. La segunda es el descrédito en que va cayendo el empirismo materialista que, enamorado de los hechos brutos, se desdeñaba de estudiar el espíritu y sus manifestaciones. Los profesores italianos muestran marcadas preferencias por el espiritualismo, aunque no sea siempre el cristiano ni menos el tomista, y el método por ellos proclamado es el de introspección, que comienza á prevalecer en Alemania. (Cf. LA CIENCIA TOMISTA, vol. V, pág. 285.)

Nueva sociedad psicológica.—Como una sección particular de la sociedad general titulada *Pro Cultura* se ha constituido en el pasado Abril la *Società Italiana per gli Studi filosofici e psicologici*. Ambas son católicas. El objeto de esta última es promover y difundir el movimiento escolástico. Toma el indicado nombre más general “para no decidir la tan debatida cuestión de las relaciones entre la psicología empírica y la filosofía” y “porque entre sus miembros hay muchos cultivadores de la psicología experimental, que poco á poco se va librando del mezquino exclusivismo de las medidas y experiencias fisiológicas para orientarse hacia el método introspectivo”. “A diferencia de otras sociedades, no acogerá á todos los varios representantes de los contrarios y múltiples sistemas, porque estamos convencidos que al progreso filosófico son más útiles las asociaciones que se hallan substancialmente conformes en una dirección única de métodos y principios.” “Confiados en el auxilio de Dios y con un saludo á nuestro Maestro, al grande é inmortal Santo Tomás, nos ponemos con serenidad al trabajo, para prepararnos en la tranquilidad de un trabajo constante á llevar la onda fresca de las ideas cristianas á nuestra nacional cultura.” La Sociedad adopta por su órgano la *Rivista di Filosofia Neo-Scolastica* y promete publicar un *Bollettino bimestrale* de sus trabajos y reuniones.

Las Conferencias de Boutroux.—Las anotamos en esta crónica, no por lo que ellas son en sí, sino más bien por su significación. Si se mira á una buena parte de la multitud estudiosa que aplaudió al orador-filósofo francés en Roma y Milán el pasado Marzo, veremos en los aplausos un signo más de la muerte próxima del positivismo en Italia; si atendemos á quienes invitaron al conferenciante, la institución *Le Lettore Fogazzaro*, á la persona invitada y á las doctrinas desarrolladas en las conferencias, podremos ver, no una aspiración hacia las alturas de la pura verdad, sino una caída en el abismo oscuro del immanentismo religioso, de la teología y apologetica modernista. Los temas de las conferencias fueron: *Laïcité et laïcisme, Sciences et scientisme, Religion et vie*. En la primera, *Laïcité* significa el cultivo de las facultades humanas, el desarrollo en todos los órdenes de las energías naturales del hombre, el humanismo, no santo de suyo, pero santificable por otra cosa superior; *laïcisme* es lo mismo, pero con carácter exclusivista, intolerante y belicoso, que el autor condena como un peligro y un daño para la autonomía de la persona. *Science* es la ciencia positiva dentro de sus justos límites, y llama *scientisme* á la ciencia positivista que pretende sujetar aun el espíritu del hombre á las leyes férreas de la física y negar todo lo que no sea asequible con los auxilios de esta ciencia. También condena esto el orador, aunque en los términos que eran de esperar en el autor de *La contingence de les lois de la nature*. En la tercera, *Religion y vida*, sobre las ruinas del laicismo y del *cientifismo*, trata de establecer la necesidad de la religión para el desarrollo de la *vida*, para la perfección de nuestra naturaleza, y esto como una cosa que la misma naturaleza pide. En substancia esto no es más que la vieja cantilena de los postulados de la razón práctica de Kant, el immanentismo religioso condenado en la Enciclica *Pascendi* y cuya inconsistencia se demuestra por la doble razón, que hace la gracia sobrenatural *natural* y reclamada por la misma naturaleza, y que establece su necesidad, así como la de Dios y cuantas de ésta se deriven de sola la exigencia nuestra, de que nos es necesaria para el pleno desarrollo de nuestra *vida*.

Policia de los cinematógrafos.—Creo que ya no es la primera vez que el Ministerio de Gobernación se ocupa de los espectáculos cinematográficos, de que tanto se usa y se abusa para distraer el ánimo de las gentes, para excitar la curiosidad y mover los bajos instintos de la bestia humana. A juzgar por los grandes anuncios ilustrados que en los cercados de las casas en construcción y otros sitios semejantes saltan á los ojos aun del más recatado, los *cinemas* de Roma, é igual se podrá decir de Italia, no son lo más conformes á las leyes de la pública higiene moral. Para remediar este mal Giolitti acaba de publicar una circular en que se prohíbe la exhibición de películas confeccionadas en Italia ó traídas del extranjero que no lleven el *nihil obstat* del Ministerio, y aun con este permiso las autoridades policíacas locales tendrán, por motivos excepcionales, facultad de prohibir las que crean convenientes. La prohibición alcanza también á los *reclamos*, que son siempre la reproducción de las escenas más vivas de toda la película.

El escándalo del Palacio de Justicia.—Con este ó semejante título se vienen publicando sendos y apasionados artículos en los periódicos desde co-

mienzos del año, y en las Cámaras ha dado lugar á discusiones ardientes. Por fin, la Comisión investigadora, nombrada al efecto por las Cámaras, ha terminado sus trabajos, los cuales fueron aprobados y, por una orden del día, remitidos al 3 del corriente á la autoridad judicial para los *efectos consiguientes*. La dicha Comisión había recibido el encargo: 1.º, de determinar las causas de la diferencia entre las sumas destinadas á las obras del Palacio de Justicia y á su funcionamiento y las verdaderamente empleadas. La diferencia, según las denuncias, parece alcanza á muchos millones de liras; 2.º, poner en claro las responsabilidades de cualquier orden, aun político; 3.º, proponer las medidas oportunas para evitar la repetición de semejantes sucesos en la administración pública. Las respuestas de la Comisión son suaves en la forma, pero en la substancia revisten suma gravedad y explican el apasionamiento que el asunto produce. En la segunda, que es la más viva por ser más personal, la Comisión califica la conducta de algunos diputados de *non corretta, non costantemente corretta, gravemente scorretta, degna di censura*; y de los funcionarios del Estado dice que *non siasi costantemente conformata* (su conducta) *all' efficace e doverosa tutela degli interessi dello Stato*. La censura alcanza á los mismos miembros del Gobierno; algunos pasados Ministros de Gracia y Justicia, de Obras públicas y Gobernación y aun algún Presidente del Consejo reciben también alguna calificación menos honrosa. La Cámara, "vistos los documentos publicados y oída la discusión, levanta acta de las conclusiones de la Comisión investigadora en el asunto del Palacio de Justicia, remite los informes á la autoridad judicial é invita al Gobierno á proponer las reformas de contabilidad, orgánicas y de procedimientos necesarias para contener los gastos de las obras públicas dentro de los límites de la autorización de las mismas y á asegurar la defensa del Estado en frente de los empresarios". Esperamos que la aclaración del asunto sirva de lección á todos para que todos aprendan á buscar y practicar la justicia en la administración de la casa pública.

FR. A. CUETO.

HOLANDA

Congresos científicos.—Hace poco tuvo lugar un *Congreso de ciencias físicas y médicas*. Sólo voy á hacer reseña de una tesis que fué la novedad del Congreso. Tal fué la presentada por Mr. Chamberlin, Profesor de Geología de la Universidad de Chicago, sobre *La hipótesis planetesimal*.

La hipótesis Kant-Laplace acerca del origen y formación del mundo fué, como es sabido, universalmente aceptada durante casi un siglo. Las dificultades que presentaba esta teoría fueron aumentando al compás del progreso de las ciencias y de las nuevas investigaciones. En vista de esto el Profesor Chamberlin propone una nueva teoría que llama "planetesimal", fundada en gran parte en las matemáticas.

Según ella los planetas traen su origen de una nebulosa espiral. Las ex-

experiencias espectroscópicas muestran, al parecer, que el cielo se compone de muchas masas nebulosas, de las cuales algunas tienen la forma espiral.

La nebulosa espiral consta de un núcleo luminoso y de dos brazos ó colas en forma de espiral que arrancan de dos puntos del núcleo diametralmente opuestos. Las moléculas que forman las colas espirales se mueven elípticamente en relación con el núcleo, y son las que se llaman *planetesimales*.

El Profesor Chamberlin dice que estas "nébulas" ó las moléculas *planetesimales* de que se componen se forman cuando se cruzan dos soles.

Y entonces, al ponerse todo en movimiento, los *planetesimales* mayores forman los planetas, y los menores, los satélites.

Esta es, en brevísimo resumen, la nueva teoría de Chamberlin, la cual, al parecer de los sabios, explica admirablemente el curso de los planetas y resuelve las dificultades que ofrecía la de Kant-Laplace, así como el curso de "Phobos" y la celeridad del interior de Saturno.

—También los lingüistas han celebrado un *Congreso de filosofía* cuya reseña me parece de interés para los lectores de LA CIENCIA TOMISTA.

La crisis del protestantismo: nueva versión holandesa de la Biblia.—El protestantismo holandés se ve cada día más afectado de la crisis general por que atraviesa en todos los países la *pseudorreforma*. Cada año aparece una nueva iglesia con una nueva doctrina y con su disciplina particular; y lo bueno es que, proponiéndose cada secta hacer efectivo aquel *Unum corpus sumus in Christo*, la confusión es mayor y la disolución se presenta por todas partes.

Algunos protestantes, á quienes no se puede negar la buena fe, se hacen cargo del enorme peligro y prorrumpen en gritos desgarradores que, tal vez, respondan á aquellas palabras acariciadoras que la Iglesia católica desde hace tres siglos dirige á la iglesia disidente: *Revertere filia ad domum Patris tui*.

Uno de esos protestantes sinceros escribía hace poco: "No puede menos de notarse con gran tristeza que los espíritus modernos huyen de la Sagrada Escritura, de la palabra de Dios. Esta aversión no es otra cosa en puridad que la aversión y la huida de la Iglesia, de la vida cristiana y de la Religión. Cada decenio aumenta de modo aterrador el número de los que caen en la incredulidad. El protestante no tiene otro amparo, otro recurso para sostener la vida cristiana que la Sagrada Escritura; carece de la infalibilidad del Papa; no está obligado á la comunión pascual ni á oír Misa; ignora lo que es el Sacrificio y está privado del gran consuelo y arrimo de la Confesión, y, por fin, está lejos, muy lejos, de esa Madre, estrella de los mares, que se llama María."

Esto y otras muchas cosas tan expresivas se han dicho con motivo de la nueva versión de la Escritura en holandés que se propusieron hacer algunos ministros protestantes para excitar al pueblo á su lectura y meditación, á fin de contener á los fieles en la pendiente de la impiedad y ver si sobre esta nueva base se aproximan y unen todas las sectas.

Quieren los nuevos editores que esta nueva versión sirva como de regla única y eficaz para todos los disidentes.

Probablemente nada conseguirán con este nuevo esfuerzo y con una regla tan vaga, susceptible de tantas interpretaciones, como es la Sagrada Escritura, faltándoles el Magisterio infalible del Papa, que, como hemos visto, algunos echan de menos, pareciendo que lo anhelan.

Los protestantes de buena fe irán entrando en la Iglesia católica, y los que caigan en la incredulidad irán á engrosar la masa de los que, al fin, han de convertirse á Jesucristo para consumir su obra.

Los cursos sociales.—Nuestra *Acción social católica* acaba de establecer definitivamente los *Cursos sociales* que están dando resultados tan notables en nuestros países vecinos Alemania y Bélgica.

Para ello se han puesto de acuerdo la *Oficina Central de la Acción social católica de Leyde* y la *Oficina de los Sindicatos católicos*.

Los cursos están dedicados exclusivamente á la instrucción de los que han de ser directores de las diversas instituciones sociales católicas, ya que lo que se pretende es llegar á la organización sindical verdad, para lo que los católicos holandeses carecemos todavía de aquella espontánea abundancia de personal social, mejor ó peor preparado, que hay en otros estados más populosos y en los que la mayoría es, afortunadamente, católica. Queremos que los que hayan de ser presidentes, secretarios, tesoreros, etc., de nuestros Sindicatos vayan bien informados y penetrados del verdadero método científico y técnico, para que la obra social no sufra retrasos ó entorpecimientos funestos.

Estos cursos se dividirán en dos partes, cada una de las cuales durará dos semanas, no admitiéndose en cada uno de ellos más de 30 oyentes. Todos los días habrá tres clases: por la mañana, al mediodía y por la tarde.

En la primera parte del curso se darán por la mañana lecciones sobre *Lo que es la acción social, de los obreros, de los ciudadanos en general, de los obreros del campo, del liberalismo y del socialismo*.

En las lecciones postmeridianas: *de apologética, de la existencia de Dios, de Cristo, de la Redención* y, además, otra serie de lecciones destinadas á explicar las funciones propias de los *presidentes, secretarios, tesoreros*, etc., de los sindicatos.

Por las tardes ejercicios prácticos de *oratoria*, de *presidir* una institución cualquiera y tratar de todos los asuntos posibles que puedan interesarle.

Es de advertir que en Holanda el contrato de trabajo está regulado por la misma ciudad. Pero á pesar de todo se originan no pocos conflictos, y con frecuencia se suscitan cuestiones muy difíciles de resolver en la práctica. Por esta razón la segunda parte del curso social está toda ella dedicada al estudio de las múltiples cuestiones y aspectos que encierra el contrato del trabajo.

Puede decirse que este es el verdadero caballo de batalla entre los socialistas y los católicos sociales. En general, es evidente que toda institución obrera tiende de suyo á la independencia económica sobre la base de un contrato de trabajo cada vez más favorable para el obrero. Los socialistas marxistas son en esto intransigentes y por eso reclaman para sus agrupaciones

una independencia absoluta de todo influjo patronal ó extraño hasta rayar en hostilidad permanente, cosa que halaga por lo menos en el momento á los obreros.

Los católicos tenemos que andar aquí con gran tino. No podemos proclamar en absoluto esa independencia total rayana en hostilidad de unas clases con otras; el orden y la autoridad y la sumisión son indispensables en toda organización; el cuerpo sin cabeza perece, y, además, hoy por hoy, creemos que los obreros no están todavía suficientemente capacitados para dirigirse ellos solos á sí mismos en todos sus difíciles y peligrosos negocios.

Otro de los puntos que han de tocarse en los susodichos cursos sociales es el relativo á las *clases medias*, que tanto va preocupando en todos los países, hasta el punto de constituir una segunda cuestión social al lado de la llamada cuestión obrera. Los *cursos*, organizados y aprobados por la autoridad eclesiástica, está encargada de publicarlos, tan luego como se den, la *Oficina Central de la Acción social católica de Leyde*.

Cuando los tengamos á la vista hablaremos de ellos á nuestros lectores, informándoles de lo más saliente.

El Congreso Internacional de la habitación popular.—La habitación higiénica, cómoda y espaciosa es un auxiliar poderoso para la moralidad y un verdadero estímulo para la vida de familia, sin cuyo robustecimiento, como base, es inútil todo intento de restauración social. En Alemania, Inglaterra, Bélgica, España, Francia y en todos los países cultos, la cuestión de las *casas para obreros*, *casas baratas*, etc., ocupa preferentemente la atención de los gobiernos y de todos los que anhelan la redención de los que pierden la salud, la moralidad y los hábitos de familia en tugurios indecentes en que los moradores viven hacinados y en forzosa promiscuidad.

La cuestión ha adquirido estado internacional y son ya nueve los *Congresos* del mismo carácter que se han celebrado.

Para el 5 de Septiembre próximo está anunciado el *décimo*, que por iniciativa de nuestro Gobierno ha de celebrarse en La Haya.

Para que las discusiones y resultados del Congreso sean verdaderamente útiles y practicables, los diferentes países que han de intervenir encargarán á reconocidos especialistas la redacción de informes exactos y bien documentados conforme al cuestionario ya hecho, y luego de impresos se enviarán á todos los miembros del Congreso para su estudio, á fin de que, discutidas las conclusiones en el Congreso, puedan presentarse á los respectivos gobiernos para que se traduzcan en leyes.

Las principales cuestiones que abarca el reglamento ó cuestionario del Congreso son: *Mejoramiento de la habitación rural, saneamiento y derribo de las habitaciones insalubres, número de habitantes para cada casa, según sus dimensiones, reglamento legal de la extensión que han de tener las poblaciones*, etc., etc.

FR. CERLANS MICHLINGHOFF, O. P.

Schiedam, Junio 1913.

JAPON

Después de la revolución del celeste Imperio que arrojó, quizá para siempre, del trono á la dinastía manchú y estableció en China el país patriarcal por antonomasia, el régimen republicano, no cabe duda que los hechos más salientes y dignos de anotarse en el Extremo Oriente son los dos tan opuestos y en mucho inexplicables para los que no están tan familiarizados con el carácter japonés, como son, primero, la explosión de veneración hacia la dinastía y de patriotismo verificada con ocasión de la muerte del Emperador Mutsuhito (hoy Meiji Tenno), y segundo, la casi revolución que acaba de sufrir el Japón á consecuencia de los proyectos dictatoriales del Marqués de Katsura, todo ello en el breve intermedio de seis meses.

Si lo primero fué una manifestación gratísima, y pudiera decirse que natural, teniendo en cuenta la representación social é histórica del difunto Emperador, en quien se encarnaba y á quien debe atribuirse todo el adelanto científico y nacional de este reino, lo segundo, que no es menos natural y espontáneo, si se considera el modo de ser de este pueblo y las tendencias y teorías de independencia personal, que con la comunicación y comercio transoceánico se vienen internando y vulgarizando, fué ciertamente repugnante y llenó de asombro al pueblo sencillo avisando á la vez á los magnates que no debían confiar demasiado en sus conquistas ni abusar de su posición.

Ciertamente que forman un contraste digno de estudiarse las 70.000 y más almas arrodilladas de día y de noche ante el palacio imperial sin tomar alimento y ofreciendo sus vidas en holocausto y hasta sacrificándose algunas de ellas á los dioses protectores del Imperio por obtener la salud del augusto Emperador, y las muchedumbres agrupadas y alborotadas que, frenéticas, cercaban el Congreso de diputados, obligando á replegarse y retirarse al cuerpo de policía de la capital y llegando á arrasar la mayor parte de los puestos de ésta y sus oficinas y hasta los edificios de los periódicos adictos al gobierno, así en la capital como en muchas provincias.

¿Sería aventurado el pronosticar que aquello fué el último adiós y el sello que cerró el tributo de veneración de un pasado llamado á desaparecer y que ciertamente no volverá, y esto último el grito aterrador de las nuevas ideas que, junto con la cultura material, parecen introducir á este Imperio en el concierto envolvente y problemático de las naciones civilizadas del Occidente? La verdad es que si en las manifestaciones de duelo por la muerte del gran Emperador hubo escenas que llegaron hasta el ridículo, como fué el bárbaro y pueril suicidio del General Nogi, si es que esto fué, como se dice, el verdadero móvil de tan estúpida determinación, en las poco ha verificadas manifestaciones de protesta se ha llegado también á extremos de que no hay ejemplo en la historia y que hacen meditar sobre si la tan ciega é inquebrantable veneración á las instituciones, que hasta el presente formaban la joya de más valor y la característica de este pueblo, no entra ya en el período de su decadencia definitiva.

En fin: lo sucedido en este Imperio en el mes de Febrero, aunque pro-

testando respetar y venerar la autoridad del Emperador y las instituciones, fué un verdadero revolverse contra la voluntad y política imperial.

Desde que el Japón forma parte de la Geografía y del mapa mundial, es la primera vez que de boca de un súbdito del Imperio sale lo que pudiéramos llamar blasfemia, y en las orejas de todo buen japonés sonó aún mucho peor proferida por el Diputado y Alcalde de Tokyo Sr. Ozaki, diciendo en plenas Cortes que el Emperador podía equivocarse y que nadie le había otorgado el privilegio de la infalibilidad y acierto en todo. El Presidente Katsura, al oír esto se llevó las manos á la cara y con ellas tapó los oídos en son de protesta por el desacato que con ellas se hacía á la majestad imperial, lo que más que por susto propio supongo sería por ver el camino lleno de escombros y el horizonte preñado de peligros que tales cosas y dichos abrirían en el porvenir del Japón.

Meditando todo esto, y más el estado latente de esta sociedad destituida de todo freno y cimiento sólido y religioso, yo no sé si decir que el estado social de este pueblo, aunque no llega por fortuna aún al estado de perturbación y anarquía que corroe á sus similares de Europa, se le aproxima mucho y está en peligro y disposición de asimilársele pronto.

Hay indicios evidentes de que el socialismo se extiende y cunde más y más entre las masas trabajadoras y, lo que es peor, entre las clases media y estudiantil sobre todo.

Esto hace ya tiempo que preocupa á nuestros gobiernos y á atajar esta corriente se ordenan principalmente todas sus energías y cuidados, orientando toda la educación escolar y aun religiosa á este objetivo y fin.

No tienen otro móvil las ya tan repetidas exhortaciones ó cataplasmas del Ministerio de Instrucción pública á todos los profesores y maestros de escuelas sobre fomentar el respeto y veneración á los antepasados del Emperador haciendo que les consideren como verdaderos dioses protectores del Imperio y hasta animándoles á que les hagan hacer ó ir en peregrinación á sus templos en ciertos y señalados días del año. A esto se ordena y obedece también la conferencia de las religiones que, según informé á los lectores de LA CIENCIA TOMISTA, tuvo lugar en la capital del Imperio, á fin de aprovechar la influencia social de las tres religiones shintoísta, budista y cristiana para la reforma de costumbres y educación del pueblo, conferencia que en la mente del mismo Sr. Ibara, hoy Ministro también del Interior, debe continuar, y, según informé, se están haciendo los preparativos para reanudarla.

Nueva religión en el Japón.—No sé si habrán oído mis lectores que el Japón puede ser denominado, no obstante su representación y declaración oficial de irreligioso y laico, la exposición constante y viviente de todas las religiones, hasta el punto de que apenas habrá alguna en el mundo que no tenga aquí sus representantes y adictos.

Pero por si alguna faltaba ya nos viene el Sr. Hayashi Kameo, Profesor de literatura japonesa, con una nueva que, en su concepto y obedeciendo sus consejos, debe llegar á ser la oficial del reino y atraer las simpatías y veneración de todos sus habitantes.

A juzgar por lo que nos comunican y se escribe en los periódicos de la capital, el fundador ha obtenido ya el asentimiento y entusiasta adhesión, mejor dicho, aprobación (pues no cabe duda que estos señores serán campañas que llamen á la reunión ó iglesia sin moverse ellos de su casa) de los Marqueses de Shimazu, Matrukata, Kuga y de los Condes Yanagibara y Chugaru.

Esta nueva aparición, que bien pudiera denominarse una nueva fase ó rama del shintoísmo ha recibido el nombre de *Koso Meijitenno tai kyo*, ó sea *gran religión de Meijitenno y sus antepasados*. Su doctrina y su biblia son los manifiestos del último Emperador al pueblo, que versan sobre la moralidad social, la economía y fidelidad. La razón suficiente de esta nueva institución nos la expone el mismo fundador, recordando al pueblo, á quien se dirige principalmente, el entusiasmo y fervor que manifiesta en la plaza del palacio los días que precedieron y siguieron á la muerte de Meijitenno y las protestas de adhesión y devoción á los dioses que en aquellos momentos brotaban de los labios de todos, fervor y entusiasmo que se han evaporado y desaparecido por completo, como el humo, volviendo este pueblo olvidadizo ó ingrato, nos dice el reformador, á las malas costumbres y á la vida disoluta y licenciosa que hasta entonces había tenido y que solemnemente protestó enmendar.

Los centros donde se enseña la doctrina de esta nueva religión se hallan establecidos por ahora y provisionalmente en Kanda Kimbi shogakko y en el tera ó bonzorio Shitaya Kotokuji. Sus explicaciones y prácticas religiosas tienen lugar: los domingos desde la una de la tarde á las seis y los demás días desde las seis á las nueve de la tarde también.

Aquí tienen mis lectores donde pueden estudiar y comprender claramente cuál es el concepto que estas gentes tienen formado de la religión y el alcance que dan á ésta.

Escuela de instrucción superior de los jesuitas.—Ya sabrán mis lectores que estos animosos y apostólicos hijos de San Ignacio, al convencerse de que en el Imperio no les quedaba lugar á propósito para desplegar su celo ardiente y conquistador en el ministerio de las misiones y propagación del Evangelio, se determinaron emplearle en la enseñanza, y, al efecto, hace ya cinco ó seis años nos sorprendieron á todos con la grata noticia de fundar una Universidad católica en la misma capital del Imperio, ó sea en Tokyo. El Gobierno, temiendo quizá los efectos de la competencia para las ya fundadas y sostenidas por él, no tuvo á bien acceder á su petición y negó el permiso y autorización para ello.

Grande debió ser sin duda el desencanto y contrariedad sufrida entonces por estos nuevos pedagogos y esclarecidos maestros; pero de seguro que todo ha quedado recompensado por la satisfacción experimentada al sacar adelante su idolatrado proyecto de levantar en la misma capital un centro de instrucción, aunque no universitario, sí de enseñanza superior. Se halla situado y fundado en la calle Kojimachi ku kyoicho, en un solar magnífico y envidiable posición. Las materias de curso son lenguas, principalmente la inglesa y alemana, siendo requisito indispensable á los alumnos que soliciten la entrada haber terminado todos los estudios de la enseñanza superior se-

cundaria. Las cátedras son por la noche y también de día, habiendo empezado aquéllas el 11 de Abril y éstas el día 21 del mismo. Los profesores serán de la misma nación cuya lengua expliquen y la enseñanza religiosa está completamente descartada del programa y aun del recinto, comprometiéndose los profesores á ir á la morada particular del alumno que lo solicite á dar las explicaciones que le fueren presentadas.

Con esta fundación el Catolicismo ganará en el Imperio, y aunque no llegará á ser, al menos en las presentes circunstancias, escuela de príncipes ni los hijos del Emperador reciban todavía de los ilustres hijos de San Ignacio la instrucción, como puerilmente ha publicado alguna revista de España, no cabe duda que á sus aulas concurrirán de la gente más selecta y granada de la sociedad japonesa, sobre todo de la clase profesional y universitaria.

Kochi, Mayo de 1913.

FR. TOMÁS DE LA HOZ, O. P.

PUERTO RICO

Centenario glorioso: Salve á España.—Con verdaderas ansias llegué á esta antigua y hermosa colonia de España, y hoy de los Estados Unidos, el 22 de Febrero de 1913.

Como la capital de Puerto Rico estaba de ferias y fiestas, lo primero que observamos fué un aeroplano evolucionando sobre ella y su hermosa bahía. En el barrio de Santurce estaban los pabellones de la exposición de cuantos productos é industrias suministra Puerto Rico; allí estaba además el aerodromo, el hipodromo y el refidero de gallos. Mientras estos espectáculos atraen bastantes gentes de las clases populares, otros más cultos y de otro género agrupaban á la clase culta y católica de toda la isla, me refiero á la celebración del cuarto centenario de la llegada á América y á esta tierra del primer obispo ultramarino, que fué D. Alonso Manso.

En primer término, fijándome en este acontecimiento transcendental, propúseme hacer de él una breve reseña, seguida de otra acerca del estado político y social de esta tierra que nos perteneció durante cuatro centurias, y cuyos naturales aún son españoles de corazón.

Dos días antes de nuestra llegada habían desembarcado en la capital los arzobispos de Nueva York, Nueva Orleans y Santiago de Cuba, y los obispos de Natchez y de Pinar del Río, con distinguido séquito, en el que figuraba el P. Tomás Lorente, Superior de los Dominicos de Nueva Orleans.

Las fiestas solemnes, en las que se pronunciaron las dos oraciones magistrales, de que he de hacer especial mención, tuvieron lugar á diario en el amplio templo de la Catedral, desde el día 22 al 26 de los corrientes.

En ellas oficiaba siempre una alta dignidad eclesiástica con asistencia de las clases privilegiadas de la sociedad, que pagaban un dollar por entrar, como sucedió en la del 23, día en que predicó el P. Lorente, el cual dejó bien puesto el pabellón de la Iglesia y de España en su oración de circunstancias.

Su posición era un tanto comprometida, pues venía á suplir al Arzobispo de Santo Domingo, detenido en su patria por los deberes de su presidencia, de que fué investido después de contraído el compromiso. Decir del P. Lorente, del antiguo periodista y Doctor por la Universidad de Madrid frases de loa del repertorio diario no encaja en mi carácter. Su sermón se repartirá impreso, pues bien lo merece. Su tema, *La Cruz del Redentor*, llevada por España á América, es tema muy actual en estos días conmemorativos del Centenario de Constantino.

¿Cómo supo desarrollarlo? Puede colegirlo el lector por este parrafito taquigrafiado: "Todo el pasado de Puerto Rico ó Borinquen antes del descubrimiento puede compendiarse en esta palabra: *Barbarie*. Otra palabra nos dará en cifra la historia de Puerto Rico: *Civilización*. Allá tinieblas, aquí luz; allá ruinas, aquí grandezas; allá el caos, aquí el orden; allá instintos, aquí virtudes; allá la ley del más fuerte, aquí la ley del amor, la única que hace grandes á pueblos é individuos."

Plúgole citar ordenanzas de los Reyes Católicos como éstas: "Que no vayan á Puerto Rico hijos de condenados ni nietos de quemados", "que sean sus naturales bien tratados y adoctrinados", "que no se deje trabajar á la mujer indígena desde el cuarto mes del embarazo ni se la permita volver al trabajo hasta tres años de dar á luz, á fin de que cuide bien de la prole", "que á las solteras no se las permita ir solas al trabajo, y que en éste se las instruya y retribuya bien, amparándolas y apartándolas del vicio", etc. Aquí, haciendo una pausa el orador se encaró con el auditorio preguntándole: "¿Qué os parece, señores? Con estas ordenanzas ¿presenciamos los orígenes de un pueblo ó asistimos más bien á la lectura de las conclusiones de un congreso moderno de Sociología?"

Pasa revista el orador á la larga serie de obispos ilustres, dedicando pinceladas magistrales á los que fueron columnas de la iglesia portorriqueña y padres del pueblo. La Orden de Predicadores cuenta, entre ellos, á estos sus tres hijos Fr. Martín Vázquez de Esquivel, Fr. Francisco de Cabrera y Fr. Luis de la Puente.

Acerca de la obra magna de los misioneros tuvo frases felices y presentó de relieve las grandes personalidades de los Las Casas, Montesinos, Córdoba y Betanzos.

Al describir las colosales empresas de los conquistadores se detiene ante la gran figura de D. Juan Ponce de León, á quien considera tan digno de la veneración de los portorriqueños como la que profesan los españoles á los Reyes Católicos y los americanos á Washington, por haber sido aquél un verdadero padre de Puerto Rico, su celoso colonizador, administrador integérrimo y hombre de virtudes extraordinarias. Con razón le llamó el primer puertorriqueño, pues, á diferencia de otros conquistadores, el hidalgo Ponce de León aquí arraigó, aquí dejó, finalmente, el legado más propio de su personalidad: sus cenizas.

Recordando los gloriosos tiempos de la conquista habló de los sentimientos que animaban á la Reina Isabel, "dispuesta á dar todos sus tesoros por la salvación de un pobrecito indio".

Otro orador no menos profundo y elocuente dejó recuerdo imperecedero en los católicos de San Juan, el Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz y Rodríguez, Obispo de Pinar del Río.

Comenzó su bellísima oración después del Evangelio de la Misa, pontificada el 26 por el Cardenal Farley, á presencia de los demás mitrados. Tomó por tema "Cantaré eternamente las misericordias del Señor". El exordio fué un magistral paralelo entre Moisés y Cristóbal Colón; y probó en el discurso que los españoles llenaron como ningún pueblo la obra de civilización, trayendo á América la fe para las inteligencias, la esperanza para las voluntades, la caridad para los corazones.

No hubo párrafo que no terminara con elogios á España y una bendición para la misma.

Probó contra los protestantes, sin nombrarlos, la necesidad y eficacia de la gracia; contra los espiritistas y masones, la verdadera fraternidad de los pueblos más diversos, de los que supo hacer España con su fe un solo hijo suyo, y afirmó con pruebas incontestables que los españoles no tanto vinieron á conquistar cuanto á trabajar y enseñar. Bendijo, por fin, nuestra enseñanza, porque dondequiera que se alza la bandera de Castilla subirán las plegarias hasta el cielo. España entera debiera agradecer la justicia que este Prelado le acaba de hacer en Puerto Rico ante los hermanos de los últimos enemigos exteriores que ella ha tenido...

Dios bendiga á quienes, como Mons. Ruiz, la aman y la bendicen honrándose de que haya sido la patria de sus progenitores en la fe y en la naturaleza. Justo es advertir que este Prelado figuró en primer término en el Centenario, predicó en las iglesias casi á diario, siendo además el *Lux verbi* en otros discursos y brindis, dejando grata memoria en toda la isla. El 25 tuvieron lugar dos conferencias al aire libre dadas en la plaza de la Catedral ante los restos de D. Juan Ponce de León, el primer colonizador, al ser transportados procesionalmente al suntuoso mausoleo de mármol que en dicho templo acaba de erigirle el Casino español de Puerto Rico. La Misa había sido oficiada por Monseñor de Santiago de Cuba en sufragio por las autoridades eclesiásticas y militares de la isla ya fallecidas.

Esperamos que este Centenario sea fructífero para nuestra santa Religión, hoy combatida más que nunca, en Puerto Rico.

La colonia española compónese aquí de comerciantes, obreros y sacerdotes. Entre éstos está el benemérito y apreciadísimo Sr. Díaz Caneja. También los hay muy beneméritos entre el clero regular. No obstante las ventajas que sobre los españoles tienen actualmente los yanquis en Puerto Rico, la colonia española es todavía la más numerosa y simpática.

Su amor á España no decae un momento y luchan sin descanso por la mejora del comercio español y de cuanto sea hijo de la madre Patria. El sanatorio recién construido por ella en Hato-Rey y las eminencias médicas directoras, son de lo mejor de cuanto en su género existe en América. Se evalúa el número de nativos en España domiciliados en Puerto Rico en 10.000 individuos, y el capital que poseen se calcula en más de 500 millones de dólares. En una cosa nos llevan ventaja otras colonias, y es en que todos están

inscritos en sus consulados. El que muchos españoles no lo verifiquen ¿es debido, acaso, como algunos quieren, á ser remisos y flojos nuestros representantes ó mezquinos ó pobres nuestros compatriotas ó á falta de amor patrio en todos, según afirman otros? A nuestro Gobierno deberá interesarle el estudio y la solución de ese problema... que atañe á la nación.

En el terreno material la isla progresa en opinión de todos. La higiene, las comunicaciones, la agricultura, la instrucción primaria han progresado muchísimo y progresan cada día, y el comercio, en el que los americanos son maestros, va aumentando á pasos agigantados (aun teniendo en contra el deprimente estado social de los portorriqueños que no son siquiera ciudadanos de los Estados Unidos).

Esperan, es cierto, que el actual Presidente de la Unión Mr. Wilson les conceda ese carácter; mas de poco les ha de valer, porque está en la masa de la sangre de todos los yanquis el considerar á los borinqueños como hombres de raza inferior, y por eso los desprecian; y por más que los mejores, que hoy forman el gran partido de la Unión constitucional, piden reformas y mejoras, no las obtienen, y las alcaldías son desempeñadas por hombres sin prestigio ni honorabilidad.

El estado político de los portorriqueños parécese al de los plebeyos de Roma antes de tener tribunos; no tienen otros derechos reales que el *panem et circenses*. Por eso, aunque sea exagerada la frase que dijo en Cádiz el Sr. Coll y Cuchí de "que un millón de portorriqueños se acostaba todos los días suspirando por España", pero sí es cierto que si hubiera hoy un plebiscito en la isla la mayoría votaría por la unión autonómica con ella.

El norteamericano es absorbente; no pasarán de dos mil los de la isla y ya son suyas la mitad de las posesiones territoriales y todos los empleos bien retribuidos, incluso los de las escuelas y bancos. Han hecho obligatorio el inglés; pero la inmensa mayoría de los alumnos hacen alarde de olvidarlo. Echanles en cara á los dominadores el que amordazan la prensa sin permitir en ella ni las quejas justas ni los consejos atinados. De suerte que los portorriqueños son hoy jingoes en patriotismo, aunque hay una minoría de incondicionales sometidos, voceadores y panegiristas de todo lo yanqui. En cambio los patriotas ponen como chupa de dómine á la administración y citan el Panamá de riegos de Guayama. Una cosa extraña al viajero en Puerto Rico después de catorce años de dominio yanqui solamente, y es la profusión de templos protestantes y centros espiritistas. Delante de la catedral y otras parroquias levantaron ya iglesias ojivales, y apenas hay aldea en la isla en que no se haya erigido uno de esos edificios por una de las innumerables sectas que pululan en los Estados Unidos.

¿Quiénes son reclutados para fieles de estas cabrerizas? Pues, como en España, sólo descamisados y gentes sin ideas ni convicciones; pero que buscan el socorro material, prescindiendo del espiritual.

Además de esta virulencia heterodoxa aún ha llevado allí ideas ácratas un galleguito á quien teme la autoridad civil. Pero creo que el peligro mayor para las almas católicas está en la instrucción primaria, implantada por

los yanquis. Me refiero á la neutra y bisexual, que es la que hay y paga el Gobierno.

No dudo que las primeras letras son mejor y más pronto enseñadas hoy que durante la dominación española. Tanto los profesores como los alumnos tienen el aliciente del premio á la instrucción y magníficos locales. Pero el que maestras enseñen á niños casi adultos ó maestros á niñas ídem ha producido frutos de podredumbre espantosa, como se prueba con el proceso escandaloso de un inspector en Ponce y de otros y otras que enseñaban... demasiado. Que los apóstoles de esta hermosa tierra pidan al Señor que salve y vivifique su juventud.

FR. PAULINO QUIRÓS, O. P.

Puerto Rico, Mayo de 1913.

PERU

El XXV aniversario de la Sociedad Geográfica: el R. P. Fr. Ramón Zubieta, O. P.—El 22 de Febrero del presente año de 1913 cumplieronse veinticinco años de la fundación de la *Sociedad Geográfica* de Lima, una de las instituciones científicas más notables, más activas y provechosas que tiene esta República. El domingo 23, la docta Corporación celebró una solemne velada, á la que concurrió lo más selecto y distinguido del mundo social y científico de Lima, con el fin de conmemorar aquella fecha y hacer entrega de los premios del concurso científico organizado con este motivo, los cuales fueron conferidos á los que más contribuyeron con sus estudios en los últimos años al desarrollo de las ciencias geográficas.

Es de advertir que la creación de esta *Sociedad Geográfica* no fué debida solamente al espíritu científico y de indagación desinteresada, sino que la presidió un fin altamente patriótico y noble, cual era el conocimiento exacto y la demarcación escrupulosa de los límites nacionales, origen constante de disturbios y guerras con las repúblicas fronterizas. Por eso fué mirada y protegida con cariño por todos los gobiernos, haciéndola dependiente del Ministerio de relaciones exteriores, al que prestó y presta grandes servicios, estando igualmente relacionada, con gran prestigio, con los centros científicos similares del extranjero.

La iniciativa de esta benemérita y fecunda institución débese al entonces Ministro de Relaciones exteriores y hoy Vocal de la Excma. Corte Suprema Dr. Alberto Elmore, secundado por el Oficial mayor de su departamento y reputado internacionalista Dr. Carlos Wiese, quedando constituida la *Sociedad Geográfica* de Lima por decreto del Presidente de la República Andrés A. Cáceres el 22 de Febrero de 1888.

Su primer Presidente fué el Dr. D. Luis Carranza, Senador por Ayacucho y Director de *El Comercio*. Entre los servicios científicos prestados por la *Sociedad Geográfica* hemos de mencionar en primer término la magna é importantísima empresa de reeditar y continuar las Cartas geográficas de

Raymondí desde la seis hasta la 37, habiendo concluido los tomos IV y V. Además, viene publicando desde su fundación un Boletín muy interesante, resumen de sus trabajos y de sus estudios, con el cual alcanzara en la Exposición de París de 1900 la única medalla de plata que fué discernida entonces á las publicaciones de la índole. Ese Boletín, que consta hoy de 28 tomos, contiene el fruto valioso de muchos y fructuosísimos desvelos y constituye obra de verdadera sabiduría.

La labor práctica de la Sociedad está á la vista de todos los peruanos. Ha levantado planos geográficos de todas nuestras regiones; ha hecho análisis completos y definitivos de aguas, como las de la laguna Huacabina y las de Yura, iguales ó superiores á las de Carlsbad, etc.

La Sociedad se ha adelantado siempre á las necesidades nacionales que le competía satisfacer, dando más de un ejemplo que seguir á otras instituciones semejantes de Sud-América. Ha instalado en Lima el primer observatorio seismológico del sur del continente, etc., etc.

En la mencionada velada, á la que asistieron, entre otros, S. E. el Presidente de la República y nuestro ilustre huésped Manuel Ugarte, fué el número más importante la distribución de premios. Después de leído un extenso y luminoso informe del jurado calificador, redactado por su Presidente Dr. Prado y Ugarteche, fueron conferidos tres premios: la *medalla de oro*, titulada "Eulogio Delgado"; primer premio, de L. p. 50, y segundo, de L. p. 40.

La *medalla de oro* fué otorgada al R. P. Fr. Ramón Zubieta, O. P., Prefecto de las Misiones apostólicas españolas de Santo Domingo del Urubamba, por su brillante y laboriosa exploración al Paucartambo, que se considera como una de las más audaces é importantes emprendidas en el Perú en los últimos años. El primer premio lo consiguió justísimamente el Sr. D. Luis Ulloa, "tan conocido, dice *La Unión*, en nuestro mundo literario, autor de importantes estudios, colaborador en nuestros procesos de límites y conocedor profundo de nuestros asuntos de frontera". El segundo premio fué conferido al Sr. D. Rosendo Melo, por sus notables estudios y trabajos.

La opinión científica y la prensa, sin distinción de matices, están acordes en la justicia con que fué concedida la medalla de oro al sabio y arriesgado misionero dominico P. Zubieta. Porque la obra del P. Prefecto de nuestra misión no fué improvisada. Nacido en 1866 en Arguedas (Navarra) y desde que en 1871 se trasladó á la isla de Luzón (Filipinas) á fundar como Superior de misiones el Colegio de San Antonio, juntó siempre los trabajos propios de la misión con las exploraciones y los estudios anejos, levantando planos de las comarcas visitadas y abriendo caminos por los puntos más acertados.

Esta misma labor vino realizando en el Perú desde que en 1901 fué nombrado Prefecto de la misión dominicana española del Urubamba. Con L. p. 700 emprendió el gran camino de 300 kilómetros para salvar á Toñi. Luego emprendió el P. Zubieta, sin recursos y acompañado solamente de salvajes y de un civilizado que le abandonó, la exploración del Huachampilla con magníficos resultados, mientras que por otro lado la emprendía con desgraciado éxito el Coronel D. Heraclio Fernández, pues que murió en ella; y, por fin, acometió la gran expedición del Paucartambo en Octubre de 1902, que le mereció el gran premio "Eulogio Delgado", instituido por este señor siendo

Presidente de la *Sociedad Geográfica* para la mejor exploración que se hiciese.

El P. Zubíeta, de regreso al Cuzco comunicó á la Secretaría de la *Sociedad Geográfica* el éxito de su expedición en carta fechada el 12 de Julio de 1903, en la que el explorador anunciaba la relación detallada del viaje y el croquis del río para ponerlo todo á disposición de aquel Centro científico. El informe aún no se ha publicado; pero la *Sociedad Geográfica* le ha tenido á la vista para premiarle con tan grande distinción, en la que todo el mundo ve, además, el intento del jurado de galardonar de algún modo la labor eminentemente civilizadora de los misioneros de Oriente, que es la que mantiene la nacionalidad en esas apartadas regiones.

Manuel Ugarte: el latinismo y el imperialismo yanqui.—Ya dejo indicado que tenemos por aquí al ilustre escritor y conferenciante argentino don Manuel Ugarte, quien se propone dar aquí algunas conferencias de propaganda de sus ideales, contrarios, como es natural, al imperialismo yanqui, cuyo peligro encarece y favorables á la coalición ó solidaridad latinoamericana, lo mismo que ha hablado en la Universidad de Columbia (Estados Unidos) y en Méjico.

Aquí ha sido muy bien recibido y agasajado por todos, especialmente por la gente que llaman intelectual, aunque hay bastantes escépticos que ni creen en “la inminencia de los peligros á que está expuesta, según se afirma, la América latina de ser absorbida en cualquier forma por el ogro Sam” ni se entusiasman gran cosa con las “idealidades” de Ugarte acerca de la unión de las repúblicas latinas.

“Profesamos —decíale el escritor Clemente Palma á Ugarte— la misma doctrina de que los latinoamericanos deben vivir en su casa como los norteamericanos en la suya. Sólo que añadimos esto: que antes de amueblarla con grandes y bellas idealidades de solidaridad continental y de la condición defensiva de la raza latinoamericana, debemos hacer naciones. Vivamos en nuestra casa, pero antes tengamos casa.”

Estos discreteos periodísticos dieron motivo á que Ugarte dirigiese una carta al mencionado escritor, y por éste á otros, que toda la prensa ha publicado y de la que nosotros vamos á tomar algunos párrafos por lo que valgan:

“Al hablar —dice— de “agresión hipotética”, de “nación hermana” y de “peligros imaginarios y fantásticos”, ha querido el espiritual cronista traer sin duda á la memoria la visión de los territorios arrebatados por los Estados Unidos á México en 1848, el eco de la frase de Roosevelt “yo cogí á Panamá”, el recuerdo de las atrocidades cometidas por los soldados yanquis desembarcados últimamente en Nicaragua y la interminable lista de atentados contra la autonomía latino americana, incluyendo en ella, naturalmente, lo de la policía sanitaria del Callao.”

FR. J. P., O. P.

Lima y Marzo, 1913.

REVISTA DE REVISTAS ⁽¹⁾

Biblische Zeitschrift, Abril.—ALBRECHT JOCHMARON: *Sobre la lección de San Mateo, I, 16*. Se pueden reducir á tres las lecciones de los diferentes textos griegos: I. *Jacob autem genuit Joseph virum Maria, de qua natus est Jesus...* II. *Jacob autem genuit Joseph, cui desponsata Virgo Maria, genuit Jesum...* III. *Jacob autem genuit Joseph; Joseph, cui desponsata erat Maria Virgo, genuit Jesum*. La primera es la lección tradicional, y, á pesar de la redacción, que sale de los moldes ordinarios en que el resto de la genealogía está redactada, expresa bien claramente dos cosas que el Evangelista quería inculcar: que José es hijo de David y que era esposo de María, de donde se deducía el mismo título davidico para Jesús; la segunda parece originada por el deseo de resaltar mejor la virginidad de María, y la tercera, por haber intentado reducir esta parte de la genealogía al estilo del resto y acentuar el origen davidico de Jesús. La virginidad de María queda aún en ésta bien explícitamente afirmada.—DR. BASILIUS HANSLER: *Sobre San Juan, XX, 17*. Se trata de las palabras del Señor, resucitado, á la Magdalena: *noli me tangere, nondum enim ascendi ad Patrem meum*. De diversos modos fueron interpretadas por los Padres. Unos diciendo que la prohíbe tratarlo como antes de la Pasión, aunque no haya subido al Padre, pues sin eso gozaba ya la vida celestial; otros, que no se acerque al Sacramento de su cuerpo, pues aún no había subido al Padre para enviarle el Espíritu Santo. Algún expositor moderno, no satisfecho de estas explicaciones, que, ciertamente, no carecen de dificultades, declara el texto incorrecto, pero el corregirle de una manera razonable y fundada no es tan fácil.

Catholic University Bulletin (The), Abril y Mayo.—CH. F. AIKEN: *Mithraism*. El culto de Mithra, en cuanto distinto y como una rama disidente del Mazdeísmo; su desarrollo en el imperio romano, sus ritos é iniciaciones secretas, están expuestos con claridad y suficiente número de datos. Qué relaciones pueda tener este culto con el Cristianismo y si en él se llegó á la concepción de un solo Dios, será el asunto de otro artículo.—G. MELVILLE BOLLING: *The greek view of the relation between poetry and morality*. Los poetas son, en concepto de la tradición griega, "maestros de los hombres", y, por consiguiente, la moralidad es inseparable de la poesía. Esta opinión, sustentada por Protágoras, encontró contradictores, y Aristófanes pone en una de sus comedias un debate entre dos filósofos sobre el particular. Platón sostiene el modo de ver de Protágoras, y Aristóteles separa la parte es-

(1) Esta sección ha sido redactada por los PP. Barbado (M.), en Almagro-Colunga (A.), en Roma; Corbató (J.), en Santa María de Nieva; Cordero (M.), en Salamanca; Menéndez (M.), en Vergara; Messeguer (S.), en Barcelona; Menéndez-Reigada (I.), en Corias; Beltrán (V.), Gafo (J.-D.), Grain (J. M.), Menéndez-Reigada (A.), en Madrid.

tética de la moral en la poesía.—W. TURNER: *Catholic philosophy and the knowableness of God*. El conocimiento de Dios, que el agnosticismo coloca fuera de los límites del entendimiento humano, es fundamental en la filosofía católica. Aun cuando no podamos comprender la esencia de Dios, su existencia y algunos de sus atributos y perfecciones podemos demostrarlos apodicticamente. Los argumentos presentados desde Kant hasta Spencer á favor del agnosticismo son refutados por el articulista.—T. Á K. REILLY, O. P.: "*In faciem ei restiti*", *Gal. II, 11*. Después de identificar á Cefas, de quien se habla en este pasaje, con Pedro, sostiene que, no ficticiamente, sino muy de verdad, San Pablo corrigió á San Pedro por su connivencia con los judaizantes de Antioquía, la cual era motivo de escándalo para los gentiles convertidos.—CH. F. AIKEN: *Mithraism and Christianity*. Hay diferencias tan radicales entre el Cristianismo y la religión de Mitra que no puede concebirse la derivación de aquél de ésta. La religión de Mitra era esencialmente pagana é idolátrica, llena de supersticiones y meramente sincrética. Con ella no estaban reñidos ninguno de los otros cultos paganos, de tal manera que muchos de sus sacerdotes lo eran, á la vez, de otras divinidades. Todo lo contrario sucedía con el Cristianismo, que fué siempre esencialmente exclusivo; el cristiano tenía que renunciar en absoluto á cualquier otro culto. Por otra parte, el pretender derivar los ritos y sacramentos cristianos de la religión de Mitra revela un desconocimiento completo de la historia de las religiones. En cuanto á las ceremonias y fiestas no es extraño que la Iglesia se aprovechase de algunas paganas, profundamente arraigadas en el pueblo, para purificarlas y expresar por ellas sus dogmas de una manera sensible.—P. J. SENNOX: *The influence of Spain on English Literature*. Examen de la influencia histórica, política y literaria de España en la literatura inglesa desde la más remota antigüedad. "Pienso sinceramente—dice el articulista—que quien pretenda dominar perfectamente la literatura inglesa debe añadir á sus estudios sobre otras regiones un amoroso estudio de la historia, lenguaje y literatura de España."

Catholic World (The), Junio.—E. M. PHILLIPPS: *The Spiritual Note in the Renaissance*. El renacimiento caracterizado por una actividad intelectual y artística extraordinaria lleva envuelta, y "más para sentida que para vista", una nota de espiritualismo cristiano.—W. H. WATTS: *The Conversion of the Anglican Benedictines*. Describe los varios incidentes que prepararon la conversión y vuelta al redil de la Iglesia de las dos Comunidades benedictinas, una de hombres, en Caldey Island, y otra de mujeres, en St. Bride's Abbey, ambas en Inglaterra, y antes pertenecientes á la secta anglicana.—J. GERRARD: *Bergson and finalism*. La teoría de evolución constante, ó, mejor, de flujo permanente del ser, á la manera que los instantes que constituyen el tiempo fluyen y van uno en pos de otro, lleva á Bergson á la negación de las causas finales. Este progreso evolutivo rechaza por igual el mecanismo y la finalidad. Combate esta teoría, terminando con estas palabras de Lactancio, que resumen la teología cristiana: "El mundo ha sido creado para que el hombre nazca y viva en él; el hombre nace y vive para conocer á Dios: conoce á Dios para amarle y adorarle; le ama y le adora para conquistar la inmortalidad bienaventurada, donde le amará eternamente y formará parte de su reino eterno."

Ciudad de Dios (La), 5 y 20 de Mayo.—M. ARNÁIZ: *Psicología de la inteligencia*. ¿Cómo la inteligencia, siendo actividad immanente de la conciencia, puede relacionarse con los objetos de la naturaleza exteriores á ella? ¿Cómo la idea realizada, individualizada y encarnada en los seres naturales puede llegar á ser idea pura, abstracta y universal de la inteligencia? Tal es el problema de lo uno y lo múltiple, del ser y del *fieri*, de la inteligencia y de la experiencia. Aristóteles, manteniéndose en contacto inmediato con la realidad, abarca en una síntesis comprensiva las dos cosas: ni unidad sin multiplicidad ni multiplicidad sin unidad; el monismo y el pluralismo son concepciones estrechas que mutilan la realidad. Y, en armonía con estos dos aspectos del ser, establece dos facultades de conocer: la inteligencia, que, con sus ideas, comprende la unidad, la esencia, la ley, y los sentidos, que nos ofrecen lo individual y cambiante del ser. La ideología de Santo Tomás puede

resumirse en los siguientes enunciados: 1.º "La inteligencia es pura potencia, incapaz de pensar nada sin formas ideales, *species intelligibilis*, ni de inquirirlas sin el concurso de la realidad, por medio de los sentidos." 2.º "La inteligencia no piensa sin ideas, y éstas son, en su realidad subjetiva y en sus modos de representación objetiva, radicalmente distintas de las imágenes y de la sensación." La inteligencia conoce por representación, no por intuición; su actividad immanente no sale fuera para derramarse en la realidad y comprenderla, ni ésta se ofrece á la intuición directa é inmediata del espíritu. Entre la inteligencia y la realidad es necesario poner la idea, síntesis de la acción combinada de una y otra. Si la inteligencia no piensa sin ideas, y las ideas son representación de objetos, es necesario que á todo pensamiento haya de preceder la formación de las ideas con que pensarlos.—M. ARNÁIZ: *Psicología de la inteligencia* (conclusión). Los conceptos no se forman por acumulación de sensaciones, como pretende el empirismo, ni son tampoco leyes del espíritu que éste impone á las cosas al pensarlas, como supone el idealismo. La ciencia humana es esencialmente *idea realista*. Y ¿cuál es la experiencia, punto de partida del pensamiento: la intuición de la conciencia ó la intuición objetiva? La doctrina del *Cogito* ha orientado el pensamiento moderno hacia el método que hace de los fenómenos de conciencia el primero ó el único objeto de la investigación filosófica; todo lo demás, si hay más, no puede ser concebido ó dado sino por ó al través de este primer objeto. Esta actitud favorece en gran manera, si ya no las implica, las conclusiones idealistas. La actitud tomista es muy otra; su punto de partida es la intuición objetiva. El conocer es objeto antes de ser sujeto; el *primum cognitum* no es el conocimiento como tal, sino el ser. El objeto primario, connatural y proporcionado de la inteligencia son los objetos del mundo físico que nos rodea. *Operari sequitur esse*: la inteligencia es facultad del alma, cuyo primer acto es informar al cuerpo; su ejercicio, por lo tanto, está subordinado á esta primera condición. Como consecuencia, la génesis y desarrollo de la vida intelectual depende de las condiciones de la vida orgánica y sensitiva. La inteligencia se abre, antes que á nada, á los objetos exteriores; sus primeros pasos están calcados sobre estas percepciones, y las formas mentales son todas reproducción de formas físicas.

Dublin Review (The), Abril.—H. POPE, O. P.: *The Reims Version of the New Testament*. La versión del Nuevo Testamento usada por los católicos de lengua inglesa, no obstante el gran mérito y fidelidad que ostenta, merece una revisión. El autor señala algunas frases ó palabras menos correctas y enumera diez causas de las imperfecciones de la versión actual.—L. I. GUINEY: *Epitaphs, catholic and catholic minded*. Especialmente, después de la reforma protestante, muchos epitafios manifiestan una creencia instintiva en el Purgatorio y en las oraciones por los muertos, á pesar de todos los formularios anglicanos.—J. F. SCHELEMA: *Music in Moslem Spain*. Sobre la música y compositores en la época árabe según los libros que se conservan en la biblioteca de El Escorial, y sobre la influencia que pudieron tener en los cantares populares españoles, sobre todo en Murcia y Andalucía.—S. NIHAL SING: *A Successful Catholic Experiment in India*. Los padres franciscanos belgas, en ignorado rincón del Indostán, han logrado, á fuerza de sacrificios, establecer colonias, verdaderos pueblos cristianos, con los despreciados parias, que, bajo su enseñanza y tutela, se han transformado en ciudadanos conscientes, independientes, ennoblecidos por los altos ideales de la fe y moral cristianas.

Ecclesiastical Review (The), Mayo y Junio.—M. J. GALLAGHER: *The formal essence of the holy Sacrifice of the mass*. No hay conformidad en los pareceres de los teólogos sobre cuál sea la esencia formal é intrínseca del sacrificio de la Misa. El autor enumera las opiniones de Lessio, Vázquez, Suárez, Lugo, Franzelin, etc., y las de Bellord, Macdonald y el P. Billot, que consideran su opinión como general antes del Concilio de Trento. Después de examinar y discutir la idea de sacrificio, el autor se decide por la teoría de Lugo, algo modificada por Franzelin, y que él modifica algo también.—REV. W. FURLONG, S. J.: *The Sonnet of St. Francis Xavier*. Monografía muy bien hecha sobre el soneto "No me mueve mi Dios

para quererte". El autor prueba que es obra de San Francisco Javier y da algunas traducciones antiguas en latín y varias en inglés, de diferentes autores, algunas de gran valor literario, como la producción original.—AUSTIN O'MALLEY: *The Cure of intemperance. VII: The passions and natural control of them*. Las pasiones y el modo de dominarlas y dirigir las es el objeto de este artículo. El autor revela profundos conocimientos de la parte moral de la *Summa* de Santo Tomás.—W. J. KERBY: *The Catholic Charities of city*. Trata de la organización y funcionamiento de las Asociaciones que para el alivio y socorro de los indigentes, enfermos y desamparados deben establecerse en una ciudad. Eclesiásticos, lo mismo que legos, forman estas Asociaciones de caridad que, organizadas debidamente y con una base científica, por decirlo así, pueden obtener resultados más amplios, más duraderos y más satisfactorios.—F. B. D. BICKERSTAFF-DREW: *The Catholic Press: two duties*. La Prensa católica debe ser tan buena, en cuanto a la información, condiciones literarias y presentación tipográfica, como pueda ser la Prensa que no lo es; pero los católicos deben favorecerla con su dinero, con su suscripción y con su anuncio para que llegue á ese estado de perfección. Son dos deberes mutuos, cuyo cumplimiento depende el uno del otro.

España y América, Mayo y Junio.—P. P. N. DE MEDIO: *Fuerzas de atracción y repulsión: Últimos constitutivos de la materia*. Admite en cierto sentido las llamadas fuerzas de atracción y repulsión como propiedades de los cuerpos, mas no inherentes á partes fraccionarias de los mismos, sino á la masa corpórea en conjunto. Los últimos constitutivos de la materia vienen á reducirse á la forma substancial y materia primera de los antiguos. "En la aceptación de estas denominaciones podrá haber dificultades ó desagrado; principalmente por razón de sistemas preconcebidos y preocupaciones infundadas; pero ello no es más que la expresión ó traducción al lenguaje técnico del modo de pensar todo el mundo acerca de estas cosas."—P. E. NEGRETE: *La evolución antropológica: Ni hombre terciario ni precursor del hombre*. Examina la famosa controversia de los sílex terciarios de Thenay, de la cual deduce que la cuestión del hombre terciario está en el mismo estado, pues dichos sílex son evidentemente naturales y nada prueban en favor de la decadentada hipótesis. Los precursores del hombre ideados por Mortillet fueron inventados, como dice Lapparent, "para enojar á los curas". Mortillet necesitaba antropopitecos y los inventó.—A. LÓPEZ PELÁEZ: *Prensa internacional*. Dada la enorme facilidad de comunicaciones que hay en nuestros días y la importancia inmensa que hoy tiene la Prensa, "sería muy bueno que los españoles tuviésemos una Revista internacional católica en francés, lengua de la diplomacia universal que hablan muchos países, y en todos los civilizados hay muchas personas que le saben traducir". Convendría también que hubiese otra hispanoamericana y que se protegiese á la Agencia *Prensa Asociada*.—S. GARCÍA: *La Prensa benéfica ó perniciosa*. Examina los males sin cuento que produce la Prensa sectaria, atea é inmoral, que tan difundida está en España, sobre todo en las masas populares.

Jahrbuch für Philosophie und spekulative Theologie, 3-4 Heft.—H. KIRFEL, C. S. R.: *Kritische Bemerkungen zu einer neueren Darstellung der Gottesbeweise*. Critica la exposición de las pruebas de la existencia de Dios hecha por el Dr. Kneib en su *Manual de Apologética*. "El Dr. Kneib—dice—ha reunido muchos materiales y discutido las opiniones de muchos filósofos modernos; pero el valor de las pruebas de la existencia de Dios, tal como él las expone, es inferior á los datos acumulados."—G. M. MANSSER, O. P.: *Drei Zweifler am Kausalprinzip im XIV Jahrhundert*. Pedro de Ailly, Nicolás de Autricuria y Okam fueron escépticos respecto al principio de causalidad. El motivo de este escepticismo fué, por una parte, la falsa concepción que tenían del principio de causalidad, pues le atribuían un carácter puramente mecánico, en vez de concebirlo como un principio metafísico, y por otra, el nominalismo, la negación del conocimiento sensible é intelectual objetivo. Okam, de quien fueron secuaces los otros dos, fué empedernido nominalista; de aquí procedieron sus errores respecto al principio de causalidad.—F. WAGNER: *Der Begriff des Guten und Bösen nach Thomas von Aquin und Bonaventura*. Continúa examinando las

ideas de Santo Tomás y San Buenaventura acerca del bien y del mal.—Sr. LISIECKI: *Die Gratia capitis in Christus nach der Summa Theologiae des Alexander von Hales*. Exposición muy documentada de las ideas de Alejandro de Hales sobre la gracia capital—gratia capitis—de Cristo. El famoso teólogo franciscano desarrolla sus teorías basándose en la analogía que descubre entre la función desempeñada por la cabeza en el organismo animal y la que desempeña Cristo en la Iglesia. El material acumulado por el célebre teólogo en su *Summa Theologiae* sobre este asunto, es inmenso.—J. LEONISSA, O. M. C.: *Zur Frage der Areopagistica*. La llamada cuestión areopagítica tiene dos aspectos: uno se refiere á la parte histórica: San Dionisio Areopagita, ¿es el mismo que San Dionisio, Arzobispo de París? Parece que no. El otro se refiere á la autenticidad de los escritos del Areopagita. El autor se esfuerza por demostrar, con datos históricos, dicha autenticidad, rechazada hoy generalmente por los críticos.—H. KIRFEL: *Gottesbeweis oder Gottesbeweise beim hl. Thomas von Aquin?* Contra Audin, defiende que los argumentos aducidos por Santo Tomás para probar la existencia de Dios son cinco demostraciones distintas y completas, cada una de por sí, no una sola demostración con cinco partes, como pretende dicho autor.

Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods (The), Marzo, Abril y Mayo.—BOODEN (J. E.): *Individual and Social Minds*. Se puede afirmar ciertamente que en su origen, lo mismo en la historia de una raza que en la historia del individualismo, la voluntad particular es más bien una función ciega de un organismo individual, y según aumenta la vida civilizada, de la cual participamos, la mente particular llega á ser función de una organización social del pensamiento, que es necesariamente división de trabajo y libertad. En esta economía espiritual del mundo somos todos, rigurosamente hablando, miembros unos de otros.—SINGER (E. A.): *Man and Followman*. Los absolutistas y los instrumentalistas han dado distinta importancia, en la explicación del conocimiento humano, al hecho de vivir en sociedad. Según éstos, la educación, el lenguaje y otros medios de comunicación son categorías infinitamente más importantes para el conocimiento que muchas de las utilizadas por los absolutistas.—FULLERTON (J. S.): *Percept and objet in commonsense and in Philosophy*. La doctrina del sentido común no parece estar en oposición con el criticismo, y sí puede sufrir una revisión y una condensación ó resumen de los hombres de ciencia. Desde luego, no podemos rehusar las afirmaciones que son de sentido común, porque son afirmaciones de la experiencia común.—COHEN (M. R.): *The New Realism*. La esencia del neo-realismo consiste en afirmar la existencia del objeto con independencia absoluta de la aprehensión, y por esto, es incompatible, no solamente con una metafísica nominalista, sino también con el realismo analítico del profesor Spaulding. En el desarrollo del neo-realismo, Russell ha llegado hasta afirmar la existencia neo-mental y neo-existencial de las entidades matemáticas, defendiendo que, si no son entidades físicas, se aproximan mucho á ellas.—KEYSER (C. J.): *Concerning multiple Interpretations of Postulate Systems and the Existence of Hiperespace*. El hiper-espacio tiene cierto género de existencia que justamente puede ser atribuida al espacio de la geometría ordinaria, y por eso las geometrías multidimensionales en el grado n , n -dimensionales, no pasan de ser geometrías del espacio ordinario.—A. H. LLOYD: *Conformity, Consistency and truth: A sociological study*. Puesto que los signos de la verdad, como se definía antiguamente, están desacreditados, deben buscarse otros criterios más seguros. Estos se reducen substancialmente á los dos siguientes: conformidad á una realidad externa, es decir, á cosas exteriores, y completa consistencia consigo mismo, ó, más concisamente: conformidad externa y consistencia interna. Después de señalar el autor estos criterios de verdad, analiza el modo de utilizarlos en la práctica, particularmente desde el punto de vista social.—W. F. CODEY: *Can science speak the decisive word in Theology?* Con motivo de una obra del profesor Leuba, que considera la psicología como la ciencia propia de la Religión, estudia el valor que pueden tener las ciencias y métodos científicos en el terreno religioso. Los hechos y experiencias religiosos son individuales, íntimos y secretos; no pueden, por consiguiente, ser considerados como un conjunto de hechos observables científicamente. Por lo tanto,

la ciencia, como tal, no puede decir la última palabra en la cuestión religiosa. La Religión continuará siendo siempre el campo de la intuición individual.

Journal of Theological Studies (The). Abril.—SIR H. H. HOWORTH: *La decretal de Dámaso*. Se trata del decreto acerca de los libros canónicos y apócrifos que corre ordinariamente con el nombre del Papa San Dámaso y se dice sancionado por éste en un Concilio romano en 382. Considera inaceptable el autor tal atribución: primero, porque no se concibe que, de existir tal decisión de un Concilio romano, fuese ignorada de San Jerónimo, que fué Secretario del Pontífice, y que, conociéndola él, aceptase otro canon diverso del de la Iglesia romana, como, en efecto, lo hizo; luego, Nicolás I, á los Obispos de las Galias, les habla del *Capitulum S. Papae Innocentii, cujus auctoritate doceatur à nobis utrumque Testamentum esse recipiendum*. Otros argumentos positivos y negativos tienden á probar lo mismo, que el canon comúnmente llamado de San Gelasio (492-496), y atribuido á San Dámaso, no es de éste, siendo el primer canon escriturario de la Iglesia occidental el de 393, redactado por San Agustín en el Concilio de Hipona, y el primero de la Iglesia romana, el remitido por el Papa San Inocencio I (405) á San Exuperio de Tolosa.

Lectura (Ia). Mayo.—ADOLFO POSADA: *Fundamentos y significación de la política social*. La Política social es un momento necesario... un movimiento íntimo de las sociedades contemporáneas, el cual se produce con la fuerza de una exigencia histórica, real. El antecedente doctrinal que ha ejercido un influjo más determinante en la elaboración doctrinal y práctica de la política social, está en las doctrinas del Estado, que han atribuido á éste una misión positiva, de contenido, de intervención en la vida colectiva. Estudia después el movimiento sociológico, la interpretación del mismo y la solidaridad social. Hay tres hechos característicos del movimiento social moderno: el Catolicismo social, el vivo despertar del espíritu de clase, y la formación de la ciudad moderna. La política social debe fundarse en un renacimiento ético, y tiende á evitar en lo posible las injusticias y desigualdades sociales, favoreciendo á los pobres y á los débiles. Pero esta concepción general se diversifica en direcciones distintas.

Monatschrift für Christliche Sozialreform. 4 y 5 de 1913.—J. JOOS: *Sozial Müde*. Refiriéndose al libro *Unerwünschte Folgen der deutschen Sozialpolitik*, del profesor de Berlín L. Bernhard, y á la gran aceptación que ha tenido, pues en pocos meses lleva ya dos ediciones, consigna el hecho de que verdaderamente existe en Alemania ese *cansancio social*, cansancio de política social. Se dice, por ejemplo, que los Seguros para los obreros oprimen demasiado al empresario, apagan el gusto para ulteriores empresas, desmoralizan á los mismos obreros... El autor niega que se hayan hecho sentir hasta ahora estas consecuencias. La simulación, por ejemplo, para disfrutar del Seguro contra enfermedad, dice que nunca ha pasado de un 8 por 100 como máximo... ¿De dónde, entonces, nace ese cansancio? De varias causas: 1.ª Aparte de lo que se ha hecho, se ha hablado y se ha escrito incomparablemente muchísimo más de política social, y cualquier tema que por tanto tiempo y tan insistentemente preocupa la atención, al fin, naturalmente, cansa. 2.ª Hay quien ha llegado á creer que este movimiento no tiene fin; que cuanto más se da, más crece el apetito; de aquí el desánimo. El autor cree que sí tiene fin este movimiento, y que precisamente lo que falta por hacer en Alemania es ya orba de perfeccionamiento y de detalle. 3.ª La desilusión. Se había anunciado que por la política social se conquistaría el alma obrera; se elevaría, al alzarse el bienestar, la moralidad de las clases bajas; se establecería la paz social, y ha sucedido lo contrario: crece la inmoralidad de la clase trabajadora, crece el descontento, crece el socialismo. El autor dice que se había esperado demasiado de la política social, que, por sí sola y sin una porción de instituciones educadoras que faltan todavía, no puede producir esos efectos soñados.—E. BOEGLIN: *Die Hintertreppen des letzten Konklaues u. die Zukunft*. Es un artículo muy interesante sobre el último cónclave.

Mouvement Social (Le). Mayo.—J. DONOT: *L'Instruction en Amérique*. La América á que el articulista se refiere es la república nortea. En su interesante trabajo describe el auge y el carácter de la educación norteamericana, que es siempre la tendencia á equilibrar la educación física, la intelectual, la moral y la social uniformándola con los ejemplos de los Centros docentes á que para revista. La educación por la acción, por el trabajo manual, según el espíritu de Froebel, es una de las bases fundamentales de la pedagogía norteamericana. Esto se potencia más en las numerosas *Escuelas Industriales*, en las que se educa la población obrera de aquella gran república. Allí todo es práctico: nada de teorías abstractas sin relacionarlas inmediatamente con la realidad. Se trabaja porque la edad escolar sea de cinco á diez y ocho años.

Nuestro Tiempo: Abril y Mayo.—J. SÁNCHEZ DE TOGA: *La crisis de nuestro parlamentarismo*. El régimen parlamentario nuestro resulta mera forma sin contenido. Si este pueblo sin preparación alguna para comprender y practicar el civismo de los comicios se le da el sufragio universal, asentado en la fórmula de "un hombre un voto." Y á su vez, los gobernantes, convencidos de que un sufragio universal verdadero destruirá las instituciones fundamentales del régimen, ejercitar contra los comicios violencias y corrupciones. Nuestra sociedad es ahora menos democrática que cuando se inició la transformación del Estado para adquirir los legados políticos del Gobierno democrático. Las oligarquías políticas que llevan desconociendo al pueblo asiente de nuestro parlamentarismo se infundaron á Patronatos de plutocracia y los conflictos entre el capital y el salariado son el centro de gravitación del espíritu revolucionario contemporáneo. Los viejos parlamentarismos degeneran en agrupaciones personales, sin otro vínculo unitario que el de las adhesiones á un jefe, mantenidas por el cebo de lo que tendrá en sus manos cuando sea Poder. En las repúblicas parlamentarias se prodigan los ejemplos de que la finalidad cardinal de las leyes responda, ante todo, á asegurar la reelección de una mayoría poseedora del Poder. La actualidad de nuestro parlamentarismo presenta el caso singular de monarquía, dentro de la cual, participaciones en delitos de la majestad sirvan como títulos de preferencia para beneficiar, privada ó oficialmente, benevolencias de favor y gracias otorgadas á nombre del Rey.

Princeton Theological Review (The). Abril.—A. M. ROBINSON: *David Livingstone*. Hace notar el desinterés y abnegación con que trabajó el célebre explorador para beneficiar á los habitantes del centro del África y para extinguir el comercio de esclavos.—B. B. WASSERLO: *Concerning Schmiedel's "Pillar-Passage"*. Schmiedel, en sus últimos trabajos de crítica sobre el Evangelio, aconseja que se debe abandonar definitivamente el criticismo de los documentos seguido por las escuelas de la segunda mitad del siglo XIX para deducir de la crítica inmediata del material histórico un Jesús puramente humano. En la realización de este plan confiesa que ha procedido, igualmente dispuesto á aceptar un resultado que otro, sin violentar los textos en favor de ninguna de las partes. A pesar de esa confesión, la conclusión que informa implícitamente á todas sus trabajos es que Jesús era por hombre, sea no en virtud de lo que dicen los textos, sino porque no podía ser Dios y hombre: si no queremos renunciar á la Filosofía que ha servido de criterio en todos estos trabajos. El articulista hace una disolución de este sistema de crítica y concluye que "es evidente que si el Jesús sobrenatural debe ser desechado del terreno de la historia, no es en virtud de razones históricas".

Razón y Fe. Mayo y Junio.—C. M.º ANSO PARRA: *La cultura greco-latina en la formación y en los obras de D. M. Menéndez y Pelayo*. Este eminente polígrafo posea vastísimos conocimientos de la cultura clásica, griega y latina. Quiénes más contribuyeron á su formación clásica, además de su talento y constancia, fueron los profesores Múla de Barcelona y Camín de la Central.—E. GONZÁLEZ DE EBARRIA: *La catedral fundamental de la Filosofía cristiana*. Crítica del "Boletín de Metafísica" publicado en el último número de La Ciencia Tomista. El autor aduce una multitud de autoridades para probar que la distinción real es una simple opinión y que aún es dudoso que lo sea de Santo Tomás.—P. VILLADA: *La libertad*

de la catedral en España. Con multitud de documentos prueba el autor que no hay tal libertad. El proyecto de ley de Albareda, que intentaba inmolantarla, o no se llevo á las Cortes o estas no lo aprobaron. Es, pues, ilegal esta libertad, y, además, "tiranicadora de las conciencias de casi todos los padres de familias que envían sus hijos á las Universidades, confiados "en el deber que tiene el Gobierno de velar por la moral y las santas doctrinas". —A. DE MIR: *Un decreto de Constantino contra los herejes.* Sigue comparando á los porfirianos con los modernistas, cuyas errores acerca de Jesucristo, las sagradas Escrituras, la Iglesia, etc., resume brevemente el articulista.—A. FERNÁNDEZ: *Crítica literaria sobre el libro de Samuel, capítulos I-III.* Defiende la conexión intrínseca y la armonía y concordancia lógica de los siete capítulos primeros del libro de Samuel.—F. MARKUSCH: *¿Puede admitirse en los cuerpos color formal?* Por color formal se entiende lo que todo el mundo llama color; éste existe en los cuerpos, pues si no existiese, nuestra facultad visiva sería falaz *per se*, y, además, todas las razones que se aducen en contra sólo prueban que muchas veces no pueden tener formalmente el color que aprehendemos, pero no prueban que no tengan ninguno ó que nunca tengan el que aprehendemos.

Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Marzo-Abril.—R. AMADOR DE LOS RÍOS: *Riquezas perdidas: La Santa Vera Cruz de Caravaca y su capilla en los últimos años del siglo XVI.* La leyenda de la Cruz de Caravaca comienza á tener fundamentos históricos en los últimos años del siglo XV, proporcionados por los *Libros de Visita* de la Orden militar de Santiago. Muchos de los elementos que constituyen la famosa reliquia no son evidentemente auténticos, como sucede con la casulla, etc.—J. B. CARRERAS: *Estudio histórico crítico del sitio de Cádiz de 1810 á 1812.* Con gran abundancia de documentos relata la primera parte del sitio de Cádiz y de su gloriosa defensa.—T. TORRES Y LEÓN: *Los ladrillos visigóticos de Val-Duan.* Interpretación de los símbolos contenidos en los ladrillos visigóticos de Val-Duan ó Barbuán, como se dice vulgarmente. En la introducción indica el autor que los símbolos de los primeros cristianos fueron tomados, además del Antiguo Testamento, de las ideas orientales y paganas, y cita como ejemplo las alas de los Amores mitológicos aplicadas á los Angeles, las llaves de Jano aplicadas á San Pedro, etc., olvidando que estos y otros símbolos tienen su fundamento en la Sagrada Escritura.

Revista Católica de Cuestiones Sociales. Mayo.—A. LÓPEZ PELÁEZ: *Bibliotecas parroquiales.* El incansable propagandista é impulsor de la Buena Prensa Ilimo, Sr. López Peláez, hace en este artículo una interesante y cálida apología de las *Bibliotecas parroquiales*, dando acertadas reglas para su perfecto funcionamiento y para que puedan contrarrestar la influencia, no buena, de las Bibliotecas populares y las circulantes que por iniciativa del Gobierno empiezan ahora á esparcirse por el reino, y en las cuales aparecen libros de todas clases. "Precisase—dice el Sr. López Peláez—crear Bibliotecas gratuitas para los pobres en dinero y para los pobres en voluntad de gastarlo." "Como hay que oponer publicaciones á publicaciones, es preciso poner, por la misma causa, gabinetes de buenas lecturas en frente de los que se fundan para daño de la Religión." Para esto recomienda, como recomendamos nosotros, el *Patronato Social de Buenas Lecturas* que fundó la *Revista Católica de Cuestiones Sociales* y la biblioteca "Patria", de obras premiadas.

Revista Social Hispano-Americana. Abril.—R. ALBO MARRÍ: *Nuevas orientaciones de la Beneficencia.* Es un curioso é intencionado estudio de este tema, encaminado á convencer á los "rutinarios", á los que condenan por peligrosa toda *novedad*, que las virtudes, entre ellas la beneficencia, si no evolucionan, por lo menos cambian de forma, y unas formas son más convenientes que otras. "Así no es de extrañar que frente á la *rutinaria beneficencia* del mero socorro material, que usada imprudentemente puede fomentar la miseria en vez de curarla ó extinguirla..., aparezca la *beneficencia preventiva*..." Tal es la que se ejerce con las *Cajas de Pensiones*, *Montepíos*, *Instituto de Previsión*, los *Retiros*, *Seguros*, etc.

Revue Neo-Scholastique de Philosophie, Mayo.—P. DE MENVYSECK, O. P.: *La Démonstration métaphysique du Libre Arbitre*. Después de examinar el principio de causalidad, que viene á ser como la forma de esta cuestión, resta examinar la inteligencia y voluntad que constituyen la materia. Aquel principio fundamental é incontestable en metafísica, *Operari sequitur esse*, tiene consecuencias muy importantes para esta cuestión, pues la voluntad en el hombre no es más que la actividad ó el acto coniguiente al conocimiento intelectual. Inteligencia y voluntad son dos aspectos metafísicos de una realidad superior, que corresponden respectivamente al *ser* y al *obrar*, ha decir, que *ser* y *obrar* son la inteligencia y la voluntad en, acto en el hombre. Y ¿cuál es el complemento y perfección intelectual de hombre? El *ser*. *Obiectum intellectus est esse*. El de la voluntad, el Bien, que se extiende y abraza todos los bienes. Dedúcese de esto que lo verdadero particular no determina la inteligencia, como tampoco el bien particular determina la voluntad. Esa voluntad, pues, solo es movida y excitada por la inteligencia, y ninguna otra actividad humana la mueve, sino en cuanto es en algún modo intelectual. La causa que determina la voluntad no está fuera, sino dentro de nosotros mismos.

Revue des Sciences philosophiques et théologiques, Abril.—P. PALHONNÉ. *La "formule idéale" dans la philosophie de Gioberti*. La idea es para Gioberti el punto de partida y la substancia de todo pensamiento. Esta idea no es otra cosa que Dios, el cual constituye la esencia del pensamiento humano, como constituye la esencia de todas las cosas creadas. Gioberti llama *fórmula ideal* á la proposición que expresa de una manera clara, sencilla y precisa la idea bajo la forma de juicio. La primer etapa de esta fórmula es: *El ser es*; la segunda, *el ser es necesariamente*, idéntica á ésta es la siguiente: *El Ser existe necesariamente*; la fórmula definitiva es: *El Ser crea las existencias*. La creación es la clave de toda la filosofía de Gioberti; todo se explica con ella y nada se concibe sin este dogma supremo. Romani y Malabranche fueron los inspiradores de este filósofo, que es el último término de la larga tradición ontologista.—W. SCHNEIDER. V. D. *La méthode de l'ethnologie*. La escuela evolucionista pretende aplicar al estudio de la etnología las leyes que rigen el mundo físico; más esto es imposible, porque el factor esencial de la etnología, la libertad, no está sujeto á leyes fijas. El único método propio de esta ciencia es el histórico. La distinción de pueblos históricos y no históricos es insostenible; todo pueblo tiene su historia, aunque no conste en documentos escritos. La psicología es de mucha importancia en el método histórico, pues gracias á ella podemos conocer las acciones y reacciones y otros fenómenos de cultura debidos al contacto recíproco de unos pueblos con otros. Los dos criterios fundamentales de este método son la forma y la cantidad, su único postulado, no contradicho por los resultados adquiridos de otras ciencias, es la unidad de origen del género humano. Cree el autor que el método histórico es el único que puede resolver satisfactoriamente las cuestiones capitales de etnología que son inexplicables para la escuela evolucionista.—P. MANTOVANI, O. P.: *Premiers travaux de polémique thomiste*. Denuncia el origen—que fueron las discordancias que se notaron en los diversos escritos de Santo Tomás—y número de las obras de polémica tomista, llamadas *Concordantiae*, cuyo objeto fué defender al Santo Doctor de los ataques de sus enemigos, y armonizarlo consigo mismo. Es de capital importancia para el tomista conocer la época exacta de los diversos escritos de Santo Tomás, á fin de saber cuál es su pensamiento definitivo.

Revue Thomiste, Mayo y Junio.—J. C. CORRÉS: *La piété d'après saint Thomas d'Aquin*. Panegirico del Santo Doctor, en el cual se hace resaltar el concepto mínimo de piedad defendido por él. En tal concepto, la noción de Dios considerado como Padre es la más importante, pues para Santo Tomás piedad no es otra cosa que un don del Espíritu Santo, que nos impulsa á tributar culto á Dios, considerado como Padre nuestro, y á cumplir todos los otros deberes que para con Él tenemos desde este punto de vista.—P. E. HUGON, O. P.: *Le motif de l'Incarnation*. Defiende contra las diversas escuelas teológicas la opinión tomista, según la cual el verdadero motivo de la Encarnación, el fin á que se ordenó, fué la redención

del hombre caído en el pecado. Examina los argumentos escriturarios, patristicos y teológicos en que se apoya esta opinión y resuelve las dificultades contrarias.—II. A. MONTAGNE, O. P.: *La Religion est-elle un fait exclusivement social?* La escuela sociológica, siguiendo en esto las doctrinas positivistas de Comte y Guyau, convierte la Religión en un hecho puramente social, cuyos ritos y creencias son impuestos por la sociedad. Así, la Religión, como decía Guyau, no es más que un *sociomorfismo universal*, definición, según Brunetiere, incomparable, la mejor que se ha dado de la Religión. El error del positivismo y de la moderna escuela sociológica consiste en estudiar la Religión de un modo puramente extrínseco, sin tener en cuenta el elemento interior, su causa profunda. Es verdad que es un hecho social, pero sus raíces, su fundamento está más allá de la sociedad. El método positivista necesariamente tiene que fracasar en el estudio del fenómeno religioso, porque excluye sistemáticamente la solución metafísica.

Rivista di Filosofia Neo-Scolastica. Abril.—G. B. CALISE: *Gli argomenti di Zenone d'Elea*. El genio griego aparece grande hasta en el mismo sofisma. Por eso en este orden pueden llamarse los filósofos griegos *clásicos*, por ser los fundadores de esta filosofía, que se repite bajo mil formas en todo el curso de la historia. El sofisma implica siempre una grave cuestión filosófica y sirve, además, para poner de relieve las dificultades que encierra. Entre los sofistas más célebres del pensamiento helénico descuella Zenón por sus esfuerzos en negar la realidad y aun la posibilidad del movimiento. El conocimiento y examen de estos argumentos y sofismas se mira hoy como nota de erudición, debiendo ordenarse su conocimiento á la solución y esclarecimiento de la actual filosofía. En este artículo se examinan algunos de estos sofismas, tomándolos de los libros de Aristóteles, que es únicamente por quien nos son conocidos y transmitidos aquéllos.—A. MASNEVO: *La verità ontologica e la verità logica secondo il Card. Mercier*. Este artículo es la conclusión y como el resumen de otro publicado el año pasado por el mismo autor en esta revista. En primer lugar el Cardenal Mercier define de muy distinto modo la verdad ontológica y la verdad lógica cuando habla de ellas respectivamente en la Ontología ó en la Criteriología. El fundamento de la verdad ontológica es en aquella ciencia una *noción* y un *cute*, mientras que cuando se ocupa de la misma en la Criteriología, le asigna como fundamento *dos nociones*. De lo que viene á resultar que, siendo la verdad ontológica, que consta de términos puramente ideales, como la norma y el criterio de la verdad lógica, el fundamento de ésta estribará al fin en el hecho de que el atributo de un juicio se halla entre los elementos ideales en que se resuelve siempre el sujeto de todo juicio ideal. Y en orden á la verdad lógica y ontológica se sigue, á su vez, que la definición de Mercier sobre la verdad lógica, conforme siempre con la ontológica, mide y considera el valor de nuestra vida cognoscitiva únicamente en cuanto que prescinde ó no de la realidad ó existencia, y no en cuanto es afirmación ó negación de esta existencia ó realidad.

Scientia. Abril.—B. RUSSELL: *On the notion of cause*. Critica las nociones de causa y efecto dadas por Baldwin, Stuart Mill y Bergson, y en largas y sofisticas consideraciones pretende probar que el concepto de causalidad, tal como generalmente la admiten los filósofos, carece de fundamento real, y que la ciencia no ha menester de estas nociones.—E. DE MARTONNE: *Le climat facteur du relief*. Fundada la Geografía física por geólogos, veíase hasta ahora dominada por la tendencia á explicar todos los fenómenos por causas geológicas. Ya se va corrigiendo esta extremosidad y se va dando la importancia que les corresponde á los agentes externos, entre los cuales el clima es, sin disputa el de mayor transcendencia. Y de los elementos del clima, la humedad parece ser el predominante.—F. SODDY: *The periodic law from the standpoint of radioactivity*. Los trabajos sobre radioactividad publicados á principios de año arrojan nueva luz sobre la ley de Mendelejeff. De ellos y de investigaciones personales deduce Soddy las conclusiones siguientes: 1.ª, la partícula *alfa* ó átomo de helium es elemento esencial de la materia; 2.ª, los elementos que tienen la misma masa atómica, pero diferente cantidad de electricidad, están encasillados en diferentes familias de la tabla periódica; 3.ª, en el caso inverso ocupan el mismo lugar y no pueden diferenciarse

espectroscópicamente, y 4.^a, es preciso someter á nuevas y más precisas determinaciones los pesos atómicos de algunos elementos.—A. PRENANT: *Les théories physiques de la mitose*. Estudia las teorías vitalistas de van Beneden y Boveri, la hidrodinámica de Bütschli, las magnéticas y eléctricas de Errera, Gallardo y Hartog. Todas adolecen de graves defectos.—F. OPPENHEIMER: *Wert und Mehrwert. II. Teil: Kritik der Marx'schen Theorie des Mehrwertes*. Impugna la teoría de Marx desde dos puntos de vista, porque prescinde de los valores diferentes que adquieren trabajos distintos y porque en la fórmula marxista es imposible apreciar el valor de los trabajos de orden inmaterial. Defiéndese el autor de algunas críticas que han hecho á su teoría.—G. CARDINALI: *Le repercussions dell'imperialismo sulla vita interna di Roma*.

Scuola Cattolica (La), Abril.—R. PASTÉ: *Rousseau pedagista nel secondo centenario dalla nascita*. Continúa estudiando las doctrinas de Rousseau. "Concluamos que si bien ha enseñado tantas máximas buenas y ha conducido de nuevo la educación á los dictámenes de la naturaleza, apartándola del artificialismo dominante, en el fondo su doctrina representa el triunfo del sentido humano, como dice De Dominicis, ó, mejor, el triunfo del humanismo en oposición al sentido tradicional cristiano." Rousseau representa el naturalismo en la educación con todas las ideas de los enciclopedistas de su tiempo.—A. CELLINI: *Ultima crisi biblica*. Examina las disposiciones morales, negativas y positivas, necesarias para estudiar con fruto las Sagradas Escrituras y para no caer en los excesos y errores de los críticos racionalistas. A las disposiciones morales deben juntarse otras intelectuales: ingenio agudo, mucha preparación filológica, histórica, filosófica y teológica, y, además, un estudio constante, etc. Por falta de algunas de estas condiciones se explica la caída ó apostasía de ciertos exégetas modernos, así como el que no se hayan extraviado otros.—B. DI D. PARROCO: *Teosofia*. Los teósofos nos hablan de sacramentos—Bautismo, Eucaristía..., de revelación, etc., pero sus ideas sobre estos puntos son completamente opuestas á las que enseña la Iglesia, pues las dan un sentido simbólico y las hacen comunes á todas las religiones igualmente. En resumen: la sociedad teosófica no es una sociedad de cultura que tienda á promover el ideal de una verdadera fraternidad universal, sino una filosofía falsa, una teología sacrilega y una religión irreligiosa.

Theologisch Praktische Quartelschrift, Abril.—DR. LEOPOLD KOPLER: *Los lugares de San Juan en los Sinópticos y la filiación divina de Jesucristo*. Los pasajes detenidamente estudiados son Mat., XI, 25-30; Luc., X, 21-22. Las palabras del Salvador *omnia mihi tradita sunt à Patre meo* se entienden del conocimiento perfecto del Padre. Así lo demuestran las que siguen *nemo novit Filium nisi Pater neque...*, en las cuales, además de lo dicho, se demuestra cómo el Hijo se compara al Padre, haciendo igual el conocimiento mutuo que existe entre ambos. Ni es objeción valedera contra esto las palabras del Señor *et cui voluerit Filius revelare*, que pudieran indicar en el Hijo un conocimiento superior, pero de la misma categoría del que á los demás comunica, pues antes ya lo puso en parangón y lo igualó al conocimiento del Padre respecto del Hijo. Resulta de aquí que el concepto de Hijo de Dios en San Mateo implica una naturaleza superior á la humana, que participa de la misma de Dios, que posee la divinidad.—DR. JOSEF HÖLLEK, C. S. S. R.: *Conducta de los Papas acerca de la epiclesis de las Literaturas orientales*. Epiclesis es la invocación que después de las palabras de la consagración se recitan en la Misa, y á las que los griegos atribuyen hoy la virtud sacramental y hacen uno de los puntos de discordia. Inocencio IV, en 1254, afirma que los griegos creían, como la Iglesia romana, que se realizaba el misterio eucarístico con las palabras del Señor; en las disputas del Concilio de Florencia claramente confesaron los griegos su conformidad en este punto con los latinos y que la epiclesis era una súplica para obtener los frutos de la Comunión; en las fórmulas de unión de los jacobitas y armenios, Eugenio IV hizo consignar la doctrina de la Iglesia acerca de la fórmula sacramental. Esta misma conducta siguieron luego Benedicto XIV, Pío VII y Pío X en las varias consultas y controversias que acerca de esto se suscitaron.

BIBLIOGRAFIA

Theologia Naturalis sive Philosophia de Deo in usum scholarum. auctore
BERNARDO BOEDDER, S. J. Editio tertia aucta et emendata. Friburgi Brisgoviae.
Herder, MCMXI.

La impresión general que nos ha producido la lectura de esta obra es la misma que nos produce siempre la lectura de los libros de una escuela determinada. Por anticipado se adivina la *solución* que cada autor dará á los problemas que propone relacionados con las cuestiones de escuelas. Y con más fundamento se hace esta conjetura cuando se trata de libros escritos por jesuitas. Casi todos parecen hechos en el mismo molde; casi todos repiten los mismos argumentos, llevando, como suele decirse, el agua á su molino en los puntos discutibles y calificando, por ejemplo, al tomismo de bannesianismo...

La obra del P. Boedder se distingue principalmente por su carácter didáctico y tiene la particularidad de ofrecer algunas soluciones relativas á la predeterminación física que no concuerdan con las comunes de su escuela. Contiene la obra tres libros y tres apéndices, además de dos índices, uno sinóptico y otro alfabético. El autor divide con exceso, "y una división nimia—como dice Séneca—puede perjudicar tanto como la falta de división".

Comprende la Introducción cuatro puntos ó párrafos relativos á la definición de la teología natural, á su excelencia, utilidad y necesidad, á la relación de la teología natural con la dogmática y á la división de la teología natural. Creemos que, al definir la teología natural *scientia de Deo lumine rationis naturali genita*, no se expresa con la debida claridad el principio y el objeto formal, por los cuales se distingue la teodicea ó teología natural de la Doctrina sagrada ó teología escolástica. Toda ciencia es producida por la luz natural de la razón. La misma Doctrina sagrada, en cuanto es ciencia argumentativa ó discursiva, es también hábito producido por la luz natural de la razón. Sería más exacta la definición si el autor dijera que la teología natural es la ciencia de Dios, en cuanto cognoscible por LA SOLA luz natural de la razón. Definiendo así la teología natural se da una definición que conviene á todo y sólo lo definido.

Es cierto que el P. Boedder, al explicar su definición, declara que hay mucha distancia entre el objeto formal de la teología natural y el de la *supernatural*, como él llama á la *Doctrina sagrada* acerca de Dios. Pero la explicación no remedia el defecto de la definición. Toda teología, como se infiere del mismo nombre, implica conocimiento discursivo sobre las cosas divinas, porque toda teología es *tratado de Dios* y no puede darse ningún tratado que no implique encadenamiento de verdades, hecho ó ordenado por la razón, sin que este encadenamiento ó sistema, aun siendo *científico*, excluya las *opiniones*, como supone el P. Boedder al decir que la ciencia no admite más que verdades demostradas por principios ciertamente conocidos, y que en este sentido la teología natural se opone á las opiniones más ó menos probables acerca de Dios. De atenernos al rigor de la ciencia, considerada estrictamente, es indudable que la ciencia es efecto de la demostración: *cum scire*

—dice Santo Tomás—*nihil aliud esse videatur quam intelligere veritatem alicujus conclusionis per demonstrationem*. Pero no siempre llega la demostración á comunicar evidencia, aun mediata, á las conclusiones.

El libro primero de la obra del P. Boedder tiene tres capítulos, relativos, el primero, al modo de la cognoscibilidad de Dios; el segundo, á las pruebas de la existencia de Dios, y el tercero, al ateísmo. Sobre el modo de la cognoscibilidad de Dios impugna el autor así el ontologismo como el tradicionalismo. Acude á la doctrina del Angel de las Escuelas para refutar los errores del ontologismo, estableciendo la tesis de que la existencia de Dios, aunque es verdad *per se nota quoad se*, no lo es *quoad nos*. Impugna también á Kant, Jacobi, Hamilton, Mausel y Kulm, que invocaron una especie de *fe natural* como medio de prueba de la existencia de Dios, aunque Kant, que había patrocinado en su juventud tal medio en su obra intitulada *Der einzige mögliche Beweisgrund zu einer Demonstration des Daseins Gottes*, desestimó más tarde la posibilidad de esta demostración del Ser divino en su *Kritik der reinen Vernunft*. Herbert Spencer utilizó los argumentos de los patrocinadores de la *fe natural* contra la demostrabilidad de la existencia de Dios, en favor del *Agnosticismo*, hoy tan en boga entre los modernistas, según se ve en su obra *Firts Principles*.

El libro segundo se refiere á la esencia y atributos de Dios. El autor defiende la opinión de que la esencia metafísica de Dios se constituye por la *aseidad*, esto es, por el atributo divino, que consiste en *ser Dios por sí mismo*, que es como la raíz de todos los demás atributos. Trata á continuación de la *unidad de Dios*, y dice que antes de la *infinitud* de Dios debe tratarse de su unidad, apartándose de Santo Tomás, que trata de la infinitud de Dios antes de tratar de su unidad, demostrando el Doctor Angélico la unidad divina por la infinitud divina: *Antiqui philosophi*—dice el Príncipe de los Doctores—*quasi ab ipsa veritate coacti ponentes principium infinitum posuerunt unum tantum principium* (1). Hecha esta alteración en el orden de la *Suma Teológica*, reanuda el P. Boedder el hilo, tratando de la simplicidad de Dios y de su perfección, y vuelve á alterar el método tomista, tratando de los nombres divinos antes de exponer la doctrina de la infinitud de Dios y de su inmutabilidad y eternidad. Otra alteración es hablar de la inmensidad divina al fin del tratado de los atributos. Santo Tomás trata de la inmensidad á continuación de la infinitud, puesto que Dios es inmenso porque es infinito, como es eterno porque es inmutable. Estas alteraciones de orden en los tratados, aunque parezcan de poca importancia, la tienen muy grande. Sobre los atributos del Ser divino expone y refuta tres errores principales, á saber: el politeísmo, el dualismo de los Maniqueos y el panteísmo en sus diversas formas, y pasa luego á estudiar los atributos de la operación divina, empezando por la del entendimiento.

El P. Boedder, con algunas variantes que le separan de su hermanos, profesa, como ellos, doctrina contraria á la que enseña Santo Tomás respecto de la ciencia de Dios. No admite que la ciencia divina sea eficiente, sino ejemplar. Y para probar la presencia en la eternidad de Dios, de todos los actos libres absolutamente futuros, acude al sistema de la *verdad objetiva*, lo que equivale á probar *idem per idem*. Existen, porque existen. Existen, porque son verdaderos. Más lógico es decir que son verdaderos porque existen, puesto que la verdad sigue al ser. Y ¿por qué son verdaderos? ¿Por qué dichos futuros tienen *verdad objetiva*? ¿Quién se la dió? ¿Les dió esa *verdad objetiva*, esa realidad, ese ser que les hace verdaderos, la causa segunda independiente de la primera? ¿Se han realizado esos futuros, concurriendo Dios parcialmente á su realización, como un dependiente á merced de la iniciativa de la voluntad libre del ser creado? ¿Ha de regularse la ciencia de Dios por los actos libres de su criatura, de modo que esté pendiente la ciencia divina de lo que el hombre resuelva? De todas las criaturas, así espirituales como corporales dice San Agustín: *Non quia sunt ideo novit Deus, sed ideo sunt, quia novit*. Y con San Agustín enseña Santo Tomás que es manifiesto que Dios, por medio de su entendimiento, el cual se identifica con el mismo ser divino, produce ó es causa de las cosas.

(1) *Summ. Theol.*, I P., Q. XI, a. III in c.

Y no hay ni una sola, ni un solo acto, ni necesario, ni libre, ni absoluto ni condicional, que sea extraño á esa causalidad primera del ser infinito, identificado con el mismo entendimiento divino. *Unde necesse est*—agrega el Doctor Angélico—*quod sua scientia* (la de Dios) *sit causa rerum, secundum quod habet voluntatem conjunctam*.

No sólo contradice el P. Boedder la doctrina que enseña Santo Tomás sobre la causalidad de la ciencia divina, sino lleva su atrevimiento hasta decir que el propio Doctor Angélico enseña bastante *explicitamente* (*satis explicité*) en el artículo XIII de la cuestión XIV, "*que los futuros contingentes no pueden ser vistos por NINGÚN ENTENDIMIENTO en su causa*". ¿Dónde, en qué lugar de dicho artículo enseña Santo Tomás lo que falsamente le atribuye el P. Boedder? Pregunta el Angel de las Escuelas en el referido artículo *si la ciencia de Dios es de los futuros contingentes*, que equivale á preguntar *si la ciencia de Dios tiene por objeto á los futuros contingentes* ó se extiende á ellos, y la respuesta es rotunda y afirmativa en el *Sed contra*, donde empieza la prueba de sus tesis diametralmente opuesta á la que le atribuye el P. Boedder. Santo Tomás no usa de equívocos ni tergiversaciones: no habla más lenguaje que el de la verdad, sin sofisterías ni enredos. La primera prueba que aduce de su tesis es un pasaje del Real Profeta, que expresamente dice que *Dios es el autor de todos y cada uno de los corazones* y ENTIENDE TODAS SUS OBRAS, sin que la Escritura distinga entre obras necesarias y contingentes, absolutas ni condicionadas, realizadas ó proyectadas. Ningún repliegue del corazón humano, por recóndito que sea, se oculta á la vista penetrante del entendimiento divino, que es á la vez principio eficiente de los corazones. *Qui finxit singillatim corda eorum ET INTELLIGIT OMNIA OPERA EORUM* (Ps. XXXII). El Real Profeta en este pasaje se refiere, dice Santo Tomás, á los corazones y á las obras de los hombres. *Es así que las obras de los hombres*—añade el mismo Doctor Angélico—*son contingentes en cuanto están sujetas al libre albedrío*. Luego Dios conoce los futuros contingentes. Y ¿dónde los conoce? En su ciencia, en su entendimiento, en sí mismo, en la esencia divina determinada por la voluntad. *Alia autem a se*—dice en otro lugar el Angel de las Escuelas (1)—*videt NON IN IPSIS, sed in seipso*. Dios ve los futuros contingentes en sí mismo, que es el autor de los corazones y conocedor de todas sus obras, sin que ninguna se oculte á esa ciencia eficacísima y clarísima que no depende de las cosas, como la nuestra tímida y vacilante, sino que es causa directiva y efectiva de ellas, y no las conoce porque son, sino que son porque las conoce, como enseñan San Agustín y Santo Tomás. Y entre lo posible y lo actual, entre lo que no es *in rerum natura* y lo que es realmente, no hay medio; Santo Tomás no hace mención ninguna, ni explícita ni implícita, de la supuesta ciencia media, inventada por Molina y defendida por espíritu de escuela y, por ser cosa de familia, por el P. Boedder. En el artículo IX de la cuestión XIV, Santo Tomás dice que Dios lo sabe todo, absolutamente todo, *de cualquier modo que sea*, ya sea en acto, ya sea en potencia. De las cosas reales que son, fueron ó serán, Dios tiene ciencia llamada de visión, por tratarse de cosas que tienen ser ó realidad distinta, *extra videntem*. Pero de las que pueden ser por virtud del poder de Dios ó de la criatura, pero que no son, ni serán ni fueron, Dios tiene ciencia de simple inteligencia. Nada se esconde á la mirada de Dios, ni lo que puede ser, ni lo que es, como nada se sustrae á su inmensidad. Esa ciencia divina es la ciencia del entendimiento creador del universo y autor de todo lo que es, así de lo que es en acto como de lo que es en potencia ó en virtud, sin que haya cosa alguna actual ni posible que pueda sustraerse á su influjo soberano é infinito, ni quepa entre la ciencia de lo actual y la ciencia de lo posible ninguna ciencia media, como la inventada por Molina contra la enseñanza expresa de Santo Tomás. No hay acto ninguno de ninguna criatura que se haya realizado ni se haya podido realizar fuera de la moción de la causa primera y de su decreto eterno y acción eterna, aunque el efecto no sea eterno. "*In actione Dei aeterna non sequitur effectus aeternus, sed qualem Deus voluit*." Todos los actos, aunque sean contingentes, son infaliblemente co-

(1) Q. II de Verit, a. III ad 9.

nocidos por Dios, sin que este conocimiento eterno é infalible destruya su contingencia ni aminore ni incida la libertad de su causa próxima. *Dicas negandi omnia contingentia*—dice Santo Tomás en el artículo alegado por el P. Boedder—*non solum prout sunt in suis causis, sed etiam prout nunquamque erant et actu in seipso*. El conocimiento de Dios, lo mismo que su ser—con el cual se identifica el conocimiento divino—, es medido por la eternidad, para la cual no hay sucesión, ni pasado ni futuro. Las cosas futuras están presentes á Dios en la eternidad, no sólo de una manera intencional u objetiva, sino de una manera real ó física. Los futuros contingentes tienen la contingencia con relación á sus causas próximas, que permanecen libres bajo la acción divina aun cumpliendo el decreto eterno de Dios, que ordenó su futurición. *Sunt futura contingentia suis causis proximis compari*—dice el mismo Santo Tomás en el mencionado artículo XIII. Nada hay que añadir—dice elocuentemente el P. Monsabré—en las disposiciones tomadas por Dios anteriormente á toda determinación real y efectiva de la voluntad humana, que se regirá infaliblemente por los edictos de su soberano Señor. Es un sacrilegio—añadía con San Agustín el insigne orador de Nuestra Señora de París—pensar que Dios sale de sí mismo para ver lo que está fuera de Él. Concepto denigrante de Dios forman los que le consideran obediendo al hombre el concurso de su acción y esperando su consentimiento para ayudarle, cual si fuera un dependiente suyo. El influjo soberano de la causa primera universalísima no puede ser modificado por la causa segunda, á no ser que se admita que la criatura puede hacer algo independientemente de la causa primera, lo que sería limitar al Infinito y hacer en algún caso á la criatura independiente de su Hacedor. Dios conoce los efectos todos, sin exclusión alguna, en sí mismo. Lo que él ser inteligente entiende se contiene en su misma inteligencia. Y todas las cosas, sin una sola excepción, todo lo que es ser, de cualquier modo que sea, está contenido en el entendimiento divino, á la manera que se contiene la obra artística en la idea ó plan del artista. Dios conoce perfectísimamente la inmutabilidad de su esencia, en la cual lo ve todo. Los futuros contingentes no van por sí ni aparecen *in rerum natura* por propia virtud, independiente de la causa primera. Los futuros contingentes están determinados en sus causas para existir en algún momento del tiempo. Antecedentemente á la causalidad primera, de la que procede toda virtud causativa, nada puede concebirse como futuro. *Quis te docuerit?*, preguntaba San Pablo. A esta pregunta no hay más respuesta razonable que la de la escuela inmortal de San Agustín y Santo Tomás.

Como sus hermanos, el P. Boedder no puede perdonar al P. Báñez que haya sido el formidable atleta suscitado providencialmente para mantener pura y sin mancha la doctrina de Santo Tomás contra las temerarias y perturbadoras innovaciones de Molina. No sólo dice que la premoción, según la expone Báñez, no está conforme con algunas sentencias de Santo Tomás, sino la considera contraria á muchas verdades evidentes. ¿A qué sentencias? ¿A qué verdades evidentes? Lo que sí resulta bastante evidente es que se impone, porque sí, repetir siempre ciertas afirmaciones.

F. TRAPIELLO.

Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana. tomo XV. *Constanta-Crasia*. Barcelona, Hijos de J. Espasa, editores.

El tomo XV de esta notabilísima *Enciclopedia* es un nuevo triunfo científico, artístico y editorial que, por sí solo, basta para acreditar una empresa. Siendo ésta tan colosal, es muy humano que antes de llegar al coronamiento se rindan á su peso aun las espaldas de un gigante. Hasta ahora, no obstante la importante labor realizada (unas 22.000 páginas á dos columnas), no se ha manifestado el menor síntoma de fatiga, y quiera Dios que podamos ver terminada con la misma pujanza con que se viene realizando una obra que ha de constituir la mejor garantía de nuestra cultura ingénita, sólo obscurecida cuando nubes adversas distraen y dispersan las energías de nuestra raza.

Entre los artículos más notables de este volumen figuran los referentes á industrias: *construcción, contador, coral, corcho, correo...*; los geográficos *Cór-*

daba (provincias y capitales en España y en Argentina), con seis láminas; *Comuna*, *Costa Rica*, con tres; los artículos *constitucion*, con dos láminas y varios grabados; *copa*, *corona* y *coronación*, con cuatro láminas y abundantes grabados; *razón*, en sus diversas acepciones, sobre todo desde el punto de vista anatómico, fisiológico y patológico. La parte artística, los grabados, se han prodigado con profusión verdaderamente asombrosa: es tal vez lo característico de este tomo. El número de láminas policromas es de 34.

Tomados como terminos de comparación los artículos de materias más heterogéneas que deben entrar en una Enciclopedia universal, como lo es esta, se nota entre ellos bastante proporción, aunque á veces pudieran abreviarse unos, escritos, sin duda, con abundancia de materiales, en beneficio de otros que se resisten de la falta de ellos. En una obra en que deben entrar elementos tan diversos y apreciados con dos criterios, puede decirse diferentes: el uno particular y el otro de conjunto, es moralmente imposible que todo resulte á gusto de todos. Lojos de censurar, por lo tanto, lo que no es de hombres conseguir, cada vez admiramos más esta tarea impropia, que no puede realizarse sin inmensos sacrificios.

FR. V. BELTRÁN.

Histoire de la Philosophie médiévale, por M. DE WULF. En 4.^a, 630 págs. 4.^a edic. Lovaina, 1912.

Los límites cronológicos en que se encierra la filosofía medioeval son para el autor los siglos IX-XVII. Distingue en ella cuatro periodos: a), periodo de formación; b), periodo de apogeo; c), periodo de decadencia; y d), periodo de transición á la edad moderna. El primero abarca los siglos IX-XII; el segundo, el XIII; el tercero, el XIV y primera mitad del XV, y el último, hasta bien entrado el XVII. A partir del siglo XIII, en que aparece la grandiosa síntesis escolástica, el autor estudia por separado, en cada periodo, la *filosofía escolástica*, la *filosofía no escolástica* y las *direcciones filosóficas secundarias*. En esta edición ha introducido mejoras notables que atestiguan la sinceridad y la competencia del insigne Profesor del Instituto católico de Lovaina.

Como en otra ocasión hemos de volver á hablar del contenido de esta obra, nos limitamos por ahora á recomendarla vivamente, por ser de gran interés y aun de gran necesidad para cuantos quieran hablar de la escolástica con conocimiento de causa, en lugar de atenerse á cuatro tópicos vulgares de difamación en manera alguna justificados. M. de Wulf es un especialista y ha sabido dar á su libro un método, una estructura, una forma de exposición y una riqueza de datos y bibliografía que no es fácil encontrar reunidos en algún otro autor. Como obra de conjunto no es de extrañar que en algunos puntos particulares la exposición ó los comprobantes sean breves y poco explícitos. La riqueza filosófica de la Edad Media exige que á cada escuela ó á cada persona, ó á cada idea se le quite un poco, porque no cabe todo, con toda su riqueza de detalles, en un solo libro que contenga su historia. Por lo demás, el autor va paulatinamente completando su libro y ampliando algunas de sus partes. El hecho de que especialistas notables en el estudio del mismo asunto se hayan ocupado de su libro y de sus ideas, siquiera sea para criticarle, dice mucho en favor del libro y del autor.

William James, por EMILIO BOUTROUX. Un vol. de 142 págs. en 8.^o A. Colin, París.

M. Boutroux ha sabido condensar en breves páginas las ideas madres de la filosofía pragmatista de W. James, con la ventaja notable de que el pensamiento del filósofo gana en claridad y en armonía cuando es Boutroux quien lo sintetiza.

Estima el autor que no es posible estudiar el pensamiento filosófico de James sin conocer á fondo su personalidad, y por esto, el libro consta de dos grandes partes: "Vida y personalidad de W. James" y "Filosofía de W. James". En cuanto á la parte primera, nada hay que merezca nuestra atención, aparte de la gran estudiosidad del biografiado y el gran interés que concedió en su vida á las cuestiones religiosas. La segunda está encabezada por las obras rigurosamente científicas de James, clasificadas así justamente por el autor, pues nada hay

en ellas de filosófico, como no sean las ideas fundamentales, que no podían dejar de serlo: el método suyo en Psicología y el concepto de esta ciencia. Más de filosóficos tienen sus estudios sobre filosofía religiosa, ó, más bien, sobre psicología religiosa, puesto que la Religión, en sí misma, no es más que una emoción, "una determinada forma de vida de la conciencia individual, en la cual el yo se modifica hasta en lo más profundo de su ser, porque ha perdido la *impenetrabilidad* que en la vida ordinaria caracteriza la vida del individuo", y más su pensamiento pragmatista y sus ideas pedagógicas. De todo esto hemos visto cien veces críticas más ó menos benignas ó más ó menos duras, pero ahora no podemos entrar en este terreno. Boutroux no critica nunca ni pretende justificar las teorías del filósofo norteamericano, limitándose solamente á exponer las ideas con precisión y con una señalada tendencia á poner de relieve la unidad de pensamiento de James en la ininidad de cuestiones y de teorías, y ciertamente que sólo con esto ha hecho un libro apologético del maestro y de su filosofía, á cuyo servicio ha puesto su habilidad de profesor claro y sintético.

FR. S. M., O. P.

La Constitution "Divino afflatus" et les nouvelles rubriques du Bréviaire romain, por Dom ROBERT TRILLE, Ord. Cist. En 8.^o, de LXXII-267 págs. Paris, Casterman, 1912.

La Reforma del Misal y Breviario facilitada al Clero parroquial, por el Lic. D. PEDRO DE ANASAGASTI. Imp. del Montepío Diocesano, Vitoria 1912.

La obra del P. Trille es una tirada aparte de artículos publicados en la *Nouvelle Revue Théologique*. Forma un comentario completo y práctico de las nuevas rúbricas con las antiguas, para que se vea mejor la diferencia y hasta qué punto se suprimen ó quedan vigentes las anteriores. La obra da resueltas todas ó casi todas las dudas que pueden ocurrírseles á los que tengan que redactar el "Ordo divini Officii" ó manejar el Breviario romano. Tiene este comentario tantos capítulos como títulos las nuevas rúbricas, y contiene la constitución "Divino afflatus" y todas las decisiones posteriores dadas por las Congregaciones romanas para aclarar las nuevas rúbricas. Esto ayuda mucho al que quiera estudiar la materia en sus textos oficiales.

De carácter también práctico y un tanto más concisa es la obra del Sr. Anasagasti. Con reconocida competencia y acierto comenta la Bula de Su Santidad Pío X, expone la doctrina de cada uno de los títulos y, con luminosos ejemplos, hace amena una materia de suyo árida y de pocos atractivos. Trata con más detención las cuestiones de la concurrencia, Patronos, Titulares, traslaciones, etc., que ofrece especial dificultad. Puede calificarse el libro del Sr. Anasagasti de verdadero instructor manual. Trae todas las decisiones modernas, aunque no siempre las copia en extenso, y tablas sinópticas que simplifican mucho el estudio.

Es obra que ahorra tiempo y dinero: la misma parte material del libro atrae, lo cual honra á los talleres tipográficos del Montepío diocesano de Vitoria, donde se editó.

FR. E. COLUNGA.

Le Leggi dell' Eredità, por G. A. ELRINGTON, O. P. Firenze, Libreria Editrice Fiorentina, 1912.

El P. Elrington, profesor de Biología en el Colegio Angélico, en un tomito de unas 50 páginas expone la teoría mendeliana, tal como la expuso hace medio siglo el P. Mendel, sabio agustiniano, y perfeccionada por nuevos y más extensos experimentos en la transmisión hereditaria. Las leyes experimentales están expuestas con claridad y con abundancia de datos y ejemplos. Hace aplicación de estas leyes al hombre en un capítulo de importancia médica. Aunque expuesto brevemente, como cumple á un libro de propaganda y vulgarización científica, el asunto, por sus relaciones con la fisiología y la citología, puede alcanzar más amplitud é importancia científica.

El acetileno: sus aplicaciones domésticas, industriales y científicas, por el P. EDUARDO VITORIA, S. J. Barcelona, Tip. Católica, 1913.

Este libro, formado por las Conferencias pronunciadas por el P. Eduardo Vitoria en Barcelona, viene á ser un Manual completo sobre el acetileno. Su producción y diferentes generadores, con indicación de las ventajas ó desventajas de cada uno de ellos; los múltiples mecheros que pueden usarse, con atinadas observaciones y advertencias prácticas; el soplete oxiacetilénico y la soldadura y división de las planchas metálicas; el análisis y la síntesis química y demás prácticas de laboratorio, hechas fáciles con el uso del acetileno, y todo esto expuesto con claridad, con sencillez y al alcance de todas las inteligencias.

Cómo Felipe II no mandó matar á Escobedo, por D. JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA, presbítero. Madrid.

Felipe II, el Prudente. Rey de España. en relación con artes y artistas. con ciencias y sabios, por ídem. Ibid.

Con sólo consignar el nombre del autor casi nos ahorramos elogios y críticas. El Sr. Fernández Montaña ha derramado por el mundo el delicioso aroma del buen nombre de Felipe II. Con sus anteriores trabajos ha estereotipado en la mente de todos los doctos una simpática y nobilísima figura del más grande de los Reyes españoles, ahuyentando para siempre de la historia el fantasmón ese odioso, hijo de la apostasía y del odio, con que se quería representar á tan insigne Monarca.

Estas últimas obras avaloran tan meritisima labor. En torno de la muerte del infortunado Secretario de D. Juan de Austria se había formado una leyenda que protestantes é impíos explotaban á maravilla. Ya se les acabó ese recurso. Felipe II no tuvo arte ni parte en la muerte de Escobedo; están á favor suyo el sentido común y la lógica, las dos mayores autoridades del mundo, después de la divina. Cuanto se ha dicho en contra no ha sido nunca más que pura invención y calumnia de un infiel vasallo, digno cortesano de Isabel de Inglaterra y de Enrique IV de Francia, que pagaban con mercedes su traición.

Del amor de Felipe II á las artes y á las ciencias guardan miles de secretos los archivos y bibliotecas, y de la protección que dispensó á artistas y sabios están todavía hablando los monumentos sin cuento que dejó sembrados por Europa y América y hasta la Oceanía. Y aunque no hubiera más que El Escorial, él sólo bastaba y sobraba para testimonio, pues no parece todo él sino un maravilloso certamen de artistas y sabios. No en vano se llama la *octava maravilla* del mundo.

De la lectura de estas dos obras del laureado Auditor de la Rota sale uno con la convicción de que los detractores de Felipe II no han hecho más que re-tratarse á sí mismos. Esto, y no otra cosa, dirá en adelante de ellos la Historia.

Con que el lenguaje fuera un poco menos á lo intrincado y un poco más á lo llano, el trabajo no tendría tacha. De todas maneras, es de oro.

Compendio de la Historia de la Iglesia, por el M. I. Sr. Dr. D. JOSÉ VIÑAS Y CAMPLÁ, Canónigo de Tarragona. Tres tomos. Barcelona, Librería y Tipografía Católica, 1912.

Bien contados son entre nosotros los tratados de Historia eclesiástica, y los que tenemos son ya de bastantes años atrás. Después del *Curso* tan celebrado del dominico P. Rivas, obra notable por la elegancia y la erudición, ya se echaba de menos un trabajo que, recogiendo los progresos de la crítica, nos pudiese al corriente de una materia que va teniendo sus novedades y sorpresas cada día.

El Sr. Viñas y Camplá ha realizado esta labor, que ella sola por sí misma se alaba y recomienda. Con un método excelente, exquisito, va desarrollando toda la trama de esa institución divina que se llama la Iglesia, valiéndose de una nueva división en períodos, que, salvo en algún caso particular, como el de las Cruzadas, siempre coincide con los puntos culminantes de cada época, desde donde se dominan los vastos espacios de las edades.

Juzgamos obra utilísima la del Sr. Viñas y Camplá, y grandemente cele-

braremos verla de nuevo en Colegios y Seminarios. Con alguna que otra ligera variante en el lenguaje resultaría una obra diferente modelo.

No queremos terminar estas breves notas sin dedicar un aplauso á la Casa editorial la Tipografía Cubana de Barcelona, por la elegancia y buen gusto con que ha sabido presentar la obra.

FR. F. FERNÁNDEZ OLIVARES, O. P.

Pulchra Leonina. por José González. En 8.º 340 págs. Imprenta Moderna, León, 1913.

El objeto de esta hermosa obra y los motivos que á escribirle le impulsaron los expresa el autor en el Prólogo con estas palabras: "Todas las Leoninas nacen ya gozos contentas é histéricas que les el viajero y estudia el aficionado, la de León no ha sido dueña por nada, nunca empujadas literarias y afamadas arquitectas han hecho nobres insensibles, aunque fragmentarias que no tienen importancia." No podrá por fortuna, dentro lo mismo en adelante. Los amantes del arte hallarán en el libro de José González una descripción hermosa que interesa como una novela y atrae por la galante y amabilidad del estilo. Suavemente una va descubriendo al verlo, los muros, el techo, los adornos, el mobiliario, etc. de la Catedral para no se presenta con ser un simple cronista que explica el edificio y el artista las bellas que va enumerando, una que á su vez como artista tiene como admirablemente se crea un mundo histórico, artístico, religioso, político, etc. se ve como una monumentalidad más relacionada con lo que los pensamientos nos dan. Y una vez que nos ha encantado reproduciendo las bellas y bellas de la *Pulchra Leonina* da vuelta a la historia y hace pasar con la memoria, valiendo por la vista de cosas maravillosas, las horas maravillosas de Reyes y Príncipes de arquitectos y constructores, de pintores y artistas de valientes y corajosos, haciendo pasar en nuestra memoria los semblanzas de Monarcas de Lara, de Alfonso II, de Pedro de Diego, de Carlos de Pedro Meléndez de León, de los Borja, de los Arce, de los Arce, de Monarcas y de otros otros amados y nombres de otros que contribuyeron á la construcción y construcción de esa maravilla que es la Catedral de León.

Fr. J. Pantoja.

Historia de la Literatura española y Antología de la misma. por G. Juncos. En 1.º 300 págs. con 27 retratos y una lámina frontispicio. Editorial de Barcelona, Madrid, 1913.

Calderón Juncos, el famoso escritor americano, Florida, escritor por lo común y en sus obras, muchas veces, literatura. Utilizando esa ventaja parece haber pretendido hacer sobre ella, olvidando lo que hasta aquí todos estamos acostumbrados los grandes maestros. En sus apreciaciones no han influido para nada las corrientes que la fama ha echado sobre algunas naciones, y así es un defecto que no basta para disminuir la nota personalísima de sus juicios. Por muy competente que se crea para juzgar sin auxilio de extraños á todo un Menéndez y Pelayo, por ejemplo, el común sentir de los que han vivido á su lado y consagrado á estudiar sus obras un buen número de años, merece alguna consideración, aun cuando las pretensas del propio parecer. Por lo demás Juncos tiene páginas de extraordinaria competencia, cuando viene de inspiración desde nuestra literatura, que él admira más que nadie, se va olvidando sobre todas las literaturas de los pueblos modernos y comparada sólo con la literatura hispana. Lamentamos que el estilo habitualmente ameno y florido esté á veces afectado por exageraciones y modismos de mal gusto. La "Antología" ocupa cerca de la mitad del libro, espléndidamente editado é ilustrado con los retratos de los principales escritores españoles.

Compendio histórico-crítico de la Literatura castellana, por el P. Luis F. DE RETANA, Redentorista. En 4.º, 142 págs. Madrid, S. Calleja.

Forma este pequeño Manual de literatura el tomo XXIV de la *Biblioteca Enciclopédica*, que con tanto aplauso edita el Sr. Calleja. Para escribirlo, el autor ha debido resolver un arduo problema, cual es encerrar en poco más de un centenar de páginas cuanto debe saber el alumno de segunda enseñanza acerca de nuestra fecunda producción literaria desde sus orígenes hasta hoy. No hace propiamente selección alguna, lo incluye todo, dando á cada autor y á cada período la amplitud que merece dentro de la brevedad que se ha propuesto, sintetizando en una frase el mérito y carácter de cada escrito y anotando el orden de sucesión causal ú ocasional de cada escuela. Por la rapidez con que se suceden los cuadros, se le puede comparar con la película cinematográfica. El libro, elegantemente editado, lleva multitud de retratos.

A juzgar por algunos de los escritores mencionados en este *Compendio*, tienen méritos sobrados para figurar también en él otros, como el historiador Hernando del Castillo, una de cuyas obras piensa reeditar *La Lectura* en su biblioteca de los "Clásicos"; el P. Alonso Fernández, á quien Menéndez y Pelayo califica de *elegantísimo* (*Historia de los Heterodoxos*, tomo II, pág. 540), y el *Filósofo Rancio*, que, si no es modelo acabado en literatura, está sobre otros muchos que figuran en la Historia de ella.

FR. V. B.

S. Thomae Aquinatis, Doctoris Angelici in Evangella S. Matthei et S. Joannis Commentaria, Dos volúmenes en 4.º, de xxiv-403 y 518 págs. Segunda edición de Turín, Marietti, 1912.

Al frente del primer tomo va la disertación de De Rubeis acerca de este *Comentario*. La edición está hecha en la misma forma que las demás obras de Santo Tomás publicadas por Marietti. Reproduce el *textus receptus* del Angélico, sin notas ni aditamento alguno marginal. Las condiciones materiales de la edición son excelentes, y su precio, relativamente, económico. Como material de estudio, para los que se dedican al ministerio de la predicación, la recomendamos encarecidamente á nuestros lectores.

Etude sur les origines du Rosaire: Réponse aux articles du P. Thurston, S. J. parus dans *The Month*, 1900 et 1901, por el P. D. MÉZARD, O. P. En 8.º, xi-492 páginas. Caluire (Rhne), 1912.

Le Saint Rosaire et la nouvelle critique, por el P. ETCHEVERRY, O. P. En 8.º, 240 págs. Marsella, Dupeyrac, 1912.

Los argumentos de los bolandistas contra la institución del Rosario por Santo Domingo de Guzmán, hábilmente rebatidos por Benedicto XIV, habían pasado como ráfaga, sin conquistar adeptos. Los mismos bolandos parecían desdecirse en el tomo XIII de Octubre de lo defendido anteriormente, y, en virtud del escaso valor demostrativo de esos ensayos contra la tesis tradicional, continuaron los Sumos Pontífices enseñando y aprobando lo que sus anteriores habían sancionado. El P. Thurston se ha propuesto estudiar por sí mismo la cuestión, y llega á la misma conclusión que los autores del *Acta Sanctorum*, y, lo que es más extraño, se apoya en los mismos argumentos que ellos después de haber sido desechados como insuficientes. Los pocos datos nuevos que aduce no hubieran dado lugar á una nueva refutación si algunas publicaciones francesas, aun de carácter piadoso, no se hubiesen complacido en repetirlos hasta la saciedad, repitiendo también los mismos errores en que había incurrido el P. Thurston. ¡Curioso modo de delatarse á sí mismo!

La obra del P. Mézard analiza la formación del Rosario en cada uno de sus elementos, y su historia en la Orden de Predicadores, rectifica muchas de las tesis relativas al uso del *Ave María* en los siglos xi-xiii y enumera abundantes testimonios en favor de la existencia del Rosario en el seno de esa Orden desde su

fundación y de su propagación entre las demás Ordenes monásticas y entre el pueblo por la acción de la primera. En cuanto al testimonio de la tradición en favor de la tesis dominicana, es de advertir que todas las acusaciones que se hacen contra Alano de Rupe se fundan en el supuesto de que los escritos que hoy corren bajo su nombre son auténticos. Dándolo por averiguado el P. Thurston, y con él su pedisecu M. Boudinhon, formulan con ligereza inconcebible un cargo contra la Orden de Predicadores, que, por lo grave y deshonroso, debieran haberse mirado un poco más antes de lanzarlo al público sin pruebas de ningún género. *Suponen* ellos que esta Orden, aunque al principio había desechado los escritos de Alano, viendo luego el éxito que iba adquiriendo el Rosario, dieron por santo y bueno todas las leyendas que en aquellas obras se habían introducido, por lo beneficiosas que resultaban para esta institución. El P. Mézard, y con él toda la Orden, protesta de esta acusación injusta. "La Orden de Predicadores no conoce estos cálculos miserables ni estos modos de proceder tortuosos y desleales." El único de los escritos de Alano que escapó á las arbitrariedades y adulteraciones de los editores fué la *Apología*, por existir varios ejemplares en distintas manos al tiempo de su muerte. Y en ese documento consta la tesis tradicional separada de todo relato fabuloso. Los adversarios concentran aquí todos sus ataques, por creer que es ésta la única base en favor de la institución del Rosario por Santo Domingo. Pero existen otros testimonios contemporáneos é independientes de éste; se conocen documentos anteriores que nos hablan de la Cofradía de María instituída por Santo Domingo é indulgenciada por los Pontífices al ser restaurada en el siglo xv, que es la que hoy se llama Cofradía del Rosario, y que en España existía, por lo menos, desde el año 1420, cuando aún no había nacido el B. Alano.

El P. Mézard prueba con riguroso razonamiento su tesis; hace ver la fuerza de la tradición romana constante, sancionada en el Oficio del Rosario, y el escaso valor del argumento puramente negativo, que es el único que oponen los adversarios.

El ensayo del P. Etcheverry, aunque más breve, contiene en síntesis lo mismo que el anterior. Se dirige principalmente contra Boudinhon. La forma es más sencilla, pero no menos apremiante. Son de notar dos capítulos donde trata asuntos extraños al libro del P. Mézard: el uno referente á la pintura y la poesía como testimonios en favor de la tradición, y el otro, el simbolismo de las rosas y de las coronas en la Edad Media. En ellos se encuentran hechos curiosos que los adversarios se han cuidado muy bien de no recordar, ó, si lo hacen alguna vez, es para darles una interpretación siniestra.

Que estos dos libros se propaguen tanto como se han propagado los escritos á que ellos responden y que el público imparcial, conociendo ambas partes litigantes, sentencie según su parecer, que sin duda ha de coincidir con la tesis defendida por Roma. El mismo P. Thurston ha comenzado á publicar en el *Mont* una serie de artículos ó *notes on familiar prayers*, y aunque alguna vez alude al P. Mézard, se guarda muy bien de ensayar una contrarréplica.

Le secret admirable du très saint Rosaire pour se convertir et se sauver,
por el Beato LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. En 8.º, xii-189 págs. París, Houdin, 1912.

El Beato Grignon de Montfort es uno de los grandes apóstoles que ha tenido el Rosario, comparable con Santo Domingo y con Alano de Rupe. Al alistarse en la Tercera Orden dominicana adoptó como un deber de su ministerio la propagación de esta antigua plegaria. Su *Tratado de la verdadera devoción á la Santísima Virgen*, publicado más de un siglo después de su muerte, ha producido beneficios inmensos en las almas. Se cuenta de León XIII que, leyendo la vida y escritos de este insigne apóstol, cuya beatificación preparaba, se sintió movido á recomendar al pueblo cristiano con tanto encarecimiento el Rosario. El nuevo libro que ahora se publica por vez primera constituye un verdadero tesoro escondido, como escrito por una mano que el Señor había ungido para manifestar al mundo las grandezas de su Madre divina. La razón de permanecer hasta ahora inédito es, según el editor, el estar inspirado y calcado en la obra del dominico Antonio Tomás, impresa en Renes en 1698, con el título de *Rosal místico de la Santa Virgen*

ó el Rosario bendito inventado por Santo Domingo. "No solamente ha tomado las ideas de este autor, sino que ha reproducido pasajes numerosos. Se tenía, pues, miramiento en publicar bajo el nombre del Beato Montfort lo que en parte era trabajo de otro." Hecha esta confesión no había para qué ocultar por más tiempo un libro en el que su autor parece haber puesto las emociones más tiernas de su ardiente corazón. La sencillez y elegancia de expresión hacen su lectura fácil y amena aun para los simples fieles, y es de desear que alguna pluma caritativa lo traslade al castellano, para fomentar con tan sano alimento la devoción al Rosario entre nosotros.

Imitación de Cristo, por F. TOMÁS DE KEMPIS, traducción española de FR. LUIS DE GRANADA según la primera edición hecha en Sevilla en 1536; tercera edición, seguida de oraciones y ejercicios religiosos. En 16.º, XII-488 págs. Friburgo de Brisgovia, Herder, 1912.

El Católico práctico. Devocionario apropiado á las necesidades de la época presente, por el P. TILMANN PESCH, de la Compañía de Jesús. Segunda edición española por GUILLERMO JÜNEMANN. En 16.º, XVI-452 págs. Idem, ibid., 1912.

La traducción del *Kempis* por el P. Granada es entre nosotros poco menos que desconocida, y, sin embargo, es la mejor traducción que tenemos en castellano y tal vez la mejor que se ha hecho de ese libro de oro, según opinión de un crítico. Reeditarla, darla á conocer es resucitar una prenda literaria, ofrecer á las almas piadosas un compendio nutrido y sano de las grandes producciones de los místicos, infiltrando en su alma, al mismo tiempo que la doctrina educadora del Evangelio, el sabor eminentemente clásico y solemne que se respira en los escritos del príncipe de nuestros oradores. Mil plácemes merece la Casa Herder por la iniciativa de esta reedición y por la elegancia con que la ha hecho. A continuación de *La Imitación* ha añadido en apéndice algunos ejercicios religiosos, tomados en su mayor parte del P. Granada. El conjunto forma un *Devocionario* que difícilmente puede ser sustituido por otro de las mismas proporciones.

El *Católico práctico* del P. Pesch se distingue por su tendencia doctrinal más que afectiva. El arte de escribir libros de piedad se cree ser asunto relativamente fácil, y merced á eso se multiplica este género de producciones con perjuicio de su calidad. Encomendados á manos inhábiles, se obliga al cristiano sencillo á servirse de libros que ni ilustran la inteligencia con sus doctrinas ni mueven el corazón con sus exhortaciones. El P. Pesch, si bien no es un escritor encendido, es un sabio eminente que instruye, que persuade y convence. Dedicado durante toda su vida á escribir para los sabios, quiso hacer también participantes de sus producciones á los fieles, á los sencillos, ofreciéndoles á modo de resumen una exposición de sus creencias y deberes. El *Devocionario* está apropiado, como lo indica el título, á las necesidades de hoy, á la necesidad de ser católico consciente que conoce y sabe dar razón de su fe y de los fundamentos en que se apoya.

La Iglesia primitiva y el Catolicismo, por P. BATIFFOL, obra traducida de la quinta edición francesa por F. ROBLES DÉGANO. En 4.º, XX-308 págs. Friburgo de Brisgovia, Herder, 1912.

Anteriormente hemos reseñado en esta Revista (tomo IV, págs. 452-55) el conocidísimo libro de Batiffol, anunciando también allí en preparación esta edición española. Aunque para nosotros son poco menos que inútiles las traducciones de publicaciones francesas, dado el valor extraordinario de este libro, queda suficientemente justificada la versión del Sr. Robles Décano. En efecto, *La Iglesia primitiva* es, ante todo, una obra de investigación y de síntesis robusta, original, de crítica sagaz y que responde á la lucha entablada actualmente entre el Catolicismo y las altas esferas del Protestantismo. El mejor testimonio del éxito conseguido por Batiffol es que Harnack se haya ocupado de él, que haya señalado su libro como un reto digno de contender con las grandes eminencias del Protestantismo. Y una obra de tanta pujanza no bastaba que anduviese en manos de especialistas y *leídos*, debía tener más amplio horizonte entre nosotros, donde son aún tan escasas las publi-

caciones de esta clase, para lo cual ha de servir grandemente la nueva versión. El nombre del traductor es ya una garantía de lo bien que ha sabido desempeñar su encomendado. Las condiciones materiales de la edición superan en mucho á las ediciones del original, formando un volumen elegante, como suelen serlo todos los que salen de las prensas de la Casa Herder.

FR. V. B.

Curso de Inglés para niños, método práctico y fácil, por FR. M. CÁNDIDO. Cuatro tomos, dos de *Gramática en ejercicios* y dos de *Lecturas*. B. Herder, Friburgo (Alemania), 1912.

Cada día están saliendo á luz nuevas Gramáticas inglesas, prueba de que se va despertando la afición al estudio del inglés en los países hispanos. La presente obra es lo que dice el título. No se presta, desde luego, para el que quiera por sí solo aprender á traducir inglés. Es un curso gradual para niños—lento, pero seguro y muy bien ordenado—, bajo la dirección y explicación constante de la *miss* ó del maestro. En los tomitos de lecturas tiene poesías y relatos interesantes y morales, con los correspondientes vocabularios y gran variedad de ejercicios prácticos.

La Monarquía en América, por CARLOS A. VILLANUEVA. En tres volúmenes:

1. *Bolívar y el General San Martín*.
2. *La Santa Alianza*.
3. *Fernando VII y los nuevos Estados*.

P. Ollendorf, París.

Apena el ánimo leer estos hermosos libros. Lo apena al ver la torpeza inmensa, la ceguera pertinaz, la estrechez, bajeza y ruindad egoísta de nuestra política, sobre todo de Fernando VII, en la época de la emancipación de la América española. ¡Cuántos proyectos grandiosos, beneficiosos y honrosos para España, surgiendo uno tras otro y otro tras otro estrellándose contra el egoísmo personal de Fernando VII... América jamás se hubiera hecho independiente si entonces hubiera habido un Rey en España; ¡menos todavía se hubiera hecho republicana, y menos aún se hubiera abierto ese abismo de odios con la madre Patria, que sólo después de un siglo se va trabajosamente colmando! El autor dice en el Prólogo que ha empleado en este trabajo "cosa de diez años"; y como colaboradores ó "columnas del edificio levantado" enumera treinta y tantos nombres de personalidades de la diplomacia y de las letras. Todo su trabajo está tejido con documentos, muchos importantísimos y desconocidos hasta ahora, sacados de los Archivos diplomáticos de Francia y de Inglaterra. De los de España dice que quizá todavía se pueda sacar algo nuevo, pero que esta labor no ha podido emprenderla todavía. Su estilo es preciso y sobrio, y la factura del libro metódica y ordenada. Pocas historias se leen tan llenas de interés y de enseñanzas.

FR. A. G. M.-R.